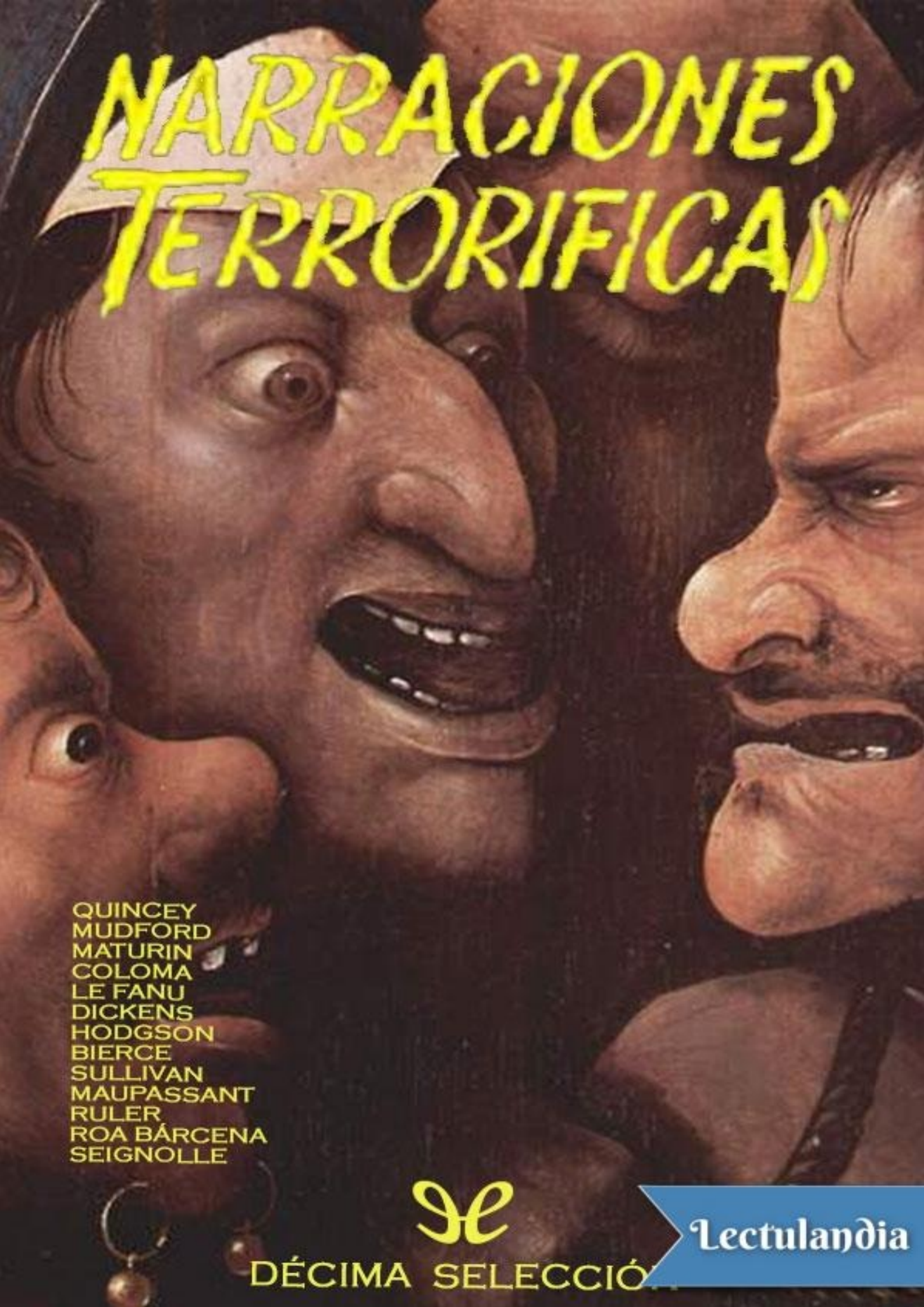
NARRACIONES TERRORIFICAS



QUINCEY
MUDFORD
MATURIN
COLOMA
LE FANU
DICKENS
HODGSON
BIERCE
SULLIVAN
MAUPASSANT
RULER
ROA BÁRCENA
SEIGNOLLE

DÉCIMA SELECCIÓN

Lectulandia

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1974, que se editó en una colección de diez tomos.

Lectulandia

AA. VV.

Narraciones Terroríficas Vol. 10

Narraciones Terroríficas - 10

Antología de cuentos de misterio

ePub r1.0
Piolin 07.01.2017

Título original: *Narraciones Terroríficas* ACERVO - Vol. 10
AA. VV., 1974
Selección: César E. Díaz y José A. Llorens
Escaneo: Walter_Lombardi
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NARRACIONES TERRORÍFICAS

Antología de cuentos de misterio

(DÉCIMA SELECCIÓN)

Selección de
César E. Díaz y José A. Llorens

LOS DADOS

Thomas de Quincey

DURANTE más de 150 años la familia Schroll había vivido en Tanbendorf, respetada de todos por su cultura y sus refinados modales, superiores a lo que correspondía a su condición. Su actual representante, el granjero Elias Schroll, se había dedicado en sus años mozos a la literatura, pero, alcanzada la madurez, había regresado a su pueblo natal, y vivía allí rodeado de la consideración y la estimación de sus convecinos.

Durante todo aquel período de 150 años, la tradición recordaba a un solo Schroll de conducta desordenada; y muchas personas afirmaban, incluso, que había tenido trato con el diablo. Lo cierto es que en la casa se conservaba un pupitre clavado a la pared y conteniendo algunos manuscritos misteriosos atribuidos a él, y la fecha del año, 1630, grabada a fuego en la parte delantera. La llave de aquel pupitre había sido confiada sin interrupción a través de cinco generaciones al mayor de los hijos, el cual debía prometer solemnemente velar por que nadie, nunca, llegara a enterarse de su contenido. Todas las precauciones habían sido adoptadas contra posibles accidentes o descuidos: la cerradura estaba construida de modo que, incluso con la llave que le correspondía, no podía ser abierta sin instrucciones especiales; y para mayor seguridad, el actual propietario había añadido un candado, de la más depurada artesanía, que ofrecía suficiente resistencia antes de que pudiera atacarse la cerradura principal.

En vano la curiosidad de toda la familia se había concentrado en aquel pupitre. Nadie logró descubrir lo que contenía, excepto Rudolph, hijo único del granjero; él lo había logrado: al menos, estaba convencido de que el antiguo volumen de bordes dorados encuadernado en terciopelo negro, que un día había visto en manos de su padre, que lo leía ansiosamente, pertenecía al pupitre misterioso; ya que la tapadera del pupitre, aunque no levantada, estaba sin cerrar, y Elias se había apresurado a cerrar el libro, visiblemente agitado, al tiempo que ordenaba a su hijo que saliera de la habitación, en tono poco amable. En la época de aquel incidente, Rudolph tenía doce años.

Desde entonces, el joven había pasado por el duro trance de la muerte de su excelente madre y de una hermana muy querida. También su padre había quedado profundamente afectado en su salud y en su ánimo por aquellas desgracias. Cada día se mostraba más taciturno y malhumorado; y Rudolph, al regresar definitivamente al hogar terminados sus estudios, a los dieciocho años, quedó impresionado al descubrir que no sólo flaqueaba su cuerpo, sino también su mente. Había perdido toda la carne, y parecía consumido por alguna idea obsesiva. Él mismo opinaba que estaba al borde de la tumba; y se dedicaba incesantemente a arreglar sus asuntos, y a poner al corriente de tales arreglos a su sucesor, a fin de que pudiera defender en todo momento sus intereses.

Una noche, al regresar súbitamente de casa de unos vecinos, pasó por delante de la habitación en la que se encontraba el pupitre; vio que la tapadera estaba levantada

y el interior vacío. Luego vio a su padre de pie junto al hogar, en el que ardía una gran fogata, en medio de la cual se consumía el antiguo volumen negro.

Elias ordenó apresuradamente a su hijo que se retirara, pero Rudolph no pudo contenerse y exclamó:

—Estoy convencido de que ése es el libro que se guardaba en el pupitre.

Su padre asintió con visible confusión.

—Bien. En tal caso, permitidme que os diga que me sorprende mucho comprobar lo que estáis haciendo con algo que desde hace más de un siglo ha sido transmitido al heredero de la familia.

—Tienes razón, hijo mío —dijo el padre cariñosamente, cogiéndole de la mano —. Tienes razón… en parte; admito que lo que acabo de hacer no tiene justificación; y yo mismo he vacilado mucho antes de tomar esta decisión. Sin embargo, debo confesar que me alegro de haber destruido ese maldito libro. El que lo escribió no llegó nunca a prosperar; todas las tradiciones están de acuerdo en ese extremo; en consecuencia, ¿por qué dejar a los descendientes de uno un mísero legado de impíos misterios?

La excusa, sin embargo, no satisfizo a Rudolph. Opinaba que su padre había violado sus derechos de heredero; y apoyaba su opinión en unos argumentos tan consistentes, que el propio Elias empezó a darse cuenta de que la queja de su hijo era razonable. Al día siguiente, sus relaciones se habían enfriado visiblemente. Por la noche, Elias no pudo soportar por más tiempo aquella situación, de modo que dijo:

—Querido Rudolph, hemos vivido mucho tiempo en amor y armonía; no nos amarguemos la existencia durante los pocos días que me quedan de vida.

Rudolph apretó la mano que su padre le tendía con calor filial. Y Elias añadió:

—Me propongo ahora comunicarte de palabra el contenido del libro que he destruido. Lo haré de buena fe y sin reserva, si no te decides a olvidar tu propio derecho a tal comunicación.

Elias hizo una pausa, diciéndose a sí mismo que su hijo *olvidaría* su derecho. Pero, se equivocaba; Rudolph estaba demasiado interesado en el asunto, y apremió a su padre para que continuara.

Elias vaciló de nuevo, y dirigió a su hijo una mirada cargada de amor y de piedad: una mirada que le conjuraba a pensarlo mejor, a olvidar su pretensión; pero, al ver que la cosa no tenía remedio, dijo:

—El libro se refiere principalmente a ti; te señala como el último de nuestra estirpe. ¿Palideces? ¿No crees que sería mejor que olvidaras este asunto?

—No —dijo Rudolph, recobrando el dominio de sí mismo—. No; ya que falta por saber si esa profecía es cierta.

—Lo es. Lo es, sin duda.

—¿Y eso es todo lo que el libro dice acerca de mí?

—No, no es todo; hay algo más. Pero, posiblemente te echarás a reír cuando lo oigas, ya que ahora nadie cree en esas extrañas historias. Sin embargo, lo que el libro

dice, lisa y llanamente, es que el Ser Maligno (¡el cielo nos proteja!) te hará una oferta de grandes ventajas materiales.

Efectivamente, Rudolph se echó a reír y dijo que, juzgando por el aspecto exterior del libro, había imaginado que su contenido era más serio.

—Bien, hijo mío, bien —dijo su padre—. No es que yo mismo esté dispuesto a prestar demasiado crédito a esas leyendas de pactos con el diablo. Pero, ciertas o no, no debemos reírnos de ellas. Me basta con saber que tu natural piedad te hará rechazar cualquier fortuna material que pudiera suponer para ti el adentrarte por un sendero sacrilego.

Al llegar a este punto, Elias hubiese interrumpido la conversación de buena gana, pero Rudolph dijo:

—Hay otra cosa que me gustaría saber: ¿cuál es la naturaleza de la fortuna material que me será ofrecida? Y, ¿dice el libro si la aceptaré o no?

—Sobre la naturaleza de la fortuna material, el escritor no fue demasiado explícito; lo único que dice es que, si la utilizas discretamente, podrás convertirte en un gran personaje. En cuanto a si la aceptarás —¡Dios te preserve, hijo mío, de cualquier pensamiento tan criminal!—, el libro guarda un profundo silencio. Parece incluso como si aquel tratadista en magia negra se hubiese visto interrumpido por la muerte en mitad de una frase. ¡Dios haya tenido piedad de su alma!

A pesar de la poca fe que Rudolph tenía en la posibilidad de una propuesta de aquella clase, las palabras de su padre le habían dejado intranquilo, y visiblemente preocupado; hasta el punto de que Elias dijo:

—¿No hubiese sido preferible, Rudolph, dejar que el misterio quedase enterrado conmigo en la tumba?

Rudolph dijo:

—No.

Pero su mirada inquieta y su aire agitado desmentían aquella negativa y concedían la razón a su padre.

La profunda impresión que produjo en la mente de Rudolph aquella conversación —la última que sostendría con su padre—, iba a hacerse todavía más honda por el solemne acontecimiento que siguió a ella. Aquella misma noche, alrededor de las doce, fue despertado súbitamente por una llamada procedente del lecho de su padre, el cual se estaba muriendo y quería tenerle a su lado en aquel trance supremo.

—¡Hijo mío! —exclamó, con una expresión de la más amarga angustia.

Luego extendió ambos brazos en súplica hacia él; y en la fatiga del esfuerzo, expiró.

La veleidad de los espíritus juveniles no tardó en dispersar las nubes que al principio colgaron sobre la mente de Rudolph. Rodeado de joviales compañeros en la Universidad a la cual ahora asistía, descubrió que no quedaba espacio en su seno para la preocupación o la melancolía, y la peor de sus aflicciones era la eventual negativa de su tutor a atender a sus peticiones de dinero, demasiado frecuentes.

Después de residir un año en la Universidad, unas irregularidades juveniles en las cuales Rudolph estaba mezclado determinaron su expulsión, junto a otros tres estudiantes. En aquel preciso instante estalló la guerra de los Siete Años: dos del grupo, llamados Thciler y Werl, se alistaron en el ejército en unión de Rudolph. Éste, contra la voluntad de una joven con la que estaba comprometido. La propia Charlotte, que así se llamaba la joven, sin embargo, se conformó cuando se dio cuenta de que sus objeciones no quebrantarían la decisión de Rudolph, y cuando oyó a su galán describiendo con las más floridas palabras su propio regreso a sus brazos con el uniforme de oficial; ya que su reconocida valentía le garantizaba el ascenso a teniente en el primer hecho de armas en que tomara parte.

Los tres amigos tuvieron la suerte de ser destinados a la misma compañía. Pero, en la primera batalla, Werl y Theiler cayeron sin vida al lado de Rudolph: Werl por una bala de mosquete que le partió el corazón, y Theiler por un obús que le arrancó la cabeza.

Poco después de aquel acontecimiento, Rudolph regresó del frente. Pero, ¿cómo? No, como había anticipado alegremente, con las brillantes condecoraciones de un distinguido oficial, sino como prisionero en estrecha custodia: en un transporte de rabia juvenil se había hecho culpable, en compañía de otros dos soldados, de insubordinación y amotinamiento.

El Consejo de Guerra les condenó a muerte. Sin embargo, los jueces quedaron tan favorablemente impresionados por su buena conducta en la prisión, que sin duda habrían recomendado para ellos el indulto, de no haber mediado la necesidad de robustecer la disciplina dando un escarmiento ejemplar. De todos modos, la sentencia fue atenuada en el sentido de que sólo sería ejecutado uno de los tres. ¿Cuál de ellos? La pregunta sólo podría ser contestada el día de la ejecución, cuando se decidiera por medio de los dados.

A medida que se acercaba el día fatal, una tempestad de apasionadas emociones asaltaba a los tres prisioneros. Uno de ellos estaba conmovido por las lágrimas de su padre; el segundo por la triste situación de una esposa enfermiza y dos hijos. El tercero, Rudolph, si el destino le señalaba a él, se vería desposeído, no sólo de su vida, sino también de una joven y lozana prometida, que estaba más cerca de su corazón que cualquier otra cosa en el mundo.

«¡Ah! —se dijo a sí mismo, la víspera del día de la decisión final—. ¡Si pudiera asegurarme, por esta sola vez, un lanzamiento afortunado de los dados!»

Y apenas había formulado este deseo cuando su camarada Werl, al que había visto caer a su lado en el campo de batalla, entró en su celda.

—¿Qué tal, hermano Schroll? Supongo que no esperabas mi visita…

—No, desde luego que no —respondió Rudolph, asombrado.

Su asombro estaba más que justificado, ya que al día siguiente de la batalla había visto con sus propios ojos cómo enterraban a Werl.

—Admito que la cosa resulta un poco extraña; pero no hay muchos cirujanos

como el que me devolvió a la vida. Me dejó como nuevo, puedo asegurártelo. Podría decirse sin exageración que es un mago. En realidad, es capaz de hacer muchas cosas que nadie sería capaz de explicar; y, a decir verdad, estoy convencido de que puede realizar milagros.

—Bien, me alegro mucho por ti, aunque todas sus artes no pueden hacerme ningún bien.

—¡Quién sabe, hermano, quién sabe! El hombre se encuentra en esta ciudad en estos momentos; por nuestra antigua amistad, le he hablado de ti; y me ha prometido que la suerte te será propicia con los dados, y que te verás libre de todo peligro.

—¡Ah! —exclamó el desmoralizado Rudolph—. Incluso eso me haría muy poco favor.

—¿Por qué? ¿Quieres explicármelo? —preguntó el otro.

—¿Por qué? Verás, aún en el caso de que existieran esos dados mágicos (cosa que pongo en duda), nunca me permitiría a mí mismo hacer caer sobre la cabeza de uno de mis camaradas la mala suerte que me estaba reservada.

—Bueno, supongo que a esto se le llama ser noble. Pero permíteme que te diga que en estos casos lo que cuenta en primer lugar es el propio pellejo.

—Ten en cuenta que uno de mis camaradas debe mantener a un padre anciano, y el otro a una esposa enferma con dos hijos.

—Schroll, si tu joven prometida te oyera, imagino que no se sentiría halagada, precisamente. ¿Merece la pobre Charlotte que no dediques un pensamiento a su felicidad? Un ser encantador, que cifra toda su dicha en ti, tiene más derecho a tu consideración que un viejo con un pie en la sepultura, o una esposa y dos hijos que no significan nada para ti. ¡Ah! ¡Cuánto bien podrías hacer en el curso de una larga vida con Charlotte! ¿De veras estás decidido a rechazar la posibilidad que te ofrezco? ¡Cuidado, Schroll! Si desprecias mi ofrecimiento, y la suerte fatal recae sobre ti, el pensar en la joven ilusionada a la que habrás traicionado añadirá una inconmensurable amargura al amargo momento 'de subir al patíbulo. Sin embargo, yo he descargado mi conciencia aconsejándote lo que considero mejor para ti. ¡Adiós!

—¡Un momento, hermano! —dijo Rudolph, que había quedado profundamente impresionado por las palabras de su camarada y por el cuadro de doméstica felicidad que había desplegado ante sus ojosjun cuadro que él mismo había imaginado con frecuencia—. Indudablemente, no niego que deseo vivir, si supiera recibir ese regalo del cielo: y eso no es imposible. Pero no quisiera tener sobre mi conciencia el peso de haber sido el culpable de la desgracia de otro. Sin embargo, si el hombre del que me hablas puede decirlo, me gustaría que le preguntaras quién de nosotros tres será el condenado. Aunque… no, no se lo preguntes —añadió Rudolph, suspirando profundamente.

—Ya se lo he preguntado —dijo Werl.

—*¡Ah! ¿De veras?* ¿Y al conocer su respuesta has venido a darme este consejo?

El sabor anticipado de la muerte llenó el lozano rostro de Rudolph de una lívida

palidez; gruesas gotas de sudor se acumularon en su frente; y el otro dijo, en tono burlón:

—Me marcho, tardas demasiado en decidirte. Tal vez me veas y me reconozcas mañana en el lugar de la ejecución; y, si es así, llevaré los dados conmigo; y ni siquiera entonces será demasiado tarde para que me hagas una seña; pero, toma nota de que no esperaré hasta el último minuto.

Rudolph levantó la frente de la palma de su mano, en la cual la había enterrado en los últimos momentos de su perturbación, y se disponía a contestar; pero su consejero se había marchado. Se sintió alegre, y al mismo tiempo pesaroso. Cuanto más pensaba en el hombre y en su aspecto, menos semejanza le encontraba con el amigo al que había dejado enterrado en el campo de batalla. Este último había sido siempre un alma afectuosa y cordial: todo lo contrario de su actual consejero. ¡No! El tono burlón e insultante que había utilizado al hablar con el desdichado prisionero, y lo descortés de su despedida, convencieron a Schroll de que Werl y él tenían que ser dos personas distintas. Y en aquel preciso instante le asaltó la idea, como un súbito relámpago, del libro negro que había sido destruido por el fuego y de su ominoso contenido. ¡Un afortunado lanzamiento de los dados! ¡Ah! Entonces, ésa era la forma bajo la que el tentador se había presentado. Y Rudolph se alegró con toda el alma de no haber cedido a sus sugerencias.

Pero su estado de ánimo fue cambiado rápidamente por su joven prometida, la cual le visitó poco después, sollozando y rodeándole el cuello con sus brazos. Rudolph le contó la propuesta que le habían hecho; y ella se asombró de que no la hubiera aceptado inmediatamente.

Sangrándole el corazón, Rudolph objetó que un ser tan maravilloso como ella no dejaría de encontrar la felicidad, aunque él se viera arrancado de sus brazos por el destino. Pero Charlotte protestó con vehemencia, jurando que, si no podía ser suya, no sería de nadie.

El capellán, que visitó a Rudolph inmediatamente después de marcharse Charlotte, le devolvió parte de la calma que le había robado la presencia de su prometida. «¡Bienaventurados los que mueren en el Señor!», dijo el clérigo de cabellos grises, con tanta unción, que aquella simple frase lenificó la mente del prisionero.

La mañana posterior a aquella noche de agitación, la mañana del día fatal, los tres prisioneros se vieron por primera vez desde su detención. Su suerte común y su prolongada separación contribuyeron a estrechar todavía más los lazos de amistad anudados en el campo de batalla. Cada uno de ellos manifestó su desconsuelo ante la odiosa necesidad de decidir la muerte de uno de sus camaradas con un lanzamiento de los dados que significara la propia salvación. En aquel momento decisivo, la hermandad forjada y puesta a prueba en el crisol de la guerra, triunfaba sobre todas las demás consideraciones. Cada uno de ellos prefería morir a escapar a costa de su camarada.

El capellán, que gozaba de toda su confianza, les encontró manifestando en voz alta aquella heroica decisión. Sacudiendo la cabeza, puntualizó que tenían la obligación de desear vivir el mayor tiempo posible, pero que debían conformarse a los designios de Dios, aceptando de buen grado su Divina Voluntad. «Él aportará la decisión a través de vuestras manos —les dijo—. Y no debéis pensar en atribuiros ese poder, ni creer que la decisión depende de unos instrumentos inanimados: los dados. Dios, y sólo Dios, sin cuyo permiso ningún gorrión cae al suelo, y que ha numerado los cabellos sobre vuestras cabezas, sabe mejor que nadie lo que es bueno para vosotros.»

Los prisioneros asintieron estrechando su mano, se abrazaron unos a otros y recibieron el sacramento en la mejor disposición de ánimo. Después de aquella ceremonia desayunaron juntos tan resignados, más aún, tan alegres como si la mañana lúgubre y sangrienta que se extendía delante de ellos fuese el preludio de un gozoso festival.

Sin embargo, cuando los guardianes les condujeron hacia la verja exterior y sus seres amados fueron autorizados a despedirse de ellos, todo su coraje pareció hundirse bajo el peso de su triste destino.

—¡Rudolph! —susurró al oído de su amado la desesperada Charlotte—. ¡Rudolph! ¿Por qué rechazaste la ayuda que te fue ofrecida?

Él la conjuró a que no hiciera más amargos aquellos instantes que podían ser los de su definitiva separación; y ella a su vez le conjuró a que hiciera la seña al desconocido que se había mostrado dispuesto a salvarle, suponiendo que lograra localizarle entre la multitud.

Las calles y las ventanas estaban atestadas de espectadores. Los condenados trataban inútilmente, uniéndose al capellán en sus plegarias, de escapar a los pensamientos que aquellas calles y aquellas gentes, a las que quizás veían por última vez, les inspiraban. La espaciosa casa del padre de su prometida le recordó a Schroll una felicidad que ahora había perdido para siempre, si podía prestarse crédito a las palabras de su consejero del día anterior. El capellán, que estaba enterado de las circunstancias de su caso, y en consecuencia sospechó el motivo de su repentina agitación, le cogió del brazo y le dijo, con voz fírme, que el que confiaba en Dios vería cumplidas con toda seguridad sus *justas* esperanzas: en este mundo, si ésa era la voluntad de Dios, o en un mundo mejor, en caso contrario.

Aquéllas fueron palabras de consuelo: pero su efecto sólo duró unos instantes. Al otro lado de las murallas de la ciudad, sus ojos contemplaron el patíbulo ya levantado; un espectáculo que resucitó sus esperanzas y temores terrenales. Dirigió una apresurada mirada a su alrededor: pero en ninguna parte pudo ver a su visitante de la noche anterior.

A cada instante la decisión estaba más próxima. Había empezado. Uno de los tres había sacudido el cubilete; tiró el dado; sacó un seis. El resultado fue anotado entre el solemne silencio de la multitud. Los espectadores le miraron con una silenciosa

felicitación en sus ojos, ya que aquel hombre y Rudolph eran objeto especial de la compasión popular: aquel hombre, como marido y padre; Rudolph, como el más joven y el más guapo, y porque se había esparcido el rumor de que era un joven que había recibido una educación superior y pertenecía a una excelente familia, aunque ahora fuese su único representante.

Rudolph era el más joven en un doble sentido; el más joven en años, y el más joven en el servicio: por ambos motivos sería el último en lanzar el dado. En consecuencia, puede suponerse cómo temblaron muchos de los presentes por el pobre delincuente, cuando el segundo de sus camaradas sacó también un seis.

Rudolph quedó anonadado. Por segunda vez, dirigió una aterrorizada mirada a su alrededor. Su desésperación era tan evidente, que un estremecimiento recorrió a los espectadores.

«No tengo salvación —pensó Rudolph—. Nadie puede salvarme ya. Y suponiendo que alguien pudiera hacerlo, ya es demasiado tarde: ya no es posible cambiar el dado.»

Su mano agarró convulsivamente el dado fatal; y, antes de lanzarlo, tuvo la impresión de que el dado estaba partido por la mitad.

Durante la breve explosión de asombro general que siguió a aquel extraño accidente, miró de nuevo a su alrededor. Su sobresalto se confundió con su alegría: no lejos de él, vestido de buhonero, se encontraba Theiler sin un rasguño, el camarada cuya cabeza había sido arrancada en el campo de batalla por un obús. Rudolph se apresuró a guiñarle un ojo, ya que ahora no le cabía ninguna duda acerca de con quién estaba tratando, pero la terrible realidad del momento aniquiló sus mejores resoluciones.

La comisión militar estaba desconcertada. No había sido previsto un accidente tan extraño y, en consecuencia, no había otro dado a mano. Estaban a punto de enviar a un mensajero para que trajera uno, cuando el buhonero se adelantó y ofreció un dado a uno de los oficiales de la comisión. El auditor lo examinó, lo aprobó y se lo entregó al desdichado Rudolph; éste agitó el cubilete y lanzó el dado: ¡otra vez un seis!

En vista del empate, había que repetir las tiradas. Así se hizo. Y Weber, el marido de la esposa enferma, el padre de los dos hijos semidesnudos, sacó el número más bajo.

Inmediatamente se oyó la voz del oficial colocando a sus hombres en posición. Por parte de Weber tampoco hubo demora. El daño que había causado a su esposa y a sus hijos al incurrir en un grave delito era demasiado grande para que deseara meditar en él. Estrechó apresuradamente la mano a sus dos camaradas, se dirigió a su puesto y se arrodilló. Resonó la voz de mando: «Inclinen sus mosquetes»; cayó el pañuelo fatal y, en un abrir y cerrar de ojos, dieciséis proyectiles habían aligerado el corazón del pobre amotinado de su inconmensurable peso de angustia.

Todas las felicitaciones con que fueron acogidos a su regreso a la ciudad resbalaron por los oídos de Rudolph. El hombre que creía haber sacrificado a su

camarada a través de un pacto con el diablo, apenas pudo corresponder a las muestras de afecto que le prodigaba Charlotte.

La porfía de Charlotte prevaleció sobre todas las objeciones que el orgullo de su anciano padre formuló contra un yerno que había sido condenado a la pena capital. Se celebró la boda; pero, durante el banquete nupcial, entre la alegría y los parabienes de los invitados, las partes principalmente afectadas no se sentían felices ni tranquilas. Poco después murió el suegro, y su muerte situó a la joven pareja en un estado de completa independencia; pero la fortuna de Charlotte, y el resto de lo que Rudolph había heredado de su padre, quedó rápidamente devorado por una vida de lujo y de ociosidad. Rudolph empezó a alejarse de su esposa. Para huir de su propia conciencia, se sumió en una vida disoluta; y es de notar que, del más violento aborrecimiento a todo lo que pudiera recordarle su fortuna con el dado en aquel momento decisivo, pasó gradualmente a alimentar una pasión tan incontrolable por el juego de dados, que pasaba todo su tiempo en compañía de aquellos que podían ayudarle a satisfacer tal pasión. Hacía mucho tiempo que su casa había dejado de pertenecerle; en ninguna parte se hubiera encontrado a un alma dispuesta a prestarle un chelín. La viuda de Weber y sus dos hijos, a los que hasta entonces había mantenido, perdieron su hogar y sus medios de vida, y en un corto espacio de tiempo la misma suerte cayó sobre él mismo, su esposa y su hijo.

Poco acostumbrado al trabajo para alimentar alguna esperanza de mejorar su condición por aquel medio, un día se recordó a sí mismo que el Instituto Médico solía comprar, en vida, los cuerpos de personas pobres, de los que se haría cargo una vez fallecieran. Se dirigió a aquel establecimiento; y los estragos en su aspecto personal y en su salud, producidos por su vida disipada, contribuyeron notablemente a que fuese aceptada su oferta.

Pero el dinero así obtenido, que estaba destinado a alimentar a su esposa y su hijo semihambriento, fue derrochado en la mesa de juego. Mientras su último dólar se desvanecía, Schroll mordió furiosamente uno de los dados. En aquel preciso instante oyó unas palabras susurradas a su oído:

«Calma, hermano, calma. No todos los dados se parten por la mitad como aquel del patíbulo.»

Schroll miró a su alrededor, muy excitado, pero no vio ni rastro de alguien que pudiera haber pronunciado aquellas palabras.

Maldiciéndose a sí mismo y a aquéllos con los cuales había estado jugando, salió del casino y se encaminó hacia la destartalada buhardilla donde su esposa y su hijo esperaban su regreso y su socorro; pero las pobres criaturas, atormentadas por el hambre y por el frío, le apremiaron con tanta insistencia que el único medio que encontró para librarse de sus exigencias fue huir de su lado. Pero, ¿adonde podía ir a aquella hora de la noche, cuando en todas las cervecerías era conocida su extrema pobreza? Vagando al azar, se encontró finalmente en el cementerio. La luna brillaba solemnemente entre las silenciosas nubes. Rudolph se estremeció pensando en sí

mismo y en su propia existencia. Pasó con estallidos de risa sobre las moradas de los desaparecidos, y penetró en una bóveda que le protegía de las heladas rachas de viento que ahora empezaban a soplar con más fuerza que antes. La luna proyectó sus rayos sobre la dorada leyenda inscrita en la pared de la bóveda: *«!Bienaventurados los que mueren en el Señor!»* Schroll cogió una azada que estaba en el suelo y golpeó furiosamente con ella las doradas letras de la pared, pero parecían indestructibles; y se disponía a atacarlas con un podón, cuando de repente una mano le tocó en el hombro y una voz le dijo:

—Calma, camarada; tus motivos de preocupación han dejado de existir.

Schroll profirió una exclamación de terror, ya que en aquellas palabras reconoció la voz de Weber, y, volviéndose en redondo, vio efectivamente a aquella persona.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Rudolph—. ¿A qué has venido?

—A consolarte —respondió la figura, que súbitamente asumió la forma y la voz del buhonero con el que Schroll estaba en deuda por el dado afortunado—. Te has olvidado de mí, y en consecuencia te ha perseguido la desgracia. Anímate y saluda al amigo que viene a hacerte de nuevo feliz.

—Si *ése* es tu propósito, ¿por qué ha adoptado una forma ante la cual, de todas las que han existido en la tierra, tengo más motivos para estremecerme?

—Porque no debo conceder a ningún hombre mi ayuda en unas condiciones demasiado fáciles. Antes de que mi dado cambiara tu suerte, me vi obligado a hacerte objeto de ciertas intimaciones a fin de que supieras con quién estabas tratando.

—Entonces, ¿con quién estaba tratando? —exclamó Schroll, con los ojos muy abiertos y los cabellos erizados.

—Lo sabías, camarada, en aquella ocasión; lo sabes en este momento —dijo el buhonero, riendo y dándole una palmada en el hombro—. Pero, ¿qué es lo que deseas?

Schroll luchó interiormente; pero, vencido por su miserable condición, se apresuró a decir:

—Dados: desearía poseer unos dados que ganaran siempre a voluntad mía.

—Muy bien; pero ante todo apártate de esa dorada leyenda de la pared; es una leyenda que no tiene nada que ver contigo. Aquí están los dados. Procura conservarlos siempre en tu poder; el perderlos podría acarrearte serios perjuicios. Cuando me necesites, enciende una fogata al sonar la última campanada de la medianoche; tira mis dados a ella y ríete en voz alta. Los dados crujirán un par de veces y se partirán por la mitad. En aquel momento, sácalos de entre las llamas; pero no dejes que pase el instante, o estarás perdido. Y no permitas que tu ánimo desfallezca ante las visiones que me veo obligado a enviar por delante de mí antes de aparecer yo mismo. Finalmente, evita escoger un día festivo para tu trabajo; y permanece alejado de la bendición de los sacerdotes. Toma los dados.

Schroll cogió los dados con una mano, mientras se cubría los ojos con la otra. Cuando volvió a alzar la mirada, estaba solo.

Abandonó el cementerio para volver con la mayor rapidez posible a la casa de juego, donde aún era visible la luz de las velas. Le costó mucho trabajo conseguir que un «amigo» le prestara el dinero suficiente para hacer la puesta más baja que las reglas del juego permitían. En cambio, le resultó mucho más fácil convencer a los jugadores para que utilizaran los dados que él había traído. Sólo vieron en ello una superstición bastante corriente, y ninguna posibilidad de impostura, ya que todos tirarían con los mismos dados. Pero la naturaleza del hechizo consistía precisamente en que sólo el dueño de los dados se beneficiaba de sus poderes sobrenaturales; en consecuencia, al romper el día, Schroll, cargado con el dinero de todos los presentes, regresó a la buhardilla donde Charlotte y su hijo estaban medio muertos de hambre y de frío.

Su situación mejoró inmediatamente. El dinero que Schroll había ganado fue suficiente, no sólo para sus necesidades más perentorias, sino también para alquilar un buen apartamento y para resevar una buena suma para una puesta considerable.

Con aquella suma, y vestido con más decencia, Rudolph se presentó en un casino de más categoría y salió de él al cabo de unas horas cargado de oro.

Rudolph se decidió a abrir un casino por su cuenta; y hasta tal punto mejoró la apariencia exterior de su familia en unas cuantas semanas, que la policía empezó a interesarse por sus actividades.

Esto le indujo a abandonar la ciudad, y a cambiar de residencia continuamente. Recorrió todos los balnearios de Alemania; pero, aunque sus dados mantenían perseverantemente su suerte, Rudolph no reunía nunca una suma respetable de dinero. Todo lo que ganaba era derrochado en la vida de disipación que llevaban su familia y él mismo.

Finalmente, en el Balneario de…, la suerte empezó a cambiar. Una violenta pasión por una hermosa y joven dama a la que Rudolph había asediado inútilmente en bailes, conciertos, e incluso en la iglesia, obnubiló súbitamente su razón. Una noche, cuando Schroll (que ahora se hacía llamar Capitán von Schrollhausen) estaba anticipando una jugada maestra de sus dados, probablemente con el propósito de ganarse a la dama desplegando ante ella un emporio de riqueza y de esplendor, los dados perdieron su virtud y le fallaron sin previo aviso. Hasta entonces, sólo habían perdido cuando él quería que perdieran: pero, en esta ocasión, fallaron en un momento tan crucial que Rudolph perdió, no sólo todo su dinero, sino también una importante suma que pidió prestada.

Espumeando de rabia, llegó a su casa. Preguntó furiosamente por su esposa: había salido. Examinó los dados atentamente, y le pareció que no eran los suyos. Una fuerte sospecha se apoderó de él. Madame von Schrollhausen tenía su propio círculo de juego, lo mismo que él. Sin traicionar su origen, Rudolph le había hecho ocasionalmente alguna demostración del privilegio unido a sus dados; y ella había insistido más de una vez para que le permitiera utilizarlos durante una sola velada. Es cierto que Rudolph no se separaba nunca de ellos, ni siquiera cuando se acostaba:

pero era posible que los hubiesen cambiado mientras dormía. Cuanto más rumiaba su sospecha, más intensa se hacía: de ser apenas posible, se convirtió en probable: de la probabilidad maduró a la certeza; y ésta recibió plena confirmación cuando Charlotte regresó a casa más alegre que nunca, y le anunció que aquella noche se había visto favorecida por una racha extraordinariamente afortunadamente; en prueba de lo cual, derramó sobre la mesa una suma considerable en monedas de oro.

—Y ahora —añadió, riendo—, tus dados ya no me interesan; a decir verdad, no los cambiaría por los míos.

Rudolph, viendo confirmadas sus sospechas, reclamó los dados que Charlotte le había sustraído. Ella se echó a reír y calificó de absurda la reclamación de su marido. Rudolph insistió con más vehemencia; ella replicó acaloradamente; los dos estaban excitados; hasta el punto de que, ciego de rabia.

Rudolph cogió un cuchillo y apuñaló a su esposa; el cuchillo atravesó su corazón; Charlotte profirió un leve gemido, se agitó unos instantes, y expiró.

«¡Maldito accidente!», exclamó Rudolph al descubrir, tras un cuidadoso examen, que los dados que Charlotte llevaba en su bolso no eran los que él sospechaba haber perdido.

Nadie había sido testigo del asesinato: el niño no se había despertado: pero las circunstancias hicieron que llegara a conocimiento del casero; y, por la mañana, se disponía a denunciarlo. Sin embargo, Rudolph logró comprar el silencio del hombre, comprometiéndose a entregarle una gran suma de dinero y, además, a casarse con su hija, con la que desde hacía tiempo mantenía relaciones ilícitas. De acuerdo con este arreglo, se notificó públicamente que Madame von Schrollhausen se había suicidado bajo los efectos de un repentino ataque de hipocondría. Desde luego, no faltaron los que acogieron la noticia con escepticismo; pero nadie estaba suficientemente interesado por la persona asesinada para reclamar que el asunto se investigara a fondo.

Un hecho que en aquellos momentos preocupó más a Rudolph que el asesinato de la que en otro tiempo fue su amada esposa, fue la plena confirmación de que sus dados habían perdido su poder. Ya que perdió en el juego dos días seguidos, y unas sumas tan importantes que se vio obligado a huir, aprovechando una noche de niebla. Su hijo, al que amaba con más intensidad a cada día que pasaba, tuvo que quedarse con el casero, en prenda de su regreso y del cumplimiento de sus promesas. No hubiese huido de haber podido conjurar a su enigmático consejero inmediatamente; pero se veía en la necesidad de aplazar el conjuro, ya que al día siguiente se celebraba la gran fiesta de Pentecostés. Quedándose, se obligaba a inventar pretextos para la demora en pagar sus deudas; en tanto que, cuando regresara con una suma de dinero suficiente para liquidarlas, todas las sospechas quedarían acalladas.

En la metrópoli de un territorio contiguo, al cual se trasladaba con tanta frecuencia que incluso mantenía allí un alojamiento, pasó el domingo de Pentecostés con impaciencia, y decidió conjurar y conversar con su consejero aquella misma

noche. A pesar del temor que le inspiraba la posibilidad de un retraso, su ansiedad fue en aumento a medida que se acercaba la medianoche. Estaba solo en su apartamento, y había dejado a su criado en el balneario, pero mucho antes de medianoche le pareció oír rumor de pasos y susurros a su alrededor. Recordaba, además, que su malvado consejero había considerado necesario exhortarle para que no flaqueara su coraje… Sin embargo, no tenía otra alternativa. En consecuencia, cuando sonó la última campanada de las doce, prendió fuego a la leña que había preparado en el hogar, y arrojó los dados a las llamas, al tiempo que estallaba en una carcajada que resonó horriblemente en el vacío vestíbulo y en la escalera. Confuso y medio sofocado por el humo que acompañaba a las rugientes llamas, permaneció inmóvil unos instantes. Súbitamente, todos los objetos que le rodeaban parecieron cambiar, y Rudolph se encontró trasladado a la casa de su padre. Su padre estaba tendido en su lecho de muerte, y mostraba en sus labios la misma expresión de súplica y de angustia con la que le había acogido el día de su muerte. De nuevo extendió sus brazos con un gesto de amor y de piedad hacia su hijo bienamado; y de nuevo pareció expirar en el acto.

Schroll quedó impresionado por el cuadro, que venía a recordarle los planes de rectitud que se había trazado durante aquel período de su vida. En aquel momento, los dados crujieron por primera vez, y Schroll volvió su rostro hacia las llamas. Por segunda vez, el humo se espesó para formar un segundo cuadro. Se vio a sí mismo el día anterior a la escena del patíbulo, sentado en su celda. El capellán estaba con él. Por la expresión de su rostro parecía estar diciendo: «Bienaventurados los que mueren en el Señor». Rudolph pensó en su disposición de ánimo en aquel momento, en las esperanzas que el capellán había despertado en él, y en la sensación que le invadió de que valía la pena ir a reunirse con su padre… El siguiente crujido del dado cambió la escena… pero la que la substituyó no era más consoladora. Ya que ahora apareció una madriguera de ladrones, en la cual la desdichada viuda de Weber estaba maldiciendo a sus hijos, los cuales, desprovistos de todo apoyo, de todo consejo, de toda protección, se habían adentrado por el mal camino. En último término se erguía el ensangrentado padre de aquellos pobres niños, con una mano extendida hacia Schroll en un gesto de amenaza, y la otra levantada hacia el cielo impetrando que cayera sobre Rudolph el rayo de la justicia divina.

Al tercer crujido del dado, el humo se convirtió en la figura de su asesinada esposa, la cual se sentó junto al hogar; y junto a ella, con horrorizada incredulidad, Rudolph vio a su difunto padre y al desdichado Weber; y los tres susurraban entre ellos en voz baja, y proferían gemidos que agitaron a Rudolph con un misterioso terror.

Tras largas y espantosas visiones, Rudolph vio que las llamas se debilitaban. Se acercó. Las figuras que rodeaban el fuego tendieron sus manos hacia él en actitud amenazadora. ¡Un momento más y el tiempo habría transcurrido para siempre, y Rudolph, tal como su falso amigo había asegurado, estaría perdido definitivamente!

Con el valor de la desesperación, pasó a través de la niebla de las amenazadoras figuras y cogió los ardientes dados, que al contacto de sus dedos se partieron súbitamente con un horrible sonido, ante el cual las apariciones se desvanecieron.

El maligno consejero apareció en esta ocasión vestido de sepulturero, y preguntó en tono burlón:

—¿Qué quieres de mí?

—Quería recordarte tu promesa —respondió Schroll, retrocediendo con espanto —. Tus dados han perdido su poder.

—¿Por culpa de quién?

Rudolph permaneció silencioso y se cubrió los ojos para hurtarlos a las relampagueantes miradas de aquel ser diabólico.

—Tus locos deseos te impulsaron a asediar a aquella hermosa joven incluso en la iglesia; olvidaste mis palabras; y la bendición del sacerdote, contra la cual te advertí, despojó a los dados de su poder. En el futuro, procura no olvidar mis instrucciones.

Tras pronunciar aquellas palabras, desapareció. Y Schroll encontró tres dados nuevos sobre el hogar.

Después de aquellas escenas, no cabía pensar en dormir; y Rudolph decidió, si era posible, probar sus dados aquella misma noche. En el hotel se celebraba un baile, al cual había sido invitado, y esto parecía ofrecerle una excelente oportunidad. Efectivamente, allí encontró a un grupo de jugadores. Los dados respondieron plenamente a sus esperanzas, y al romper el día disponía del dinero suficiente para regresar al balneario y rescatar a su hijo y a su palabra de honor.

El hecho de que últimamente hubiese perdido tan elevadas sumas de dinero fue una especie de cebo que le permitió recuperarse con creces. Llegó a ser considerado como uno de los caballeros más ricos del lugar; con esta reputación, y su condición de viudo, podía haber aspirado con posibilidades de éxito a la conquista de la joven dama a la que antes había perseguido, ya que su padre sentía un gran respeto por la riqueza, que era lo único que exigía de cualquier candidato a la mano de su hija. Pero, con todo su dinero, Rudolph no pudo comprar su libertad y tuvo que cumplir la palabra empeñada a la hija de su casero… una mujer despreciable en todos los sentidos. Seis meses después de la muerte de su primera esposa, se casó con ella.

Desde el primer día, su segunda esposa se dedicó ávidamente a derrochar la nueva fortuna acumulada por Rudolph. Separarse de ella era uno de sus más vehementes deseos. Sin embargo, no se aventuró a expresarlo por segunda vez, delante de su suegro, ya que en la única ocasión en que sugirió aquel propósito, su suegro le fulminó con las más terribles amenazas. El asesinato de su primera esposa era la cadena que le ataba a la segunda. El hijo que su primera esposa le había dado, muy parecido a ella en sus facciones y en los rasgos negativos de su carácter, era su único consuelo, suponiendo que su mente perturbada le permitiera en algún momento saborear el consuelo.

Para poner a salvo al muchacho de las nocivas influencias de los numerosos

malos ejemplos que le rodeaban, su padre había decidido hacerle ingresar en una escuela de acreditada reputación. Pero Madame von Schrollhausen, cuyo amor al boato y a la exhibición la inducían a aprovechar ávidamente el menor pretexto para organizar una *féte,* había invitado a un numeroso grupo de personas la víspera del día en que el muchacho debía emprender la marcha. Después de cenar, se organizó una partida de dados, de cuyos extraordinarios poderes su propietario se estaba aprovechando con más celo que de costumbre, ya que acababa de invertir todo el dinero de que disponía en la compra de una finca rústica. Uno de los huéspedes, tras perder sumas muy considerables en una ininterrumpida racha de mala suerte, tiró los dados sobre la mesa con tanta rabia que uno de ellos cayó al suelo. Los criados empezaron a buscarlo, y el muchacho les acompañó en la búsqueda. Al no encontrarlo, se incorporó, y al hacerlo pisó el dado y resbaló, cayendo con tanta violencia contra el borde de la estufa que murió al cabo de unas horas a consecuencia de la herida recibida en la 'cabeza.

Aquel accidente impresionó profundamente al padre. Pasó revista a toda su vida a partir del momento en que los dados llegaron a su poder; todas sus desgracias procedían de ellos: ¿cómo podría liberarse de su maldita influencia? Sumido en estos pensamientos, Schroll salió de su casa al atardecer y echó a andar a través de la ciudad. Al llegar a un puente solitario en las afueras, contempló las oscuras aguas que, desde abajo, parecían atraerle con una irresistible fascinación.

«¡Sea, pues!», exclamó.

Pero, en vez de encontrar su tumba en las aguas, se sintió poderosamente atrapado por la zarpa de un hombre, al que, por su sarcástica risa, reconoció como su maligno consejero. El hombre le arrastró fuera del puente y le dijo:

—¡No, amigo mío! El que hace un pacto conmigo, se verá librado de la muerte, incluso a pesar suyo, hasta que yo decida lo contrario.

Medio loco de desesperación, a la mañana siguiente Schroll salió de la ciudad con una pistola cargada. La primavera lucía en todo su esplendor: flores primaverales, brisas primaverales, y ruiseñores. Pero la mente de Schroll estaba llena de invierno. Una caravana de feriantes que se dirigían a un pueblo vecino pasó junto a él. Uno de los hombres, compadecido de su lastimoso aspecto, se acercó a preguntarle qué le sucedía en un tono de sincera compasión. Al mismo tiempo, Schroll oyó que otros dos feriantes comentaban: «¡Vaya tipo sospechoso! No me gustaría encontrarme a solas con él en un camino.» Rudolph dirigió una furiosa mirada a aquellos hombres, se separó de su compasivo compañero con un ferviente apretón de manos y se adentró por un solitario sendero del bosque. Al llegar al primer recodo disparó la pistola. Y he aquí que el hombre que le había hablado con tanta amabilidad aparece caído en el suelo, en medio de un charco de sangre, de su propia sangre, en tanto que Rudolph está ileso. En aquel momento, mientras contemplaba con una expresión de incredulidad al hombre asesinado, Schroll notó que le agarraban por detrás. Le pareció encontrarse ya en manos del verdugo. Sin embargo, al volverse en redondo,

no supo si alegrarse o enfurecerse al ver a su diabólico consejero vestido de sepulturero.

—Amigo mío —dijo el sepulturero—, si no puedes resignarte a esperar la muerte hasta que yo te la envíe, me veré obligado a arrastrarte a *aquello* de lo que empecé salvándote: una ejecución pública. Pero, incluso así, no pienses que vas a escapar de mí. Después de muerto, volverás a ser mío.

—Entonces —inquirió el desdichado Rudolph—, ¿quién es el asesino del pobre feriante?

—¿Quién? ¡Vaya pregunta! ¡Tú mismo! ¿Acaso no has sido tú quien ha disparado la pistola?

—Sí, pero apuntando a mi propia cabeza…

El sepulturero rió de un modo que heló la sangre en las venas a Schroll.

—Entiende esto de una vez, amigo: aquél cuya suerte tengo en mis manos, no puede anticiparse a ella por su propia voluntad. Por esta vez, dejaré que escapes del patíbulo. Para obligarte una vez más, echaré un velo sobre este asesinato.

Y el sepulturero empezó a cavar una tumba para el cadáver, mientras Schroll se alejaba… más por deseo de huir de la odiosa presencia en la cual se encontraba que de escapar al castigo de su crimen.

Viendo por casualidad a un prisionero en la prevención, los pensamientos de Schroll derivaron hacia su propio confinamiento.

«Cuánto mejor hubiese sido para mí y para Charlotte que me hubiera negado a aceptar la vida en tales condiciones, y que hubiere escuchado el consejo de mi buen asesor espiritual».

Entonces, una idea súbita le asaltó: la de ir en busca del anciano capellán, para explicarle toda la historia y la situación en que se encontraba. Le dijo a su esposa que unos asuntos particulares exigían su presencia por unos días en la ciudad de… Pero, a pesar de sus esfuerzos, no logró persuadirla para que no le acompañara.

Durante el viaje, le atormentó la idea de que el capellán, que ya era de edad avanzada cuando le asistió en aquella memorable ocasión, podía haber fallecido. Pero al entrar en la ciudad le vio andando por la calle, e inmediatamente se sintió más tranquilo de lo que había estado en todos los últimos años. El venerable aspecto del anciano afirmó todavía más su decisión de confiarse a él por entero, explicándole lo que había sido su vida; con una sola salvedad: el asesinato de su primera esposa, que había decidido ocultarle, ya que, con toda su penitencia por él, el acto estaba ahora más allá de toda posibilidad de reparación.

Al principio, el piadoso clérigo se negó a creer el relato de Schroll; pero, convencido al final de que estaba tratando con un alma herida y no con una mente desordenada, se esforzó en prestar a Rudolph los consuelos religiosos que su carácter filantrópico y su larga experiencia le sugirieron como más eficaces. Ocho días de conversación con el capellán devolvieron a Schroll la esperanza de un futuro menos miserable. Pero, cuando se separaron, el buen hombre le advirtió que debía abstenerse

de todo aquello que de algún modo pudiera contribuir a mantener aquélla impía conexión.

Schroll sabía que en este último capítulo estaban incluidos los dados; y decidió firmemente que su primera medida al regresar a casa sería la de enterrar en un lugar inaccesible aquellos malditos trebejos que sólo podían acarrear desgracias al que los poseyera. Al entrar en la posada se encontró con su esposa, que se hallaba de un humor excelente y prodigaba generosamente las risas. Rudolph inquirió el motivo.

—No voy a decírtelo —dijo ella—. Tú te has negado a comunicarme la clase de negocio que te ha traído aquí; pues bien, yo también tengo mis secretos. Lo de dejarme sola durante una semana en una posada, es una amabilidad a la que el matrimonio conduce de un modo natural. Pero, permíteme que te diga que el haber viajado hasta aquí sin más propósito que el de perder el tiempo charlando con un viejo capellán, es un capricho que no justifica el dinero que nos costará.

—¿Quién te ha dicho que he pasado el tiempo con un viejo capellán? —preguntó el asombrado Schroll.

—¿Quién me lo ha dicho? Mira, dime qué negocio te traes con el capellán, y a cambio te diré quién me lo ha dicho. Puedo asegurarte, sin embargo, que el caballero que me ha informado es mil veces más guapo y un compañero mucho más interesante que ese viejo carcamal con un pie en la sepultura.

Todos los esfuerzos de Madame von Schrollhausen para excitar la curiosidad de su marido resultaron ineficaces para arrancarle su secreto. Al día siguiente, en su viaje de regreso, ella repitió sus tentativas. Pero Schroll las resistió todas a pie firme. Su decisión fue sometida a una prueba más dura cuando, al llegar a casa, se encontró con las facturas de los vestidos y de las joyas que su esposa había adquirido. No le quedaba otro recurso que el de vender sin dilación la finca rústica que había comprado recientemente. Una declaración en este sentido fue muy mal acogida por su esposa.

—¿Vender la finca? —dijo—. ¿Vender el único recurso que me quedará cuando mueras? Me gustaría conocer el motivo… Sobre todo, teniendo en cuenta que con unas cuantas tiradas de tus dados puedes pagar esas bagatelas. Al fin y al cabo, el pago de esas facturas no es un asunto de vida o muerte: si no las pagas hoy, las pagarás mañana…

Pero Schroll declaró con la mayor firmeza que nunca más volvería a jugar.

—¿Lo dices en serio? ¡Vaya, vaya! Entonces, tendré que suponer que es verdad lo que me dijeron: que los escrúpulos de conciencia te impulsaron a visitar al viejo capellán… Y, por lo visto, te impuso como penitencia que te abstuvieras absolutamente de toda clase de juegos. Cuando me lo dijeron me pareció imposible y me negué a creerlo, ya que en tus circunstancias lo juzgaba absurdo e irracional.

—Mi querida muchacha —dijo Schroll—, considera…

—¿Considerar? —le interrumpió Madame von Schrollhausen—. ¿Qué es lo que hay que considerar?

Y, recordando al galante caballero que había conocido en la posada, sugirió por primera vez una separación.

—Me parece muy bien —se apresuró a decir su marido—. Estoy completamente de acuerdo.

—Y yo también estoy de acuerdo —intervino su suegro, que se reunió con ellos en aquel preciso instante—. Pero ten en cuenta que lo primero que tendrás que hacer será entregarme una suma de dinero que me permita mantener decorosamente a mi hija; en caso contrario…

Se llevó a Schroll aparte y, con la antigua amenaza de denunciar el asesinato, le desalentó hasta el punto de que el desdichado terminó por acceder a sus exigencias.

En consecuencia, tuvo que recurrir una vez más a los dados; aunque únicamente con el propósito de obtener la separación; en cuanto la consiguiera, Schroll se proponía buscar cualquier otro medio de vida, aunque tuviera que emplearse como simple jornalero.

Cuando al fin reunió la suma estipulada, a falta solamente de unos centenares de dólares, Schroll empezó a buscar algún pozo abandonado para arrojar a él los dados y rellenarlo después; ya que incluso un río le parecía un escondite poco seguro para tales instrumentos de desgracia.

La noche en que iba a obtener lo que le faltaba para completar la suma —una noche que Schroll había esperado con amarga ansiedad—, se sintió anormalmente deprimido. Le trastornaba de un modo especial el semblante de un desconocido, que durante varios días seguidos había perdido unas sumas considerables. El hombre se hacía llamar Stutz; pero se parecía como una gota de agua a otra a su antiguo camarada Weber, ajusticiado aquel día fatal, y sólo difería de él en la lozanía que presta la juventud. Apenas se había recobrado de la impresión que le produjo aquel espectáculo, cuando ocurrió un segundo acontecimiento. Alrededor de medianoche se presentó otro hombre, al que nadie conocía, y acercándose a la mesa de juego interrumpió la partida contando algo que, según él, acababa de suceder. Un hombre, dijo, había hecho un trato con alguien a quien suele llamarse el Maligno, y gracias a aquel pacto había obtenido una ininterrumpida racha de buena suerte en el juego.

—Bien, supongo que no van a creerlo —continuó— pero el caballero en cuestión empezó a arrepentirse de aquel pacto; quiso romperlo, en una palabra. Pero, antes de que la ruptura fuese definitiva, decidió reunir cierta suma de dinero. ¡Pobre idiota! No sabía con quién estaba tratando: el Maligno, como suelen llamarle, no era hombre que se dejara burlar de aquel modo. No, amigos míos. No se dejó burlar, y atrapó al fullero en el preciso instante en que se disponía a embolsarse los últimos dólares de la suma deseada.

Los presentes celebraron con tales risas aquel relato, que suponían inventado, que Madame von Schrollhausen se sintió atraída por ellas desde la habitación contigua. Le repitieron la historia; y quedó tanto más deleitada por ella por cuanto reconoció en el narrador al galante caballero que había conocido en la posada. Todo el mundo rió

de nuevo, excepto dos personas: Stutz y Schroll. El primero había perdido todo el dinero que contenía su bolsa; y el segundo estaba tan desconcertado por el relato, que no podía apartar los ojos del desconocido. Su consternación aumentó al observar que el semblante del desconocido parecía transformarse a cada instante, y que nada permanecía inalterado salvo la fría expresión de inhumano escarnio con que le miraba.

Al final no pudo soportarlo por más tiempo; dijo que era muy tarde, que Mr. Stutz estaba perdiendo demasiado dinero, y que era preferible interrumpir aquella mala racha y aplazar la partida hasta el día siguiente. Y, al decirlo, se guardó los dados en un bolsillo.

—¡Un momento! —dijo el desconocido caballero.

Y su voz heló la sangre en las venas de Schroll, ya que acababa de reconocer al dueño de aquel tono terrible y de aquellos terribles ojos.

—¡Un momento! —repitió—. ¡Saque sus dados!

Con mano temblorosa, Schroll los depositó sobre la mesa.

—¡Ah! ¡Lo que imaginaba! —dijo el desconocido—. ¡Están cargados! —Sacó un martillo de uno de sus bolsillos, golpeó uno de los dados y lo partió por la mitad—. ¡Mire! —le dijo a Stutz, mostrándole el dado roto, que efectivamente parecía estar cargado con plomo.

—¡Maldito impostor! —exclamó el joven, mientras Schroll se disponía a abandonar la estancia presa de la mayor confusión; y le lanzó a la cabeza los dados, uno de los cuales se introdujo en su ojo derecho.

Se produjo un gran tumulto; se presentó la policía; y Stutz fue detenido, mientras la herida de Schroll asumía un cariz muy peligroso.

Al día siguiente, Schroll se vio acometido por una violenta fiebre. Preguntó repetidamente por Stutz. Pero Stutz había sido incomunicado, ya que se descubrió que viajaba con documentos falsos. Acabó confesando que era uno de los hijos del ajusticiado Weber; que su madre enferma había fallecido poco después de la ejecución de su padre; y que él mismo y su hermano, abandonados a sus propias fuerzas, se habían deslizado por el mal camino.

Al enterarse de esta noticia, Schroll empeoró rápidamente; y confesó a un joven capellán toda su desdichada historia. Alrededor de medianoche reclamó de nuevo la presencia del capellán. Éste se presentó. Pero, al verle, Schroll extendió las manos, horrorizado, instándole sin palabra a que saliera de la habitación; sin embargo, antes de que el capellán atendiera a sus desesperadas señas, Schroll expiró en medio de horribles convulsiones.

Por el horror que le inspiró el ver al joven capellán, y por el asombro del propio capellán al presentarse y oír que había sido visto ya en la alcoba del enfermo, se llegó a la conclusión de que alguien había asumido su figura con propósitos diabólicos. Los dados y el desconocido caballero desaparecieron al mismo tiempo que su infortunada víctima, y nunca más volvió a vérseles.

LA MORTAJA DE HIERRO

Anónimo

EL castillo del Príncipe de Tolfi estaba edificado en la cumbre de la alta y escarpada roca de Scylle, y dominaba un espléndido panorama de Sicilia en toda su grandeza. Allí eran confinados, durante las guerras de la Edad Media, cuando las feraces llanuras de Italia eran devastadas por facciones hostiles, aquellos prisioneros por cuyo rescate se pedía un elevado precio. Allí también, en una mazmorra excavada en la sólida roca, era emparedada la víctima perseguida por la venganza: por la vehemente, bárbara e implacable venganza de un corazón italiano.

Vivenzio —noble y generoso, audaz en la batalla y orgullo de Nápoles en sus soleadas horas de paz—, el joven, el valiente, el orgulloso Vivenzio cayó bajo aquel sutil y desalmado espíritu. Era prisionero de Tolfi, y languidecía en aquella mazmorra rodeada de roca, que se erguía solitaria y cuya puerta nunca se abría dos veces para un prisionero vivo.

Semejaba una amplia jaula, ya que el techo y el suelo eran de hierro, sólidamente forjado y espaciosamente construido. En lo alto había una hilera de siete ventanas enrejadas, protegidas por escálamos macizos del mismo metal, que proporcionaban la luz y el aire. Excepto aquellas ventanas, y la alta puerta de dos hojas debajo de ellas, que ocupaba el centro, ninguna grieta, ningún hueco, ningún saliente interrumpía la lisa superficie negra de las paredes. En uno de los rincones había un catre de hierro, con una capa de paja; y junto a él una vasija con agua y un plato tosco lleno de zafia comida.

Incluso la intrépida alma de Vivenzio se estremeció de horror al penetrar en aquella mazmorra y oír cómo eran echados los tres cerrojos de la maciza puerta por los silenciosos rufianes que le habían conducido hasta allí. Su silencio parecía un presagio de su suerte, de la tumba que había sido preparada para él. Sus amenazas y sus súplicas, sus indignadas apelaciones a la justicia y sus impacientes preguntas acerca de sus intenciones, resultaron igualmente inútiles. Los rufianes escucharon, pero no hablaron. ¡Dignos ministros de un crimen que tenía que ser mudo!

¡Cuán desalentador fue el sonido de sus pasos al retirarse! Y, mientras sus débiles ecos morían a lo largo de los tortuosos pasadizos, un horrible presagio creció dentro de él, anunciándole que nunca más vería un rostro humano, que nunca más oiría una voz humana, ni siquiera en son de amenaza. ¡Había visto seres humanos por última vez! ¡Y había dirigido su última mirada al brillante cielo, y a la sonriente tierra, y a un hermoso mundo amado por él y del que había sido favorito! Aquí estaba para terminar su vida… una vida que apenas había empezado a gozar. Y, ¿por qué medios? ¿Por el veneno? ¿Por un ataque asesino? No, ya que en tal caso no era preciso traerle aquí. El hambre, quizás… ¡Mil muertes en una! Era terrible pensar en ello, pero más terrible era aún imaginar largos, muy largos años de cautiverio en una soledad tan aplastante, una soledad tan abrumadora, que el pensamiento, por deseo de compañía, se perdería en la locura o se estancaría en la idiotez.

No podía pensar en escapar, a menos de que poseyera la facultad, con sus manos desnudas, de partir en pedazos las macizas paredes de hierro de su calabozo. No

podía esperar la libertad de la misericordia de su enemigo. Su muerte inmediata no era el objetivo de Tolfi, ya que podía haberla infligido, y no lo había hecho. En consecuencia, era evidente que estaba reservado para algún esquema premeditado de sutil venganza. Y, ¿qué venganza podía superar en diabólica malicia la lenta muerte por hambre, o la más lenta todavía del encarcelamiento solitario hasta que la última chispa de vida se apagara, o hasta que la razón se extraviara, y nada quedase por perecer aparte de las funciones animales del cuerpo?

Atardecía cuando Vivenzio entró en la mazmorra, y las sombras de la noche la envolvieron en una oscuridad total mientras la recorría de un lado a otro, dando vueltas en su mente a aquellas horribles premoniciones. Ningún tañido de campanas procedente del castillo o de cualquier iglesia o convento cercano llegó hasta su oído para informarle del paso de las horas. Con frecuencia se paraba y tendía el oído tratando de captar algún sonido que revelara la proximidad del hombre; pero la soledad del desierto, el silencio de la tumba, no eran tan profundos como la opresiva desolación que le rodeaba. Se le cayeron las alas del corazón y, abatido, se tumbó sobre el lecho de paja. Paulatinamente, el sueño fue borrando la consciencia de su desgracia; y el mismo sueño hizo flotar su espíritu hacia escenas que en otro tiempo fueron brillantes realidades para él, haciéndole olvidar que era el prisionero de Tolfi.

Cuando despertó era de día; pero ignoraba cuánto tiempo había estado durmiendo. Podía encontrarse en las primeras horas de la mañana, o avanzado el mediodía… La única medida de que disponía eran la luz y la oscuridad. Había sido tan feliz en su sueño, entre amigos que le amaban, que en los momentos inmediatamente posteriores a su despertar su mente desconcertada pareció enfrentarse con su situación por primera vez: miró a su alrededor con aire de duda, y cogió un puñado de la paja sobre la cual yacía, como si se preguntara a sí mismo qué significaba. Pero la memoria, demasiado fiel a su oficio, no tardó en desvelarle el triste pasado, en tanto que la razón, estremeciéndose en la tarea, exponía delante de sus ojos su terrible futuro. El contraste le dejó anonadado. Permaneció unos instantes lamentando, como una verdad, las brillantes visiones que se habían desvanecido; y retrocediendo del presente, que se pegaba a él como una prenda de vestir emponzoñada.

Cuando se tranquilizó un poco, examinó su lóbrega mazmorra. Por desgracia, la luz diurna sólo sirvió para confirmar lo que la semipenumbra de la tarde anterior había puesto de manifiesto parcialmente: la absoluta imposibilidad de escapar de allí. Sin embargo, a medida que sus ojos deambulaban de un lado a otro, observó dos circunstancias que excitaron grandemente su sorpresa y su curiosidad. Una de ellas, pensó, podía ser una simple fantasía; pero la otra era positiva. Su vasija de agua y el plato que contenía su comida habían sido trasladados de lugar mientras dormía: la noche anterior estaban junto al catre, y ahora se encontraban al lado de la puerta.

Incluso en el caso de que se hubiese sentido inclinado a dudar de aquello, suponiendo que había confundido el lugar donde los viera la noche anterior, no

hubiera podido hacerlo, ya que la vasija era de una forma y de un color distintos a los de la otra, en tanto que la comida había sido cambiada por otra de mejor calidad. En consecuencia, había sido visitado durante la noche. Pero, ¿cómo había entrado el visitante? ¿Era posible que durmiese tan profundamente como para no ser despertado por el descorrer y correr de aquellos enormes cerrojos? Vivenzio habría dicho que aquello no era posible, pero en tal caso debía admitir una mayor dificultad, ya que aparentemente no existía ningún otro medio para entrar en la mazmorra. No pretendían, pues, dejarle morir de hambre. Pero el modo misterioso y secreto de suministrarle comida parecía indicar que no iba a tener ninguna oportunidad de comunicar con un ser humano.

La otra circunstancia que había llamado su atención era la desaparición, según creía, de una de las siete ventanillas enrejadas que había en lo alto del calabozo. Estaba seguro de haberlas visto y contado; ya que quedó sorprendido por su número, y había algo peculiar en su forma, así como en su disposición, a distancias irregulares. Sin embargo, resultaba mucho menos complicado suponer que estaba equivocado, de modo que no tardó en desterrar el pensamiento de su mente.

Vivenzio comió los alimentos que tenía delante de él sin ninguna aprensión. Podían estar envenenados; pero, si lo estaban, sabía que no podía escapar a la muerte si tal era el designio de Tolfi; y cuanto antes llegara la muerte, antes se produciría la liberación.

El día transcurrió cansina y tristemente, aunque no sin una leve esperanza de que, manteniéndose de guardia toda la noche, podría ver a la persona que le traía la comida, la cual entraría seguramente del mismo modo que la noche anterior… La simple idea de encontrarse cerca de un ser viviente, y la posibilidad que podría significar de enterarse de la suerte que le estaba reservada, resultaba consoladora. Además, si aquella persona se presentaba sola, ¿no podría Vivenzio reunir todas sus fuerzas y atacarla furiosamente? ¿No podía ser una persona accesible a la compasión, o a la influencia de la espléndida recompensa que Vivencio podría ofrecerle si recobraba la libertad? Supongamos que estuviera armada. Lo peor que podía ocurrir, si no prevalecían el soborno, las súplicas ni la violencia, sería que la persona en cuestión hiciera uso de sus armas contra él y pusiera un final definitivo a sus angustias. Era una idea desesperada, pero a los ojos de Vivenzio cualquier cosa era preferible a quedar completamente abandonado.

Llegó la noche, y Vivenzio vigiló. Llegó la mañana… y Vivenzio quedó desconcertado. Debió adormilarse en algún momento, sin darse cuenta. Y en aquel intervalo de febril reposo, había sido burlado; ya que allí estaban su vasija llena de agua y su comida para el día…

Pero había más: al levantar la mirada hacia las ventanillas de su mazmorra, sólo contó CINCO. Estaba completamente seguro de que no se engañaba; y ahora tenía el convencimiento de que tampoco se había engañado el día anterior. Pero, ¿qué presagiaba todo aquello? ¿En qué extraña y misteriosa guarida le habían metido?

Miró hasta que los ojos le dolieron; no pudo descubrir nada que explicase el misterio. Al examinar la puerta, una circunstancia le convenció de que no había sido abierta.

Una brizna de paja que había tirado descuidadamente contra ella el día anterior, mientras andaba de un lado para otro, continuaba en el mismo sitio, cuando por su ubicación tendría que haber sido desplazada por el más leve movimiento de cualquiera de las hojas de la puerta. Era una evidencia que no podía ser discutida; y se deducía de ella la existencia de algún mecanismo secreto en las paredes para que una persona pudiera entrar. Vivenzio las examinó minuciosamente. Se le aparecieron como una sólida y compacta masa de hierro; o unida con tal maestría que no era perceptible ninguna juntura. Las inspeccionó una y otra vez… y el suelo… y el techo… y aquella hilera de ilusorias ventanillas, como ahora se sentía casi tentado a considerarlas: no pudo descubrir nada, absolutamente nada, que aclarase sus dudas o satisfaciera su curiosidad. A veces imaginaba que la mazmorra se había contraído, que parecía más pequeña; pero lo atribuyó a la fantasía, y a la impresión lógicamente producida sobre su mente por la innegable desaparición de dos de las ventanillas.

Vivenzio esperó con gran ansiedad que volviera a hacerse de noche; y en esta ocasión estaba decidido a no dejarse traicionar por el sueño. En vez de tumbarse en la paja, continuó andando de un lado a otro de su calabozo, forzando su mirada en todas direcciones a través de la oscuridad, para localizar cualquier aparición que pudiese explicar aquellos misterios.

La cosa ocurrió (a juzgar por el tiempo que transcurrió después, antes de que se hiciera de día) alrededor de las dos de la mañana: se produjo un leve y trémulo movimiento del suelo.

Vivenzio se paró. El movimiento duró casi un minuto; pero fue tan sumamente quedo, que Vivenzio casi dudó de su realidad.

Tendió el oído. El silencio era absoluto. De pronto, una bocanada de aire fresco golpeó su rostro; y, al precipitarse hacia el lugar del cual parecía proceder, tropezó con algo que le dio la impresión de ser la vasija del agua. La corriente de aire no era ya perceptible; y cuando Vivenzio extendió sus manos, se encontró cerca de la pared. Permaneció inmóvil largo rato, pero durante el resto de la noche no ocurrió nada que excitara su atención, a pesar de que ni por un momento relajó su vigilancia.

Las primeras claridades del alba fueron visibles a través de las enrejadas ventanillas, taladrando, con leves pinceladas de luz, la oscuridad que seguía reinando en todas las otras partes, mucho antes de que Vivenzio pudiera distinguir cualquier objeto en su mazmorra. Instintiva y temerosamente volvió sus ojos, enrojecidos e inflamados por la prolongada vigilia, hacia las ventanillas.

¡Había CUATRO! Sólo veía cuatro; pero cabía la posibilidad de que algún objeto interpuesto impidiera que la quinta fuese perceptible; y aguardó con impaciencia a que la claridad fuese en aumento para asegurarse de ello. Sin embargo, cuando la luz diurna llenó todos los rincones de la celda, otros motivos de asombro le impresionaron. En el suelo yacían los fragmentos rotos de la vasija que había

utilizado el día anterior, y a poca distancia de ellos, cerca de la pared, se encontraba la que había visto la primera noche. Estaba llena de agua, y junto a ella se hallaba su comida.

Ahora estaba seguro de que la pared de hierro se abría por medio de algún artilugio mecánico, y de que a través de aquella abertura había penetrado la corriente de aire. Pero, ¡cuán silenciosamente! Ya que de haberse agitado una pluma en aquel momento, él tenía que haberla oído. Examinó de nuevo aquella parte de la pared; pero aparecía como una superficie lisa y uniforme a la vista y al tacto, y los repetidos y violentos golpes que descargó sobre ella no produjeron ningún sonido retumbante revelador de una oquedad.

Aquel intrigante misterio había apartado por unos instantes su atención de las ventanillas; pero ahora, dirigiendo de nuevo su mirada hacia ellas, vio que la quinta había desaparecido del mismo modo que las dos anteriores, sin la menor alteración perceptible del aspecto externo. Las cuatro restantes aparecían como habían aparecido originalmente las siete; es decir, ocupando a distancias irregulares la parte alta de la pared en aquel lado de la mazmorra. También la puerta estaba centrada debajo de las cuatro ventanillas, como había estado centrada debajo de las siete. Pero Vivenzio ya no podía dudar de lo que el día anterior imaginó que podía ser un simple efecto óptico.

La mazmorra era más pequeña. El techo había bajado, y los extremos opuestos habían contraído la distancia intermedia en un espacio equivalente al de las tres ventanillas desaparecidas. Vivenzio trató de imaginar, inútilmente, qué finalidad podía tener todo aquello. De lo único que estaba seguro era de que estaba destinado a producir alguna diabólica tortura mental o corporal.

Deprimido por aquella idea, y más torturado por la horrible incertidumbre de lo que el destino le reservaba que lo podía haberle atormentado el conocimiento de lo peor, se sentó a rumiar, hora tras hora, las más descabelladas fantasías. Al final, una horrible sospecha asomó súbitamente a su cerebro y se puso en pie de un salto.

«¡Sí! —exclamó, mirando con aire extraviado a su alrededor y estremeciéndose mientras hablaba—. ¡Sí, tiene que ser eso! Lo veo… ¡Siento la enloquecedora verdad como abrasadoras llamas sobre mi cerebro! ¡Eterno Dios! ¡Ayúdame! ¡Tiene que ser eso! ¡Sí, sí, ésa será mi suerte! ¡El techo descenderá… las paredes se irán acercando una a otra… y lentamente, lentamente, me aplastarán en sus brazos de hierro! ¡Dios mío! ¡Descienda sobre mí tu misericordia en forma de muerte repentina! ¡Oh, monstruo! ¡Oh, diablo! ¿Es esta tu venganza?»

Vivenzio se dejó caer al suelo, con agónica desesperación; gruesas gotas de sudor brotaron de su rostro; sollozó en voz alta; se mesó los cabellos; rodó sobre sí mismo como acometido por insoportables dolores corporales, y hubiese mordido el suelo de hierro debajo de él; profirió horribles maldiciones contra Tolfi, paar dirigir inmediatamente apasionadas súplicas al cielo, pidiendo una muerte repentina. Luego, la violencia de su reacción le dejó agotado, y yació completamente inmóvil, llorando

como un niño.

Las sombras nocturnas invadieron su mazmorra antes de que Vivenzio se incorporara. No había comido nada. Ni una sola gota de agua había refrescado la fiebre de sus agrietados labios. El sueño no había visitado sus ojos durante treinta y seis horas. Estaba debilitado por el hambre, agotado por la vigilancia y por el exceso de emociones. Comió un poco; bebió ávidamente; y tambaleándose como un borracho se dejó caer sobre la paja.

Durmió. Pero su sueño estuvo poblado de pesadillas. Le acosaron terribles visiones, fantasmales imágenes. Gritó y gritó, como si notara ya descender sobre él el techo de la mazmorra… abrió la boca desesperadamente en busca de aire, como si se retorciera ya entre sus paredes de hierro. Luego se incorporaba de un salto, miraba salvajemente a su alrededor, extendía las manos para asegurarse de que tenía aún suficiente espacio para vivir… y, murmurando palabras incoherentes, volvía a tumbarse, para volver a ser víctima de las mismas delirantes pesadillas.

La mañana del cuarto día amaneció sobre Vivenzio. Pero era más de mediodía cuando su mente salió de su sopor, cuando despertó a una plena conciencia de su situación. Su pálido semblante reflejó la más amarga desesperación cuando, al levantar la mirada, vio las TRES ventanillas que ahora quedaban. ¡Tres! ¡No había ninguna más! Y parecían señalar los días que le quedaban de vida. A continuación examinó lenta y minuciosamente el techo y las paredes, y comprendió todo el significado de la pérdida de altura del primero, así como de la gradual aproximación de las últimas.

La contractura de las dimensiones de su misteriosa prisión era ahora demasiado evidente para que pudiera atribuirse a su calenturienta imaginación. Desconocedor aún de los medios, Vivenzio no podía engañar a su razón en cuanto al fin. Ignoraba por qué horrible mecanismo las paredes, el techo y las ventanillas se deslizaban unos dentro de otros silenciosa e imperceptiblemente, sin ruido, casi sin movimiento; sólo sabía que lo hacían; y en vano trataba de convencerse a sí mismo de que la intención del que había ideado aquel mecanismo era simplemente la de torturar al desdichado ocupante de la mazmorra con la anticipación de una terrible muerte de la que, en el último momento, iba a ser indultado.

De buena gana se habría apegado incluso a aquella posibilidad si su corazón se lo hubiese permitido; pero estaba convencido de su falacia. Inhumanidad sin par la de condenar a un hombre a tan prolongados tormentos… conducirle día a día a una muerte tan horrible, privado de los consuelos de la religión, sin ver a ningún ser humano, abandonado a sí mismo, olvidado de todos, privado incluso del triste privilegio de saber que su cruel destino despertaría alguna compasión… Iba a morir solo. Y la peor de las torturas que le aguardaban era precisamente aquella misma soledad.

«No es la muerte lo que temo —exclamó Vivenzio—, sino la clase de muerte que me espera. Incluso creo que podría reconciliarme con esa idea, por horrible que

resulte, si la muerte me sobreviniera en este instante. Pero, ¿dónde encontraré las fuerzas necesarias para resistir hasta que llegue? ¿Cómo podré sobrevivir los tres largos días y las tres largas noches que me quedan de vida? ¡Oh! ¡Si cayera sobre mí un profundo sueño! El sueño es lo más parecido a la muerte, y sumido en él podría abrazar a la muerte verdadera sin tener que apurar hasta las heces esa amarga copa que me es presentada y que mi debilitado espíritu ha saboreado ya…»

En medio de aquellas lamentaciones Vivenzio observó que su comida, con la vasija de agua, habían sido introducidas, como antes, en su mazmorra. Pero esta circunstancia no excitó ya su sorpresa. Su mente estaba abrumada por otras de una magnitud inmensamente superior. Sugería, sin embargo, una leve esperanza de liberación; y no hay esperanza tan leve como para no aportar ningún consuelo a un corazón sumido en la desesperación.

Decidió mantenerse de guardia durante la noche siguiente en espera de las señales que antes había captado; y, si volvía a notar el leve y trémulo movimiento del suelo o la corriente de aire, aprovecharía aquel momento para expresar audiblemente su desgracia. Alguna persona tenía que encontrarse cerca de él o al alcance de su voz cuando le era suministrada la comida; alguien, quizás, capaz de experimentar compasión. O incluso de decirle que sus aprensiones eran fundadas, y que su suerte sería la que él preveía, lo cual resultaría preferible a la incertidumbre derivada de la posibilidad de que sus peores temores fuesen quiméricos.

Llegó la noche; y cuando se acercó la hora calculada por Vivenzio como correspondiente a la de las señales, permaneció inmóvil y silencioso como una estatua. Ni siquiera se atrevía a respirar, temiendo perderse cualquier sonido que le advirtiera que alguien se acercaba. Mientras escuchaba así, con todas las facultades de la mente y del cuerpo tensas hasta la agonía, se le ocurrió que probablemente sería más sensible al movimiento si se tendía a lo largo del suelo de hierro.

En consecuencia, adoptó aquella postura. Al cabo de unos instantes… sí… estaba seguro de ello… ¡el suelo se movió debajo de él! Se incorporó de un salto y con voz casi ahogada por la emoción llamó en voz alta. El movimiento se interrumpió… no notó ninguna corriente de aire… todo permaneció silencioso… ninguna voz respondió a la suya. Vivenzio estalló en llanto y, arrodillándose en el suelo, con renovada angustia, exclamó:

«¡Oh, Dios mío! Sólo Tú tienes poder para salvarme ahora, o infundirme fuerzas para la prueba que Tú permitas.»

Otra mañana amaneció sobre el cuitado cautivo, y el indicio fatal de su sino apareció ante sus ojos: DOS ventanas. *¡Dos* días… y todo habría acabado! ¡Comida y agua renovadas! El misterioso visitante se había presentado, y las súplicas de Vivenzio habían resultado inútiles. ¡Pero cuán espantosamente respondía a su plegaria lo que ahora veía! El techo de la mazmorra se hallaba a un pie de distancia de su cabeza. Las dos paredes estaban tan próximas, que con seis pasos recorrió el espacio entre ellas. Vivenzio se estremeció al contemplarlas, y al cruzar la angosta

zona.

Pero sus sentimientos no se desahogaron largo rato en frenéticos lamentos. Con los brazos cruzados, los dientes apretados, con los ojos inyectados en sangre a causa de la prolongada vigilia, y clavados en el suelo con expresión de vacuidad, con una agitada respiración y un paso apresurado, ando de un lado a otro murmurando para sí durante varias horas. ¡Qué mente concebirá, que lengua expresará, o qué pluma describirá el oscuro y terrible carácter de sus pensamientos! Al igual que el sino que los moldeaba, no tenían equivalente en la amplia gama de las agonías de este mundo para el hombre. Súbitamente se paró, y sus ojos se clavaron en la parte de la pared situada directamente encima de su catre. ¡Había unas palabras escritas! ¡Un lenguaje humano, trazado por una mano humana! Se precipitó hacia ellas; pero la sangre se heló en sus venas al leer:

«Yo, Ludovico Sforza, tentando por el oro del príncipe de Tolfi, pasé tres años planeando y ejecutando este maldito triunfo de mi destreza. Cuando lo terminé, el pérfido Tolfi, más diablo que hombre, me condujo aquí una mañana para ser testigo, como él dijo, de su perfección, me condenó a ser la primera víctima de mi propia perniciosa habilidad; Tolfi declaró que, si me dejaba con vida, podría divulgar el secreto o repetir el esfuerzo de mi genio. ¡Dios le perdone, como espero que me perdone a mí, que me presté a ser instrumento de su malvado designio! Desdichado infeliz, quienquiera que seas, que lees estas líneas, arrodíllate e invoca la misericordia Divina, única que puede darte fuerzas para enfrentarte a la venganza de Tolfi, armado con su terrible máquina, que en unas cuantas horas te aplastará, como aplastará al desdichado que la construyó.»

Vivenzio suspiró profundamente. Estaba como traspuesto, con los ojos dilatados, las fosas nasales distendidas, los labios temblorosos, contemplando la fatal inscripción. Era como si una voz procedente del sepulcro hubiese resonado en sus oídos:

«¡Prepárate a morir!»

La esperanza le abandonó definitivamente. Allí estaba su sentencia, inscrita en aquellas desalentadoras palabras. El futuro aparecía sin velos delante de él, aterrador. ¡Su cerebro sentía ya descender el horror… sus huesos parecían crujir y desmenuzarse entre las paredes de hierro!

Sin saber lo que hace, hurga en sus ropas en busca de un arma de autodestrucción, aferra convulsivamente sus manos a su propia garganta, como si quisiera estrangularse inmediatamente. Fija su mirada en las paredes, y su aturdido espíritu inquiere:

«¿No anticiparán su obra si golpeo mi cabeza contra ellas?»

Una histérica risa le sacude mientras exclama:

«¿Por qué tendría que hacerlo? El primero en morir aplastado por ellas no era más que un hombre; y yo tendría que ser menos que un hombre para no resistir lo que él resistió.»

El sol de la tarde estaba descendiendo, y Vivenzio vio sus dorados rayos llameando a través de una de las ventanillas. Un estremecimiento de alegría sacudió su alma ante aquel espectáculo. Era un valioso lazo que le unía, en aquel momento, al mundo exterior. Había éxtasis en la idea. Mientras miraba, prolongada y ávidamente, pareció como si las ventanillas hubiesen descendido lo suficiente para que él pudiera alcanzarlas.

Con un salto se situó debajo de ellas; con otro salto se aferró a los barrotes. Ignoraba si la cosa había sido ideada a propósito para enloquecer todavía más al desdichado que miraba; pero, al final de un largo túnel, excavado en la sólida roca, se ofrecieron a su mirada el océano, el cielo, el sol poniente, verdes olivos, sombreados paseos y, mucho más lejos, los deliciosos contornos de la espléndida Sicilia. ¡Cuán exquisita era la fresca brisa que acariciaba sus mejillas, cargada de fragancias! La aspiró como si fuera el aliento de la vida inmortal. Y había un frescor en el paisaje y en las leves ondulaciones del mar verdiazulado, que cayó sobre su marchito corazón como rocío sobre la tierra reseca y agrietada.

Miró, jadeó, y continuó aferrado a la reja, a ratos colgado de una sola mano, a ratos de la otra, y luego agarrando los barrotes con las dos, reacio a separarse del sonriente paraíso que se extendía delante de él; hasta que, agotado, hinchadas y entumecidas las manos, se soltó y permaneció largo rato aturdido por la caída.

Cuando recobró el sentido, la gloriosa visión se había desvanecido. Estaba a oscuras. Pensó si habría estado soñando; pero gradualmente retornaron sus dispersos pensamientos, y con ellos llegó el recuerdo. ¡Sí! ¡Había contemplado una vez más el suntuoso esplendor de la naturaleza!

Una vez más, sus ojos habían temblado bajo sus velados párpados ante el resplandor del sol, y buscando reposo en el suave verdor de los olivos o en la leve ondulación de las olas del mar. ¡Ojalá fuera un marinero, expuesto sobre aquellas olas a la peor de las tormentas! ¡O un mendigo leproso, repudiado por todos y condenado a pasar el resto de su vida infecciosa en soledad bajo aquellos verdes olivos!

Pensamientos tan vanos como éstos cruzaban por su mente de cuando en cuando, a pesar de sí mismo; pero apenas emergió del sopor en que se había sumido, y que se prolongó durante toda la noche, como si le hubieran drogado con opio. Se mostró igualmente insensible a las llamadas del hambre y de la sed, a pesar de que hacía dos días que no había pasado a través de sus labios una gota de agua. Permaneció en el suelo, a ratos sentado, a ratos tendido; a intervalos, durmiendo pesadamente; y cuando no dormía, rumiando en silencio lo que iba a suceder, o hablando en voz alta de sus errores, de sus amigos, de su hogar, de aquéllos a los que amaba, mezclándolo todo confusamente.

En tan lamentable condición la sexta y última mañana amaneció sobre Vivenzio, si amanecer podía llamarse a la leve claridad que luchó por abrirse paso a través de la ÜNICA ventanilla de su mazmorra. No pareció observar el triste presagio. Pero lo cierto es que al levantar la mirada hacia la parte superior de la puerta, su rostro se

contrajo dolorosamente.

Lo que llamó su atención, llenándole de una evidente agitación, fue el cambio que había experimentado su lecho de hierro. Ya no era un lecho. ¡Había adquirido la forma de un ataúd! Al ver aquello, Vivenzio se incorporó de un salto, y al hacerlo su cabeza tropezó contra el techo, que ahora era tan bajo que no le permitía estar de pie. «¡Hágase la voluntad de Dios!», fue lo único que dijo, mientras encorvaba su cuerpo y apoyaba su mano en el ataúd; ya que en tal se había convertido el lecho.

Aquella transformación, obtenida por medio de un ingenioso mecanismo que en un momento determinado soltaba unos resortes ocultos en el mismo lecho, tenía por objeto, desde luego, exasperar, en los momentos finales de aquel horrible drama, todas las sensaciones de desesperación y de angustia que los momentos anteriores habían despertado. Por el mismo motivo, la última ventanilla estaba construida de modo que sólo admitiera una lóbrega semipenumbra, creando en torno al cautivo el adecuado ambiente fúnebre.

Vicenzio se sentó en su ataúd. Luego se arrodilló y oró fervientemente, mientras gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. El aire parecía haberse espesado, y el prisionero respiraba con dificultad; o tal vez lo imaginaba, debido al progresivo empequeñecimiento de su mazmorra, cuyos límites eran ahora tan angostos que no le permitían permanecer de pie ni tenderse en toda su longitud.

Pero su agotado espíritu y su mente deprimida ya no luchaban dentro de él. Había renunciado a toda esperanza, y el miedo había dejado de atenazarle. Si en aquel momento la venganza hubiese descargado su golpe final, Vivenzio lo habría encajado en un estado semiinconsciente. Pero aquel letargo del alma, tras la excitación de sus más violentas pasiones, habían entrado en los cálculos diabólicos de Tolfi; y el artífice de sus designios había ideado un ingenioso revulsivo.

El resonar de una enorme campana hirió los oídos de Vivenzio. Dio una sola campanada. Pero el sonido fue tan cercano y tan estridente que pareció destrozar su cerebro, mientras sus ecos retumbaban como truenos a través de los pasadizos rocosos. La campanada fue seguida por un súbito crujido del techo y de las paredes, como si estuvieran a punto de caer y cerrarse a su alrededor en aquel mismo instante. Vivenzio gritó, y extendió instintivamente sus brazos hacia adelante, como si tuviera la fuerza de un gigante para hacerlas retroceder. Las paredes se habían acercado más a él, y ahora permanecían inmóviles.

Vivenzio alzó la mirada y vio que el techo casi tocaba su cabeza: unas pulgadas más y empezaría la espantosa operación. Su cuerpo se estremeció violentamente. Apoyó las manos en las paredes, una a cada lado, y encogió los pies para evitar la presión frontal. Permaneció así durante más de una hora, hasta que la ensordecedora campana resonó de nuevo, y resonó de nuevo aquel horrible crujido. Pero la conmoción fue ahora tan intensa que Vivenzio quedó semiinconsciente.

De repente, la campana volvió a resonar, ahora repetidamente, con un ritmo diabólico; y su estruendo ahogó los débiles gemidos de Vivenzio, horriblemente

estrujado por el pesado techo y las paredes corredizas… y el aplastado ataúd fue su *Mortaja de Hierro.*

EL CASTILLO DE LEIXLIP

Charles Maturin

LOS incidentes del siguiente relato no están simplemente *basados* en hechos reales: *son* hechos reales, ocurridos en una época no muy lejana en mi propia familia. La boda de los protagonistas, su repentina y misteriosa separación, su mutua alienación hasta el último período de su existencia mortal, son hechos reales. No puedo garantizar la veracidad de la solución sobrenatural dada a todos aquellos misterios; pero aún así considero el relato como un excelente ejemplar de narración terrorífica, y nunca podré olvidar la impresión que me produjo cuando la escuché por primera vez entre otras muchas tradiciones espeluznantes de la misma especie.

C. R. M.

La tranquilidad de los católicos de Irlanda durante los tormentosos períodos de 1715 y 1745, fue algo digno de loa y realmente extraordinario; el autor de este relato no se ha propuesto analizar sus probables motivos, ya que resulta más agradable dar constancia del hecho en su honor, que atribuirlo a motivos dudosos e insatisfactorios. La mayoría de ellos, sin embargo, manifestaron una especie de secreto disgusto ante aquel estado de cosas, abandonando sus residencias familiares y vagabundeando como personas sin hogar, esperando posiblemente algo mejor de alguna próxima y afortunada contingencia.

Entre estos últimos se encontraba un Baronet jacobita que, cansado de su incómoda situación en una vecindad liberal, en el norte —donde sólo oía hablar de la heroica defensa de Londonderry; de las atrocidades de los generales franceses; y las irresistibles exhortaciones del piadoso Mr. Walter, un clérigo presbiteriano, al que los ciudadanos daban el título de «Evangelista»—, abandonó su residencia paterna, y alrededor del año 1720 alquiló el Castillo de Leixlip por tres años (entonces era propiedad de los Connolly, que lo alquilaban por trienios); y se trasladó allí con su familia, que consistía en tres hijas: la madre había muerto hacía mucho tiempo.

El Castillo de Leixlip, en aquel período, poseía un carácter de romántica belleza y de *grandeur* feudal, como pocas edificaciones de Irlanda podían exhibir, borrado en la actualidad, desgraciadamente, por la destrucción de sus nobles maderas. Leixlip, aunque sólo se encontraba a siete millas de Dublín, poseía todo el pintoresquismo que la imaginación podría atribuir a un paraje situado a cien millas, no ya de la metrópoli, sino de cualquier localidad habitada. Después de recorrer una larga milla (una milla irlandesa) desde Lucan a Leixlip, el camino —bordeado a un lado por altos muros que delimitan la heredad de los Vesey, y al otro por unos setos que impiden tender la vista más allá— desemboca súbitamente en el Puente de Leixlip, casi en ángulo recto, ofreciendo a la mirada un lujuriante paisaje, de aquellos que resultan imposibles de olvidar, aunque sólo se hayan contemplado en la infancia.

El Puente de Leixlip, una basta pero sólida estructura, se inicia en una alta orilla del Liffey y desciende rápidamente hasta la orilla opuesta, singularmente baja. A la derecha, las plantaciones de la heredad de los Vesey —no oscurecidas ya por muros — casi mezclan sus oscuros bosques en su corriente, con los opuestos de Marshfield y St. Catherine. El río es apenas visible, semioculto por el lujurioso y cimbreante

follaje de los árboles. A la izquierda estalla en todos los fulgores de luz, baña los jardines de las casas de Leixlip, rodea los bajos muros de su cementerio, juega con el bote de recreo amarrado debajo de los arcos sobre los cuales se levanta la glorieta del Castillo, para perderse luego entre los majestuosos árboles.

Visibles por encima de los tejados más altos del pueblo, aunque a un cuarto de milla de distancia de ellos, se encuentran las ruinas del Castillo de Confy, el antiguo y orgulloso torreón de los tiempos agitados cuando la sangre corría como agua; y al cruzar el puente se percibe de un modo fugaz la cascada (o paso del salmón, como es llamada), a cuyo esplendor diurno, o belleza nocturna, los rudos caballeros de la época en que el Castillo de Confy era «una fortaleza» probablemente no dedicaron nunca una mirada ni un pensamiento, mientras cruzaban el Puente de Leixlip o vadeaban la corriente antes de que el puente existiera.

Si la soledad en que vivía contribuyó a apaciguar los sentimientos de sir Redmond Blaney, o si habían empezado a oxidarse por falta de colisión con los de otros, es algo imposible de saber, pero lo cierto que el buen Baronet empezó gradualmente a perder su tenacidad en materia política; y excepto cuando un amigo jacobita venía a almorzar con él, y brindaban con una significativa sonrisa por «el Rey al agua», o el párroco hablaba de las esperanzas de mejores tiempos y del éxito final de la causa *justa* y de la antigua religión, o un criado jacobita silbaba en la soledad de la gran mansión *«Charlie is my darling*» y sir Redmond contestaba involuntariamente con una profunda voz de bajo, excepto en tales ocasiones, repito, la política del Baronet, lo mismo que su vida, parecía deslizarse de un modo anodino. Las desgracias domésticas, por otra parte, afectaron negativamente al anciano caballero: de sus tres hijas, la más joven, Jane, había desaparecido en circunstancias tan extraordinarias que, a pesar de tratarse de una remota tradición familiar, no resisto a la tentación de narrarla:

La niña era de una belleza y una inteligencia poco corrientes, y le permitían pasear por los alrededores del castillo con la hija de un criado, a la que también llamaban Jane, como *nom de caresse.* Una tarde, Jane Blaney y su joven compañera se adentraron en el bosque; su ausencia no provocó ninguna inquietud, ya que aquellas excursiones no eran infrecuentes, hasta que su compañera regresó sola y llorando, a una hora muy tardía. Contó que al cruzar un sendero a cierta distancia del castillo, una vieja, vestida de gitana (falda roja y una larga chaqueta verde) surgió súbitamente de detrás de una mata, y cogió a Jane Blaney de la mano; en la otra mano llevaba dos varas de junco, una de las cuales se echó al hombro, entregando la otra a la niña e indicándole por señas que hiciera lo mismo. Su joven compañera, aterrorizada, echó a correr, y oyó que Jane Blaney gritaba detrás de ella: «¡Adiós! ¡Adiós! ¡Pasará mucho tiempo antes de que vuelvas a verme!» La niña dijo que entonces desaparecieron y que ella estuvo a punto de perderse, pero que al final encontró el camino de regreso.

Inmediatamente se inició una exhaustiva búsqueda: se cruzaron los bosques, se

exploraron las espesuras y se dragaron las balsas. Todo resultó inútil. Al final se abandonó la búsqueda… y la esperanza. Diez años más tarde, el ama de llaves de sir Redmond, recordando de pronto que se había dejado olvidada la llave de un armario sobre la mesa de la cocina, volvió en busca de ella. Cuando se acercaba a la puerta, oyó una voz infantil murmurando: «Frío… frío… ¡Cuánto tiempo hacía que no me calentaba al fuego!» El ama de llaves entró en la cocina y vio, con el asombro que es de suponer, a Jane Blaney, encogida hasta la mitad de su tamaño normal, y cubierta de harapos, agachada sobre los rescoldos del hogar. Echó a correr, aterrorizada, en busca de los otros criados, pero la visión se había desvanecido. Se dijo que la niña había sido vista posteriormente varias veces, diminuta de figura, como si no hubiese crecido una pulgada desde que cumplió los diez años, y siempre agachada sobre un fuego, en el cuarto de la torre o en la cocina, quejándose de frío y de hambre, y cubierta de harapos. Dícese que su existencia se ha venido prolongando en las mismas desdichadas circunstancias, tan distintas de las de Lucy Gray en la hermosa balada de Wordsworth:

Pero algunos dicen que la niña
Sigue estando viva…
Que han visto a la dulce Lucy Gray
En parajes agrestes;
Anda incansablemente
Y nunca mira atrás;
Y tararea una canción
Que se disuelve en el viento.

La suerte de la hija mayor fue más lúgubre, aunque menos extraordinaria; fue cortejada por un caballero de saneada fortuna y de conducta intachable: además, era católico; y sir Redmond Blaney firmó los artículos matrimoniales, satisfecho de la seguridad del alma de su hija, así como de su futuro material. La boda se celebró en el Castillo de Leixlip; y, cuando la desposada y el novio se retiraron, los invitados siguieron brindando por su felicidad. Súbitamente, con gran alarma de sir Redmond y de sus amigos, se oyeron unos gritos penetrantes que procedían de la parte del castillo donde estaba situada la cámara nupcial.

Algunos de los más valientes se precipitaron escaleras arriba; era demasiado tarde: el desventurado novio se había visto asaltado, en aquella noche fatal, por un repentino y horrible paroxismo de locura. La mutilada forma de la agonizante desposada atestiguaba la mortal virulencia con que había actuado la enfermedad sobre el infeliz marido, que se dio muerte a sí mismo tras el involuntario asesinato de su esposa. Los cadáveres fueron enterrados tan pronto como permitía el decoro, y la historia se mantuvo en secreto.

Las esperanzas de sir Redmond de recuperar a Jane disminuían de día en día, aunque él seguía prestando oídos a los absurdos relatos de los criados; y se suponía que todos sus cuidados estarían dirigidos ahora hacia su única hija superviviente.

Anne, viviendo en soledad y recibiendo únicamente la muy limitada educación de las mujeres irlandesas de aquella época, estaba la mayor parte del tiempo a cargo de los criados, entre los cuales vio aumentar su afición a los horrores supersticiosos y sobrenaturales, hasta un extremo que tendría efectos desastrosos sobre su vida futura.

Entre los numerosos sirvientes del Castillo, había una anciana que había sido nodriza de la difunta madre de Lady Blaney, y cuya memoria era un completo *Thesaurus terrorum.* La misteriosa desaparición de Jane estimuló a su hermana a escuchar las descabelladas historias de acfuella bruja, que afirmaba haber visto en cierta ocasión a la fugitiva delante del retrato de su madre en uno de los apartamentos del Castillo, murmurando para sí misma: «¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Mi madre nunca imaginó que su querida Jane llegaría a convertirse en lo que es!»

Pero a medida que Anne se hizo mayor, empezó a tomarse «más en serio» las promesas de la anciana en el sentido de que podía mostrarle a su futuro marido, mediante la celebración de determinadas ceremonias, que al principio la joven rechazó como horribles e impías; pero, finalmente, ante las repetidas instigaciones de la anciana, consintió en participar en ellas. El período fijado para la celebración de aquellos misteriosos ritos se estaba acercando: sería el 31 de octubre, la noche en que tales ceremonias resultaban —y se supone que siguen resultando, en el Norte de Irlanda— más intensas en sus efectos. La anciana iba preparando la mente de la joven, para madurar en ella la sumisión y la credulidad, contándole las historias más horribles; y las contaba con una energía espantosa y sobrenatural. Aquella mujer era llamada *Coltogue* por la familia, un nombre equivalente a *chismosa* en Inglaterra, o a *comadre* en Escocia (aunque su verdadero nombre era Bridget Dease); y hacía honor al apodo, con el ejercicio de una infatigable locuacidad, una memoria tenaz y una furia por comunicar e infligir terror que no perdonaba a nadie en la mansión, desde la sirvienta más humilde hasta la misma hija del Baronet.

Llegó el 31 de octubre: el Castillo estaba completamente silencioso antes de las once de la noche; media hora después, la Collogue y Anne Blaney se deslizaban a lo largo de un pasadizo que conducía a la llamada Torre del Rey Juan, en la que se dice que aquel monarca recibió el homenaje de los príncipes irlandeses como Señor de Irlanda, y que, en todo caso, es la parte más antigua de la estructura. La Collogue abrió una pequeña puerta con una llave que había traído con ella y apremió a la joven para que se apresurara. Anne avanzó hasta la poterna, y se detuvo allí indecisa y temblorosa como un tímido nadador en la orilla de una corriente desconocida. Era una oscura noche de otoño; un fuerte viento soplaba a través de los bosques del Castillo, arqueando las rampas de los árboles más bajos casi hasta las olas del Liffey, el cual, hinchado por las recientes lluvias, luchaba y rugía entre las piedras que obstruían su lecho. La empinada pendiente del Castillo se extendía delante de ella, con su oscura avenida de olmos; unas cuantas luces ardían aún en la pequeña aldea de Leixlip… pero dado lo tardío de la hora no tardarían en apagarse.

Anne se estremeció.

—¿Tengo que ir sola? —dijo, anticipándose a los terrores de su espantoso viaje.

—Desde luego; de no ser así, se estropearía todo —dijo la anciana, cubriendo con la mano el pequeño farol, que no extendía su claridad más allá de seis pulgadas sobre el sendero de la víctima—. Tienes que ir sola… y yo te vigilaré desde aquí, querida, hasta que regreses, y luego veremos lo que te llegará a las doce en punto.

—¡Oh, Collogue! ¿Por qué no me acompañas? ¡Oh, Collogue! Ven conmigo, si he de bajar hasta el fondo del castillo…

—Si te acompañara, querida, no volveríamos a subir con vida, ya que los que allí se encuentran nos harían pedazos.

—¡Oh, Collogue! Entonces, retrocedamos y volvamos a mi habitación… He llegado demasiado lejos…

—Desde luego, querida, y por eso mismo has de seguir adelante, hasta el final; en caso contrario, al regresar a tu habitación, verías la apariencia de *alguien* en vez de un joven y guapo novio.

Anne miró en torno a ella unos instantes, con el terror y la esperanza temblando en su corazón… Luego, con un repentino impulso de valor sobrenatural, saltó como un pájaro de la terraza del Castillo. Por unos momentos fue visible el revoloteo de su vestido blanco. Luego, la anciana, que había estado cubriendo con la mano el pequeño farol, lo dejó en el suelo, se sentó en un pequeño banco de piedra y se dispuso a esperar.

Transcurrió una hora antes de que la joven regresara; su rostro estaba tan pálido y sus ojos tan inmóviles como los de un cadáver, pero llevaba en la mano *un vestido chorreante,* una prueba de que había cumplido su misión. Se precipitó en brazos de su compañera y permaneció allí jadeando y mirando a su alrededor con aire extraviado, como si no supiera dónde se encontraba. La anciana se sintió también aterrorizada ante el aspecto demencial de su víctima, y se apresuró a llevarla a su habitación. Pero, al llegar allí, lo primero que vio fueron los objetos preparados para las terribles ceremonias nocturnas y, estremeciéndose, se cubrió los ojos con las manos y permaneció completamente inmóvil en el centro de la habitación.

Fueron necesarias todas las persuasiones de la anciana (reforzadas incluso con misteriosas amenazas), combinadas con la progresiva recuperación de la pobre muchacha y la reavivación de su curiosidad, para inducirla a completar las ceremonias nocturnas.

Ai final dijo, como desesperada:

—De acuerdo, seguiré adelante: pero en la habitación contigua; y si ocurriera lo que temo, haré sonar la campanilla de plata que me regaló mi padre para que me sintiera más segura por la noche. Y si tienes un alma que salvar, Collogue, apresúrate a venir cuando oigas su primer sonido.

La anciana prometió hacerlo así, dio sus últimas instrucciones con ávida y celosa minuciosidad, y luego se retiró a su propia habitación, contigua a la de la joven. La vela de su farol se había consumido, pero ella avivó los rescoldos del hogar y se sentó

junto a la chimenea, decidida a no acostarse mientras existiera la posibilidad de oír un sonido procedente del cuarto de la joven. Y a pesar de lo encallecido de sus sentimientos, se sentía poseída por una mezcla de ansiedad y terror.

La medianoche había quedado ahora muy atrás, y en todo el castillo reinaba un silencio sepulcral. La anciana empezó a dar cabezadas hasta que su frente tocó sus rodillas, se sobresaltó cuando el sonido de la campanilla pareció resonar en sus oídos, volvió a adormilarse, se sobresaltó de nuevo ante el sonido de las campanillas, más claro en esta ocasión… y súbitamente fue despertada del todo, no por la campanilla, sino por los penetrantes y horribles gritos procedentes de la habitación contigua. La anciana, asustada por primera vez de las posibles consecuencias del trastorno que podía haber ocasionado, corrió hacia aquella habitación. Anne era víctima de intensas convulsiones y, de mala gana, la anciana se vio obligada a llamar al ama de llaves (haciendo desaparecer entretanto los utensilios de la ceremonia), y a ayudar a aplicar todos los específicos conocidos en aquella época, plumas quemadas, etc., para restablecer a la joven. Cuando por fin sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito, el ama de llaves fue despedida, la puerta fue acerrojada y la Collogue se quedó a solas con Anne; el tema de su conferencia podía haber sido conjeturado, pero no fue conocido hasta muchos años después; pero aquella noche Anne retuvo en su mano, en forma de un arma con cuyo uso ninguna de ellas estaba familiarizada, una prueba de que su habitación había sido visitada por un ser que no tenía forma terrenal.

La anciana apremió a Anne para que destruyera aquella prueba, o al menos se desprendiera de ella, pero la joven se empeñó en conservarla con fatal tenacidad. Parecía creer que había adquirido el derecho, dado que había abordado con tanta decisión los misterios del futuro, a conocer todos los secretos a cuyo descubrimiento podía conducirla el arma en cuestión. Pero a partir de aquella noche, pudo observarse que su carácter, sus modales e incluso su continente se habían modificado. Se hizo cada vez más arisca y solitaria, evitaba la compañía de los que la rodeaban y prohibía imperativamente la más leve alusión a las circunstancias que habían ocasionado aquel misterioso cambio.

Pocos días después de aquel acontecimiento, Anne, que después de almorzar había dejado al Capellán leyendo la vida de San Francisco Javier a sir Redmond para retirarse a su habitación, quedó sorprendida al oír repiquetear ruidosa y repetidamente la campana de la verja exterior: un sonido que nunca había escuchado desde que vivía en el Castillo; ya que los escasos huéspedes que les visitaban solían llegar y marcharse tan silenciosamente como es de rigor en los humildes visitantes de la casa de un gran hombre. Al cabo de unos instantes, por la avenida de olmos que hemos mencionado anteriormente, apareció un imponente caballero, seguido de cuatro criados, todos a caballo, los dos primeros armados de pistolas, y los dos últimos sosteniendo unas grandes alforjas delante de ellos: aunque era la primera semana de noviembre, lo temprano de la hora del almuerzo —la una— dejaba la suficiente claridad para que Anna pudiera apreciar todas aquellas circunstancias.

La llegada del caballero pareció producir una gran agitación en el Castillo, aunque no mal acogida; resonaron órdenes apresuradas para el acomodo de los criados y caballos… se oyeron pasos cruzando los numerosos pasadizos durante una hora entera… y luego se restableció el silencio; y se dijo que sir Redmond había cerrado personalmente la puerta de la habitación donde el forastero y él habían entrado, dando órdenes estrictas de que nadie se acercara a ella. Dos horas más tarde, una sirvienta comunicó a Anne que su padre le había dado órdenes de preparar una abundante cena para las ocho, cena a la que deseaba que asistiera su hija.

Anne bajó a la cocina para encargar que los pollos asados estuvieran bien rociados de azúcar moreno, de acuerdo con los gustos poco refinados de la época, para inspeccionar la mezcla de una escudilla de sagú con su añadido de una botella de oporto y un puñado de las más ricas especias, y en particular para asegurarse de que el budín de guisantes llevaba clavado en el centro un enorme trozo de mantequilla salada, fría. Luego, cumplidos sus deberes domésticos, se retiró a su habitación para ataviarse como la ocasión requería, con un vestido de damasco blanco.

A las ocho fue avisada para que se presentara en el comedor. Entró, de acuerdo con la etiqueta de la época, con el primer plato; pero, cuando cruzaba la antesala, donde los criados sostenían luces y llevaban los platos, alguien tiró de su manga y el arrugado rostro de la Collogue se acercó al suyo.

La anciana susurró:

—¿No te dije que *él* vendría a buscarte, querida?

Anne notó que la sangre se enfriaba en sus venas, pero avanzó, saludó a su padre y al desconocido con las correspondientes reverencias y luego ocupó su lugar en la mesa. La impresión de espanto y quizás de terror que le había producido el susurro de la anciana no se desvaneció ante el continente del caballero desconocido, que se comportó con singular y silenciosa solemnidad durante el ágape. No comió nada. Sir Redmond, por su parte, se mostraba como coaccionado, serio y pensativo. Al final, poniéndose en pie, dijo (sin llamar al forastero por su nombre):

—¿Beberéis a la salud de mi hija?

El forastero declaró que sería un honor para él, pero llenó su vaso de agua, con aire ausente; Anne dejó caer unas gotas de vino en el suyo, y se inclinó hacia él. En aquel momento, por primera vez en el curso de la cena, contempló su rostro: estaba pálido como el de un cadáver. La lividez mortal de sus mejillas y labios, el hueco y lejano sonido de su voz y el extraño fulgor de sus grandes ojos, oscuros e inmóviles, fijamente clavados en ella, le hicieron interrumpirse e incluso temblar mientras alzaba el vaso a sus labios; lo depositó sobre la mesa y luego, con otra silenciosa reverencia, se retiró a su habitación.

Allí encontró a Bridget Dease, ocupada en avivar la lumbre del hogar.

—¿Por qué estás aquí? —inquirió la joven, en tono impaciente.

La anciana se volvió hacia ella con una fantasmal sonrisa de felicitación:

—¿No te dije que *él* vendría a buscarte?

—Creo que ha venido a eso —dijo la infortunada joven, dejándose caer en un enorme sillón de mimbre colocado junto a su lecho—, ya que nunca había visto a un mortal con tal aspecto.

—Pero, ¿no es acaso un fino y encumbrado caballero? —insistió la anciana.

—Parece como si no fuera de este mundo —dijo Anne.

—De este mundo, o del otro —dijo la anciana, levantando su huesudo índice—, no olvides mis palabras: ese caballero será tu prometido esposo.

—Entonces, seré la novia de un cadáver —dijo Anne—, ya que lo que he visto esta noche no es un ser viviente.

Transcurrieron dos semanas y, sea que Anne se reconcilió con las facciones que le habían inspirado tanto miedo, al descubrir que eran las más hermosas que nunca había contemplado, y que la voz, cuyo sonido resultaba al principio tan extraño y anormal, adquiría una rara suavidad al dirigirse a ella; sea que resulta imposible que dos personas jóvenes, cuyos corazones están libres, se encuentren a menudo para contemplar en silencio la misma corriente, pasear bajo los mismos árboles y escuchar juntos el viento que agita las ramas, sin experimentar una asimilación de sentimientos sucediendo rápidamente a una asimilación de gustos; sea por el efecto de todas aquellas causas combinadas, lo cierto es que al cabo de otras dos semanas Anne oyó la declaración de la pasión del forastero con muchos rubores, aunque sin un solo suspiro. Él declaró ahora su nombre y condición. Se presentó a sí mismo como un Baronet escocés, sir Richard Maxwell; infortunios familiares le habían obligado a abandonar su país, al que no podría regresar nunca: había transferido su fortuna a Irlanda, y se proponía fijar su residencia allí para siempre.

En aquella época, los noviazgos eran de corta duración. Anne se convirtió en la esposa de sir Richard y la pareja vivió con el padre de ella hasta que sir Redmond falleció; entonces se trasladaron a sus posesiones en el Norte. Vivieron allí varios años, tranquilos y felices, y tuvieron una numerosa descendencia. La conducta de sir Richard se distinguía únicamente por dos peculiaridades; rehuía, no sólo el trato sino incluso el ver a cualquiera de sus paisanos; si se enteraba de la llegada de un escocés al pueblo vecino, se encerraba en la casa hasta haberse asegurado de que el forastero se había marchado. La otra era su costumbre de retirarse a su propia habitación y permanecer invisible para su familia el aniversario del 31 de octubre. Su esposa, que tenía sus propios recuerdos relacionados con aquel período, sólo le interrogó una vez a propósito de aquella reclusión, y fue solemnemente —e incluso ásperamente— intimada a no repetir su pregunta.

Así estaban las cosas, envueltas en cierto misterio, pero sin aparente infelicidad, cuando de pronto, sin ninguna causa que lo justificara, sin Richard y lady Maxwell se separaron, y nunca más volvieron a reunirse en este mundo, ni le fue permitido a ella ver a uno de sus hijos en su lecho de muerte. Sir Richard continuó viviendo en la mansión familiar, y ella fijó su residencia en casa de unos parientes lejanos, en una remota parte del país. La separación fue tan absoluta, que ni siquiera el nombre de

uno de ellos volvió a pasar por los labios del otro, desde el momento de la separación hasta el de la disolución.

Lady Maxwell sobrevivió a sir Richard cuarenta años, viviendo hasta la avanzada edad de noventa y cinco; y, cumpliendo la promesa formulada previamente, reveló a un descendiente con el que había vivido las siguientes y extraordinarias circunstancias.

Dijo que en la noche del 31 de octubre, unos setenta y cinco años antes, por instigación de una anciana sirvienta, mala consejera, había lavado uno de sus vestidos en un lugar en el que confluían cuatro arroyos, realizando además otras ceremonias profanas bajo la dirección de la Collogue, con la esperanza de que su futuro marido se le apareciera en su habitación a las doce de aquella noche. Llegó el momento crítico, pero la visión fue muy distinta a lo esperado. Un ser fantasmal se acercó a su lecho, entregándole un arma de hierro de forma y construcción desconocidas para ella, diciéndole que «reconocería a su futuro marido por *aquello*».

Los terrores de aquella visita la privaron del sentido; pero, al recobrarlo, insistió, como ya se ha dicho, en conservar la espantosa prueba de la realidad de su visión; el arma, al ser examinada, reveló numerosas manchas de sangre seca. Permaneció oculta en uno de los cajones de su armario hasta la mañana de la separación. Aquella mañana, sir Richard se levantó antes del amanecer para asistir a una partida de caza. Necesitaba un cuchillo para cortar una correa y, no encontrando el suyo, despertó a Lady Maxwell, que seguía en la cama, para que le buscara uno. Su esposa, medio dormida, le dijo que encontraría uno en tal cajón de su armario. Sin embargo, sir Richard se equivocó de cajón… y unos segundos más tarde lady Maxwell estaba completamente despierta, viendo cómo su marido acercaba a su garganta la terrible arma, amenazándola con la muerte inmediata a menos de que declarase cómo había llegado a su poder.

En una agonía de horror y contrición, lady Maxwell le contó a su marido la historia de aquella terrible noche. Él la contempló unos instantes con una expresión en la que se mezclaban la rabia, el odio y la desesperación, y luego exclamó:

—Me ganaste con la ayuda del diablo… pero ahora me habrás perdido para siempre.

Aquel mismo día se separaron, para no volver a encontrarse en este mundo.

El secreto de su marido no era desconocido de ella, aunque los medios por los cuales llegó a conocerlo no fueran del todo fidedignos. Excitada fuertemente su curiosidad por la aversión que su marido manifestaba hacia sus paisanos, se vio estimulada todavía más por la llegada al pueblo vecino de un caballero escocés, el cual había manifestado que conocía de antiguo a sir Richard, aludiendo con mucho misterio a los motivos que le impulsaron a abandonar su país. Lady Maxwell, ocultando su personalidad bajo un nombre supuesto, se entrevistó con aquel caballero y se enteró por él de las circunstancias que a partir de entonces amargarían su vida hasta el último minuto.

El caballero le contó lo siguiente:

Sir Richard Maxwell estaba enemistado mortalmente con un hermano más joven; se organizó un festín para reconciliarles, y como el uso de cuchillos y tenedores era desconocido entonces en las serranías, los comensales utilizaban sus dagas para trinchar la carne. Bebieron más de la cuenta; el festín, en vez de limar asperezas, empezó a inflamar sus espíritus; salieron a relucir de nuevo los viejos agravios; las manos, que al principio tocaron las armas con aire de reto, fueron finalmente desenfundadas con rabia y, en la refriega, sir Richard hirió de muerte a su hermano.

Sir Richard se salvó por puro milagro de la venganza del clan y huyó precipitadamente hacia la costa, cerca de la cual se levantaba la mansión, y se ocultó allí hasta que sus amigos pudieran encontrar un barco que le trasladara a Irlanda.

Embarcó la noche del 31 de octubre.

Mientras paseaba por el puente sumido en una indecible angustia, su mano tocó accidentalmente la daga que no había vuelto a extraer de su funda desde la noche fatal. La extrajo ahora y, rogando «que el pecado por la sangre derramada de su hermano se alejara de su alma tanto como él fuera capaz de alejar aquel arma de su cuerpo», la lanzó al aire con todas sus fuerzas.

Aquel instrumento fue el que encontró en el armario de su esposa, y aunque no ha podido averiguarse si creyó realmente que lady Maxwell entró en su posesión por medios sobrenaturales, o si temió que su esposa fue testigo secreto de su crimen, el resultado fue el que hemos narrado.

Por lo demás:

Ignoro si la historia es cierta o no:

Como me la contaron la cuento yo.

EL PRIMER BAILE

P. Luis Coloma

I

LA señora Marquesa estaba de un humor insoportable: habíase levantado media hora antes, y envuelta en un rico peinador guarnecido de encajes de Valenciennes, tomaba chocolate con bizcochos, que iba cogiendo de una salvilla de plata. En este breve tiempo había reñido a la doncella francesa porque hacía frío, y al *valet de chambre* porque la chimenea daba calor: había despedido con cajas destempladas a sus cuatro hijos menores, que con el aya inglesa al frente entraban en corporación a darle los buenos días; y había también —y esto era grave— negado una sopita de chocolate a *Fly*, la galguita inglesa: ofendida ésta de tan desacostumbrado desaire, volvió el rabo a la ilustre dama, y se tendió en su cojín de terciopelo, aplicando al favor de los poderosos, que personificaba en su dueña, aquella sentencia de su paisano Shakespeare: «¡Inconstancia, tu nombre es mujer!».

Indudablemente aquellos primeros truenos anunciaban una tormenta deshecha; y allí a dos pasos, sin ningún paraguas que la resguardase del aguacero, sin ningún pararrayos que la pusiese a cubierto de las chispas eléctricas, se hallaba la pobre Lulú, la hija mayor de la Marquesa, colegiala quince días antes en el Colegio del Sagrado Corazón. La pobre niña, no pudiendo esconderse en ninguna parte, escondía al menos las manos en los bolsillos de su bata, y clavaba los ojos en la alfombra como si estudiase sus dibujos, por no atreverse a fijarlos en el encapotado rostro de su madre.

—Quiero que me digas —decía ésta con ese tono breve y convulsivo, propio de la cólera contenida— por qué no quieres venir al baile de la Embajada.

Y para dar tiempo a la respuesta, la señora Marquesa se tomó una sopa de chocolate. Lulú no contestó: hizo dos o tres pucheritos, y escondió aún más hondamente las manos en los bolsillos de la bata. De buena gana hubiera escondido también la cabeza; pero eran los bolsillos demasiado pequeños.

—¡Contesta y no me desesperes! —exclamó la Marquesa, llegando ya a los límites de la exasperación—. ¿Por qué no quieres venir al baile?

Lulú se echó a llorar.

—¡Dios nos asista! —exclamó la dama—. Baile más llorado y más rabiado jamás se ha visto en la vida…

Contesta, niña, contesta; que es tu madre quien te pregunta.

Lulú levantó al fin aquellos hermosos ojos azules, que respiraban candor y pureza, y dijo con voz ahogada:

—Porque no quiero ponerme escotada…

—¿Acaso temes constiparte? —dijo la Marquesa, que no alcanzaba otra causa de aquella repugnancia.

—No, señora; no es por eso… Es que decía M. Catalina…

—¡Ah! —exclamó la Marquesa, irguiéndose en su butaca, cual Juno en su carro

tirado por pavos reales—. ¡Decía la M. Catalina! ¿Y qué decía la M. Catalina…?

—Que ese traje no era…, vamos, que no era decente… y que las señoras que ponen la moda eran las que debían desterrarlo.

La Marquesa se puso pálida de rabia, y si la M. Catalina llega a caer en aquel instante en sus manos, cierto es que vuelve al convento sin ojos y sin boca.

—¿Con que eso decía la M. Catalina? —exclamó con cierta calma rabiosa.

—Sí, señora; y el P. Jacinto me dijo…

—¿También el P. Jacinto?

—Sí, señora; el P. Jacinto me dijo que procurase no vestir nunca de ese modo.

—¿Porque sin duda era pecado…?

—No me dijo que fuese pecado… Sólo me aconsejó que no lo usara.

—¿Y qué más te dijo el P. Jacinto…?

—Que no valsase.

—¿Porque también era pecado…?

—Tampoco me dijo que fuese pecado; pero me aconsejó también que no lo hiciera.

—¿Y qué razón tenía para eso el P. Jacinto?

—Eso no me lo dijo.

—¿Y la M. Catalina?

—Tampoco me dijo nada.

La Marquesa estalló al fin: apuró de un sorbo el resto del chocolate, como para tomar fuerzas, y volvió a colocar con tal violencia la jicara en el platillo, que lo rompió en dos pedazos. El agua sufrió los flujos y los reflujos del mar en su copa de cristal de Bohemia; los bizcochos se dispersaron por el suelo; anunciando el final del desayuno; Lulú se encomendó a todos los santos del cielo; la impasibilidad británica de *Fly* se contentó con levantar la cabeza.

—Pues mira —dijo la Marquesa, dando con el puño cerrado en el brazo de la butaca—. El P. Jacinto manda en su sotana, y la M. Catalina en sus enaguas, y yo mando en mi hija, ¿te enteras…?

Lulú no se enteraba: asustada la pobre niña, había cruzado sus manitas, y rezaba mentalmente, sin darse cuenta de ello, aquella oración del Trisagio: «Aplaca, Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor: ¡misericordia, Señor!». La Marquesa continuó elevando progresivamente la voz, hasta las últimas notas de un furioso *crescendo.*

—Vendrás esta noche al baile de la Embajada, por encima del sombrero de teja del Padre, y por encima de la toca de la Madre… ¡Irás con el traje escotado que va a traer la modista…! ¡Bailarás con el duquesito, porque así se lo he prometido yo, y porque es menester que aprendas lo que el P. Jacinto y la M. Catalina debieron haberte enseñado…! ¡Es menester que aprendas a obedecer a tu madre!

—Pero, mamá —exclamó Lulú llorando a lágrima viva—; si me dijo el P. Jacinto…

—¿Qué más dijo el P. Jacinto?

—Que si usted me lo mandaba y yo no podía convencerla, que en las dos cosas obedeciese.

—¡Pues como no me has convencido, vendrás al baile de pie o de cabeza!

—Sí, señora; iré de pie, y como usted mande.

La Marquesa bajó dos puntos el diapasón de su cólera, y añadió en tono dogmático:

—El tercer mandamiento de la ley de Dios manda honrar padre y madre.

—No es el tercero, mamá; es el cuarto. El tercero es santificar las fiestas.

—¡El tercero o el cuarto, o el veinte milquinientos! —exclamó la Marquesa, que estaba más fuerte en el reparto de la última ópera, que en el orden riguroso de los preceptos del Decálogo—. ¡Lo que importa es que lo tengas presente!

—Sí, señora; haré lo que usted mande.

—¡Pues no faltaba más, sino que pretendiese el P. Jacinto turbar la paz de mi casa…!

—No, señora, no —le interumpió Lulú—. El P. Jacinto es un santo.

—¡Pues que lo pongan en el altar, y le enciendan dos velas! —replicó violentamente la Marquesa—. Pero de ninguna manera tolero que por causa de sus chocheces, me seas desobediente.

—Pero, mamá, si…

—¡Calla…! Y mira que no le vayas a hablar al duquesito del P. Jacinto, ni de la M. Catalina, ni de novenas, ni de las bobadas del colegio… Ya ese tiempo pasó, hija mía: ahora es menester que pienses en que eres ya una señorita que va a entrar en el mundo… Por eso quiero presentarte esta noche en la Embajada… El duquesito es un pollo de lo más agradable que darse puede…; te quiere muchísimo. No queda día que no pregunte por la bella Lulú…

—¿Por mí? —dijo Lulú, abriendo los ojos asombrada—. ¡Pues si sólo una vez le he visto en la vida!

—¿Y qué te pareció?

—Me pareció muy tonto.

—¿Tonto…? ¿Tonto el chico más a la moda de Madrid…? ¿Tonto el mejor partido de la Corte?

—¡Pues si no me dijo más que tonterías…!, que si el Real estaba lleno y el Español vacío…, que su caballo «Pitt» había ganado una copa en el hipódromo…, que iba a introducir la moda del frac encarnado… Yo le dije que parecería un cangrejo…

—¿Eso le dijiste? —exclamó otra vez sulfurada la Marquesa.

—Se me escapó sin pensar, y creo que no le gustó, porque se puso muy serio.

—¡Pues claro está…! ¿Cómo había de gustarle…? Vamos, si esta hija mía parece que viene de las Batuecas… ¡Decirle que parecería un cangrejo…! ¿A quién sino a ti se le ocurre semejante sandez…? ¿Sabes lo serio que ha sido el asunto de los fracs colorados? Periódicos muy formales han discutido si debía o no admitirse, y

justamente el duquesito era el defensor más acérrimo… ¡Y decirle que parecería un cangrejo…! Vamos, si eso no se le ocurre más que… al P. Jacinto o a la M. Catalina…

—¿Pero yo qué entiendo de eso, mamá? —dijo Lulú apurada.

—Pues aprende, o a lo menos calla, que ni siquiera a callar has aprendido en el colegio… Éste es le fruto de la decantada educación de las monjas, que tu abuela me obligó a darte —prosiguió la dama en tono patético—. ¡Para esto me impuso el inmenso sacrificio de tenerte en el colegio, separada de mí, hasta los 17 años…!

La señora Marquesa mentía al decir esto con un descaro digno de su lavandera: la pobre Lulú había permanecido en el colegio hasta los 17 años, porque estorbaba a su madre por la vida, no licenciosa, pero sí frívola y disipada que llevaba: porque la edad de la niña ponía de manifiesto que la de la señora Marquesa había pasado mucho tiempo antes los límites de la juventud: porque le era preciso a su vanidad ocultar todo el tiempo posible aquellos años que todos los ardides de la infeliz no lograban borrar de su inexorable fe de bautismo; aquellos años que sonriendo irónicamente iba contando la muerte: aquellos años en que los pasatiempos y frívolos devaneos de la mujer habían ahogado los sencillos, los puros, los santos goces de la madre… ¡Aquellos años que habían de ser juzgados día por día, hora por hora, momento por momento, en el terrible tribunal en que sentencia Jesucristo las almas de los muertos…!

II

Las lamentaciones de la dama fueron interrumpidas por Nanette, la doncella francesa, que anunció la llegada del traje de la señorita.

La Marquesa lanzó una exclamación de alegría y se levantó para recibirlo: Lulú no se movió de su sitio. Un criado entró cargado con una inmensa excusabaraja de finísimos mimbres, y la depositó sobre la alfombra. Nanette levantó la tapa, y apareció el confuso remolino de gasas, crespones, flores y cintas, que constituían el traje de baile. La misma Marquesa, ayudada por Nanette, colocó artísticamente el vestido sobre un diván de raso azul celeste: era de gasas blancas, y no tenía más adornos que algunas guirnaldas de jazmines.

—¡Lindísimo! —exclamó la Marquesa, buscando para contemplarlo el verdadero punto de vista—. ¡Qué sencillez, y al mismo tiempo qué novedad y qué elegancia…! ¡Ah!, si *madame Tétevide* es la encarnación del gusto parisiense… Mira, Lulú, mira… ¡Vas a tener un *succés* asombroso…!

La señora Marquesa participaba en alto grado de la elegante manía criticada ya por el P. Isla en aquella célebre aleluya:

Yo conocí en Madrid una marquesa.

Que aprendió a estornudar a la francesa.

Lulú no se movió de su sitio, y miraba con tristes ojos el lindísimo traje: su primera mirada había sido para el escote, que en honor de la verdad era todo lo alto y decente que esta moda permite a las señoritas jóvenes: a las señoras casadas, sin que nosotros alcancemos el motivo, se les permite en este caprichoso código ofender con toda libertad el pudor y la modestia.

—Pero, hija, ven acá —gritó la Marquesa—; que no parece sino que te llamo para enseñarte la mortaja.

—-Así quiero que me hagan la mía —dijo Lulú levantándose—. Blanca como este traje; pero ha de ser cerrada hasta arriba, y en vez de jazmines tendrá azucenas, que significan pureza.

—¡Vamos! —exclamó la Marquesa dispuesta a encolerizarse por tercera vez—. No falta más sino que nos prediques ahora un sermoncito sobre la muerte y las vanidades humanas… ¡Mira, Luisa, no me seas necia! Entra en mi alcoba y ponte el traje al momento…; quiero ver cómo te sienta y quiero enseñarte a llevar la cola. De seguro que no sabes dar un paso con ella.

Lulú apareció al fin vestida de baile; y al ver retratada su imagen en el inmenso espejo que reflejaba al día las tres o cuatro *toilettes* de su madre, no pudo menos de sonreírse. Se había encontrado tan bonita, que se olvidó por un momento de la mortaja cerrada hasta arriba, y de las azucenas que significaban pureza. La Marquesa se sonrió también: la mujer había comprendido a la mujer y por eso concibió esperanzas de derrotar al P. Jacinto.

—¡Delicioso! —exclamaba, arreglando los largos pliegues de la cola del traje—. Anda un poquito para allá, Lulú… Baja un poco la segunda falda, Nanette… ¡Mira, mira esc *puff* sostenido con dos lazos! ¡Es lo más elegante y atrevido que he visto! ¡Ah! ¡Este *puff mariposa* es un *toar de forme* admirable…! ¡*Madame Tétevide* es un genio…!

Un golpecito sonó en aquel momento en la puerta del tocador, y una voz varonil gritó desde fuera:

—¿Le es permitido a un simple mortal entrar en el santuario de la diosa?

—¡Adelante, adelante! —exclamó alegremente la Marquesa.

Lulú quiso huir, pero la detuvo su madre diciendo:

—¿Pero adonde vas, hija…? Si es el tío Conde.

El tío Conde era un anciano de franca y noble fisonomía, marcial aspecto, cabellos blancos como la nieve, y en cuyo pecho se destacaba la ilustre cruz roja de la Orden de Calatrava.

—¡Magnífico! —exclamó deteniéndose a la puerta—. ¡Qué grupo tan delicioso…! No os mováis, por Dios, que parecéis así unidas la mañana y la tarde de un hermoso día.

—¡Qué galante ha amanecido hoy el señor Conde! —dijo riendo la Marquesa—: apuesto a que para todo esto en pedirme de almorzar…

—¡Hermosa como la luz, discreta como la sombra! —dijo el Conde sentándose en el diván celeste—. Acertaste, sobrina: vengo a que me des de almorzar, y a que me prestes un coche para ir luego a Palacio. El mío me lo tiene embargado hoy un entierro.

—Admito lo de la mañana y la tarde, en pago del almuerzo, y exijo en pago del coche que me diga usted lo que le parece mi Lulú con su traje de baile.

—Trato hecho —contestó el Conde; y arrellanándose en el diván se caló sus quevedos de oro.

—¡Admirable, admirable, admirable! —decía examinando a la niña de pies a cabeza—. De seguro que cuando llegue a hablar de Lulú el cronista del baile, moja la pluma en bandolina en vez de mojarla en tinta… Hebe, sirviendo la copa a los dioses, será menos hermosa… Ofelia, apareciéndose a Hamlet, menos ideal… Psiquis, elevándose al Olimpo, menos vaporosa… Pero ¿quieres que te diga mi opinión, Lulú, hija mía…? Pues oye el consejo de un viejo. Luce ahora el traje delante de tu madre; lúcelo también delante de este viejo que se ofrece a bailar contigo entre estas cuatro paredes, desde un rigodón hasta una polka… Es más; que se ofrece a traerte aquí dos o tres parejas de su confianza, aunque tenga que buscarlas a la luz de una linterna, como Diógenes buscaba un hombre sentado por el foro de Atenas; porque, aunque no abunden, es cierto que se encuentran. Pero, créeme, hija mía: cuando llegue la hora de ir a la Embajada, cena un huevecito pasado por agua, ponte un gorrito de dormir, y vete a la cama después de rezar el rosario…

—Eso decía yo ahora mismo —exclamó vivamente la niña.

—Y hablaste como un libro —añadió su tío.

—¡Vamos! —dijo impaciente la Marquesa—. ¿Si tendremos aquí otro Padre Jacinto sin manteo ni sotana?

—¿Quién es ese P. Jacinto?

—Un exclaustrado del año 34, que se cree que estamos todavía en los tiempos de las golas de lechuguilla y de los minués cantados.

—¿Dónde vive? —preguntó gravemente el Conde.

—¿Va usted a confesarse? —replicó con ironía la Marquesa.

—No; porque me confesé ayer: voy a consultarle una duda teológica.

—¿Y cuál es ella?

—Que me parece que la mujer no fue formada de la costilla del hombre.

—Pues téngalo usted por cierto —respondió la Marquesa, sin sospechar adonde iba a parar la broma—. No la formaron de la costilla, sino del corazón: por eso la mujer se lo llevó todo, y el hombre se quedó sin ninguno.

—Cuando las veo a la cabecera de sus hijos, enseñándoles a rezar el *Bendito,* como a mí me lo enseñó mi madre, que era tu abuela, creo lo que dices, sobrina —respondió el Conde con aquel tono serioburlón de que se servía para hacer a la Marquesa los más tremendos cargos—. Pero te confieso que me vuelve a asaltar mi duda cuando, satisfechas con esas baratijas de tocador, las veo dar más importancia a los bullones de un *puff* que… al gobierno de su casa.

El Conde iba a decir que a la educación de sus hijas, pero la presencia de Lulú lo contuvo.

—Pero ¿cuál es esa duda? —preguntó la Marquesa, sin darse por entendida.

—Pues ya lo he dicho: que la mujer no fue formada de la costilla del hombre.

—¿Pues de qué lo fue entonces?

—Del rabo de una mona [1] —dijo gravemente el Conde.

Lulú se echó a reír a carcajadas. La Marquesa se mordió los labios: acostumbrada, sin embargo, a las indirectas del Conde, que había sido para ella su segundo padre y cuya rica herencia esperaba, contestó chanceándose:

—¡Vaya con el señor Conde! En cuanto vio seguro el almuerzo ha dado ya al traste con todas sus galanterías.

—Y no creas que esto me lo ha dicho la falsa ciencia de algún darwinista —prosiguió el anciano—. Me lo dijo el buen sentido de un pobre patán que conocí en mis posesiones de Andalucía.

—¡Bien decía yo que la tal sentencia me olía a ajos!

—La verdad nunca huele a ámbar en las narices que escuece, sobrina… Explícame, si no de otro modo, estos dos hechos en que mi filósofo de los campos fundaba su sistema. Primero, que las monas no tengan rabo; segundo, que tengáis alguna de vosotras esas tendencias *darwinísticas.*…

—Ya no me extraña que si tal concepto le merecían las mujeres, jamás haya usted querido volverse a casar después de viudo.

—No, hija mía; porque habrás notado que no he dicho *todas,* sino *algunas.*… Si todas fueran así, no me hubiera casado nunca.

—¿Sabe usted lo que estoy pensando, tío? —dijo la Marquesa, picada hasta lo sumo—: que podría usted irse con mi hija a dar por ahí una misión contra los bailes y las modas. Lulú personificaría la inocencia; usted, tío —añadió recalcando la frase—, podría personificar el arrepentimiento.

—Con lo cual nadie podría argüirme de que hablaba de lo que no entendía.

—Pero sí de que el diablo, harto de comer carne, se había metido a fraile.

—¿Y crees tú que si ese señor Mefistófeles pusiera al servicio de Dios su experiencia de diablo y su ciencia de ángel, no haría mucho fruto?… Si Lulú quiere, esta misma noche empezaremos la misión a la puerta de la Embajada.

—Sí, tiíto —respondió Lulú alegremente—: más fácil me será aprender el sermón que bailar con esta cola.

—Pues queda convenido —asintió el Conde—. Predicaré por una ventanilla del coche y diré a las madres de familia: «Ciegas fuisteis para vosotras: ciegas sois para vuestras hijas… Vuestra ceguedad os disculpa… en parte. Cuidad de que no sea también vuestra ceguedad la que os condene…». Y asomándome por la otra ventanilla, porque dividiré el auditorio por sexos, como hacen en las sinagogas, diré a los padres de familia: «¡Perdisteis la memoria, señores míos…! ¡Acordados de que ya no sois vosotros los galanes…! ¡Acordaos de que las damas son ahora vuestras hijas…!».

—Pues si todos entienden el sermón como yo —dijo Lulú moviendo la cabeza—, no serán muchos los convertidos.

—No importa que tú no lo entiendas… Mira cómo tu madre me entiende.

—Entiendo, tío mío, que me está usted haciendo una mala obra —dijo sentida la Marquesa.

—La del padre que corrige —replicó el Conde, inclinándose a su oído—, la del amigo que salva…

—¿Pero acaso soy yo una samaritana?

—¡No por cierto…! Eres una mariposa y tu hija necesita un ángel de la guarda.

La Marquesa se echó a llorar. Lulú, que nada había advertido, dijo muy seria:

—Pues si usted predica desde la ventanilla, yo predicaré desde el pescante y diré a todo el auditorio: «Señores: las doce han dado ya: tengo mucho sueño, y no puedo dar un paso sin tropezar con esta cola… ¡Con que, muy buenas noches, que me voy a cenar con mi tío un huevo pasado por agua, y a acostarme después de rezar el rosario…!».

Y haciendo una graciosa cortesía, echó a correr hacia la alcoba de su madre para despojarse de su traje de baile. Detúvose, sin embargo, en la puerta, y preguntó sonriendo:

—Mamá…: ¿le encargo al tío que prepare el huevo pasado por agua?

La Marquesa estuvo a punto de decir que sí: el Conde la interrogaba con la vista.

—¡Imposible! —dijo al fin, contestando a éste—: he dado mi palabra al Duque.
—¿Y qué importa? —insistió el anciano en voz baja.
—Se disgustaría, y no quiero que por mí pierda Lulú la mejor boda de la Corte.

III

A las tres de la madrugada arrancaba de la Embajada el magnífico lando de la Marquesa, conduciendo a ésta y a su hija de vuelta del baile.

Envuelta Lulú en su albornoz forrado de pieles, se había recostado en un rincón del coche sin decir palabra: hallábase cansada, nerviosa, y sentía un fuerte dolor de cabeza.

—¿Tienes sueño, Lulú? —le preguntó su madre.

—Mucho —contestó la pobre niña—. ¡Si viera usted cómo me duele la cabeza!

—Eso es la falta de costumbre: mañana podrás desquitar el sueño.

Lulú no contestó, y la Marquesa calló también, preocupada, no con la insignificante dolencia de su hija, sino con aquellas últimas palabras del Conde, que acudían en aquel momento a su memoria con esa pertinacia, con esa fuerza convincente, con esa claridad avasalladora con que el remordimiento presenta al hombre después de cometida la falta, aquellas mismas razones que antes de cometerla encontraba la pasión tan débiles e ilusorias. Las conveniencias sociales, el porvenir de su hija, la boda del duquesito, pretextos todos con que había querido engañar a este necio que se llama *uno mismo*, tan fácil de persuadir cuando se halaga su deseo, desaparecieron en aquel momento cual desaparecen en la oscuridad los falsos colores de un prisma, para hacerle ver en toda su desnudez aquella amarga verdad que, entre bromas y veras, le había dicho el anciano: «Tu frivolidad, tu loco afán de gozar y divertirte, es lo que disfrazas con las exigencias de tu rango y del porvenir de tu hija».

«¡Es cierto! ¡Es cierto!, dijo amargamente la Marquesa. ¡Lulú necesita un ángel que guarde y no que exponga su inocencia…! Yo no soy una samaritana, ¡es verdad…!, ¡pero soy una mariposa, frívola madre de… orugas!».

Una tos seca y nerviosa se escapó en aquel momento del pecho de Lulú, y un ¡ay! doloroso acudió a sus labios.

—¿Qué es eso, hija mía? —exclamó asustada la Marquesa.

—No sé, mamá —respondió Lulú—: me duele aquí en el costado derecho… Será el corsé, que me aprieta un poco.

Lulú despidió a su doncella después de vestirse una bata de noche: dejóse caer entonces en una pequeña butaca forrada de raso color de rosa, y permaneció largo rato inmóvil, mirando sin ver, con los ojos fijos en el suelo. Quería darse cuenta de sus impresiones; pero las ideas se agolpaban con tal rapidez a su mente, que la aturdían, sin que pudiese analizarlas y ni aun siquiera definirlas. Sentíase por otra parte sumamente fatigada: agudas punzadas taladraban sus sienes, y aquel dolor del costado derecho la hacía toser de cuando en cuando seca y dolorosamente. La pobre niña se levantó para acostarse: un pensamiento la detuvo, sin embargo. Grave como un aviso del cielo, distinto como una luz de Dios, había acudido a su memoria el último consejo del P. Jacinto, la súplica diaria de la M. Catalina: «No te acuestes un

solo día sin hacer antes examen de conciencia».

Lulú se dirigió a un precioso reclinatorio gótico, colocado a la cabecera de su cama. Había en él una pequeña estatua del Sagrado Corazón, que había traído del colegio, igual en todo a la grande que tenían en el altar mayor de la capilla. Lulú se arrodilló ante aquel antiguo amigo, que desde su infancia le había mostrado el corazón abierto, y apoyando la frente en ambas manos, comenzó a abrirle de par en par el suyo. Así pasó un cuarto de hora: levantó al fin la cabeza, y sus ojos fueron a encontrase con los ojos de la imagen: los de Cristo reflejaban amor inmenso; los de Lulú, inocencia perfecta.

Rezó entonces el acto de contrición, y dio al Señor humildes gracias por haberla preservado de toda culpa. El mal espíritu tocó entonces con su inmundo dedo aquella pura frente para despertar en ella este pensamiento:

«¿Ves cómo tu madre tenía razón…? El P. Jacinto exageraba… ¡En nada has ofendido al Sagrado Corazón de Cristo!»

A poco dormía Lulú fatigosamente, y parecíale hallarse en los salones de la Embajada valsando con el duquesito. La orquesta tocaba un vals de Strauss, y Lulú se divertía mucho atravesando a la carrera, como en otros tiempos, el patio del colegio, aquel salón inmenso que crecía, crecía siempre, como si la pared del fondo huyese ante Lulú para dejarle más ancho campo. Los caballeros le decían al pasar que era bonita; pero Lulú no hacía caso, porque una calavera se asomó por el marco de un espejo y le dijo con la misma voz del P. Jacinto: «¡Lo que tú eres fui; lo que yo soy serás!».

El duquesito valsaba muy bien: llevaba el frac colorado, y Lulú se reía porque le parecía un cangrejo que valsaba tan de prisa, tan de prisa, que la niña sintió al fin un vahido y quiso detener a su pareja; pero el Duque soltó una carcajada, y siguió valsando al compás de la orquesta, tan rápido ya, que era vertiginoso. Lulú se echó a llorar, porque el Duque la agarraba con dos manos fuertes como tenazas de hierro, que le hacían un mal horrible en el costado derecho. Llamó a gritos a su madre, pero su madre la miraba riéndose, y se echaba fresco con el abanico. Llamó entonces al tío Conde: pero el tío Conde no estaba allí; por eso no contestaba, y la pobre Lulú seguía valsando, valsando al compás de aquella música más rápida que la bajada del infierno.

De repente le faltó la luz y le faltó el suelo, y los zapatitos de raso de Lulú se hundían en una tierra húmeda y pegajosa que le daba escalofríos; pero seguía valsando al compás de la orquesta, que ya no era de violines y flautas, sino chirimías y gritos de buhos, porque el duquesito le clavaba cual una garra la mano derecha en el costado, causándole aquel dolor atroz que la hacía toser cruelmente. Vio entonces en la oscuridad que la linda persona del Duque despedía un fulgor asqueroso que a ella no le tocaba, pero que sin saber cómo, ella misma encendía: vio que clavaba los ojos cual dos saetas envenenadas en su rostro y en su cuello desnudo, arrojando unas llamas impuras que aterraron a la pobre Lulú, porque amenazaban manchar la

blancura de su alma, como mancha la baba de un caracol los pétalos de una rosa… ¡Y a pesar de todo, Lulú seguía valsando, porque su madre se lo mandaba…!; ¡porque ningún auxilio humano la socorría…!

De repente vio a lo lejos, sin saber cómo, un grupo de árboles, y un hombre postrado en tierra, como pintan a Jesús en el huerto de los olivos. Lulú gritó «¡Jesús mío!», y Jesús se puso en pie a aquel grito, hermoso, fuerte, imponente, con el Corazón llagado en las manos como le había visto tantas veces en el altar del colegio; como le acababa de ver en la imagen del reclinatorio; pero el Duque seguía valsando sin soltar su presa, y lanzaba a veces feroces rugidos. Jesús levantó la mano con imperio y le mandó detenerse; pero el Duque levantó la suya sin soltar a Lulú, y descargó un bofetón en la mejilla de Cristo.

«¡Perdón, Jesús mío, que yo soy la causa!», gritó Lulú retorciéndose las manos.

Jesús retrocedió dos pasos y arrojó al suelo para detener al Duque un puñado de su propia sangre; pero el Duque no soltó a Lulú, y siguió valsando sobre la sangre de Cristo.

«¡Perdón, Jesús mío, que yo tengo la culpa!», gimió Lulú mesándose el cabello.

Y Jesús, para salvar a la niña, arrojó al suelo, a los pies del Duque, su Corazón henchido de angustia.

Pero el Duque siguió valsando sin soltar a Lulú, y levantó el pie para pisar el Corazón Sagrado de Cristo.

Lulú dio un grito espantoso, y se encontró al despertar sentada en su lecho. Allí estaba sobre un sillón el blanco traje de baile; allí estaba en el reclinatorio la imagen de Cristo: en el costado derecho sintió la pobre niña el horrible dolor que le causaba en sueños la férrea mano del Duque. La luz del sol traspasaba ya las cortinas de color de rosa, prestando a toda la alcoba un tinte risueño…

Al grito de Lulú acudió desalada su doncella; detrás llegó la Marquesa anhelante. Lulú, pálida, desencajada, con los ojos fuera de las órbitas, tosiendo de un modo que helaba la sangre, tendió los brazos a su madre: ésta se arrojó en ellos llorando:

—¡Mamá!, ¡mamá! —decía Lulú en voz tan profunda y queda, que aterraba el oírla—. ¡Allí! ¡Allí…!, en el baile…, en el huerto, el Duque pisaba la sangre… ¡Yo, no…!, ¡yo no pequé…!, ¡no, no, Dios mío…!, pero por mi culpa…, ¡por mi culpa pisaba aquel hombre la sangre de Cristo!

Y una convulsión terrible retorció el cuerpo de la infeliz niña, como los anillos de una culebra.

—¡Lulú!, ¡hija mía! ¡Luisa…!, ¡hija de mi alma! —exclamó la Marquesa—. ¡Serénate, por Dios…! ¡Eso es una pesadilla…!

—¡No!, ¡no!, ¡no! —gritó Lulú con una energía horrible—. ¡En el baile fue donde soñé…! ¡En el sueño fue donde estuve despierta…!

Aterrada la Marquesa envió a buscar al médico y éste declaró sumamente grave el estado de la niña. Tenía, a su juicio, una pulmonía fulminante, cogida sin duda al salir de la Embajada, y aumentaba el peligro una horrible excitación nerviosa, cuya causa

no comprendía.

IV

Tres días después el gran salón de la Marquesa se hallaba de arriba abajo colgado de raso blanco: en medio se levantaba un catafalco de terciopelo también blanco. Sobre él yacía el cadáver de Lulú: su mortaja era blanca como su traje de baile; pero estaba cerrada hasta arriba, y en vez de jazmines tenía azucenas, símbolo de la pureza…

Las manos de la niña sostenían la pequeña imagen del Sagrado Corazón que había traído del colegio.

Ella misma lo había así dispuesto.

SCHALKEN EL PINTOR

Josef Sheridab le Fanu

EXISTE, en este momento, una notable obra de Schalken muy bien conservada. El curioso tratamiento de las luces constituye, como de costumbre en sus cuadros, el aparente mérito principal de la obra. Digo *aparente,* ya que su valía real no consiste en su técnica —exquisita, de todos modos—, sino en su tema. El cuadro representa lo que podría ser el interior de una cámara en algún edificio religioso antiguo; el primer plano está ocupado por una figura femenina, envuelta en una especie de túnica blanca, parte de la cual está dispuesta en forma de velo. La túnica, sin embargo, no corresponde al hábito de ninguna orden religiosa. La figura sostiene una lámpara en la mano, y debido a ello sólo están iluminados su figura y su rostro; y en sus facciones se dibuja una traviesa sonrisa, sugiriendo que la hermosa mujer está en trance de hacer objeto a alguien de una jugarreta. En el fondo, sumido en la sombra, a excepción del mortecino resplandor de un fuego moribundo que sirve para definir la forma, se yergue la figura de un hombre vestido a la antigua moda flamenca, en una actitud de alarma, con la mano en el pomo de la espada, como si se dispusiera a desenvainarla.

Existen algunos cuadros que impresionan, no sé por qué, con el convencimiento de que no representan las simples formas y combinaciones ideales que han flotado a través de la imaginación del artista, sino unas escenas, rostros y situaciones que han existido realmente. Y en aquel extraño cuadro hay algo que sugiere que es la representación de una realidad.

Y realmente es así, ya que registra fielmente un singular y misterioso suceso, y perpetúa, en el rostro de la figura femenina, la cual ocupa el lugar más destacado del dibujo, un exacto retrato de Rose Velderkaust, la sobrina de Gerard Douw, el primero y creo que el único amor de Godfrey Schalken. Mi bisabuelo conocía muy bien al pintor; y oyó de labios del propio Schalken la espantosa historia del cuadro, el cual le fue regalado posteriormente, a la muerte del pintor. La historia y el cuadro se han convertido en una tradición en mi familia y, habiendo descrito el último, trataré de narrar la historia que va unida a la tela.

Existen pocas formas sobre las cuales el manto del romance cuelgue de un modo más desgarbado que sobre la del tosco Schalken: el famoso pintor, cuyas obras entusiasman a los críticos de nuestra época casi tanto como sus modales desagradaron a los refinados de la suya. Y, sin embargo, aquel hombre, tan rudo, tan obstinado, tan estrafalario, en medio de su celebridad, en sus días oscuros pero más felices, protagonizó un ardiente romance de misterio y pasión.

Cuando Schalken estudiaba con el inmortal Gerard Douw era muy joven; y a pesar de su temperamento flemático se enamoró perdidamente de la hermosa sobrina de su maestro. Rose Velderkaust era más joven que él, pues no había cumplido los diecisiete años, y, si la tradición no miente, poseía todos los suaves encantos de las rubias doncellas flamencas. El joven pintor la amaba sincera y fervientemente. Su adoración fue recompensada. Declaró su amor, y obtuvo una temblorosa confesión a cambio. Era el pintor más feliz y más orgulloso de toda la Cristiandad. Pero había

algo que enfriaba sus entusiasmos: era pobre y de baja extracción social. No se atrevía a pedir al anciano Gerard la mano de su adorable pupila. Antes quería ganarse una reputación.

Le esperaban, pues, muchas incertidumbres y muchos desalientos. La lucha sería árdua. Pero había ganado el corazón de Rose Velderkaust, y con él la mitad de la batalla. No hace falta decir que redobló sus esfuerzos, y su perdurable fama demuestra que se vieron recompensados por el éxito.

Aquellos ardientes esfuerzos, y todavía peor, las esperanzas que los determinaban y sostenían, estaban destinados a experimentar una súbita interrupción, de una naturaleza tan rara y misteriosa como para desalentar toda investigación y arrojar sobre los propios acontecimientos una sombra de horror sobrenatural.

Una tarde, después de despedir a sus compañeros de alumnado en casa de Douw, Schalken continuó trabajando en la desierta estancia. La luz del día empezaba a amenguar, y el joven dejó a un lado su paleta y se dedicó a completar un boceto que le estaba proporcionando muchos quebraderos de cabeza. Era una composición religiosa, y representaba las tentaciones de un obeso San Antonio. El joven artista no acababa de quedar satisfecho de su trabajo, a pesar de que las figuras del santo y del demonio habían sido objeto de numerosos retoques. La amplia estancia estaba sumida en un profundo silencio. Transcurrió más de una hora sin que la inspiración acudiera en ayuda de Schalken. En el exterior, las sombras del crepúsculo empezaban a espesarse. La paciencia del joven pintor se había agotado y se quedó de pie delante de su producción sin terminar, furioso y mortificado, con una mano enterrada en los pliegues de sus largos cabellos y la otra sosteniendo el carboncillo de dibujo.

De pronto, el joven exclamó, en voz alta:

—¡Maldito sea el tema! ¡Malditos sean el cuadro, los demonios y el santo!

En aquel momento, un breve y repentino carraspeo resonó detrás de él, y el artista se volvió rápidamente, para comprobar que sus inútiles esfuerzos habían sido observados por un desconocido. En efecto, a un metro y medio de distancia se erguía la figura de un hombre de edad madura que llevaba una capa y un sombrero de forma cónica; en su mano, protegida por un pesado guante, sostenía un largo bastón de ébano cuya empuñadura era una cabeza, al parecer de oro macizo; sobre su pecho, a través de los pliegues de la capa, brillaban los eslabones de una gruesa cadena del mismo metal. La estancia estaba sumida en la penumbra, de modo que Schalken no pudo distinguir el semblante del desconocido. No resultaba fácil conjeturar su edad, pero de toda su persona se desprendía un aire de gravedad y de importancia.

En cuanto se hubo recobrado de su sorpresa, el artista invitó cortésmente al desconocido a que tomara asiento, preguntándole al mismo tiempo si deseaba dejar algún mensaje para su maestro.

—Dígale a Gcrard Douw —replicó el desconocido, sin aceptar la invitación— que Meinheer Vanderhausen, de Rotterdam, desea hablar con él mañana por la tarde, a esta misma hora, de un asunto muy importante. Eso es todo.

El desconocido, tras haber pronunciado aquellas palabras, se volvió bruscamente y abandonó la estancia sin darle tiempo a Schalken a manifestar su asentimiento. El joven sintió la curiosidad de comprobar qué dirección tomaría el ciudadano de Rotterdam al salir del estudio y se asomó a la ventana que daba a la calle. El desconocido debía cruzar un largo pasillo para alcanzar la puerta principal, de modo que Schalken ocupó el puesto de observación antes de que el anciano pudiera haber llegado a la calle. Sin embargo, esperó en vano verle aparecer. La casa no tenía otra salida. ¿Se había desvanecido el extraño visitante, o acechaba en el oscuro pasillo con algún siniestro propósito? Esta última sugerencia llenó la mente de Schalken de una vaga intranquilidad, la cual se intensificó hasta el punto de hacerle temer el permanecer solo en la estancia, sin decidirse al mismo tiempo a cruzar el pasillo. Sin embargo, con un esfuerzo que pareció desproporcionado a la circunstancia, se obligó a salir del estudio y, tras haber cerrado la puerta y haberse guardado la llave en el bolsillo, sin mirar a derecha ni a izquierda, cruzó el pasillo que había contenido —y quizás contenía aún— la persona de su misterioso visitante, sin atreverse a respirar hasta que llegó a la calle.

«¡Meinheer Vanderhausen! —se dijo Gerard Douw, al acercarse la hora de la cita —. ¡Meinheer Vanderhausen, de Rotterdam! Hasta ayer no había oído hablar de este hombre. ¿Qué puede desear de mí? Tal vez un retrato… O el aprendizaje de un pariente pobre… O que valore una colección… Bueno, sea cual sea el asunto, pronto saldremos de dudas.

Oscurecía ya, y todos los caballetes, excepto el de Schalken, estaban desiertos. Gerard Douw paseaba de un lado a otro con impaciente expectación, deteniéndose de cuando en cuando a echar una ojeada al trabajo de uno de sus ausentes discípulos, pero situándose con más frecuencia delante de la ventana, desde donde podía observar a los transeúntes que pasaban por la calle.

—Godfrey —exclamó súbitamente Douw, volviéndose hacia Schalken después de una prolongada e infructuosa observación—, ¿no dijo usted que ese caballero fijó la cita para las siete en el reloj de la Stadhaus?

—Acababan de dar las siete cuando le vi, sir —respondió el estudiante.

—Entonces, no puede tardar —dijo el maestro, consultando un reloj tan grande y tan redondo como una naranja—. Meinheer Vanderhausen, de Rotterdam… ¿no es eso?

—Efectivamente.

—Un hombre de edad madura, que vestía con elegancia… —murmuró Douw como para sí mismo.

—Por lo que pude ver, no era joven —respondió su discípulo—, aunque tampoco muy viejo; y sus ropas eran lujosas y serias, tal como corresponde a un ciudadano rico y distinguido.

En aquel momento, el campanario de la Stadhaus dio las siete; los ojos de los dos hombres se volvieron simultáneamente hacia la puerta; y cuando la última campanada

dejó de vibrar, Douw exclamó:

—Bueno, bueno, no tardará en llegar nuestro visitante, en el supuesto de que sea puntual; si no, tendrá que esperarle usted, Godfrey…

—Aquí está, sir —le interrumpió Schalken.

En efecto, Gerard Douw vio, en el umbral de la puerta, la misma figura que el día antes había abordado tan inesperadamente a su discípulo Schalken.

La primera impresión que la figura produjo en el pintor fue la de que se trataba de un hombre realmente adinerado. De modo que, sin vacilar, saludó cortésmente al desconocido, invitándole a sentarse. El visitante agitó su mano ligeramente, agradeciendo el saludo, pero permaneció de pie.

—¿Tengo el honor de hablar con Meinheer Vanderhausen, de Rotterdam? —preguntó Gerard Douw.

—El mismo —fue la lacónica respuesta del visitante.

—Mi discípulo me informó de su deseo de hablar conmigo —continuó Douw—, y aquí estoy, en espera de sus gratas órdenes.

—¿Es de confianza ese hombre? —inquirió Vanderhausen, volviéndose hacia Schalken, que permanecía en pie a poca distancia detrás de su maestro.

—Desde luego —respondió Gerard.

—Entonces, dígale que lleve esta caja al orfebre o joyero más próximo para que valore su contenido, y que vuelva con un certificado de la valoración.

Al mismo tiempo depositó una caja de unas nueve pulgadas cuadradas en manos de Gerard Douw, el cual quedó tan intrigado por su peso como por la extraña brusquedad de que el desconocido hacía gala al dirigirse a él. De acuerdo con los deseos del visitante, entregó la caja a Schalken, repitiéndole las instrucciones del desconocido.

Schalken colocó su preciosa carga en seguridad debajo de los pliegues de su capa y se dirigió rápidamente a la tienda de un orfebre judío, situada a tres manzanas de distancia de la casa de Douw. Entró en la tienda, y cuando el pequeño hebreo acudió a informarse de sus deseos, depositó delante de él la caja de Vandcrhausen. Al ser examinada a la luz de una lámpara, resultó que estaba completamente forrada de plomo, lo cual explicaba que pesara tanto a pesar de su pequeño tamaño. El judío abrió la caja y, envueltos en un pedazo de tela, descubrió varios lingotes de oro. Cada uno de ellos fue pesado y analizado minuciosamente por el orfebre, el cual parecía experimentar un epicúreo deleite al acariciar aquellos ejemplares del glorioso metal; y cada vez que devolvía uno de ellos a la caja, exclamaba:

—*¡Mein Gott!* ¡Qué perfección! ¡Ni un solo gramo de aleación! ¡Maravilloso, maravilloso!

Terminada la tarea, el judío certificó el valor de los lingotes, que ascendía a muchos miles de dólares. Con el documento en su bolsillo, y la caja debajo del brazo, oculta por su capa, Schalken regresó al estudio, donde encontró a su maestro y al desconocido conversando animadamente.

Apenas había salido Schalken de la estancia, para cumplimentar el encargo, Vanderhausen se había dirigido a Douw en los siguientes términos:

—Sólo puedo dedicarle unos cuantos minutos, y en consecuencia abordaré sin rodeos el asunto que me trae aquí. Usted visitó la ciudad de Rotterdam hace unos meses, y en aquella ocasión vi en la iglesia de St. Lawrence a su sobrina, Rose Velderkaust. Deseo casarme con ella; y si yo le demuestro que soy el marido más rico que pueda desear usted para ella, espero que apoyará mi petición con su autoridad. Si aprueba mi proposición, debe cerrar el trato conmigo ahora mismo, ya que no puedo permitirme ninguna demora.

Gerard Douw quedó asombrado ante la naturaleza de la comunicación de Meinheer Vanderhausen, pero no se atrevió a manifestar su sorpresa; ya que además de los motivos proporcionados por la prudencia y la cortesía, el pintor experimentó una especie de opresión, como la que nos asalta cuando nos situamos en inconsciente proximidad con el objeto de una antipatía natural: una sensación indefinida pero muy poderosa, que en presencia del excéntrico desconocido le impulsaba a no decir nada que pudiera resultar una ofensa.

—No me cabe duda —dijo finalmente Gerard— de que la alianza que usted me propone resultaría ventajosa y honorable para mi sobrina; pero no olvide que ella tiene derecho a manifestar su opinión, la cual puede ser contraria a lo que nosotros estipulemos en su beneficio.

—Hablemos con franqueza, señor pintor —dijo Vanderhausen—. Usted es un tutor; ella es su pupila. Será mía, si *usted* está de acuerdo.

El hombre de Rotterdam avanzó unos pasos mientras hablaba, y Gerard Douw, sin saber por qué, rezó en su fuero interno para que Schalken regresara pronto.

—Deseo —continuó el misterioso caballero— poner en sus manos una prueba de mi riqueza, y una seguridad de que seré generoso con su sobrina. Su discípulo regresará dentro de unos instantes con una suma que quintuplica la fortuna que ella tiene derecho a esperar de su marido. La pondré en manos de usted, y podrá aplicarla del modo que más favorezca los intereses de Rose. Será exclusivamente suya mientras viva. Supongo que eso es ser liberal…

Douw asintió, y en su fuero íntimo reconoció que la fortuna había sido extraordinariamente amable con su sobrina. El desconocilo, pensó, debía ser a la vez rico y generoso, y semejante ofrecimiento no era para ser despreciado, aunque el hombre que lo formulaba no tuviera una presencia impresionante. Rose no tenía grandes pretensiones, ya que su dote era más bien modesta y la debía por entero a la generosidad de su tío; tampoco tenía derecho a alardear de lo dorado de su cuna, ya que su origen estaba lejos de ser espléndido. Y en lo que respecta a otras objeciones, Gerard decidió —y de acuerdo con las costumbres de la época estaba autorizado a decidirlo— cerrar sus oídos a ellas.

—Sir —dijo, dirigiéndose al desconocido—, su oferta es muy liberal, y si no la acepto inmediatamente se debe a que no tengo el honor de conocer a nadie de su

familia. Supongo que puede usted informarme al respecto…

—En lo que atañe a mi respetabilidad —dijo el desconocido secamente— debe darla por supuesta. No se moleste en investigar. No puede descubrir acerca de mí más de lo que yo decida hacerle saber. Si es usted honrado, mi palabra es garantía suficiente de mi respetabilidad. Si es usted sórdido, tendrá la garantía de mi oro.

Un caballero obstinado, pensó Douw, que obraba a su manera, sin admitir interferencias de nadie; pero, teniéndolo todo en cuenta, no podía rechazar su ofrecimiento. Sin embargo, tampoco podía comprometerse innecesariamente.

—No se comprometerá usted innecesariamente —dijo Vanderhausen, pronunciando las mismas palabras que acababan de flotar en la mente de su compañero—. Pero en caso necesario lo hará, supongo; y yo le demostraré que lo considero indispensable. Si el oro que pienso dejar en sus manos le satisface, y si no quiere que retire mi proposición, antes de que yo abandone esta habitación tendrá que firmar su asentimiento a este compromiso.

Y, al terminar de hablar, colocó un papel en las manos del pintor, el contenido del cual expresaba un compromiso establecido entre Gerard Douw y Meinheer Vanderhausen, de Rotterdam, por el que el primero daba en matrimonio al segundo a su sobrina Rose Velderkaust. La boda debía celebrarse una semana después de la fecha del documento. Mientras el pintor leía las cláusulas a la parpadeante luz de una lámpara de petróleo, Schalken entró en el estudio y, habiendo depositado la caja y el certificado del judío en manos del desconocido, estaba a punto de retirarse, cuando Vanderhausen le dijo que esperara; y, presentando la caja y el certificado a Gerard Douw, aguardó en silencio hasta que el pintor hubo examinado ambas cosas. Entonces, el desconocido inquirió:

—¿Está usted satisfecho?

El pintor dijo que preferiría disponer de otro día para meditar en el asunto.

—Ni una hora —dijo el hombre de Rotterdam, fríamente.

—Entonces —dijo Douw, encogiéndose de hombros—, *estoy* satisfecho.

—En tal caso, firme el contrato —dijo Vanderhausen—, ya que estoy cansado.

Al mismo tiempo sacó un estuche de materiales de escribir, y Gerard Douw firmó el importante documento.

—Este joven firmará como testigo —dijo el anciano.

Y Godfrey Schalken atestiguó, sin saberlo, la validez del trato que le desposeía para siempre de su amada Rose Velderkaust.

El visitante dobló el documento y se lo guardó en un bolsillo interior.

—Le visitaré mañana por la noche, a las nueve, en su casa, Gerard Douw, y veré al objeto de nuestro contrato —dijo Meinheer Vanderhausen, tras lo cual salió rápidamente de la estancia.

Schalken, dispuesto a resolver sus dudas, se situó en la ventana a fin de observar la puerta de la calle; pero el experimento sólo sirvió para confirmar sus sospechas, ya que el anciano no salió por aquella puerta. Un hecho *muy* raro, en realidad. Él y su

maestro salieron juntos, y hablaron muy poco por el camino, ya que cada uno de ellos tenía sus propios temas de meditación, de ansiedad y de esperanza. Schalken, sin embargo, no sabía la ruina que amenazaba a sus más queridos proyectos.

Gerard Douw ignoraba el compromiso que había surgido entre su discípulo y su sobrina; y aún en el caso de que lo hubiese sabido, no es probable que lo hubiese considerado como una seria obstrucción a los deseos de Meinheer Vanderhausen. En aquella época, los matrimonios eran objeto de cálculo y de tráfico; y a los ojos de un tutor habría resultado absurdo renunciar a una boda muy favorable desde el punto de vista económico a causa de un compromiso contraído por simples motivos sentimentales.

Sin embargo, el pintor no comunicó a su sobrina el importante paso que había dado en su nombre, y no porque previera una oposición por parte de la muchacha, sino únicamente por el hecho de que si ella le pedía que le describiera a su futuro marido, se vería obligado a confesar que ni siquiera le había visto la cara.

Al día siguiente, después de almorzar, Gerard Douw llamó a su sobrina y, tras haberla examinado de pies a cabeza con aire de satisfacción, tomó su mano y le dijo:

—Rose, hija mía, tienes una cara que hará tu fortuna —Rose enrojeció y sonrió —. Resulta difícil resistir a su encanto. No tardarás en casarte, te lo aseguro. Bien, ahora tengo que marcharme, pero quiero que esta noche hagas arreglar el salón. Cenaremos a las nueve. Espero a un amigo; y deseo que te pongas muy guapa. No quiero que piense que somos unos pobretones.

Y Gerard Douw se marchó al estudio donde trabajaban sus discípulos.

Al atardecer, Gerard llamó a Schalken, que estaba a punto de marcharse a su oscuro e incómodo alojamiento, y le pidió que le acompañara a cenar con Rose y Vanderhausen. La invitación, desde luego, fue aceptada, y Gerard Douw y su discípulo llegaron juntos al antiguo salón que había sido preparado para recibir al desconocido. Un alegre fuego ardía en el hogar, y en la mesa, de estilo antiguo, aguardaba la cena. El pequeño grupo compuesto por Rose, su tío y el artista esperaron la llegada del invitado de honor con considerable paciencia. Finalmente dieron las nueve, y simultáneamente resonó una llamada en la puerta de la calle, seguida por un lento y deliberado rumor de pasos en la escalera; los pasos avanzaron a lo largo del pasillo, la puerta del salón se abrió lentamente y apareció una figura que desconcertó al flemático holandés e hizo que Rose gritara, aterrorizada. La figura tenía la forma de Meinheer Vanderhausen; el aire, la estatura, eran las mismas, pero las facciones no habían sido vistas hasta entonces por ninguno de los miembros del pequeño grupo. El desconocido se detuvo en la puerta del salón. Llevaba una capa de color oscuro, muy corta, que apenas le tapaba las rodillas; sus piernas estaban embutidas en unas medias de seda de color morado, y sus zapatos se adornaban con rosas del mismo color. Al abrirse la capa por delante se hizo visible la casaca, también de tela oscura; las manos aparecían enfundadas en unos guantes de cuero que cubrían las muñecas, a modo de guanteletes. En una mano llevaba su bastón y su

sombrero, y la otra pendía de su costado. Sus cabellos, negros y muy largos, ocultaban su nuca. Hasta aquí, nada anormal. Pero el rostro… Toda la carne del rostro era de un color azulado plomizo, como el producido por algunos medicamentos metálicos, administrados en cantidades excesivas; el blanco de los ojos era el tono dominante en ellos, y su expresión sugería extraños desvarios de la mente; los labios correspondían al rostro y, en consecuencia, eran casi negros. Y todo el rostro tenía un aire sensual, maligno e incluso satánico. Hecho notable: en el curso de su visita, el desconocido no se quitó los guantes ni una sola vez. Gerard Douw recobró finalmente el uso de la palabra y se adelantó a dar la bienvenida a su huésped; éste inclinó ligeramente la cabeza, sin decir nada, y avanzó hacia el centro del salón. Había algo increíblemente raro, incluso horrible, en todos sus movimientos, algo indefinible, que era anormal, inhumano; como si los miembros fueran guiados y dirigidos por un espíritu poco acostumbrado al manejo de la maquinaria corporal. El desconocido apenas habló durante su visita, la cual no excedió de media hora; incluso el propio anfitrión se vio con apuros para pronunciar los indispensables saludos y cortesías y, en realidad, el nervioso terror que la presencia de Vanderhausen inspiraba era tal, que el más leve incidente hubiese provocado la huida de las tres personas que se encontraban con él en el salón. Sin embargo, no dejaron de observar dos extrañas peculiaridades de su visitante. Mientras permaneció allí, sus párpados no se cerraron ni una sola vez; y, además, toda su persona conservaba una inmovilidad semejante a la de un cadáver, debido a la ausencia del movimiento del pecho producido por el proceso de la respiración. Esas dos peculiaridades, que a un simple oyente pueden parecerle triviales, producían un efecto muy desagradable al ser vistas y observadas. Finalmente, Vanderhausen libró al pintor de Leyden de su angustiosa presencia; y el pequeño grupo experimentó una sensación de alivio al oír que se cerraba la puerta de la calle.

—¡Mi querido tío! —exclamó Rose—. ¡Qué hombre más espantoso! ¡No quisiera volver a verle por todo el oro del mundo!

—Cállate, niña —dijo Douw, cuyas sensaciones distaban de ser agradables—. Un hombre puede ser tan feo como el diablo, e incluso más; pero si su corazón y sus actos son buenos, vale más que los perfumados muñecos que pasean por el Malí. Rose, hija mía, es cierto que no tiene tu bella cara, pero yo sé que es rico y generoso; y aunque fuera diez veces más feo, esas dos virtudes serían suficientes para contrapesar toda su deformidad.

—¿Sabes, tío? —dijo Rose—. Cuando le vi de pie en la puerta, no pude eivtar el compararle con la imagen de madera pintada que me asustaba tanto en la iglesia de St. Lawrence de Rotterdam.

Gerard se echó a reír, aunque en su fuero interno no pudo dejar de reconocer lo acertado de la comparación. Sin embargo, estaba decidido, en lo que de él dependiera, a no permitir que su sobrina se dejase llevar por la impresión que la fealdad del visitante había producido en ella. De todos modos, le intrigó observar que

Rose no parecía afectada por el misterioso temor que el desconocido le inspiraba a él mismo, así como a su discípulo Godfrey Schalken.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, desde diversas tiendas de la ciudad llegaron ricos presentes de sedas, terciopelos y joyas para Rose; y también un paquete dirigido a Gerard Douw, que al ser abierto resultó contener un contrato de matrimonio, formalmente redactado, entre Meinheer Vanderhausen, del *Bomm-quay*, de Rotterdam, y Rose Velderkaust, de Leyden, sobrina de Gerard Douw, maestro en el arte de la pintura de la misma ciudad; en el contrato, Vanderhausen se comprometía a asignar a su futura esposa una suma mucho más elevada de la que había sugerido a su tutor, suma que sería puesta en manos de Gerard Douw para que la empleara del modo más beneficioso para Rose.

No tengo escenas sentimentales que describir, ni crueldad de tutores, ni agonías, ni transportes de amantes. Lo único que puedo anotar es sordidez, veleidad y cobardía. Menos de una semana después de la entrevista que acabamos de describir, el contrato de matrimonio quedó ratificado por las dos partes y Schalken vio el premio por el cual hubiese arriesgado la existencia del brazo de su repulsivo rival. Durante dos o tres días no apareció por la escuela; luego volvió a ella y trabajó, con menos alegría que antes, pero con una mayor obstinación; el estímulo del amor había cedido su puesto al de la ambición.

Transcurrieron los meses y, en contra de lo que esperaba —y en contra de las promesas de los interesados—, Gerard Down no recibió ninguna noticia de su sobrina ni de su marido. Tampoco le habían sido reclamados los intereses del dinero que manejaba.

El pintor empezó a inquietarse. Finalmente, decidió trasladarse a Rotterdam y comprobar personalmente que su sobrina, por la cual sentía un sincero afecto, gozaba de bienestar y comodidades. Sin embargo, todas sus pesquisas resultaron inútiles; en Rotterdam, nadie había oído hablar de Meinheer Vanderhausen. Gerard Douw visitó todas las casas del *Boom-quay*, pero no pudo conseguir ninguna información, de modo que se vio obligado a regresar a Leyden, mucho más ansioso que cuando emprendió el viaje.

A su llegada, se dirigió al establecimiento en el cual Vanderhausen había alquilado el lujoso carruaje que había de conducirles a Rotterdam a él y a su esposa. Por el conductor del vehículo se enteró de que habían llegado a los alrededores de aquella ciudad a última hora de la tarde; se encontraban a menos de una milla de distancia cuando un grupo de hombres, soberbiamente ataviados, aparecieron en el centro del camino impidiendo el avance del carruaje. El conductor tiró de las riendas, temiendo, dadas la oscuridad de la hora y la soledad del camino, alguna fechoría. Sin embargo, sus temores se desvanecieron al ver que aquellos hombres portaban una amplia litera de forma anticuada, la cual dejaron en el suelo mientras el novio, después de abrir la portezuela del carruaje desde el interior, se apeó, y habiendo ayudado a su esposa a hacer lo mismo, la condujo hasta la litera, en la cual entraron

los dos, ella sollozando amargamente y retorciéndose las manos. Los porteadores empuñaron las varas y se alejaron rápidamente en dirección a la ciudad. En el interior del vehículo, el conductor encontró una bolsa cuyo contenido triplicaba el importe del alquiler del carruaje. No podía decir nada más acerca de Meinheer Vanderhausen y su encantadora esposa.

El misterio fue una fuente de profunda ansiedad para Gerard Douw. Era evidente que Vanderhausen le había hecho objeto de un fraude en su trato, aunque no podía imaginar con qué propósito. La pérdida de la alegre compañía de su sobrina contribuyó también a deprimirle; y, para combatir la nostalgia y la amargura que le invadían al término de sus ocupaciones diarias en la escuela, a menudo le pedía a Schalken que le acompañara a su casa y compartiera su solitaria cena.

Una noche, el pintor y su discípulo estaban sentados junto al fuego, sumidos en melancólicas reflexiones, cuando a sus oídos llegó un rumor procedente de la puerta de la calle, como si alguien la arañara con vehemencia. Un criado había bajado a enterarse de lo que sucedía, y le oyeron preguntar dos o tres veces quién estaba allí, sin obtener otra respuesta que la reiteración de los extraños sonidos. Luego se abrió la puerta del vestíbulo y unos pasos rápidos subieron la escalera. Schalken se dirigió hacia la puerta del comedor, la cual se abrió antes de que el joven llegara a ella, y Rose se precipitó en el interior de la estancia. Tenía un aspecto aterrorizado y exhausto, pero su atavío sorprendió a los dos hombres casi tanto como su inesperada aparición. Consistía en una especie de túnica blanca, muy cerrada alrededor del cuello y descendiendo hasta el mismo suelo. Estaba muy arrugada y sucia. La pobre criatura había entrado apenas en la estancia cuando cayó al suelo, inconsciente. Con alguna dificultad consiguieron reanimarla, y al recobrar el sentido exclamó, en un tono de terror más bien que de mera impaciencia:

—¡Vino! ¡Vino! ¡Rápido, o estoy perdida!

Asombrados y casi asustados por la extraña agitación que acompañó a la petición, se apresuraron a atender su deseo y Rose bebió unos sorbos de vino con una avidez que les sorprendió. Apenas lo había tragado cuando exclamó, con la misma urgencia.

—¡Comida, por el amor de Dios! ¡Comida, o moriré!

Sobre la mesa había un trozo de asado, y Schalken empezó a cortar un pedazo; pero Rose se lo arrancó de las manos y mordió ávidamente la carne, viva imagen del hambre más voraz. Cuando el paroxismo de su apetito hubo remitido, la joven pareció sentirse súbitamente avergonzada, o tal vez cedió a alguna idea que la asustaba, ya que empezó a sollozar amargamente, mientras se retorcía las manos.

—¡Oh! Vayan en busca de un ministro de Dios —dijo—. No estaré segura hasta que llegue; vayan a buscarle en seguida.

Gerard Douw despachó a un mensajero inmediatamente, y consiguió que su sobrina le acompañara a su propio dormitorio. También la convenció para que descansara un rato. Rose consintió, con la expresa condición de no dejarla sola bajo ningún concepto.

—¡Ojalá estuviera aquí el sacerdote! —exclamó—. Él puede liberarme: los muertos y los vivos no pueden ser una sola cosa. Dios lo ha prohibido.

Con aquellas misterosas palabras se rindió a su guía, y los dos hombres la acompañaron a la habitación que Gerard Douw le había destinado.

—No me dejen sola ni un momento —dijo Rose—. Si lo hacen, estoy perdida para siempre.

Gerard Douw y Schalken llevaban una vela cada uno, de modo que la iluminación resultaba bastante eficaz. En el instante en que se disponía a entrar en el dormitorio, Rose se detuvo bruscamente y, en un susurro que llenó de horror a los dos hombres, dijo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Está aquí! ¡Miren, miren! ¡Está aquí!

Señalaba hacia la puerta de la alcoba, y Schalken creyó ver una forma oscura y mal definida que se deslizaba en el interior de la estancia. Desenvainó su espada y, levantando la vela de modo que proyectara su luz con más intensidad sobre los objetos de la habitación, entró en la estancia en la cual se había deslizado la sombra.

Allí no había ninguna figura: sólo los muebles que pertenecían a la habitación. Y, sin embargo, Schalken estaba completamente seguro de que algo se había movido delante de ellos. Le invadió un oscuro terror, y unas gruesas gotas de sudor perlaron su frente; y el tono de apremiante agonía con que Rose imploraba que no la dejaran sola ni un momento, no contribuyó precisamente a tranquilizarle.

—Le he visto —dijo Rose—. Está aquí. No puede engañarme, le conozco muy bien. Está junto a mí; está conmigo. Ha entrado en la alcoba. Por el amor de Dios, si quieren salvarme, no se muevan de mi lado.

Al final consiguieron convencerla para que se tendiera en la cama, donde continuó apremiándoles para que no la dejaran sola. La joven pronunciaba frases incoherentes, repitiendo una y otra vez:

—Los muertos y los vivos no pueden ser una sola cosa. Dios lo ha prohibido.

Y luego:

—Descanso para los despiertos… sueño para los sonámbulos.

Continuó murmurando aquellas y otras frases igualmente misteriosas hasta que llegó el capellán.

Gerard Douw empezó a temer, con bastante lógica, que el terror o los malos tratos habían afectado la mente de la pobre muchacha, desquiciándola; y por lo súbito de su aparición, lo irrazonable de la hora y, sobre todo, por lo extraño de su comportamiento, sospechaba que su sobrina había huido de algún asilo para lunáticos, y temía que la persiguieran. Decidió enviar en busca de un médico, para recabar su opinión, en cuanto la mente de su sobrina se hubiese tranquilizado gracias a la intervención del capellán, cuya presencia había reclamado Rose con tanta avidez; y hasta que ese objetivo no fuese alcanzado, no se arriesgó a formularle a su sobrina ninguna pregunta que, al revivir penosos o terribles recuerdos, pudiera aumentar su agitación.

El capellán no tardó en llegar. Se trataba de un hombre de semblante ascético y edad venerable, al cual Gerard Douw respetaba mucho, puesto que era un veterano polemista —quizás más temido como combatiente que amado como cristiano—, de intachable moralidad, cerebro sutil y corazón helado. Entró en la alcoba donde descansaba Rose, y la joven le exigió inmediatamente que rezara por ella como por alguien que está en manos de Satanás, y que sólo del cielo puede esperar la liberación.

Para que puedan comprenderse claramente todas las circunstancias del acontecimiento que voy a describir, es necesario especificar las posiciones respectivas de las partes que estaban involucradas en él. El viejo capellán y Schalken se encontraban en la salita a la cual se abría la alcoba, cuya puerta permanecía abierta; Rose descansaba en la propia alcoba y, junto a su lecho, por expreso deseo de la joven, montaba guardia su tío; en la alcoba ardía una vela, y otras tres iluminaban la salita. El capellán se aclaró la garganta, como si se dispusiera a empezar sus rezos, pero en aquel preciso instante una ráfaga de aire apagó la vela que servía para iluminar la alcoba, y Rose, en tono desgarrado, exclamó:

—¡Godfrey! ¡Trae otra vela! ¡La oscuridad es peligrosa!

Gerard Douw, olvidando las repetidas advertencias de su sobrina para que no se moviera de su lado, se puso en pie y se dirigió a la salita, a fin de suministrar lo que Rose deseaba.

—¡Oh, Dios mío! —gritó la muchacha—. ¡No se marche, querido tío!

Y, al mismo tiempo, saltó de la cama con la intención de detenerle.

Pero la advertencia llegó demasiado tarde, ya que apenas el pintor hubo cruzado el umbral, y apenas su sobrino hubo proferido la exclamación, cuando la puerta que separaba las dos habitaciones se cerró violentamente detrás de él, como empujada por una fuerte ráfaga de viento. Schalken y el pintor se precipitaron hacia la puerta, pero sus unidos y desesperados esfuerzos no sirvieron de nada. En la alcoba resonaban unos gritos espantosos, arrancados por el más abyecto terror. Schalken y Douw se lanzaron con todas sus fuerzas contra la puerta, inútilmente. De la alcoba no llegaba ningún rumor de lucha, pero los gritos parecían aumentar en intensidad. Al mismo tiempo oyeron abrirse la ventana. Un *último* grito, tan prolongado y penetrante como inhumano, resonó en la alcoba, seguido por un mortal silencio, en medio del cual se percibieron claramente unos pasos que cruzaban la alcoba, como si se dirigieran del lecho a la ventana. En aquel preciso instante la puerta cedió, impulsando a los dos hombres al interior de la estancia. Estaba vacía. La ventana estaba abierta. Schalken se precipitó hacia ella y se asomó para examinar la calle y el canal que discurría por ella. No vio ninguna forma, pero vio, o creyó ver, las aguas del ancho canal formando círculos concéntricos cada vez más amplios, como si un momento antes hubiese penetrado en ellas algún pesado cuerpo.

No se encontró nunca el menor rastro de Rose, ni se comprobó la identidad de su misterioso raptor… si es que en realidad hubo un raptor. Pero ocurrió un incidente, el

cual, aunque no será recibido por nuestros racionales lectores como evidencia, produjo una fuerte y perdurable impresión en la mente de Schalken.

Muchos años después de los acontecimientos que hemos relatado, Schalken, que en aquella época residía muy lejos, recibió la noticia de la muerte de su padre, cuyo funeral iba a celebrarse en la iglesia de Rotterdam. Schalken se trasladó inmediatamente a aquella ciudad. Llegó el mismo día del entierro, y se dirigió directamente a la iglesia. El cortejo fúnebre no había llegado aún. Al atardecer, continuaba sin aparecer.

Schalken entró en la iglesia; la bóveda en la cual iba a ser depositado el cadáver estaba abierta. El sepulturero, al ver a un caballero bien vestido, cuyo objetivo era el de esperar la fúnebre comitiva, paseando por una de las naves de la iglesia, le invitó hospitalariamente a compartir con él el solaz de una fogata, la cual, como era su costumbre en invierno, había encendido en el hogar de una estancia donde esperaba la llegada de sus macabros huéspedes y que comunicaba, por medio de un tramo de escalera, con la bóveda inferior. Schalken y el sepulturero se sentaron en aquella estancia; y el sepulturero, después de algunas infructuosas tentativas para entablar conversación con su compañero, se vio obligado a confiar en su pipa para distraer su soledad.

A pesar de su aflicción y de sus preocupaciones, el largo viaje había agotado a Schalken, y sin darse cuenta quedó sumido en un profundo sueño, del cual le despertó alguien tocándole suavemente en el hombro. Su primer pensamiento fue que el sepulturero le estaba llamando, pero el sepulturero *no estaba* ya en la habitación. Schalken se puso en pie, y en cuanto pudo ver claramente lo que había a su alrededor, percibió una forma femenina, envuelta en una especie de túnica blanca, parte de la cual estaba dispuesta como velo, y que llevaba una lámpara en la mano. La forma estaba alejándose de él, en dirección al tramo de escaleras que conducía a la bóveda. Schalken sintió una vaga alarma a la vista de aquella figura, y al mismo tiempo un irresistible impulso de seguirla. Avanzó, pues, detrás de ella, pero al llegar al rellano superior de la escalera se detuvo; la figura se detuvo también y, volviéndose suavemente mostró, a la luz de la lámpara que llevaba, el rostro y las facciones de su primer amor, Rose Velderkaust. No había nada horrible, ni siquiera triste en el semblante. Por el contrario, se dibujaba en él la misma sonrisa traviesa que tanto encantaba al artista en sus lejanos días de felicidad. Una sensación de espanto y de interés, demasiado intensa para ser resistida, le impulsó a seguir al espectro, si es que se trataba de un espectro. Ella descendió los peldaños. Schalken la siguió. Girando a la izquierda, a través de un angosto pasadizo, la figura le condujo, ante la infinita sorpresa del artista, a lo que parecía ser un apartamento holandés muy antiguo, como los que habían inmortalizado los cuadros de Gerard Douw.

La estancia estaba lujosamente amueblada, y en un rincón se erguía un lecho sustentado por cuatro columnas y cubierto con unos pesados cortinajes negros; y cuando la figura llegó al lado de la cama, apartó los cortinajes y, levantando la

lámpara, descubrió a los horrorizados ojos del pintor la lívida y demoníaca forma de Vanderhausen.

La impresión fue tan intensa, que Schelken se desplomó sin sentido.

Allí le encontraron, a la mañana siguiente, unos obreros que efectuaban unas reparaciones en las antiguas bóvedas. Pero el lugar no era el mismo que había contemplado el día anterior: se encontraba en una especie de celda, muy amplia, que no había sido pisada por nadie desde hacía muchísimo tiempo, y había caído al lado de un lujoso ataúd, cubierto con unos paños negros y apoyado en cuatro pequeñas columnas de piedra, como medida de seguridad contra el ataque de los gusanos.

Hasta el día de su muerte, Schalken creyó ciegamente en la realidad de la visión que había contemplado, y dejó detrás de él una curiosa evidencia de la impresión que le produjo, en un cuadro que pintó poco después de producirse el acontecimiento que acabo de narrar.

El cuadro resulta muy valioso, no sólo como muestra de las peculiaridades del arte de Schalken, sino incluso más como un retrato de su primer amor, Rose Velderkaust, cuyo misterioso destino constituirá siempre un motivo de especulación.

EL GUARDAVÍA

Charles Dickens

EL hombre estaba cerca de su casilla, empuñando su banderín enrollado en el palo que hacía de asta.

—¡Eh, oiga! —grité.

Dada la configuración del terreno, el hombre tenía que localizar fácilmente el lugar del cual procedía mi voz.

Sin embargo, en vez de levantar la mirada hacia el lugar en el cual me encontraba, al borde de la zanja y exactamente encima de él, dio media vuelta y miró hacia la vía.

—¡Eh, oiga! —repetí.

Entonces dejó de examinar los raíles.

Se volvió de nuevo y, alzando la cabeza, me localizó encima de su observatorio.

—¿Hay algún camino que me permita bajar hasta ahí? —pregunté—. Me gustaría hablar con usted.

Se produjo una pausa. El hombre me examinaba con profunda atención.

Finalmente, señaló con su banderola un punto situado a doscientos o trescientos metros, a la izquierda.

—¡De acuerdo! —exclamé.

Me dirigí al lugar señalado. Allí, tras reconocer cuidadosamente el terreno, descubrí una zanja que descendía en zigzag.

Estaba labrada a pico sobre un banco de piedra blanca y a medida que bajaba la piedra perdía consistencia, aumentando proporcionalmente la humedad. El trazado era muy serpenteante.

Mientras seguía sus vueltas y revueltas, no se apartaba de mi mente el gesto de indecisión que había observado en el hombre antes de que se prestara a indicarme el camino.

Terminados los rodeos, volví a contemplarle desde la pendiente y noté que estaba en la vía que había dado paso al último tren. Su actitud daba a entender que me estaba esperando.

Tenía apoyada la barbilla en la palma de la mano izquierda, en tanto que el brazo correspondiente se apoyaba a su vez en el derecho, cruzado sobre el pecho; y había tanta curiosidad en su espera, tanta ansiedad, incluso, que me detuve unos instantes, lleno de asombro.

Luego seguí bajando hasta llegar al terraplén, y entonces pude contemplar a mis anchas la tez morena, la negra barba y las pobladas cejas de mi adusto personaje.

Su caseta se encontraba en el lugar más solitario de la vía férrea.

A cada uno de los lados se elevaba el muro de piedra que chorreaba agua e impedía extender la mirada por la inmensidad del cielo, del cual veíase únicamente una angosta franja.

Las perspectivas de la vía no eran más alegres. A un lado, los raíles prolongándose sin fin; al otro, una luz de un rojo siniestro colgada encima de la abertura de un túnel sombrío. Los rayos del sol llegaban allí apagados y mortecinos; olía a moho. Una ráfaga de viento helado me dio en pleno rostro. Me estremecí. Por

un instante, experimenté la sensación de que ya no pisaba el mundo de los vivos.

El hombre no se había movido, absorto en una extraña inmovilidad de la que sólo escapaban sus ojos, que no se perdían ninguno de mis movimientos. Cuando me detuve delante de él retrocedió un paso y levantó la mano, ignoro si en gesto de saludo o para advertirme que no debía seguir avanzando.

—Este lugar resulta muy solitario —le dije—. Ya me lo había parecido desde arriba… Pocas visitas recibirá usted aquí, ¿verdad? Supongo que no le desagradarán… Por mi parte, soy una persona cuya vida discurre entre horizontes muy limitados. Por fin he logrado liberarme, y mi curiosidad me arrastra a la contemplación de las grandes construcciones ferroviarias, algo completamente nuevo para mí…

Eso fue lo que dije, más o menos. No podría repetir mis palabras con toda exactitud. Nunca he tenido facilidad para entablar una conversación, y en aquel momento me sentía sumamente cohibido, ya que la expresión del hombre distaba mucho de ser tranquilizadora.

Mientras yo hablaba, se volvió hacia la boca del túnel débilmente iluminado por la luz roja, escudriñando el paraje con una solicitud que me pareció exagerada.

—¿Cuidáis también de ese aparato? —le pregunté.

Se volvió hacia mí.

—¿Acaso lo ignoraba usted? —inquirió a su vez, en tono apagado.

Era tan insistente la fijeza de su mirada, y tan opaca la sombra que cubría su rostro, que por mi mente cruzó una singular sospecha.

¿Debía considerar como hombre al ser que tenía delante de mí? ¿No sería un fantasma? Más tarde he pensado que debí sentirme influenciado por su aspecto. Entonces me tocó a mí retroceder un paso, un acto que provocó en el hombre un indudable terror. Era evidente que yo le asustaba. Y este descubrimiento terminó con mis absurdas sospechas.

—Me mira usted como si le inspirase miedo —dije finalmente, con una forzada sonrisa.

—Me parece haberle visto antes —murmuró.

—¿Dónde?

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la luz roja.

—¿Allí? —pregunté.

—Sí —respondió lacónicamente, sin apartar de mí la mirada.

—Admito que el hecho no es una imposibilidad, pero le aseguro que nunca se me ocurrió una idea semejante y que en mi vida he puesto los pies en aquel lugar. Puedo jurarlo —añadí.

Por fin pareció romperse el hielo. A partir de aquel momento, contestó con más soltura a mis preguntas.

Me hizo entrar en su casilla, provista de una estufa, un pupitre para el registro del servicio, un libro en el cual se hacían determinadas anotaciones y un aparato

telegráfico, compuesto de un cuadrante con saetas indicadoras y un timbre.

No tenía motivos para dudar de la competencia del hombre en el ejercicio de sus funciones, pero me extrañó sobremanera su actitud: por dos veces, demoró sus respuestas para mirar fijamente al timbre (que no sonaba en aquel momento) y para abrir la puerta de su casilla (cerrada únicamente para evitar la malsana humedad), a fin de contemplar desde el exterior la llama roja colgada encima del túnel.

Las dos veces regresó junto a la estufa con aquel gesto indefinido que había observado en él, sin llegar a identificarlo, cuando nos mirábamos a distancia: yo, desde mi altura, él desde su profundidad.

—Me complace creer —dije, poniéndome en pie para marcharme— que he encontrado aquí a un hombre satisfecho de su suerte…

Mi intención era la de sonsacarle alguna confidencia.

—Lo estuve en otro tiempo —respondió—. Ahora, en cambio, confieso que estoy preocupado. Para ser absolutamente sincero, debería añadir que me devora la ansiedad.

Comprendí que había pronunciado aquellas palabras como a pesar de sí mismo, y me apresuré a inquirir, antes de que volviera a sumirse en su mutismo:

—¿Por qué? ¿Cuál es el motivo de su inquietud?

—Es algo muy difícil de explicar, señor; me cuesta lo indecible hablar de este asunto. Pero, si me hace usted otra visita, trataré de aclarárselo.

—¡No faltaré! ¿Cuándo quiere que venga?

—Dejo el puesto muy temprano, pero regresaré a las diez de la noche.

—Vendré mañana a las once.

Me dio las gracias y me acompañó hasta la entrada de su casilla.

—Agitaré mi luz blanca —me dijo— hasta que encuentre usted el sendero. Cuando haya dado con él, no grite, por favor.

Lo raro de sus gestos y el opaco metal de su voz parecían acrecentar el aspecto glacial del lugar.

Me limité a contestarle:

—De acuerdo.

—No lo olvide —añadió—. Cuando llegue mañana por la noche no tiene necesidad de gritar. Permítame una pregunta, para terminar: ¿por qué gritó usted esta noche «¡Eh, oiga!»

—No podría decírselo. ¿Dije eso?

—Exactamente. Conozco a la perfección esa llamada.

—Bueno, en mi caso no ha habido ninguna clase de premeditación. Al verle aquí, en la hondonada, grité lo primero que se me ocurrió, a fin de llamar su atención.

—¿No existió otra causa?

—¿Qué otra causa podía existir?

—¿No tuvo la impresión de que le dictaban aquellas palabras? ¿De que obedecía usted a una influencia sobrenatural?

—No.

Me dio las buenas noches y me alumbró con su farol. Andé a lo largo de los raíles bajo el peso de una impresión desagradable. Finalmente, di con el sendero. Su acceso fue muy fácil y llegué a mi fonda sin tropiezo alguno.

A la noche siguiente, fiel a mi cita, apoyaba el pie en la primera grada de la cuesta en zigzag en el preciso instante en que sonaba la primera campanada de las once en el reloj de una torre, a lo lejos.

El hombre se encontraba junto a la zanja, esperando mi llegada, sosteniendo en alto su farol.

—No he dicho esta boca es mía —declaré al llegar a su lado—. ¿Puedo hablar ahora?

—Desde luego.

—En tal caso, buenas noches.

—Buenas noches, caballero.

Tras el saludo nos dirigimos, uno al lado del otro, a la casilla.

Entramos y nos sentamos junto a la estufa.

—No es necesario que se moleste inquiriendo de nuevo la causa de mi desasosiego —empezó a decir el hombre, inclinándose hacia mí—. Ayer le confundí a usted con otra persona. Tal era el motivo de mi inquietud.

—¿Le preocupa esa confusión?

—No; no es usted quien suscita mi intranquilidad, sino el otro…

—¿Quién es el otro?

—No lo sé.

—¿Se parece a mí?

—Lo ignoro. Nunca vi su rostro. Lo oculta con el brazo izquierdo, y al mismo tiempo mueve el derecho vivamente. Así…

Observé su muda pantomima. Consistía en una serie de gestos desordenados que pretendían manifestar de un modo evidente, convulsivo, y con un solo brazo, una advertencia: «¡Por Dios! ¡Apártese de la vía!»

—Una noche de luna —continuó el hombre—, estaba yo aquí, en el lugar que usted ocupa, cuando oí una voz que gritaba: «¡Eh! ¡Oiga!»

«Salí al exterior. El “otro” estaba de pie junto al disco rojo, gesticulando tal como acabo de decirle. Su voz había enronquecido de tanto gritar: «¡Eh, oiga! ¡Cuidado, cuidado!»

Lo repetía una y otra vez: “¡Eh, oiga! ¡Cuidado! Cogí mi farol y eché a correr hacia el individuo, preguntándole:

»—¿Qué ocurre? ¿Algún accidente, acaso? ¿En qué lugar?

»Me paré a diez pasos de la boca del túnel; me situé tan cerca de él que distinguí, no sin sorpresa, que el desconocido ocultaba su cara con el brazo izquierdo.

»Continué andando hacia él, alargué la mano para descubrirle el rostro, pero antes de que lo consiguiera, desapareció bruscamente».

—¿Por el túnel? —inquirí.

—No, señor. Recorrí la hondonada en una extensión de más de quinientos metros; levanté el farol en todas direcciones; vi perfectamente los números de las cotas de nivel y las indicaciones de los quilómetros escritas en la pared.

«La humedad se deslizaba como aceite a lo largo de las piedras y goteaba por la bóveda; pero ni rastro de ser humano.

»Volví entonces sobre mis pasos con más rapidez que a la ida, porque tales lugares me inspiraban un invencible horror. Tras haber registrado cuidadosamente las inmediaciones de la boca del túnel, iluminadas por la luz roja, sin abandonar ni un momento mi farol reglamentario, subí hasta el disco. ¡Nada! Me dirigí a la casilla y telegrafié: «¡Alarma! ¿Qué ocurre?» Me llegó la respuesta de costumbre: Sin novedad.

Mientras el guardavía hablaba, tenía la impresión de que un dedo helado recorría con lentitud mi espinazo. Traté de sobreponerme a aquella sensación, y me esforcé por convencer al hombre de que aquella aparición podía haber sido una simple ilusión óptica; en cuanto al grito imaginario pudo ser producido por el aire al azotar los hilos del telégrafo o al chocar contra las elevadas paredes, arrancando al silencio de la noche sus lúgubres sonidos de arpa eólica.

Me dejó terminar moviendo la cabeza, aunque sin dar muestras de impaciencia. Luego, al cabo de unos instantes, me hizo observar que conocía perfectamente el sonido de los alambres vibrando al impulso del viento. Nadie más autorizado que él para distinguirlo, ya que había pasado aquí, solo, en vela, muchísimas noches interminables de invierno.

Me indicó, además, que no había terminado su relato.

Le rogué que perdonase mi interrupción; y él, apoyando suavemente la mano en mi brazo izquierdo continuó:

—Seis horas después de la aparición, se produjo un terrible accidente en la vía, y al cabo de otras dos sacaron del túnel a los muertos y heridos, depositándolos en el mismo lugar en que había visto al fantasma.

Me estremecí. Pero logré disimular la impresión que me habían causado aquellas palabras.

—En realidad —dije—, no puede negarse que la coincidencia es notable. Sin embargo, un accidente ferroviario no es un hecho sobrenatural, ni muchísimo menos.

El hombre levantó la mano en un gesto que quería dar a entender que no había terminado.

—Lo que le he contado —dijo, apoyando de nuevo la mano en mi brazo— ocurrió hace un año. Seis o siete meses después, cuando no me había repuesto aún del todo de aquella emoción, un día, al amanecer, encontrándome en el interior de mi casilla, miré hacia la luz roja y vi de nuevo al espectro.

Permaneció unos instantes en silencio, mirándome fijamente.

—Y bien —dije, sin disimular mi impaciencia—, ¿se produjo otro accidente

después de aquella aparición?

—En efecto, caballero —respondió el hombre, hablando con deliberada lentitud —. Aquel mismo día, al paso de un tren que salía del túnel, observé en un compartimiento movimientos descompuestos de manos, de cabezas… en una palabra, una agitación anormal. Hice la señal de parada; el maquinista dio inmediatamente contravapor y apretó los frenos; el tren, no obstante, me sobrepasó en unos doscientos metros. Eché a correr y oí, efectivamente, unos lamentos desesperados. Una hermosa mujer había sido asesinada en uno de los vagones. La trajeron a mi casilla y la dejaron donde usted y yo estamos hablando ahora.

Involuntariamente, corrí mi silla hacia atrás sin perder de vista a mi interlocutor.

—Lo que acabo de contarle es la pura verdad, caballero. No he quitado ni añadido nada.

Yo no acertaba ya a hablar ni a razonar.

En el exterior, el viento agitaba los hilos del telégrafo añadiendo al horror de la narración su queja lastimera y prolongada.

El hombre terminó:

—Juzgue usted, caballero, si puedo tener el ánimo sereno; hace una semana apareció la visión, y desde entonces no deja presentarse a mi vista de cuando en cuando.

—¿Hacia la luz roja?

—Sí, hacia la señal de peligro.

—¿Y qué hace allí?

Con mayor vehemencia, si cabe, repitió los gestos de angustia que me expresaban la advertencia: «¡Por Dios, apártese de la vía!»

—Ahora, ya conoce usted el motivo de mi desazón. No hallo tregua ni descanso. El desconocido me llama por espacio de unos minutos, repitiendo su grito desesperado: «¡Eh, oiga! ¡Cuidado!» Mueve el brazo sin cesar y alborota con el timbre…

Le interrumpí:

—Dígame una cosa: ayer tarde, cuando me acercaba aquí en el momento en que salía usted, ¿sonó el timbre?

—Dos veces.

—¿Dos veces? —inquirí—. Eso demuestra que su imaginación le ha jugado una mala pasada. Yo era todo ojos, todo oídos; pues bien, tan cierto como que estoy vivo, el timbre no sonó. De haber sonado, yo no podía dejar de oírlo.

Sacudió negativamente la cabeza.

—Se equivoca, caballero —dijo—. No discuto lo que usted oyó, o dejó de oír. Lo cierto es que el sonido del timbre llegó claramente a mis oídos, por dos veces.

—Y cuando salió usted al exterior, ¿vio la aparición?

—La vi.

—¿En las dos ocasiones?

—En las dos —afirmó rotundamente.

—¿Quiere usted salir conmigo ahora y mirar?

Se mordió los labios, pero se puso en pie.

Abrí la puerta, permaneciendo unos instantes en el umbral. Mi interlocutor quedó a cierta distancia. No había nada anormal: la luz del disco, la boca del túnel, el muro enorme, impregnado de humedad, todo completamente tranquilo a la luz de las estrellas.

—¿Ve usted algo? —le pregunté, observando atentamente su rostro.

—No —respondió—, no veo nada.

—Bien —dije—, de acuerdo.

Entramos de nuevo en la casilla y nos sentamos al lado de la estufa. Discurría yo cómo iba a sacar el mejor provecho del éxito obtenido, si de tal podía calificarse el resultado negativo de nuestra inspección ocular, cuando el hombre reanudó su discurso en el punto en que lo había interrumpido, afirmando que los repetidos sucesos que se habían producido eran un hecho evidente que no podía ponerse en duda.

—Y esto suscita en mí una terrible confusión. No ceso de preguntarme: ¿Que querrá advertirme ahora el fantasma?

—No acabo de entenderlo —murmuré.

—¿Contra qué peligro voy a prevenirme? —continuó el guardavía, con aire pensativo, fijando sus ojos ora en la estufa, ora en mí—. ¿Qué riesgo amenaza? ¿Dónde acontecerá? Porque, sin duda, se cierne sobre la línea algún peligro… Una tercera desgracia nos amenaza. ¿Quién puede negarlo, dados los precedentes? De modo que aquí estoy, desvariando, al parecer. ¿Puedo evitarlo de algún modo? ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Sacó su pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—Si telegrafío arriba o abajo, o en los dos sentidos, ¿cómo puedo justificar mi llamada? Lo único que conseguiré será crear confusión, la misma que yo experimento, sin arreglar nada. Creerán que estoy loco… Puedo enviar un mensaje diciendo: «Peligro, atención». Me contestarán: «¿Qué clase de peligro? ¿Dónde?» Y yo: «No lo sé, pero estén precavidos, por el amor de Dios». Lo dicho, creerían que he perdido el juicio y me echarían de aquí.

La agitación del infeliz resultaba conmovedora. Comprendí que, por caridad y por exigirlo la seguridad del público, lo más urgente era tranquilizar al pobre hombre. Dejando, pues, para otra oportunidad la discusión de si era verdadero o ilusorio aquel extremo, procuré convencerle de que todo funcionario atento al cumplimiento de su deber obra siempre con rectitud y que, teniendo él plena conciencia de su deber, no debía inquietarse por lo inexplicable de las apariencias. Mi táctica demostró ser mejor que la oposición a sus supersticiosas convicciones. Se tranquilizó. Las exigencias del servicio reclamaban toda su atención. Eran las dos de la madrugada.

Me marché, pues, no sin antes haberme ofrecido a permanecer en su compañía

hasta el alba, cosa que no permitió.

Al día siguiente, después de almorzar, salí a dar un paseo aprovechando lo espléndido del tiempo. Estaba a punto de ponerse el sol cuando tomé la vereda que conducía hasta la loma que daba acceso a la vía férrea. Maquinalmente, me asomé al pretil de la zanja en el mismo lugar donde me situé la primera vez que interpelé al guardavía.

¿Cómo describir el sentimiento de horror que me petrificó al ver un ente, hombre o fantasma, situado muy cerca de la boca del túnel, que agitaba vivamente el brazo derecho en tanto que con el izquierdo se cubría el rostro?

El indecible terror que me produjo aquella visión sólo duró un instante, ya que no tardé en darme cuenta de que no era víctima de una alucinación: el personaje en cuestión se dirigía a un grupo de personas, a las cuales explicaba algo que había sucedido. Al lado de la vía, debajo del disco rojo, veíase una camilla cubierta con un trozo de lona.

Presentí una terrible desgracia y eché a correr hacia aquel lugar.

—¿Qué ha pasado? —inquirí.

—El tren ha alcanzado a un guardavía.

—¿No será el de la casilla?

—El mismo.

—¡Dios mío! ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Le golpeó la máquina. Nadie desempeñaba mejor su cometido, pero hoy, Dios sabe por qué, tuvo un descuido. En el momento en que salía un tren del túnel estaba aquí, de espaldas. ¡La máquina le atropelló! Pero, aquí está el maquinista. Él le contará mejor lo ocurrido…

El maquinista se encogió de hombros.

—Todavía no me lo explico. Al entrar en la curva, dentro del túnel, vi al guardavía junto a los raíles, en la misma boca. No me daba tiempo a frenar, pero confieso que no me intranquilicé, ya que el guardavía llevaba muchos años en este puesto y no era fácil que se dejara sorprender por un tren. A pesar de todo, como me pareció que no le preocupaba el silbido de la máquina, solté el vapor… Estaba casi encima de él… Grité con todas mis fuerzas, advirtiéndole.

—¿Qué dijo usted?

—Grité: «¡Eh, oiga! ¡Cuidado! ¡Apártese de la vía!»

Me estremecí.

—Fue un momento terrible, caballero. Yo no cesaba de gritar. Me tapé la cara con un brazo, sin dejar de agitar el otro ni un solo instante. ¡Todo fue inútil!

Así terminó, con aquella trágica muerte, la extraña aventura cuyo oscuro misterio jamás logré penetrar.

EL APOSENTO SILBANTE

William Hope Hodgson

CARNACKI me estrechó amistosamente la mano cuando llegué, un poco tarde. Luego abrió la puerta del comedor y nos acomodó a los cuatro —Jessop, Arkright, Taylor y yo— para almorzar.

Comimos muy bien, como de costumbre, y también como de costumbre Carnacki permaneció completamente silencioso durante el almuerzo. Al terminar, ocupamos con nuestro vino y nuestros cigarros los lugares habituales y Carnacki —tras instalarse cómodamente en su enorme sillón— empezó, sin preliminares de ninguna clase:

—Acabo de regresar de Irlanda, otra vez. Y he pensado que os interesaría oír mi relato. Además, creo que veré la cosa mucho más clara después de haberla contado con pelos y señales. He de confesar que hasta ahora me ha tenido completamente desconcertado. He tropezado con uno de los casos más singulares de encantamiento —o de alguna clase de diablería— de que nunca tuve noticia. Ahora, escuchad.

He pasado las últimas semanas en el Castillo de Iastrae, a unas veinte millas al nordeste de Galway. Hace un mes recibí una carta de un tal Mr. Sid K. Tassoc, que al parecer había comprado el lugar últimamente y se trasladó a él… para descubrir que había adquirido una propiedad muy singular.

Cuando llegué allí, Tassoc me esperaba en la estación y me llevó en su coche al castillo. Vivía en él con su hermano menor y otro norteamericano que parecía ser mediosirviente, mediocompañero. Por lo visto, todos los criados habían abandonado el lugar y los tres hombres tenían que cuidar de sí mismos, con la ayuda de alguna mujer que acudía en las horas diurnas.

Prepararon un frugal refrigerio y Tassoc me habló del extraño silbido mientras estábamos a la mesa. Algo extraordinario y distinto a todo lo que hasta entonces me había ocupado, aunque debo reconocer que aquel Caso del Zumbido fue también de lo más raro.

Tassoc empezó la historia por la mitad:

—Tenemos un aposento en este tugurio —dijo—, en el que resuena un silbido infernal, algo espantoso. La cosa empieza en cualquier momento, nunca se sabe cuándo, y continúa hasta asustarle a uno. No es un silbido corriente, y no tiene nada que ver con el viento. Espere a oírlo.

—Todos llevamos revólver —dijo el más joven, dando una palmada al bolsillo de su chaqueta.

—¿Tan malo es? —inquirí.

El hermano mayor asintió.

—Es posible que yo sea blando —dijo—, pero espere a oírlo. A veces creo que es algo infernal, e inmediatamente después tengo la seguridad de que alguien nos está gastando una broma pesada.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué ganarían con ello?

—Se refiere usted —dijo— a que la gente suele tener algún motivo para entretenerse en este tipo de cosas. Bueno, se lo explicaré. Hay una dama en esta

región que responde al nombre de Miss Donnehue y que va a convertirse en mi esposa, dentro de dos meses. Es muy guapa, pero, por lo que veo, he metido la cabeza en un nido de avispas irlandesas… Un montón de fogosos jóvenes la han estado cortejando durante los dos últimos años, y ahora que me he presentado yo y les he birlado a Miss Donnehue, sus sentimientos hacia mí no puede decirse que sean amistosos, precisamente. ¿Empieza usted a comprender las posibilidades?

—Sí —dije—. Aunque, de todos modos, no veo la relación que puede tener con ese aposento.

—Trataré de explicárselo —dijo—. Cuando me comprometí con Miss Donnehue, busqué un lugar para vivir y compré este castillo. Más tarde le dije a ella que había decidido instalarme aquí definitivamente. Y entonces ella me preguntó si no me inspiraba miedo el aposento silbante. Le contesté que era la primera noticia que tenía de tal aposento, ya que no había oído absolutamente nada. Se hallaban presentes algunos de sus amigos y me di cuenta de que se miraban el uno al otro, sonriendo con malicia. Aquello me intrigó y me indujo a efectuar algunas pesquisas, las cuales me permitieron descubrir que varias personas habían comprado este lugar durante los últimos veinte años. Y todas habían terminado por renunciar a vivir en él.

«Bueno, lo cierto es que aquellos jóvenes empezaron a tomarme el pelo y a decirme que estaban dispuestos a apostar conmigo a que no vivía seis meses en esta mansión. Miré a Miss Donnehue, pero me di cuenta de que ella no se lo tomaba a broma. En parte, creo, porque el tono de los jóvenes era muy burlón, como ya he dicho, y en parte porque realmente creía que había algo de cierto en la leyenda del aposento silbante.

«Sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que se rieran de mí, y cubrí todas sus apuestas. Sospecho que algunos de ellos recibirán un duro golpe, a menos de que yo pierda; lo cual no pienso hacer. Bueno, ya conoce usted prácticamente toda la historia.

—No estoy de acuerdo —dije—. Lo único que sé es que ha comprado usted un castillo con un aposento en el que sucede algo «raro», y que ha hecho usted algunas apuestas. Sé también que sus criados se asustaron hasta el punto de marcharse de aquí. Cuénteme algo acerca del silbido.

—¡Oh, eso! —dijo Tassoc—. Empezó la segunda noche que pasamos aquí. Como puede suponer, había examinado cuidadosamente el aposento en cuestión a la luz del día, ya que aquella charla en Arlestrae —donde vive Miss Donnehue— me había intrigado un poco. Pero me pareció tan normal como cualquiera de las otras habitaciones del ala antigua, algo más solitaria, tal vez. Pero esta última sensación podía haber sido provocada por aquella misma charla.

»El silbido empezó alrededor de las diez la segunda noche, como ya he dicho. Tom y yo estábamos en la biblioteca cuando oímos un extraño silbido procedente del Pasadizo Este: el aposento se encuentra en el Ala Este, desde luego.

»—¡Allí está el fantasma! —le dije a Tom.

»De modo que cogimos las lámparas de encima de la mesa y fuimos a echar una mirada. Mientras avanzábamos a lo largo del pasadizo se me hizo un nudo en la garganta, hasta tal punto resultaba horrible el silbido. Era una especie de melodía, hasta cierto punto, aunque sería más exacto describirlo como la risa burlona de un diablo o de algo corrompido resonando detrás de nuestra espalda. Ésta es la impresión que me causó.

»Cuando llegamos el aposento no esperamos, sino que abrimos la puerta de par en par, y entonces el sonido me golpeó en plena cara. Tom dijo que a él le había ocurrido lo mismo: se sintió sorprendido y desconcertado. Echamos una mirada en torno nuestro, pero nos pusimos tan nerviosos que salimos de allí y yo cerré la puerta con llave.

»Bajamos aquí y nos servimos un buen trago. Entonces nos entonamos un poco y empezamos a darnos cuenta de que nos habíamos dejado tomar el pelo. De modo que nos armamos con un buen garrote cada uno y salimos a reconocer el terreno, pensando que alguno de aquellos malditos irlandeses se estaba divirtiendo a costa nuestra jugando a los fantasmas. Pero no vimos absolutamente nada ni oímos el menor sonido.

»Volvimos a entrar en la casa, la recorrimos de extremo a extremo y luego hicimos otra visita al aposento. Pero no pudimos soportarlo. Tuvimos que salir rápidamente y cerrar de nuevo la puerta. No sé cómo traducirlo en palabras, pero tenía la sensación de haber tropezado con algo que era pútridamente peligroso. ¿Comprende? Desde entonces, siempre vamos armados.

»Desde luego, al día siguiente pusimos patas arriba el aposento y toda la casa, e incluso exploramos los alrededores, pero no encontramos nada anormal. Y ahora no sé qué pensar, excepto que esos salvajes irlandeses están poniendo en práctica algún plan para tratar de echarme de aquí.

—¿Ha hecho algo desde entonces? —le pregunté.

—Sí —dijo—. Montar guardia delante de la puerta del aposento por la noche, explorar palmo a palmo los alrededores, y sondear las paredes y el suelo de la habitación. Hemos hecho todo lo que se nos ha ocurrido que podíamos hacer, hasta que la cosa ha empezado a atacarnos los nervios y hemos decidido llamarle a usted.

Por entonces habíamos terminado de cenar. En el momento en que nos levantábamos de la mesa, Tassoc exclamó súbitamente:

—¡Ssh! ¡Escuchen!

Guardamos un profundo silencio, escuchando. Entonces lo oí, un silbido extraordinariamente claro, monstruoso e inhumano, que llegaba desde muy lejos a través de los pasadizos, a mi derecha.

—¡Dios mío! —exclamó Tassoc—. ¡Y apenas ha anochecido! Cojan esas velas, y vamos.

Al cabo de unos instantes habíamos salido todos del comedor y corríamos escaleras arriba. Tassoc se adentró por un largo pasillo y nosotros le seguimos,

haciendo pantalla con la mano para proteger nuestras velas mientras corríamos. El sonido pareció llenar todo el pasadizo a medida que avanzábamos por él, hasta que experimenté la sensación de que todo el aire palpitaba bajo el poder de alguna Fuerza Inmensa: la sensación de que nos envolvía algo corrompido y monstruoso.

Tassoc abrió la puerta, la empujó con el pie y se precipitó al interior del aposento, empuñando el revólver. El sonido nos golpeó en pleno rostro con un efecto imposible de describir a alguien que no lo haya oído: con una horrible nota personal en él, como si lo llenara todo y al mismo tiempo se dirigiera particularmente a cada uno de nosotros. Permanecer allí y escuchar equivalía a ser anonadado por la Realización. Era como si alguien nos mostrara súbitamente la boca de un inmenso pozo y dijera: «Eso es el Infierno». Y uno *supiera* que le habían dicho la verdad.

Entramos en el aposento sosteniendo en alto las velas y eché una rápida ojeada a mi alrededor. Estaba ensordecido por el estridente silbido. De pronto, tuve la impresión de que una voz me susurraba claramente:

«¡Sal de aquí… aprisa! ¡Aprisa! ¡Aprisa!»

Como sabéis muy bien, nunca desdeño esa clase de avisos. A veces pueden ser los nervios, simplemente, pero, como recordaréis, uno de esos avisos me salvó ep el Caso del «Perro Gris» y en los «Experimentos de Dedo Amarillo», así como en otras ocasiones. De modo que me volví en redondo hacia los otros.

—¡Fuera! —dije—. ¡Por el amor de Dios, fuera, aprisa!

Y un momento después nos encontrábamos todos en el pasadizo.

Al horrible silbido se mezcló ahora un aullido espantoso y luego, como un trueno. Finalmente, un profundo silencio lo envolvió todo. Cerré la puerta. Después, cogiendo la llave, miré a los otros. Estaban mortalmente pálidos, y supongo que mi rostro debía estar cubierto por la misma palidez. Permanecimos unos instantes inmóviles, en silencio.

—Creo que un poco de whisky nos sentará bien —dijo finalmente Tassoc, esforzándose en dominar el temblor de su voz.

Y echó a andar por el pasillo. Le seguimos. Yo cerraba la marcha y sabía que todos nosotros mirábamos con recelo por encima de nuestros hombros. Cuando llegamos abajo, Tassoc llenó cuatro vasos y apuró de un trago el contenido del suyo. Luego se sentó pesadamente.

—Es algo encantador para tenerlo en casa, ¿no es cierto? —dijo. Y añadió—: ¿Por qué diablos nos hizo usted salir de allí con tanta prisa, Carnacki?

—Tuve la impresión de que alguien me advertía que debía salir rápidamente del aposento —contesté—. Ya sé que suena a superstición… pero cuando se está tratando con cosas de este tipo hay que tenerlo todo en cuenta, por fantástico que parezca, y arriesgarse a que se rían de uno.

Entonces le conté el caso del «Perro Gris», y Tassoc no dejó de hacer gastos de asentimiento durante mi relato.

—Desde luego —dije—, en este caso puede tratarse de un simple truco ideado

por sus rivales en amores, pero personalmente opino que hay algo brutal y peligroso en el asunto, y pienso mantener los ojos muy abiertos.

Charlamos durante largo rato, y luego Tassoc sugirió una partida de billar. Jugamos con aire distraído, ya que nuestra atención estaba concentrada en la puerta, hacia la cual tendíamos el oído, esperando percibir el horrible sonido; pero no ocurrió nada, y poco después Tassoc propuso que nos acostáramos temprano y que al día siguiente, por la mañana, lleváramos a cabo un minucioso reconocimiento de la habitación.

Mi dormitorio se encontraba en la parte más moderna del castillo y la puerta se abría a la galería de los retratos. En el extremo oriental de la galería se hallaba situada la entrada al pasadizo del Ala Este; la puerta que daba acceso al pasadizo era de madera de roble, muy recia, de dos hojas, y su aspecto anticuado contrastaba singularmente con el más moderno de las puertas de las diversas habitaciones.

Cuando llegué a mi cuarto no me acosté, sino que empecé a desempaquetar los instrumentos que llevaba en mi baúl. Me proponía tomar un par de medidas preliminares en mi investigación del extraordinario silbido.

Poco después, todo quedó en silencio. Me deslicé fuera de mi habitación y me dirigí a la entrada del gran pasadizo. Abrí la puerta y proyecté el haz luminoso de mi linterna a lo largo del pasillo. Estaba vacío, de modo que crucé la puerta y la entorné detrás de mí. A continuación avancé por el gran pasadizo, sosteniendo la linterna con una mano y aferrando con la otra la culata de mi revólver.

Me había colgado un «collar protector» de ajos alrededor del cuello, y el olor parecía llenar el pasillo, infundiéndome una sensación de seguridad; ya que, como todos sabéis, el ajo es una «protección» maravillosa contra las formas más corrientes de semimaterialización *Aeiirii* por medio de las cuales suponía que podía ser producido el silbido, aunque en aquel período de mi investigación estaba aún dispuesto a aceptar que se debía a alguna causa completamente natural, ya que resulta asombroso el enorme número de casos que acaban resultando sin nada anormal.

Además del collar, me había taponado los oídos con ajo, y como no pensaba pasar más que unos minutos en el aposento, me consideraba suficientemente protegido.

Cuando llegué a la puerta y hundí la mano en mi bolsillo en busca de la llave, experimenté una repentina sensación de malestar, provocado por el miedo. Pero no iba a retroceder, si podía evitarlo. De modo que abrí la puerta e hice girar el pomo. Luego la empujé fuertemente con el pie, como había hecho Tassoc, y empuñé mi revólver, aunque lo cierto es que no esperaba verme obligado a utilizarlo.

Iluminé el interior del aposento con mi linterna y luego entré en él con la desagradable sensación de que me estaba metiendo en la boca del lobo, como vulgarmente se dice, y de que me acechaba un peligro. Permanecí inmóvil unos segundos, expectante, y no pasó nada: el vacío aposento se revelaba desnudo de rincón a rincón. Súbitamente me di cuenta de que la estancia estaba llena de un silencio deliberado, tan ominoso como cualquiera de los horribles sonidos que los

Seres misteriosos pueden producir. ¿Recordáis lo que os conté acerca del caso del «Jardín Silencioso»? Pues bien, aquel aposento estaba lleno del mismo *malévolo* silencio: el espantoso silencio de algo que nos está mirando desde su invisibilidad y piensa con maligno placer que nos tiene a su alcance. ¡Oh! Lo reconocí inmediatamente y me apresuré a graduar el foco de mi linterna de modo que iluminara *todo* el aposento.

Luego empecé a trabajar rápidamente, dirigiendo continuas miradas a mi alrededor. Precinté las dos ventanas con cabellos humanos, de una parte a otra. Mientras trabajaba, la atmósfera pareció hacerse más tensa y el silencio, por así decirlo, más sólido. Supe entonces que no tenía nada que hacer allí sin una «plena protección», ya que estaba prácticamente seguro de que no se trataba de un simple desarrollo *Aeiirii,* sino de una de las peores formas, tales como las Saiitii; como en aquel Caso del «Hombre Gruñón». ¿Lo recordáis?

Terminé con las ventanas y me acerqué al hogar. Era enorme, con una extraña horquilla de hierro sobresaliendo de la parte posterior del arco. Precinté la abertura con siete cabellos humanos: el séptimo cruzando a los otros seis.

Entonces, cuando terminaba mi tarea, un silbido leve y burlón llenó el aposento. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. El espantoso sonido era una parodia extraordinaria y grotesca de silbido humano, demasiado gigantesco para ser humano: como si algo enorme y monstruoso emitiera los sonidos suavemente. Mientras permanecía allí un último momento, apretando el precinto final, tuve pocas dudas de que había tropezado con uno de esos raros y horribles casos de lo

Inanimado reproduciendo las funciones de lo *Animado.* Agarré mi linterna y me dirigí rápidamente hacia la puerta, mirando por encima de mi hombro y tendiendo el oído a lo que esperaba. Llegó en el preciso instante en que mi mano hacía girar el pomo: un chillido de rabia increíblemente maligna, abriéndose paso a través del silbido. Me precipité al pasadizo, cerrando la puerta con llave detrás de mí.

Me apoyé contra la pared del pasillo, sintiéndome más bien extrañado por lo próximo que había sonado el chillido… *«no hay modo de ponerse a salvo cuando el monstruo tiene poder para hablar a través de la madera y de la piedra». Así* reza el párrafo de la *Sigsand MS,* y yo lo demostré en el Caso de la «Puerta Colgante». No existe ninguna protección contra esta forma particular de monstruo, excepto quizás por un período fraccional de tiempo; ya que puede reproducirse a sí mismo o tomar para su propósito el mismo material protector que se utiliza contra él, y tiene poder para «*i orinar se* dentro de la estrella de cinco puntas», aunque no inmediatamente. Existe, desde luego, la posibilidad de pronunciar la Última Línea Desconocida del Rito Saasmaa, pero es demasiado insegura y el peligro demasiado espantoso, e incluso en el más favorable de los casos sólo tiene poder para proteger durante «cinco latidos del corazón», como dice la *Sigsand.*

Dentro del aposento había ahora un silbido continuo, meditativo, pero de pronto se interrumpió y el silencio pareció mucho peor, ya que era uno de aquellos silencios

cargados de amenazas latentes.

Al cabo de unos instantes precinté la puerta con unos cabellos cruzados, me deslicé a lo largo del gran pasadizo y fui a acostarme.

Durante largo rato permanecí despierto, pero eventualmente logré conciliar el sueño. Sin embargo, alrededor de las dos de la mañana me despertó el silbido, que llegaba hasta mí a través de las puertas cerradas. El sonido era enorme y parecía latir a través de toda la casa, como si algún gigante monstruoso se refocilara consigo mismo al extremo de aquel gran pasadizo.

Me incorporé y me senté en el borde de la cama, preguntándome si debía ir a echar una mirada a los precintos, cuando llamaron a mi puerta e inmediatamente después entró Tassoc en mi cuarto, con un batín encima de su pijama.

—Pensé que el silbido le habría despertado y se me ocurrió venir a charlar un rato con usted —dijo—. Yo no *puedo* dormir. ¡Hermoso! ¿No es cierto?

—Extraordinario —dije, y le ofrecí mi pitillera.

Tassoc encendió un cigarrillo y nos sentamos y hablamos durante casi una hora, sin que cesara de llegar hasta nosotros el silbido procedente del extremo del gran pasadizo.

Súbitamente, Tassoc se puso en pie:

—Tomemos nuestros revólveres y vayamos a echarle una mirada a la bestia —dijo, volviéndose hacia la puerta.

—¡No! —dije—. Por Dios… ¡NO! Todavía no puedo decir nada definitivo, pero creo que el aposento encierra un gran peligro.

—¿Quiere usted decir que está hechizado… *realmente* hechizado? —inquirió Tassoc en tono muy serio, sin el menor asomo de ironía en su voz.

Le dije, desde luego, que no podía dar una respuesta concreta a aquella pregunta, pero que confiaba en poder hacerlo pronto. Luego le di una pequeña conferencia acerca de la Falsa Re-Materialización de la Fuerza-Animada a través de lo Inerte-Inanimado. Entonces empezó a comprender en qué sentido particular el aposento podía ser peligroso, si realmente era el sujeto de una manifestación.

Alrededor de una hora más tarde el silbido cesó súbitamente, y Tassoc se marchó a su habitación. Volví a acostarme y eventualmente me quedé dormido.

Por la mañana me dirigí al aposento. Encontré intactos los precintos de la puerta. Entré. Los precintos de las ventanas estaban igualmente intactos, pero el séptimo cabello que cruzaba a los otros seis en el hogar estaba roto. Esto me hizo pensar. Sabía que existía la posibilidad de que yo lo hubiese tensado demasiado, provocando su ruptura; pero también podía haberlo roto otra intervención ajena a la mía. No era concebible que un hombre, por ejemplo, pudiera haber pasado a través de los seis cabellos intactos, ya que nadie se hubiese dado cuenta de que estaban allí, entrando en el aposento de aquel modo.

Introduje la cabeza en el hogar y miré hacia arriba. La chimenea era completamente recta y pude ver un retazo de cielo azul en lo alto. Las paredes eran

completamente lisas, sin nada que sugiriese un posible escondrijo. Desde luego, no me limité a aquel examen superficial y después de desayunar me puse un guardapolvo y trepé hasta lo alto de la chimenea, tanteando las paredes a lo largo de todo el camino, pero no encontré nada.

Luego repetí la operación en todo el aposento: el suelo, el techo y las paredes, dividiéndolos en fracciones de seis pulgadas cuadradas y golpeándolas con un martillo. No había nada anormal.

Más tarde, dediqué tres semanas a revisar todo el castillo con la misma minuciosidad, sin encontrar nada. Entonces hice una prueba con un micrófono por la noche, cuando empezaba el silbido. Si éste era producido de un modo mecánico, la prueba me permitiría descubrir el funcionamiento del mecanismo oculto en el interior de alguna de las paredes. Tenéis que admitir que el método no podía ser más moderno.

Desde luego, no creía que alguno de los rivales de Tassoc hubiera instalado un artilugio de ese tipo, pero cabía la posibilidad de que la instalación se remontara a una época muy anterior; alguien podía haber montado un aparato productor del silbido, tal vez con la intención de darle el aposento una reputación que lo pusiera a salvo de miradas inquisitivas…

¿Comprendéis lo que quiero decir? En tal caso, existía la posibilidad de que alguien conociera el mecanismo en cuestión y lo estuviera utilizando para amedrentar a Tassoc. La prueba del micrófono en las paredes me hubiese permitido descubrir la existencia de semejante mecanismo, como ya he dicho, pero en todo el castillo no había absolutamente nada de ese tipo, de modo que ya no podía caberme la menor duda de que me encontraba ante un auténtico caso de lo que en términos vulgares se llama «encantamiento».

Durante todo aquel tiempo, cada noche, y a veces la mayor parte de cada noche, el silbido del Aposento era insoportable. Como si una Inteligencia supiera las medidas que estábamos tomando contra él y se refocilara en hacerlo más demencial y burlón. Os aseguro que era tan extraordinario como horrible. Una y otra vez —andando de puntillas sobre unos pies descalzos, para no hacer ruido— me acercaba a la puerta precintada, a cualquier hora de la noche, y a menudo el silbido parecía transformarse en una especie de risotada brutalmente burlona, como si el monstruo semianimado me viera claramente a través de la puerta cerrada.

Y cada mañana entraba en el aposento y examinaba los diversos cabellos y precintos. Veréis, después de la primera semana, extendí cabellos paralelos a lo largo de todas las paredes del aposento, y a lo largo del techo, pero en el suelo, que era de piedra pulimentada, había colocado unas pequeñas obleas incoloras, con la parte adhesiva hacia arriba. Las obleas estaban numeradas y dispuestas con arreglo a un plan que había de permitirme localizar los movimientos exactos de cualquier ser viviente que pasara a través de ellas.

Como podéis ver, ningún ser material podía haber entrado en aquel aposento sin

dejar numerosas huellas significativas para mí. Pero nunca encontraba nada anormal, y empecé a pensar que tendría que arriesgarme a pasar una noche en la habitación, en la Estrella de Cinco Puntas Eléctricas. Sí, ya sé que era una idea descabellada, pero el asunto había empezado a ponerme nervioso y estaba dispuesto a intentar cualquier cosa.

En cierta ocasión, alrededor de medianoche, rompí el precinto de la puerta y eché una rápida mirada al interior, pero todo el Aposento profirió un aullido demencial y pareció precipitarse hacia mí en un gran vientre de sombras, como si las paredes se hincharan monstruosamente para alcanzarme. Desde luego, debió ser cosa de mi imaginación. De todos modos, el aullido fue suficiente: cerré la puerta de golpe y eché la llave, notando una rara debilidad en las piernas. Supongo que ya conocéis la sensación.

Y luego, cuando mi estado de ánimo me había predispuesto ya a intentar lo que fuera, hice lo que, al principio, consideré un descubrimiento.

Era la una de la mañana y estaba paseando lentamente alrededor del castillo, pisando la blanda hierba. Había llegado bajo la sombra de la Fachada Este, y muy por encima de mi cabeza pude oír el horrible silbido del Aposento envuelto en la oscuridad del ala sin iluminar. Súbitamente, a poca distancia delante de mí, oí la voz de un hombre que susurraba, en tono regocijado:

«No sé lo que opinaréis vosotros, compañeros, pero yo no me atrevería a traer una esposa a un hogar como ése…»

Alguien empezó a contestar, pero entonces resonó una brusca exclamación y luego oí un ruido de pasos corriendo en todas direcciones. Evidentemente, los hombres se habían dado cuenta de mi presencia.

Durante unos segundos permanecí como clavado en el suelo, avergonzado de mí mismo. ¡Después de todo, *ellos* estaban en el fondo del encantamiento! ¿Os dais cuenta de lo borrico que me hicieron sentir? No cabía duda de que aquelíos eran los rivales de Tassoc… y yo había estado absolutamente convencido de haber tropezado con un auténtico Caso. Luego, paulatinamente, acudieron a mi memoria centenares de detalles que volvieron a despertar mis dudas. En cualquiera de los casos, natural o sobrenatural, el asunto distaba mucho de haber quedado aclarado del todo.

A la mañana siguiente le conté a Tassoc lo que había descubierto, y durante cinco noches consecutivas montamos una estrecha vigilancia en torno al Ala Este, aunque no percibimos la menor señal de que alguien merodeara por allí; y todo el tiempo, casi desde el anochecer hasta el alba, aquel grotesco silbido resonó muy por encima de nuestras cabezas, en la oscuridad.

La mañana posterior a la quinta noche recibí un telegrama reclamando mi inmediata presencia aquí. Le expliqué a Tassoc que mi ausencia sería muy breve, y le recomendé que mantuviera la vigilancia alrededor del castillo. También le hice prometer por lo más sagrado que no entraría en el Aposento entre la puesta del sol y el amanecer. Le expliqué que no sabía aún nada concreto, en uno u otro sentido, pero

que si el aposento era lo que yo había pensado al principio, sería preferible para él morir antes que visitarlo después de anochecer.

Cuando terminé con los asuntos que me habían traído aquí, pensé que mi relato podría interesaros, y al mismo tiempo necesitaba contárselo todo a alguien para aclarar mis ideas, de modo que ése ha sido el motivo de mi llamada. Mañana emprendo de nuevo viaje hacia allí, y supongo que a mi regreso tendré algo extraordinario que contaros. A propósito, hay algo muy curioso que no os había dicho: traté de grabar un disco de fonógrafo del silbido, pero no dejó ninguna impresión sobre la cera. Ésa es una de las cosas que más me han intrigado.

Otra cosa extraordinaria es que el micrófono no amplifica el sonido: ni siquiera lo transmite, parece no tomarlo en consideración, y actúa como si no existiera. Repito que el asunto me tiene completamente desconcertado. Siento curiosidad por ver si alguno de vuestros lúcidos cerebros encuentra la solución. Yo no la he encontrado… todavía.

Se puso en pie.

—Adiós a todos —dijo, y empezó a empujarnos amablemente, pero con aire decidido, hacia la puerta de la calle.

Quince días más tarde nos envió una tarjeta a cada uno de nosotros, y no resulta difícil imaginar que esta vez llegué puntual. Carnacki nos llevó directamente al comedor, y cuando terminamos de almorzar y nos instalamos cómodamente, continuó su relato en el punto en que lo había interrumpido:

—Amigos míos, os ruego que me escuchéis en silencio, porque lo que voy a contaros es probablemente una de las cosas más extrañas que nunca habéis oído. Llegué a Iastrae a última hora de la tarde, y tuve que ir a pie hasta el castillo, ya que no había avisado a Tassoc de mi regreso. La luna brillaba en todo su esplendor, de modo que el paseo resultó muy agradable. Cuando llegué al castillo todo estaba envuelto en la más profunda oscuridad, y se me ocurrió dar una vuelta para comprobar si Tassoc o su hermano ejercían la vigilancia que yo había recomendado. Pero no pude verles en parte alguna, y llegué a la conclusión de que se habían cansado de vigilar inútilmente y se habían acostado.

Mientras cruzaba el césped que se extiende delante de la fachada del Ala Este, capté el silbido del Aposento que llegaba extrañamente claro a través del silencio nocturno. Recuerdo que había en él una nota peculiar, baja y constante, casi pensativa… Levanté la mirada hacia la ventana, iluminada por la luz de la luna, y súbitamente se me ocurrió la idea de ir al establo en busca de una escalera y tratar de echar una mirada al Aposento desde fuera.

Me dirigí rápidamente a la parte posterior del castillo, donde se encontraban las caballerizas, y no tardé en descubrir una escalera de mano, bastante ligera, aunque muy pesada para una persona sola. Al principio creí que nunca conseguiría colocarla. Pero finalmente logré que su extremo superior quedara adosado a la pared, debajo mismo del antepecho de la más ancha de las ventanas. Luego, silenciosamente, trepé

por los peldaños hasta que mi rostro quedó por encima del antepecho de la ventana y pude ver el interior del Aposento, iluminado por la luz de la luna.

Desde luego, el extraño silbido resonaba allí más fuerte, aunque conservaba toda su horrible cualidad de parodia de lo humano: sugiriendo el silbido de los labios de un monstruo con un alma de hombre.

Y entonces vi algo. El suelo, en el centro del enorme y vacío aposento empezó a hincharse, hasta adquirir la forma de dos enormes labios ennegrecidos, agrietados y bestiales, silbando la increíble melodía…

En el momento mismo en que el silbido se transformaba en un grito demencial que envolvía como en un remolino todos mis sentidos, me encontré mirando con asombro el sólido e intacto suelo del aposento: una lisa superficie de piedra pulimentada extendiéndose de pared a pared. Y el silencio era absoluto.

¿Me imagináis mirando fijamente la silenciosa habitación y sabiendo lo que sabía? Me sentí como un chiquillo enfermo y asustado, y traté de descender *silenciosamente* por la escalera y huir de allí. Pero en aquel preciso instante oí la voz de Tassac llamándome desde el interior del aposento y pidiendo *socorro.* ¡Dios mío! En mi desconcierto mental tuve la vaga impresión de que, después de todo, sus rivales iríandeses le habían atrapado allí y se disponían a ajustarle las cuentas a su manera. Y al repetirse la llamada, no lo pensé más: apoyé un hombro contra la ventana, empujé con todas mis fuerzas hasta que saltó el pestillo y pasé al interior de la habitación para ayudarle. Tenía la vaga idea de que la llamada procedía del enorme hogar y corrí hacia él, pero allí no había nadie.

«¡Tassoc!», grité.

Y mi voz resonó de una pared a otra del gran aposento, e inmediatamente *supe que Tassoc no había llamado*. Giré en redondo, muerto de miedo, precipitándome hacia la ventana, y mientras lo hacía un exultante silbido, acompañado de un grito diabólico, estalló a través de la estancia. A mi izquierda, el extremo de la pared había proyectado hacia mí un par de labios gigantescos, negros y monstruosos, a un metro de distancia de mi rostro. De un modo inconsciente, eché mano al bolsillo en busca de mi revólver, aunque no para *aquello,* sino para mí mismo, ya que el peligro era mil veces peor que la muerte. Y entonces acudió súbitamente a mis labios la Última Línea Desconocida del Rito Saasmaa, e ijimediatamcnte ocurrió lo que ya había vivido en una ocasión anterior: una sensación como de polvo cayendo de un modo continuo y monótono, y supe que mi vida colgaba insegura y suspendida en un vértigo de cosas invisibles. Y luego *aquello* terminó y supe que había conservado la vida. Mi alma y mi cuerpo recobraron las fuerzas. Con una energía insospechada me lancé furiosamente contra la ventana y salí proyectado con la cabeza hacia adelante, ya que puedo aseguraros que había dejado de temer a la muerte. En mi caída tropecé con la escalera y me agarré como pude a sus peldaños hasta llegar al suelo. Y allí permanecí tendido sobre la blanda y húmeda hierba, bañado por la luz de la luna, oyendo él horrible silbido que surgía a través de la destrozada ventana.

Al cabo de unos instantes me incorporé, comprobé que no había sufrido ninguna herida, me dirigí a la puerta principal y llamé. Tassoc quedó sorprendido al verme, supongo que más por lo desastrado de mi aspecto que por el hecho de que no le hubiera anunciado mi llegada y me presentara a aquella hora avanzada de la noche. Me sirvió un vaso de excelente whisky y yo le expliqué lo que acababa de sucederme. Le dije que el aposento debía ser derribado y cada uno de sus fragmentos quemados en un horno construido en el interior de una estrella de cinco puntas. Tassoc asintió. No había nada que decir. Y me acosté.

Contratamos a un pequeño ejército para la tarea, y al cabo de diez días el aposento se había convertido en humo y lo que quedaba de él estaba calcinado y limpio.

En el curso de las tareas de demolición descubrí lo que podía ser el origen de los misteriosos acontecimientos. Sobre el enorme hogar, cuando hubieron arrancado los grandes paneles de madera de roble, localicé una antigua inscripción en idioma celta, grabada en una piedra. Explicaba que en aquel aposento fue quemado Dian Tiansay, Bufón del Rey Alzof, que había compuesto la Canción de la Locura dedicada al Rey Ernore del Séptimo Castillo.

Cuando completé la traducción se la entregué a Tassoc. Se mostró muy excitado, ya que conocía la antigua leyenda, y me llevó a la biblioteca para que examinara un viejo pergamino que contaba la historia con todo detalle. Más tarde descubrí que el incidente era perfectamente conocido en la región, aunque siempre se había considerado más como una leyenda que como un hecho histórico. Y a nadie parecía habérsele ocurrido que el Ala Este del Castillo de lastrae eran los restos del antiguo Séptimo Castillo.

Por el viejo pergamino me enteré de lo que había sucedido hacía muchísimos años. Parece ser que el Rey Alzof y el Rey Ernore habían sido enemigos desde que nacieron, aunque nunca habían llegado a enfrentarse directamente. Hasta que Dian Tiansay compuso la Canción de la Locura dedicada al Rey Ernore y la cantó delante del Rey Alzof, al cual le gustó tanto que recompensó al bufón entregándole como esposa a una de sus damas.

La canción no tardó en hacerse popular entre las gentes de la región, y al final llegó a oídos del Rey Ernore, que se enfureció hasta el extremo de declarar la guerra a su enemigo; la suerte de las armas le fue propicia y tomó el castillo del Rey Alzof y le prendió fuego… con el Rey Alzof dentro. En cuanto a Dian Tiansay, el bufón, se lo llevó a su propio castillo y, tras arrancarle la lengua como castigo por la canción que había compuesto e interpretado, le encarceló en el Aposento del Ala Este (el cual era utilizado evidentemente como calabozo), guardando para sí a la esposa del bufón, de cuya belleza se había encaprichado.

Pero una noche la esposa de Dian Tiansay desapareció, y a la mañana siguiente la encontraron muerta en brazos de su marido, que estaba sentado y silbaba la Canción de la Locura, ya que carecía de lengua para cantarla.

Quemaron a Dian Tiansay en el enorme hogar: probablemente colgado de la horquilla de hierro que ya he mencionado. Y hasta que murió, Dian Tiansay «no cesó de silbar» la Canción de la Locura que ya no podía cantar. Pero más tarde, «en aquel aposento», se oyó a menudo por la noche a alguien que silbaba, y desde entonces nadie se atrevió a dormir en él. E incluso el Rey Ernore se trasladó a otro castillo, ya que el silbido le molestaba.

Eso es todo. Desde luego, se trata de un simple «extracto» de la traducción del pergamino. Una curiosa historia, ¿no os parece?

—Sí —dije, contestando por los cuatro—. Pero, ¿cómo aumentó la cosa hasta alcanzar un volumen tan enorme en su manifestación?

—Uno de esos casos de continuidad de pensamiento produciendo una acción positiva sobre el entorno material inmediato —respondió Camacki—. El desarrollo debió prolongarse durante siglos enteros, para producir tal monstruosidad. Se trata de un verdadero ejemplo de manifestación *Saiitii,* la cual sólo puedo tratar de explicar comparándola a un hongo espiritual viviente, que afecta a la estructura misma de la propia fibraetérea y, al hacerlo, adquiere un control esencial sobre la «substancia material» involucrada en ella. Resulta imposible explicarlo más claramente con tan pocas palabras.

—Entonces, ¿cree usted que el Aposento se había convertido en la expresión material del antiguo Bufón? ¿Que su alma, empapada en odio, se había transformado a sí misma en un monstruo? —pregunté.

—Sí —dijo Carnacki, asintiendo—. Eso es lo que creo, exactamente. Y es una extraña coincidencia que Miss Donnehue sea una descendiente (según me enteré después) de aquel mismo Rey Ernore. Esto le inspira a uno curiosas ideas, ¿no es cierto? La boda a punto de celebrarse, y el Aposento despertando a una nueva vida. Si ella hubiese llegado a entrar en aquel aposento… La COSA había esperado largo tiempo. Los pecados de los padres… Sí, he pensado en eso. Tassoc y Miss Donnehue se casarán la semana próxima, y yo seré el padrino, lo cual es algo que aborrezco. ¡Y Tassoc ganó sus apuestas, además! Pero,*si ella hubiese entrado en aquel aposento… Horrible, ¿no es cierto?

Los cuatro asentimos en silencio. Luego, Carnacki se puso en pie y nos acompañó hasta la puerta. Como de costumbre, nos empujó amablemente, pero con aire decidido, hacia la calle.

Una vez allí, los cuatro nos separamos para dirigirnos a nuestros respectivos hogares. Por el camino iba pensando:

«¿Si ella hubiese entrado, eh? ¿Si ella hubiese entrado?

UN VIGILANTE PARA EL MUERTO

Ambrose Bierce

I

EN una habitación de un piso alto de un inmueble desocupado en aquella parte de San Francisco conocida como North Beach, yacía el cadáver de un hombre bajo una sábana. Eran las nueve de la noche, aproximadamente; la habitación estaba débilmente iluminada por una sola vela. Aunque el tiempo era caluroso, las dos ventanas, contrariamente a la costumbre que establece que los muertos deben tener abundancia de aire fresco, estaban cerradas, y las persianas echadas. Los muebles de la habitación se componían de tres únicas piezas: una butaca, un pequeño atril que sostenía la vela, y una larga mesa de cocina, sosteniendo el cadáver del hombre. Los muebles, así como el cadáver, parecían haber sido llevados allí recientemente, ya que un observador, de haber habido alguno, hubiera notado que estaban libres de polvo, en tanto que el resto de la habitación lo tenía en abundancia y de los rincones de las paredes colgaban las telarañas.

Bajo la sábana se adivinaban los perfiles del cadáver e incluso los rasgos de su rostro, anormalmente afilados como parece corresponder a los rostros de los muertos, cuando en realidad son una característica de los que han fallecido consumidos por una enfermedad. Por el silencio que reinaba en la habitación se hubiera deducido, correctamente, que no estaba situada en la parte delantera del inmueble, dando a una calle. De hecho la habitación daba a una pared de roca, ya que la parte trasera del edificio se asentaba en una colina.

Mientras el reloj de un campanario de la vecindad daba las nueve con una indolencia que parecía indicar una indiferencia tal ante el paso del tiempo que uno se preguntaba por qué se tomaba la molestia de dar las horas, la única puerta de la habitación se abrió y entró un hombre, que avanzó hacia el cadáver. La puerta volvió a cerrarse, al parecer por su propio impulso; luego se oyó el sonido de una llave que giraba dificultosamente en la cerradura. Siguió un ruido de pasos que se alejaban, y el hombre quedó, según todas las apariencias, convertido en un prisionero. Acercándose a la mesa, contempló unos instantes el cadáver cubierto con la sábana; luego, encogiéndose ligeramente de hombros, se dirigió hacia una de las ventanas y apartó la persiana. En el exterior, la oscuridad era absoluta, y los cristales estaban cubiertos de polvo; pero, frotándolo con los dedos, pudo ver que la ventana estaba protegida por fuertes barrotes de hierro que se cruzaban a poca distancia del cristal y se hundían en la manipostería a ambos lados. Examinó la otra ventana. Era igual. El hombre no manifestó una excesiva curiosidad. Si era un prisionero, se conformaba con su suerte, al parecer. Terminado el examen de la habitación, se sentó en la butaca, sacó un libro del bolsillo, acercó el atril con la vela y empezó a leer.

El hombre era joven —no tenía más de treinta años—, moreno, de rostro completamente rasurado y pelo castaño. Frente muy ancha y una «firmeza» en la barbilla y en la mandíbula que, al decir de los enterados, denotan decisión en sus

poseedores. Los ojos eran grises y resueltos, y no se movían si no era con un propósito determinado. Ahora estaban fijos la mayor parte del tiempo en las páginas del libro, pero de cuando en cuando se volvían hacia el cadáver que reposaba sobre la mesa, no con la morbosa fascinación que en tales circunstancias podía suponerse que ejerciera el muerto, incluso en una persona valerosa, ni con una consciente rebelión contra la influencia opuesta que podía dominar a una persona tímida. Miraba como si en su lectura hubiese llegado a un pasaje que le recordara lo que le rodeaba. Evidentemente, este vigilante del muerto desempeñaba su obligación con inteligencia y compostura, como le correspondía hacerlo.

Después de leer por espacio de media hora, aproximadamente, pareció llegar al final de un capítulo y dejó el libro a un lado. A continuación se levantó, trasladó el atril a un rincón de la habitación, cerca de una de las ventanas, y regresó al vacío hogar ante el cual había estado sentado.

Un momento después se acercó a la mesa, levantó la sábana y la dobló por la parte de la cabeza, dejando al descubierto una masa de pelo negro y un paño muy fino, debajo del cual las facciones se revelaban más afiladas incluso que antes. Haciendo sombra a sus ojos con la mano libre a guisa de pantalla entre ellos y la vela, se quedó mirando a su inmóvil compañero con una expresión seria y tranquila. Satisfecho de su inspección, volvió a cubrir el rostro con la sábana y, regresando a su butaca, cogió unas cuantas cerillas de la palmatoria, las introdujo en un bolsillo de su chaqueta y se sentó. Luego levantó la vela y la contempló con aire pensativo, como si calculara cuánto iba a durar. Apenas tenía dos pulgadas de longitud; dentro de una hora estaría a oscuras. Volvió a colocarla en la palmatoria y la apagó.

II

En el consultorio de un médico en la Kearny Street, tres hombres estaban sentados alrededor de una mesa, bebiendo ponche y fumando. Era muy tarde, casi medianoche, en realidad, y hasta entonces no había faltado el ponche. El más viejo de los tres hombres, el Dr. Helberson, era el anfitrión; se encontraba en su casa. Tenía alrededor de treinta años; los otros eran más jóvenes: todos eran médicos.

—El terror supersticioso con que los vivos consideran a los muertos —dijo el Dr. Helberson— es hereditario e incurable. No hay que avergonzarse de ello más de lo que uno pueda avergonzarse de haber heredado una incapacidad para las matemáticas, o una tendencia a mentir.

Los otros se echaron a reír.

—¿Acaso un hombre no debe avergonzarse de ser un embustero? —preguntó el más joven de los tres, que en realidad era un estudiante de medicina a punto de graduarse.

—Mi querido Harper, no he dicho eso; la tendencia a mentir es una cosa, y el mentir otra.

—Pero —dijo el tercer hombre—, ¿tú crees que ese sentimiento supersticioso, ese miedo a la muerte, que nosotros consideramos irrazonable, es universal? Yo no estoy seguro de ello. Y, hablando por mí mismo, nunca lo he experimentado.

—Pero se encuentra dentro de ti —replicó Helberson—, en potencia. Sólo necesita las condiciones adecuadas —lo que Shakespeare llama «el cruce de circunstancias»— para manifestarse de un modo muy desagradable que te abrirá los ojos. Los médicos y los soldados, desde luego, son menos propensos que los demás a experimentarlo.

—Médicos y soldados… ¿Por qué no añades los verdugos y los grandes jefes?

—No, mi querido Mancher; los jurados no permiten que los verdugos adquieran suficiente familiaridad con la muerte como para no sentirse afectados por ella.

El joven Harper, que se había acercado a la mesa para coger un cigarro, volvió a ocupar su asiento.

—¿En qué condiciones crees que cualquier hombre nacido de mujer adquiriría una insoportable consciencia de compartir nuestra común debilidad en ese aspecto? —preguntó, con cierta ampulosidad.

—Bueno, yo diría que si un hombre estuviera encerrado toda una noche con un cadáver… solo… en una habitación oscura… de una casa deshabitada… sin ninguna manta con que taparse la cabeza… y superaba la prueba sin volverse loco… podría vanagloriarse de no haber nacido de mujer.

—Creí que no acababas nunca de amontonar condiciones —dijo Harper—. Pero yo conozco a un hombre que no es médico ni soldado y que las aceptará todas, por cualquier apuesta que quieras fijar.

—¿Quién es?

—Se llama Jarette. Es un forastero en California; procede de Nueva York, como yo. No dispongo de dinero para respaldarle, pero él se respaldará a sí mismo con todo el dinero que haga falta.

—¿Cómo lo sabes?

—Prefiere apostar a comer. En cuanto al miedo… me atrevo a decir que cree que es algún desarreglo cutáneo, o, posiblemente, una forma especial de herejía religiosa.

—¿Qué aspecto tiene?

Era evidente que Helberson empezaba a estar interesado.

—Se parece mucho a nuestro amigo Mancher: podría pasar por su hermano gemelo.

—Acepto el reto —dijo Helberson.

—Te estoy terriblemente agradecido por el cumplido —bostezó Mancher, que empezaba a quedarse dormido—. ¿Puedo participar en esto?

—Contra mí, no, desde luego —respondió Helberson—. No quiero *tu* dinero.

—De acuerdo —dijo Mancher—. En ese caso, yo seré el cadáver.

Los otros se echaron a reír.

Ya hemos visto las consecuencias de esta descabellada conversación.

III

Al apagar la vela, el propósito de Mr. Jarette era conservarla para una imprevista necesidad. Pudo habérsele ocurrido, también, que la oscuridad no sería peor en un momento que en otro, y si la situación se hacía insoportable, sería preferible disponer de un medio de aliviar la tensión. En cualquiera de los casos, resultaba prudente disponer de una pequeña reserva de luz, aunque sólo fuera para permitirle consultar su reloj.

En cuanto hubo apagado la vela y la hubo dejado en el suelo, a su lado, Jarette se instaló cómodamente en la butaca; se reclinó hacia atrás y cerró los ojos, con la esperanza de descabezar un sueñecito. En esto quedó decepcionado; nunca se había sentido más desvelado, y al cabo de unos instantes decidió renunciar al intento. Pero, ¿qué podía hacer? No podía ponerse a pasear a oscuras, exponiéndose a lastimarse… y exponiéndose, también, a tropezar con la mesa, interrumpiendo bruscamente el reposo del muerto. Todos reconocemos el derecho que los muertos tienen el descanso, a salvo de todo lo que signifique brusquedad o violencia. Jarette casi consiguió convencerse a sí mismo de que las consideraciones de aquel tipo le impedían arriesgarse al choque y le mantenían clavado a la butaca.

Mientras pensaba en esto, le pareció oír un leve sonido procedente de la mesa… aunque le hubiese sido imposible precisar qué clase de sonido. No volvió la cabeza. ¿Por qué iba a hacerlo… en la oscuridad? Pero se quedó escuchando. ¿Por qué no iba a hacerlo? Y, escuchando, se quedó rígido y se agarró fuertemente a los brazos de la butaca. En sus oídos resonaba un extraño zumbido; su cabeza parecía arder; su pecho estaba oprimido por el constreñimiento de sus ropas. Se preguntó qué le sucedía, y si aquéllos eran los síntomas del miedo. Repentinamente, aspiró una gran bocanada de aire y la sensación de ahogo desapareció; entonces se dio cuenta de que había estado escuchando con tanta atención que contuvo la respiración hasta el punto de quedar semiahogado. La revelación resultó sumamente vejatoria; se puso en pie, empujó la butaca con la rodilla y echó a andar hacia el centro de la habitación. Pero en la oscuridad no resulta fácil orientarse. Extendió la mano hasta que tropezó con la pared, la siguió hasta un rincón, continuó avanzando, pasó por delante de las dos ventanas, y al llegar al otro rincón entró en violento contacto con el atril, derribándolo. El ruido le sobresaltó. Estaba enojado consigo mismo.

«¿Cómo diablos puedo haber olvidado donde estaba? —murmuró, disponiéndose a proseguir su avance a lo largo de la tercera pared, hasta el hogar—. Y, ¿cómo no se me ha ocurrido encender la vela?»

Cuando hubo localizado la vela, Mr. Jarette la encendió e inmediatamente volvió sus ojos hacia la mesa donde, naturalmente, no había cambiado nada. El atril estaba en el suelo. Jarette miró a su alrededor, dispersando las profundas sombras por medio de movimientos oscilantes de la vela que sostenía en la mano. Finalmente, se acercó a

la puerta y empujó el pomo con todas sus fuerzas. El pomo no cedió, y ésto pareció producirle una evidente satisfacción; en realidad, aseguró más la puerta con un cerrojo que antes no había visto. Regresando a su butaca, consultó su reloj; eran las nueve y media. Desconcertado, acercó el reloj a su oído. No se había parado. La vela era ahora visiblemente más corta. Volvió a apagarla, colocándola en el suelo, a su lado, como antes.

Mr. Jarette no estaba tranquilo; se sentía disgustado con lo que le rodeaba, y consigo mismo por sentirse disgustado.

«¿Qué tengo que temer? —pensó—. Esto es ridículo y absurdo; no seré tan estúpido».

Pero el valor no aparece con decir: «seré valiente», ni con reconocer que es muy apropiado para la ocasión. Cuanto más se condenaba Jarette a sí mismo, más motivos se daba a sí mismo para condenarse; a medida que aumentaba el número de variaciones que interpretaab sobre el tema de la indefensión de los muertos, resonaba con más fuerza la discordancia de sus emociones.

«¡Cómo! —gritó en voz alta, para dar salida a su creciente angustia—. Un hombre como yo, que no tengo ni una sombra de superstición en mi naturaleza… que no creo en la inmortalidad… que sé (y nunca más claramente que ahora) que la vida ultraterrena es el sueño de un deseo… ¿Perderé de repente mi apuesta, mi honor, el respeto de mí mismo, y quizás mi razón, sólo porque unos antepasados salvajes que vivían en cuevas y en agujeros concibieron la monstruosa idea de que los muertos andan por la noche? ¿De que…?»

Claramente, inequívocamente, Mr. Jarette oyó detrás de él un blando sonido de pasos, lentos, implacables, cada vez más cercanos…

IV

Poco antes del amanecer del día siguiente el Dr. Helberson y su joven amigo Harper avanzaban lentamente a través de las calles de North Beach en el *coupé* del doctor.

—¿Sigues teniendo la confianza de la juventud en el valor o en la estolidez de tu amigo? —preguntó Helberson—. ¿Crees que he perdido esta apuesta?

—*Sé* que la has perdido —respondió Harper, en tono de suficiencia.

—Bueno, ojalá sea así —suspiró Helberson.

Se produjo un breve silencio.

—Harper —dijo el doctor al cabo de unos instantes, con el rostro muy serio—, confieso que este asunto me tiene intranquilo. Si tu amigo no me hubiese irritado con su jactancia acerca de su capacidad de resistencia —una cualidad puramente física—, y con su desvergonzada sugerencia de que el cadáver fuera el de un médico, no habría llevado adelante esta apuesta. Si ocurriera algo, sería nuestra ruina, y temo que muy merecida.

—¿Qué puede ocurrir? Aún en el caso de que el asunto se complicara —una posibilidad en la cual no creo, la verdad sea dicha—, Mancher sólo tiene que resucitarse a sí mismo y explicar lo sucedido.

El Dr. Mancher, por lo tanto, había mantenido su promesa; él era el «cadáver».

El Dr. Helberson guardó silencio durante un largo rato, mientras el carruaje, a paso de tortuga, se deslizaba a lo largo de la calle que habían recorrido ya dos o tres veces. Súbitamente, dijo:

—Bueno, confiemos en que Mancher, si se ha visto obligado a «resucitar», lo haya hecho con discreción. Un error en este punto puede haber empeorado las cosas, en vez de arreglarlas.

—Sí —dijo Harper—. Jarette le mataría. Pero —Harper consultó su reloj a la luz de un farol de gas—, son casi las cuatro de la mañana.

Un momento después los dos jóvenes habían abandonado el carruaje y se encaminaban al inmueble desocupado perteneciente al doctor Helberson y en el cual habían encerrado a Mr. Jarette, de acuerdo con las condiciones de la descabellada apuesta. Cuando se aproximaban a la casa, encontraron a un hombre que corría.

Al verles, el hombre interrumpió su carrera.

—¿Podrían decirme dónde puedo encontrar un médico? —preguntó.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó a su vez Helberson, sin comprometerse.

—Vaya a verlo usted mismo —dijo el hombre, reanudando su carrera.

Los dos jóvenes apresuraron el paso. Cuando llegaron frente a la casa vieron un grupo de personas que hablaban excitadamente. En los inmuebles contiguos había muchas ventanas abiertas y cabezas asomadas. Todas las cabezas estaban formulando preguntas, y ninguna contestaba a las preguntas de las otras. Las ventanas que continuaban cerradas aparecían iluminadas; sus moradores se estaban vistiendo para

bajar a la calle. En frente mismo del portal del inmueble, un farol de gas arrojaba una mortecina claridad sobre la escena. Harper, que se había puerto mortalmente pálido, se detuvo ante el portal y colocó una mano sobre el brazo de su compañero.

—Creo que el juego se ha vuelto contra nosotros —dijo, muy excitado—. Lo mejor será que nos marchemos de aquí.

—Soy médico —replicó tranquilamente el Dr. Helberson—, y mis servicios pueden ser necesarios.

El portal estaba abierto; el farol de la calle iluminaba débilmente el pasillo interior, que estaba lleno de gente. Algunos habían subido la escalera y, no habiendo conseguido entrar en el piso, esperaban mejor fortuna. Todos hablaban y nadie escuchaba. Súbitamente, se produjo una gran conmoción; un hombre había salido por una puerta y trataba de librarse de los que intentaban detenerle. Se abría paso salvajemente, avanzando por encima de los caídos. Llevaba los vestidos en desorden. Sus ojos, implacables, tenían una expresión más terrible que su fuerza aparentemente sobrehumana. Su rostro, completamente rasurado, estaba muy pálido.

Mientras la multitud reunida al pie de la escalera, gozando de más libertad de movimientos, se apartaba para permitirle pasar, Harper saltó hacia adelante.

—¡Jarette! ¡Jarette! —gritó.

El Dr. Helberson cogió a Harper por el cuello de la chaqueta y tiró de él. El hombre les miró a la cara, sin dar muestras de reconocerles, cruzó el portal y salió a la calle. Un policía de uniforme, que se había abierto paso trabajosamente en la escalera, salió un momento más tarde en su persecución, guiado por los gritos de los espectadores de las ventanas, en su mayoría mujeres y niños.

La escalera quedó parcialmente libre, ya que la mayor parte de la multitud había salido a la calle para observar la huida y la persecución. El Dr. Helberson inició la ascensión, seguido de Harper. Cuando llegaron al pasillo superior, un agente les cerró el paso.

—Somos médicos —dijo el doctor.

El agente se hizo a un lado, llevándose la mano a la visera de la gorra.

La habitación estaba llena de hombres, reunidos alrededor de una mesa. Los recién llegados avanzaron hasta que consiguieron atisbar por encima de los hombros de los que estaban en primera fila. Sobre la mesa, con las extremidades inferiores cubiertas con una sábana, yacía el cadáver de un hombre, brillantemente iluminado por el chorro de luz de la linterna de un policía, situado a los pies del cadáver. Los otros hombres, excepto aquellos que se encontraban a la cabecera de la mesa, quedaban sumidos en una semipenumbra. El rostro del muerto aparecía amarillento, repulsivo, horrible. Los ojos estaban parcialmente abiertos y vueltos hacia arriba, y la mandíbula caída. Había rastros de espuma en los labios, la barbilla y las mejillas. Un hombre muy alto, evidentemente un médico, estaba inclinado sobre el cadáver, con una mano apoyada en su pecho. Movió la cabeza y dijo:

—Este hombre ha muerto hace un par de horas, aproximadamente. Es un caso

para el *coroner.*

—¡Despejen la habitación! ¡Fuera! —ordenó un oficial de la policía, bruscamente, y el cadáver desapareció como por arte de magia cuando el agente situado a los pies del cadáver apartó el rayo de su linterna para proyectarlo al azar contra los rostros de la multitud. ¡El efecto fue sorprendente! Los hombres, cegados por el resplandor, confusos, casi aterrorizados, se lanzaron hacia la puerta, empujándose, cayendo unos encima de otros en su huida, como los huéspedes de la

Noche ante los dardos de Apolo. El agente proyectó implacablemente su luz contra la enloquecida multitud. Cogidos por la corriente, Helberson y Harper se vieron empujados fuera de la habitación, lanzados escaleras abajo y expulsados a la calle.

—¡Dios mío! —exclamó Harper—. ¿No le dije que Jarette le mataría?

—Sí, creo que lo dijiste —respondió Helberson, en tono inexpresivo.

Echaron a andar en silencio. Recorrieron manzana tras manzana, sin pronunciar una sola palabra. El carro del lechero estaba ya en la calle; la mujer del panadero no tardaría en hacer su aparición; y pronto se oirían vocear los periódicos de la mañana.

—He estado pensando —dijo repentinamente Helberson— que últimamente hemos trabajado demasiado. Creo que nos convendría tomarnos unas vacaciones. ¿Qué me dices de un pequeño viaje por Europa?

—¿Cuándo?

—No había pensado aún en ello, pero creo que las cuatro de esta tarde sería una hora excelente.

—Nos encontraremos a bordo —dijo Harper.

V

Siete años más tarde, aquellos dos hombres estaban sentados en un banco del Madison Square, en Nueva York, conversando amigablemente. Otro hombre, que les había estado observando durante algún tiempo sin ser visto, se acercó a ellos y, quitándose cortésmente el sombrero, dijo:

—Les suplico que me perdonen, caballeros, pero cuando uno ha matado a un hombre por volver a la vida, lo mejor que puede hacerse es cambiar de ropas con él, y aprovechar la primera oportunidad para huir.

Helberson y Harper intercambiaron unas significativas miradas. Al parecer, la brusca aparición de aquel hombre les había divertido. Helberson miró amablemente al desconocido y respondió:

—Ésa ha sido siempre mi teoría. Estoy completamente de acuerdo con usted acerca de las venta…

Se interrumpió bruscamente, y su rostro adquirió una palidez mortal. Se quedó mirando al hombre con la boca abierta: estaba temblando.

—¡Ah! —dijo el desconocido—. Veo que está usted indispuesto, doctor. Si no puede tratarse a sí mismo, estoy convencido de que el doctor Harper podrá hacer algo en su favor.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó bruscamente Harper.

El desconocido se acercó más e, inclinándose hacia ellos, susurró:

—En otros tiempos me llamaba Jarette, pero no me importa decirles que soy el doctor William Mancher.

La revelación hizo que los dos hombres se pusieran en pie de un salto.

—¡Mancher! —exclamaron al mismo tiempo.

Y Helberson añadió:

—¡Es cierto, santo ciclo!

—Sí —dijo el desconocido, sonriendo vagamente—. Es cierto.

Vaciló, como si tratara de recordar algo, y luego empezó a tararear una melodía popular. Al parecer, se había olvidado de la presencia de los dos hombres.

—Oiga, Mancher —dijo Helberson—, cuéntenos lo que le ocurrió aquella noche… a Jarette, desde luego.

—¡Oh, sí! A Jarette —dijo el otro—. Me extraña haberme olvidado de contárselo a ustedes… Lo he contado tantas veces… Verán, al oírle hablar en voz alta, me di cuenta de que estaba mortalmente asustado. De modo que no pude resistir a la tentación de volver a la vida y tomarle un poco el pelo.

En realidad no pude hacerlo. Desde luego, no creí que se lo tomara tan en serio; no lo creí, de veras. Y, más tarde… confieso que fue un duro trabajo cambiar de ropas con él y luego salir de aquella maldita escalera abriéndome paso entre la multitud.

—¿Y ahora? —inquirió Helberson.

El desconocido no pareció oír la pregunta.

UN HOMBRE ENFERMO

J. F. Sullivan

LA única persona silenciosa en nuestra mesa era un hombre muy alto, trasojado, que apenas tocaba nada de los platos que le eran ofrecidos. Permanecía sentado, con el ceño fruncido, evidentemente embargado por dolorosas preocupaciones. El orondo alemán sentado junto a él, con los dos codos apoyados sobre la mesa y comiendo a dos carrillos, trataba de entablar conversación con él en un inglés macarrónico, pero el hombre delgado respondía con monosílabos… cuando se dignaba responder.

Pero, súbitamente, mientras el alemán masticaba un enorme trozo de filete, el hombre silencioso se volvió hacia él y le dijo:

—Creo que será mejor que empiece a preparar su equipaje: así no tendrá que hacerlo con tantas prisas cuando llegue el telegrama.

—¿El telegrama? —inquirió el alemán, tragando apresuradamente el trozo de carne que tenía en la boca—. ¿Qué telegrama? ¿Cuál telegrama?

—¡Oh! El procedente de Hamburgo, naturalmente, informándole del incendio de su almacén… —Se interrumpió bruscamente y añadió—: ¡Ah! Perdone, estaba pensando en voz alta.

El alemán se bebió una copa de vino para ayudarse a acabar de engullir la carne y empezó a interrogar ansiosamente a su vecino; pero no consiguió sacarle una palabra más y al final, enojado, se arrancó la servilleta del cuello y salió del comedor, refunfuñando.

Durante el día siguiente no me tropecé con el hombre delgado. Pero por la noche me despertó un desusado movimiento en los pasillos del hotel. Oí unos gritos estentóreos, y a través de ellos me enteré de que el alemán se marchaba en el tren de medianoche. Al día siguiente, a la hora del desayuno, oí que el camarero decía que el alemán había tenido que regresar precipitadamente a Hamburgo a causa del telegrama que había recibido. Al parecer, el telegrama en cuestión le había impresionado mucho, y los botones le habían oído hablar excitadamente consigo mismo de un incendio.

Aquella noche, como de costumbre, fui a dar una vuelta por el casino; en el peristilo encontré al hombre delgado, con las manos detrás de la espalda, andando muy lentamente de un lado para otro; el cigarro que tenía entre los dientes estaba apagado, sin que él se hubiera dado cuenta, al parecer. De pronto, tiró el cigarro y se dirigió apresuradamente a la sala de conciertos; pero no parecía prestar la menor atención a la música y, cuando terminó la pieza, se puso en pie murmurando: «Vamos a ver cómo pierde ese individuo sus siete mil libras», y se encaminó febrilmente al salón de juego. Se acercó a la segunda mesa de ruleta, donde un visitante estaba ocupado haciendo pequeños montones de monedas de oro: veinte pequeños montones, exactamente. Empujó uno de ellos —el más alto— hacia un número determinado y ganó, aumentando considerablemente los beneficios que ya había obtenido.

«Debería advertirle que se detuviera *ahora*», murmuró el hombre delgado, de pie

junto a la silla del afortunado; pero éste se limitó a dirigirle una mirada indiferente y empujó varios montones hacia el centro de la mesa.

«Desde luego, no me hará caso —murmuró el hombre delgado—. Pero no podrá decir que no le he advertido».

Aquella vez salió el cero; y el visitante (que había desdeñado las posibilidades de cubrirse) perdió todos los montones que había apostado. Pero continuó apostando: números plenos, transversales, al cuadro; y volvió a salir el cero, y los montones desaparecieron. A continuación, el visitante apostó un montón muy alto al cero… y el cero no salió; continuó apostando hasta que perdió todas las monedas, y cambió billete tras billete, y perdió todo el cambio. Luego se puso en pie lentamente, miró al hombre delgado, dirigió una lúgubre sonrisa al *croupier* más cercano y desapareció. (Más tarde me enteré de que había perdido siete mil libras).

El hombre delgado estaba empezando a interesarme. Colocó una moneda de 5 francos sobre «manque»: «manque» ganó; repitió dos veces la jugada, ganando; luego apostó otras dos veces a «passe», ganando. Luego apostó al negro todas las monedas de 5 francos que había ganado, diciéndole a un *croupier*: «Voy a perder eso»: y el negro perdió. Después apostó su primera moneda al 15: el 15 ganó. Dejó los 175 francos que había ganado sobre la mesa y apostó su moneda de 5 francos al 9: y salió el 9.

Para entonces los otros jugadores habían empezado a fijarse en él. Colocó una apuesta límite sobre el 1; varias personas le siguieron y apostaron al mismo número: salió el 1. Repitió dos veces la apuesta sobre otros números —y otros le siguieron—, y los números ganaron. Los *croupiers* intercambiaron unas miradas y se hablaron unos a otros en voz baja. Luego, uno de los jefes descendió de su alto sitial y fue a hablar con el ganador: pero el ganador ya no estaba allí; sin embargo, sus ganancias continuaban sobre la mesa, donde las había dejado. El jefe recorrió todos los salones en busca del hombre delgado, pero no pudo encontrarle. Yo le había visto retirarse silenciosamente mientras el *croupier* gritaba '«¡Uno!», y salir con el mismo sigilo de los salones.

A la mañana siguiente, después del desayuno, el hombre delgado se estaba fumando un cigarro en la terraza del hotel, y una irresistible curiosidad me empujó a hablarle.

—Debo felicitarle por la suerte que tuvo usted anoche —le dije.

—¿Suerte? —repitió el hombre delgado, sin levantar la mirada del suelo. Su voz, apagada, tenía un acento de absoluta desesperanza—. *Mala* suerte, dirá usted: muy mala suerte.

—Desde luego, no pareció conceder usted mucha importancia a su éxito, puesto que abandonó todas sus ganancias. Supongo que se dio cuenta de que había ganado una suma considerable.

—¿Si me di cuenta? ¡Oh! Naturalmente.

—¿Y no le llama suerte a eso?

—No lo llamo suerte, sencillamente porque no es suerte, y la suerte no tiene nada que ver con ello —replicó el hombre delgado, mirándome a la cara por primera vez —. Es certeza. Da la casualidad, y siento mucho decirlo, que sé qué número va a salir.

—¿Siempre?

—Sí, siempre… por desgracia. Éste es el mal que me aqueja. ¿Cree usted que habría abandonado mi cómodo hogar para venir a mezclarme con una caterva de extranjeros si mi médico no me lo hubiera ordenado? ¿Tengo aspecto de que me guste todo esto?

—Bueno, no; he de admitir que no. De todos modos, le deseo un rápido restablecimiento.

—No será fácil. Cuando uno es lo bastante estúpido como para contraer una enfermedad que los médicos desconocían hasta entonces, no se libra de ella así como así. No me extrañaría que este conocimiento del futuro me acompañara hasta…

—¿Conocimiento del futuro? Bueno, no creo que eso pueda ser clasificado como una enfermedad —dije.

—¿De veras? Vamos a ver… Es anormal, ¿no? Perfectamente. Y lo que es anormal es una enfermedad, ¿no?

—Bueno —dije—, en todo caso se trata de una dolencia muy poco frecuente.

—Desde luego —asintió el hombre delgado—. Y esto es lo que empeora la cosa.

—Pero, ¿cuál fue su origen?

—El mal de moda: agotamiento nervioso. Un exceso de trabajo, traducido en una sobreexcitación de los tejidos cerebrales… o algo por el estilo. Le digo a usted que es una enfermedad; los antiguos adivinos la padecían, supongo: de todos modos, la padezco *yo,* y para *mí* es suficiente. He venido aquí para tratar de librarme de ella mediante un cambio de aires.

—Le ruego que me perdone —dije—, pero su caso es tan singular y tan interesante, que me siento impulsado a preguntarle cuál fue la primera manifestación de esta dolencia.

—¡Oh! Lo de siempre… Me sentí cansado y deprimido… no podía dormir… me faltaban las fuerzas… no podía fijar mis pensamientos. Luego, un día, cuando alguien me preguntó si creía que el buen tiempo iba a durar, me sorprendí a mí mismo diciendo: «No, mañana empezará a llover a las tres de la tarde, y continuará lloviendo toda la noche». *Sabía* que iba a llover; y cuando mi profecía se cumplió, experimenté una serie de encontradas sensaciones.

«En primer lugar quedé sorprendido… luego asustado… luego contento; pero en conjunto prevaleció el temor. No me sentía cómodo. Traté de convencerme a mí mismo de que la cosa carecía de importancia. Pero a medida que los acontecimientos se producían tal como yo los había previsto, me vi obligado a aceptar la terrible realidad.

»Apuesto a que en este momento piensa usted: «¡Qué poder tan maravilloso el suyo! ¡Qué estupenda ventaja!» ¿Me equivoco? Acepte mi palabra de que opinaría

usted de un modo muy distinto si padeciera esta enfermedad. ¡Ventaja! ¿Considera una ventaja conocer por anticipado un montón de cosas horribles que van a sucederle a uno en los años venideros, y rumiar en ellas continuamente, y tenerlas siempre presentes hasta que sucedan? Malo es recordar un pasado desdichado, pero resulta mucho peor entrever las desgracias del futuro, y verlas crecer más y más como un tren expreso avanzando desde lejos para aplastarle a uno como a una mosca.

—¿Eh? ¿Qué? «Ciertas valiosas ventajas unidas a la enfermedad». ¿Qué tienen de bueno, cuando uno sabe lo que va a sucederle? Yo no deseo riquezas; no sabría qué hacer con ellas si las poseyera. Tengo todo lo que preciso para *mis* necesidades. Y no deseo el poder ni la influencia. Lo único que quiero es vivir tranquilo. ¿Y cómo puede vivir tranquilo un hombre afligido con el don de la profecía? Le aseguro que mi conocimiento del futuro es como una pesadilla; me convierte en un ser desagradable y vengativo; y el único uso que se me ocurre hacer de mi enfermedad es el de preocupar mortalmente a los demás. Usted, por ejemplo se sentiría muy incómodo —y en este caso la palabra «incómodo» es un eufemismo—, si yo le dijera lo que va a sucederle dentro de tres años, exactamente. No voy a decírselo; y tiene usted motivos para estarme muy agradecido.

Inicié una sonrisa de divertida incredulidad: pero descubrí que algo no funcionaba. Ladeé ligeramente mi sombrero y sacudí la ceniza de mi cigarro para demostrar mi indiferencia; pero debo confesar que no las tenía todas conmigo. Me separé del hombre delgado y me dirigí al salón de lectura; cogí el *Galignani* y me senté. Tardé cinco minutos en darme cuenta de que sostenía el periódico al revés.

Entonces me levanté resueltamente, fui de nuevo en busca del hombre delgado, le miré osadamente y empecé:

—Le agradecería muchísimo que me dijera… —Al llegar aquí mi voz pareció morir de inanición, y terminé—: ¿Qué hora es?

El hombre delgado dejó oír una risita mefistofélica que me convenció de que sabía perfectamente que no me había acercado a él para preguntarle la hora. Yo no estaba dispuesto a aparecer como un tonto, y empecé a hablar de nuevo de lo ocurrido al salón de juego.

—Su actitud debió intrigarles mucho —dije.

—Desde luego —asintió—. Los administradores están completamente desconcertados. Uno de ellos vendrá a visitarme esta tarde, con un cheque por el importe de mis ganancias y unas preguntas acerca de lo que me propongo hacer. Desde luego, se han dado cuenta de que puedo hundir todo el negocio, si me da por ahí; pero mi comportamiento les ha intrigado. Anoche pude haber hecho saltar la banca en todas las mesas… pero mi objetivo no es ése. Quiero torturarles un poco. Si siente usted curiosidad, puede asistir a nuestra entrevista.

Acepté ávidamente: cualquier cosa, con tal de distraer mis pensamientos. Después de almorzar subí con el hombre delgado a su habitación; y al cabo de un cuarto de hora se presentó el conserje diciendo que un caballero deseaba hablar con él.

—Hágale subir —dijo el hombre delgado.

El visitante entró.

—De modo que quiere usted hablar conmigo —dijo el hombre delgado, instalándose cómodamente en su sillón—. Bien, adelante. No se preocupe por mi amigo: es de toda confianza y puede usted hablar libremente en su presencia.

El visitante vaciló; luego dijo:

—Le he traído a *Monsieur* sus ganancias, que anoche se olvidó de retirar de la mesa. Este cheque…

—¡Oh! Muchas gracias —dijo el hombre delgado—, pero de momento no lo necesito. Si no le importa, déjelo en una cuenta a mi nombre… o, mejor aún, inviértalo en obras de beneficencia.

El funcionario del Casino quedó desconcertado y se acarició nerviosamente la perilla. Se produjo un largo silencio: embarazoso para el funcionario, divertido para el hombre delgado.

—¿*Monsieur* se propone pasar mucho tiempo en Montecario? —inquirió finalmente el funcionario.

—Bueno… en realidad no lo he decidido aún —dijo el hombre delgado, alegremente.

—¡Ah! Entonces… ¿piensa continuar dispensándonos el honor de visitar las mesas?

—La verdad es que tampoco acerca de eso he hecho planes.

La expresión del funcionario se hizo aún más desolada. Miró al hombre delgado, me miró a mí…

—Tal vez… ejem… tal vez pudiéramos llegar a un acuerdo con *Monsieur* en lo que respecta a su marcha —terminó por decir, con voz ronca—. La administración está dispuesta a mostrarse generosa, y…

—¡Oh! No necesito dinero —le interrumpió el hombre delgado, que al parecer se estaba divirtiendo mucho—. Recuerde que anoche pude llevarme tranquilamente todas mis ganancias.

—Desde luego, desde luego —dijo el funcionario—. Pero… lo cierto es que… *Monsieur* parece tener una suerte extraordinaria…

—Para usted se trata de un caso de fuerte, naturalmente. Sin embargo, mi querido señor, lo mío no es suerte: no es más que un conocimiento del futuro. ¿Quiere hacerme el favor de prestar atención a la esquina de aquella casa de en frente? Yo le iré diciendo las personas que aparecerán por ella. ¿Preparado? Bien. Un hombre gordo con un abrigo marrón… Ahí está. Tres damas y un perrito… Allí están. Un gendarme con un paquete blanco; a continuación un perro blanco; ahora una mujer con una gran cesta.

No había ninguna posibilidad de que el hombre delgado hubiera visto a los peatones antes de que aparecieran doblando la esquina. El funcionario del Casino palideció y se rascó la nariz.

—¿Se da cuenta? —continuó el hombre delgado—. No es un problema de «suerte». ¡Ojalá lo fuera! Bien, es posible que se les haya ocurrido ya la idea de que puedo hacer saltar la banca en todas las mesas, todos los días, hasta obligarles a cerrar el Casino…

No cabe duda de que la administración había pensado en aquella posibilidad; el funcionario estaba mortalmente pálido, y sus ojos tenían una fijeza demencial. El hombre delgado, por su parte, sonreía alegremente.

—Pero… seguramente… *Monsieur*… ¡Dios mío…! *Monsieur* no se propone hacer una cosa tan terrible… No creemos haber ofendido a *Monsieur*… Estamos a las órdenes de *Monsieur.* Cualquier cosa que podamos hacer por *Monsieur*… puede disponer de ello incondicionalmente. ¿Aceptaría *Monsieur* una participación en el negocio? ¿Una cuarta parte? ¿La mitad?

El hombre delgado se echó a reír.

—¡Oh, no! —dijo—. No tengo ambiciones en esa dirección, mi querido señor. En realidad, no he decidido aún lo que voy a hacer. Es posible que me divierta un poco en las mesas (el funcionario parpadeó, y sus dientes castañatearon), o es posible que no vuelva a entrar en los salones. ¡Quién sabe!

—Pero… al menos… ¿Me dará *Monsieur* su palabra de abstenerse de comunicar su terrible conocimiento a otras personas? ¿Será tan amable como para prometer…?

—No puedo hacer ninguna promesa —le interrumpió bruscamente el hombre delgado—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Pero… reflexione… ¿Acaso nos odia usted, *Monsieur*?

—¡Oh, no, mi querido señor! —dijo el hombre delgado, en tono amable—. Ni pensarlo. Me han obsequiado ustedes con magníficos conciertos, y con otros detalles por el estilo, completamente gratis. La administración me resulta simpática. Lo único que hago es divertirme un poco… aunque admito que mi diversión *puede* ser perjudicial para ustedes. Pero, como ya le he dicho antes, no he decidido aún lo que voy a hacer.

El funcionario se puso en pie, pálido y aturdido. Se pasó una mano por la frente, empapada en sudor. Se dirigió hacia la puerta… vaciló, dio media vuelta… hizo una leve inclinación y terminó por marcharse, arrastrando los pies.

—Este asunto mantendrá sobre ascuas a esos individuos, ¿sabe? —me dijo el hombre delgado cuando el funcionario hubo salido de la habitación—. Esto es lo que quiero: hacerles bailar sobre la cuerda floja de la incertidumbre, ¿comprende? Ser para ellos una espada de Damocles… que tiemblen de miedo ante la posibilidad de que me decida a arruinarles, o a comunicar a los visitantes los números ganadores… —Hizo una breve pausa y luego añadió—: En realidad, voy a marcharme esta noche; pero le diré al propietario del hotel que es posible que no tarde en regresar; *ellos* se enterarán inmediatamente, y la ansiedad no les dejará vivir.

Aquella noche no pude cenar; no pude mantener mi pipa encendida; no pude escuchar el concierto en el casino. Las palabras del hombre delgado «No voy a

decírselo, y tiene usted motivos para estarme muy agradecido», martilleaban continuamente mi cerebro. Tres o cuatro veces me acerqué a la puerta de su habitación dispuesto a suplicarle que me dijera de una vez lo que iba a ocurrirme; pero no pude reunir el valor suficiente para oírlo. Le maldije mil veces, pero esto no resolvía nada. Además, iba a marcharse aquella misma noche. ¿Podía permitir que se marchara, llevándose con él aquel secreto, sin que posiblemente volviera a verle nunca? Entonces me dije a mí mismo: «¡No seas estúpido! ¡Considéralo una broma de mal gusto, o un sueño!» Y llegué a desvestirme con la intención de acostarme. Pero al cabo de cinco minutos volvía a estar vestido. El hombre delgado iba a tomar el tren de medianoche; bajé a la conserjería y pedí que prepararan mi cuenta y que pusieran mi equipaje en el autobús que enlazaba con aquel tren.

El hombre delgado rió burlonamente cuando subí al autobús con él y dijo:

—Ha decidido usted marcharse de un modo muy repentino, ¿verdad? Espero que no habrá recibido malas noticias…

En el tren, abrí la boca veinte veces para preguntarle *qué* iba a sucederme dentro de tres años, y al final la pregunta estalló bruscamente.

—¡Oh! ¿Eso? —dijo—. De modo que no ha olvidado usted aquellas palabras mías, completamente casuales… Olvídelas, por favor. Lo sabrá usted a su debido tiempo, puedo asegurárselo. Ahora, le diré lo que voy a hacer. Le divertirá. En París hay un millonario norteamericano que acaba de invertir casi todo su dinero en una determinada especulación.

«He obtenido esta información a través de una carta de un amigo mío que vive en París; porque las cosas que ocurren sincrónicamente a mi alrededor sólo puedo saberlas por los medios normales; lo único que puedo antever es el futuro. Resumiendo, sé que la operación financiera de ese norteamericano terminará en el mayor de los desastres, a menos de que el individuo tome unas determinadas medidas; y voy a decírselo, pero sin informarle de las medidas que ha de tomar. ¿Comprende? Eso le hará encanecer prematuramente, ¿eh?

—Es usted muy vengativo —dije, en contra de mi voluntad.

Su expresión cambió súbitamente: de pronto se convirtió en la víctima de un omnipotente horror.

—Hace dos meses —dijo— que se instaló en mi cerebro el conocimiento de la espantosa vicisitud con que tendré que enfrentarme dentro de siete años. El tenerla siempre presente es casi tan horrible como la cosa en sí. Antes de que me atacara esta terrible dolencia yo era un hombre robusto. ¡Míreme ahora!

«Vivo amargado, esto es la verdad. Me paso las noches en blanco, rumiando en lo que ha de sucederme, inexorablemente, y a veces no puedo evitar un grito de horror.

»Esto ha cambiado mi naturaleza: mi única diversión, ahora, es hacer sentir a los demás algo de lo que yo mismo siento. Con ello trato de olvidar mi propia desgracia. Tomemos *su caso,* por ejemplo: lo que va a sucederle *a usted* dentro de tres años, el 19 de marzo exactamente —¡el 19 de marzo, no lo olvide!—, no es tan terrible como

lo que me sucederá *a mí,* pero de todos modos es suficiente para poner la piel de gallina, mi querido señor. No podrá usted eludirlo… pero es mejor que no hablemos de estas cosas… Cambiemos de tema.

Continuó hablando volublemente, y yo dejé de prestarle atención. ¿Debía negarme a oír lo que me reservaba el destino… apearme en la próxima estación y perder de vista al hombre delgado? ¿O debía suplicarle que me lo dijera, por compasión? ¿O debía *obligarle* a que me lo revelara, amenazándola con matarle a menos…? No: él *sabía* que yo no podía matarle, *sabía* que tenía que vivir siete años como mínimo, hasta que aquella calamidad se abatiera sobre él.

De modo que decidí mantenerme en contacto con él; viajar con él hasta París; y no perderle de vista. En Marsella me alojé en el hotel que él había escogido. Oí que le decía al conserje que tomaría el tren a la noche siguiente; pero al día siguiente me enteré de que se había marchado en el tren de la mañana. Tomé el tren más próximo para París y utilicé todos los medios a mi alcance para localizarle. Durante tres semanas seguí su rastro, pero tuve que darme por vencido: le había perdido.

¡Y aquel 19 de marzo colgando sobre mí a tres años de distancia! Luché con todas mis fuerzas para apartar la idea de mi mente, entregándome a toda clase de ocupaciones para expulsarla; pero volvía a presentarse a intervalos con tal fuerza, que me pasaba semanas enteras sin poder conciliar el sueño. Mis cabellos encanecieron prematuramente, enflaquecí y mi rostro se llenó de arrugas.

Mis amigos empezaron a decirme que tenía muy mal aspecto; y mi estado de ánimo, cada vez más lúgubre, les hizo rehuir mi compañía.

Un día, viajando en ferrocarril, me encontré a solas en el compartimiento con otro pasajero. Era un hombre robusto, de aspecto jovial; y en sus modales había algo que me pareció reconocer. Súbitamente empezó a mirarme, con el ceño fruncido, como si también él tratara de recordar dónde me había visto anteriormente. Finalmente, dijo:

—¿Ha estado usted alguna vez en Montecarlo?

—Sí… por desgracia para mí —contesté.

Colocó su mano sobre la mía, nerviosamente, como invadido por una súbita compasión.

—¿En marzo… hace dos años? —inquirió.

—Sí.

—¿Me conoce? —preguntó, con voz temblorosa.

—¡Sí! —grité, poniéndome en pie—. Es usted el demonio que, ¿Me dirá *ahora* lo que va a sucederme… dentro de un año… el 19 de marzo?

Permaneció silencioso; se pasó una mano por la frente, como si realizara un enorme esfuerzo por recordar algo; y me miró de un modo tan desvalido, tan contrito, tan suplicante, que noté que mi expresión de odio mortal se relajaba y que mis puños cerrados se abrían. Apoyó de nuevo su mano sobre la mía y dijo, con voz entrecortada:

—No puedo recordar nada —*nada*— de las cosas que vi anticipadamente durante

mi enfermedad. Cuando regresé a Londres me repuse por completo de mi estado de anormalidad, y todo el futuro se desvaneció de mi mente. Puedo recordar que le dije algo acerca de lo que iba a sucederle en una fecha determinada, pero eso es todo.

Me miró de nuevo y se estremeció; era evidente que se había dado cuenta del cambio que yo había experimentado.

—¡Trate de recordar! —le dije, con voz ronca.

Lo intentó de nuevo… inútilmente.

Luego, de pronto, se me ocurrió que se había presentado mi oportunidad para la venganza; sin duda había olvidado que *a él* le aguardaba un horrible destino, dentro de cinco años. Sonreí para mis adentros de un modo demoníaco, y pensé las palabras con las cuales podía recordarle la catástrofe que se avecinaba. Pero él seguía mirándome con la misma expresión de remordimiento y de piedad; y no pude decir nada. Se cubrió la cara con las manos y unas lágrimas resbalaron entre sus dedos. Yo permanecía silencioso.

De pronto se animó.

—Tal vez aquel conocimiento mío del futuro era una simple alucinación mental —dijo—. Tiene que haberlo sido: no hay otra explicación.

—¿Recuerda usted los números de la mesa de ruleta? —le pregunté—. ¿Y a las personas que asomaban por la esquina de la casa de en frente? ¿Y el telegrama del alemán?

—¡Haré lo imposible, día y noche, para recordar! —dijo—. Ésta es mi dirección. Véngase a vivir conmigo, de modo que si en cualquier momento recuerdo algo, pueda estar a mano para oírlo.

Llevaba un año intentando recordar… intentándolo incesantemente. También él había vuelto a desmejorar: casi tanto como cuando le conocí.

Durante los últimos tres meses he estado siempre a su lado, acechando en su rostro la primera chispa de un recuerdo; pero nunca se ha producido. Una y otra vez, en mis momentos de horror, casi le he contado la suerte que le aguardaba dentro de cuatro años… pero no lo he hecho.

A veces tengo la impresión de que he enloquecido. Lo cierto es que estoy muy enfermo y que me he convertido en un anciano de treinta y cuatro años. Él está sentado junto a mí, sosteniendo mi mano y leyendo en voz alta.

De cuando en cuando le sacude un estremecimiento, y deja de leer, y se pasa una mano por la frente. El sol se oculta detrás de un banco de nubes. ¡Estamos a 18 de marzo!

¿QUIÉN SABE?

Guy de Maupassant

I

¡DIOS mío! Por fin me he decidido a dejar constancia escrita de lo que me ha pasado… Pero, ¿seré capaz de hacerlo, tendré el valor suficiente? ¡Es todo tan misterioso, tan inexplicable, tan ininteligible, tan absurdo!

Si no estuviera seguro de lo que he visto, convencido de que no ha habido ningún fallo en mi razonamiento, ningún error en mis hechos, ninguna laguna en la estricta secuencia de mis observaciones, me consideraría a mí mismo simple víctima de una alucinación, juguete de alguna extraña ilusión óptica.

Después de todo, ¿quién sabe?

Ahora me encuentro en una Clínica Mental, pero vine aquí por mi propia voluntad, como una precaución, porque estaba asustado. Sólo un hombre conoce mi historia, el Director de la Clínica. Ahora voy a trasladarlo todo al papel, en realidad no sé por qué. Tal vez para ahuyentar la obsesión, que me acosa como una pesadilla espectral.

Sea como sea, éste es el relato:

Siempre he sido un hombre solitario, un soñador: de carácter tranquilo, fácil de contentar, sin albergar ningún resquemor contra el género humano y ninguna queja contra el Cielo. Siempre he vivido solo, a causa de una especie de malestar que la presencia de otras personas me produce. ¿Cómo podría explicarlo? Imposible. No es que aborrezca a la sociedad; disfruto con la conversación, y cenando con mis amigos, pero cuando tengo consciencia de que están cerca de mí, incluso los más íntimos, durante cierto tiempo, me siento cansado, agotado, y experimento un creciente y angustioso deseo de que se marchen, o de marcharme y estar solo.

Este deseo es algo más que un simple reconocimiento, es una imperiosa necesidad. Y si tuviera que permanecer en su compañía, si tuviera que seguir, no diré escuchando, sino simplemente oyendo su conversación, estoy convencido de que sucedería algo terrible. ¿Qué? ¿Quién sabe? Posiblemente, sí, probablemente me desmayaría.

Me gusta tanto estar solo, que ni siquiera puedo soportar la proximidad de otros seres humanos durmiendo bajo el mismo techo; no puedo vivir en París; la lucha es superior a mis fuerzas. Es una muerte espiritual: esa enorme y hormigueante multitud viviendo a mi alrededor, incluso en su sueño, me produce una tortura física y nerviosa. En realidad, el sueño de las otras personas me resulta más penoso incluso que su conversación. Y no puedo descansar cuando sé o siento que hay seres humanos, al otro lado de la pared, padeciendo esa suspensión nocturna de la conciencia.

¿Por qué experimento esta sensación? ¿Quién sabe? Tal vez el motivo sea de lo más vulgar: me canso rápidamente de cualquiera que no sea yo mismo. Y existen muchas personas como yo.

Hay dos clases de seres humanos. Los que necesitan a los demás, que se distraen y se divierten con la compañía, en tanto que la soledad, lo mismo que el ascender a un glaciar inaccesible o el cruzar un desierto, les fastidia, les agota, acaba con sus fuerzas; y aquellos otros, por el contrario, que se sienten aburridos, irritados, torturados por la compañía de sus semejantes, en tanto que la soledad les procura paz y descanso en el desenfrenado mundo de su fantasía.

Se trata, en realidad, de un fenómeno psicológico reconocido. Los primeros están equipados para la extraversión, los últimos para la introversión. En mi propio caso, mi capacidad para concentrarme en las cosas ajenas a mí mismo es muy limitada y se agota rápidamente, y en cuanto alcanzo ese límite experimento un insoportable malestar físico y mental. Como resultado, estoy, o mejor dicho, estaba muy apegado a los objetos inanimados, los cuales tenían para mí la importancia de seres humanos, y mi hogar se ha, o mejor dicho, se había convertido en un mundo en el cual yo vivía una existencia solitaria pero llena de significado, rodeado por objetos, muebles y adornos a los que conocía y amaba como amigos. Había llenado y adornado poco a poco mi casa con ellos, y en medio de ellos me sentía en paz, dichoso, completamente feliz como entre los brazos de una amante esposa cuyo tierno y familiar contacto ha llegado a convertirse en una consoladora necesidad.

Había hecho construir la casa en medio de un hermoso jardín, apartada de la carretera, no lejos de una ciudad, en la cual podía encontrar las distracciones sociales que de cuando en cuando me apetecían. Todos mis criados dormían en un pabellón que se alzaba en el extremo más alejado del vallado jardín. En el silencio de mi hogar, oculto a todas las miradas por el follaje de unos árboles imponentes, la envolvente oscuridad de las noches resultaba tan tranquilizadora y tan bien recibida, que invariablemente demoraba el acostarme durante varias horas para prolongar mi disfrute de ella.

Aquella noche habían representado *Sigurd* en el teatro local. Era la primera vez que oía esa hermosa comedia musical, y confieso que gocé enormemente con ella.

Regresaba a casa de muy buen humor, tarareando algunas frases musicales y rememorando algunas de las escenas más emotivas de la obra. La oscuridad era casi absoluta, y al decir esto me refiero a que el camino era apenas visible y a que en más de una ocasión estuve a punto de dar de bruces en el barro. Desde la barrera de peaje hasta mi casa hay poco más de media milla, unos veinte minutos de paseo. Era la una de la mañana, la una o la una y media; súbitamente, el cielo se iluminó levemente delante de mí y apareció la luna, el melancólico cuarto menguante de la luna. En su cuarto creciente, cuando se levanta a las cuatro o las cinco de la tarde, la luna es brillante, alegre, plateada; pero en su cuarto menguante, cuando se levanta después de medianoche, tiene un color cobrizo, lúgubre y ominoso, una verdadera luna de Aquelarre. Cualquiera que haya andado mucho de noche lo habrá observado. El primer cuarto creciente, incluso cuando es tan delgado como un hilo, despide un brillo leve pero alegre, que reanima el corazón, y proyecta sombras definidas

claramente sobre el suelo; el último cuarto menguante despide una débil claridad, tan débil que casi no proyecta ninguna sombra.

El oscuro contorno de mi jardín surgió delante de mí, y por algún motivo desconocido me inspiró una sensación de disgusto, como si me repeliera. Mis pasos se hicieron más lentos. La noche era muy apacible. La gran masa de árboles parecía una tumba, dentro de la cual yacía enterrada mi casa.

Abrí la verja del jardín y avancé por el largo camino bordeado de sicomoros que se extendía hasta la casa, con las ramas de los árboles entrelazadas en lo alto; se abría delante de mí como un túnel a través de la negra masa de los árboles y por encima del césped, sobre el cual los lechos de flores aparecían en la oscuridad como manchas ovaladas de ningún color particular.

A medida que me acercaba a la casa, me sentí invadido por una extraña inquietud. Me detuve. No se percibía ningún sonido, ni un soplo de aire agitando las hojas. «¿Qué es lo que me pasa?», pensé. Por espacio de diez años había llegado a horas parecidas sin experimentar el menor nerviosismo. No tenía miedo. Nunca me ha asustado la oscuridad. El ver a un hombre, un ladrón o un vagabundo, me habría enfurecido, simplemente, y no habría vacilado en enfrentarme con él. Además, estaba armado: llevaba mi revólver. Pero no acerqué mi mano a él, ya que deseaba resistir aquella sensación de temor que se había apoderado de mí.

¿Qué podía ser? ¿Un presentimiento? ¿El inexplicable presentimiento que invade la mente de un hombre ante la proximidad de lo sobrenatural? Quizás. ¿Quién sabe?

A medida que avanzaba, noté que un escalofrío recorría mi espina dorsal, y cuando estuve cerca de la pared con sus ventanas cegadas por espesas persianas, tuve que pararme unos momentos antes de abrir la puerta y entrar. Luego me senté en un banco del jardín debajo de las ventanas de mi salón. Permanecí allí, con el corazón palpitante, apoyando mi cabeza contra la pared, mirando fijamente hacia la negrura del follaje. Al principio no noté nada anormal. Tenía consciencia de una especie de rumor en mis oídos, pero eso es algo que me ocurre a menudo. A veces me parece oír trenes que pasan, campanas que repican, o el arrastrar de pies de una multitud.

Pero el rumor no tardó en hacerse más preciso, más definido, más inconfundible. Me había equivocado. La causa de aquel zumbido en mis oídos no era el latido normal de mis arterias, sino un ruido más concreto, aunque confuso, un ruido que, sin duda alguna, procedía del interior de mi casa. Podía oírlo a través de la pared, un ruido continuo, un susurro más bien que un ruido, un leve crujir, como el de muchos objetos cambiados de lugar, como si alguien cambiara mis muebles de sitio manejándolos con el mayor cuidado.

Naturalmente, al principio me negué a dar crédito a mis oídos. Pero después de pegar mi mejilla a la persiana para percibir con más claridad los extraños ruidos, quedé absolutamente convencido de que algo anormal e inexplicable estaba ocurriendo en el interior de la casa. No estaba asustado, sino —¿cómo podría expresarlo?— desconcertado por lo sorprendente del hecho. Ni siquiera acerqué la

mano a mi revólver, extrañamente convencido de que no me serviría de nada.

Esperé largo rato, incapaz de llegar a una decisión, con mi mente absolutamente clara aunque profundamente desconcertada. Esperé inmóvil, escuchando el creciente ruido, que en ocasiones subía de tono, convirtiéndose en un rumor impaciente y furioso, como si de un momento a otro fuera a resolverse en un violento estallido.

Luego, súbitamente, avergonzado de mi cobardía, saqué mi manojo de llaves, escogí la adecuada, la introduje en la cerradura, la hice girar dos veces y empujé la puerta con todas mis fuerzas, haciéndola chocar violentamente contra la pared interior.

El golpe resonó como un cañonazo, e inmediatamente el estrépito fue contestado por un terrible alboroto desde la bodega hasta el desván. Fue algo tan repentino, tan horrible, tan ensordecedor, que retrocedí unos pasos y, a pesar de que me daba cuenta de la inutilidad de mi gesto, extraje mi revólver de su funda.

Esperé de nuevo, pero no mucho tiempo. Ahora podía percibir un extraordinario discurrir de pasos por las escaleras, el suelo de madera y las alfombras… No, no eran pasos humanos, exactamente. No era el sonido de pies o de suelas de zapatos, sino de muletas, de madera y de hierro, que repiqueteaban con la metálica insistencia de unos címbalos. Y luego, súbitamente, en el dintel de la puerta principal, vi un sillón de brazos, mi gran sillón de lectura, que lo cruzaba a saltitos para adentrarse en el camino que conducía a la verja. Le siguieron otros del salón, luego los sofás, deslizándose por el suelo sobre sus recias patas como cocodrilos, después el resto de mis sillas, brincando como cabras, y las pequeñas banquetas galopando como conejos.

No ha de resultar difícil imaginar lo que sentía en aquel momento. Me deslicé hacia un macizo de arbustos y me agaché detrás de ellos, con los ojos pegados a la procesión de mis muebles, ya que todos iban saliendo de la casa, uno tras otro, rápida o lentamente, según su forma y peso. Mi gran piano de cola salió galopando como un caballo desbocado, con un leve sonido discordante de alambres en su interior; los objetos más pequeños, cepillos, copas de plata y de cristal tallado, se deslizaban sobre la grava como hormigas, brillando como luciérnagas a la luz de la luna. Las alfombras y cortinajes se alejaban a rastras, esparciendo una finísima nube de polvo. Vi aparecer mi escritorio, una rara pieza de coleccionista del siglo xviii, conteniendo todas mis cartas, todo el archivo de una tormentosa pasión desvanecida hace mucho tiempo. Y en él estaban también mis fotografías.

Súbitamente, todos mis temores se disiparon; me lancé sobre el escritorio y me aferré a él, como uno se aferra a un ladrón que trata de escapar, pero siguió marchando irresistiblemente y, a pesar de mis furiosos esfuerzos, ni siquiera logré ralentizar su marcha. Mientras luchaba como un demente contra aquella terrible fuerza, caí al suelo. Entonces, el escritorio me arrastró por la grava, y los muebles que le seguían empezaron a pisotearme, lastimándose las piernas; y cuando solté el escritorio y me incorporé, los otros muebles me embistieron, como una carga de

caballería contra un soldado a pie.

Por fin, loco de terror, logré apartarme del camino y ocultarme de nuevo entre los árboles, contemplando la desaparición de los objetos más pequeños, más diminutos, más humildes que había poseído, y cuya existencia había llegado a olvidar.

Luego oí, a lo lejos, dentro de la casa, que estaba llena de ecos como un edificio vacío, un aterrador estampido de puertas que se cerraban. Resonaron desde el desván hasta la bodega, para culminar en la puerta principal, que yo mismo había abierto estúpidamente para permitir el éxodo y que ahora se cerró de golpe.

Entonces huí y eché a correr hacia la ciudad, y no me sentí tranquilo hasta que pisé sus calles y me crucé con la gente que regresaba tarde a casa. Me dirigí a un hotel en el que era conocido. Después de sacudir con mis manos el polvo que se había pegado a mis ropas, inventé la historia de que había perdido mis llaves, entre ellas la del pabellón donde dormían mis criados, detrás del muro del jardín que protegía de los ladrones mis frutas y verduras.

Me acosté en la cama que me prepararon y me cubrí con la sábana hasta los ojos; pero no pude dormir, y esperé a que amaneciera, escuchando los violentos latidos de mi corazón. Había dado órdenes para que avisaran a mis criados en cuanto se hiciera de día, y mi ayuda de cámara llamó a mi puerta a las siete de la mañana: su rostro revelaba lo trastornado que estaba.

—Ha ocurrido algo espantoso durante la noche, señor —me anunció de buenas a primeras.

—¿Qué ha pasado?

—Todos sus muebles han sido robados, señor, absolutamente todos, incluso los objetos más pequeños.

Al oír aquellas palabras experimenté cierto alivio. ¿Por qué? Lo ignoro. Tenía un completo dominio de mí mismo; sabía que podría ocultar mis sentimientos, no decirle a nadie lo que había visto, esconderlo, enterrarlo en mi pecho como un espantoso secreto.

Repliqué:

—Entonces, se trata de las mismas personas que robaron mis llaves. Hay que avisar inmediatamente a la policía. Voy a levantarme, y me reuniré contigo dentro de unos minutos en la comisaría.

La investigación duró cinco meses. No puso nada en claro. No se encontró ni el más insignificante de mis objetos, ni el más leve rastro de los ladrones. ¡Dios mío! Si yo les hubiese dicho lo que sabía… Si se lo hubiese dicho, habrían encerrado… no a los ladrones, sino a mí, el hombre que era capaz de ver una cosa semejante.

Desde luego, sé mantener la boca cerrada. Pero no volví a amueblar mi casa. ¿Para qué? La cosa se hubiera repetido.

No quería volver a ella nunca más. Y no volví. Me instalé en un hotel de París y consulté a varios médicos sobre el estado de mis nervios, que me mantenían sumido en una gran ansiedad desde aquella espantosa noche.

Me aconsejaron que viajara, y yo seguí su consejo

II

Empecé con un viaje a Italia. El sol me sentó muy bien. Durante seis meses fui de Génova a Venecia, de Venecia a Florencia, de Florencia a Roma, de Roma a Nápoles. Luego me trasladé a Sicilia, una región muy atractiva, desde el punto de vista del paisaje y de los monumentos, restos dejados por los griegos y los normandos. Pasé a África, y viajé sin prisa a través del apacible desierto, por el que vagabundean camellos, gacelas y árabes nómadas, y cuyo aire claro y seco no deja persistir ninguna obsesión, ni de día ni de noche.

Regresé a Francia vía Marsella y, a pesar de la alegría provenzal, la disminuida intensidad de la luz solar me deprimió. A mi regreso a Europa experimenté la extraña sensación de un paciente que cree estar curado, pero que repentinamente es advertido, por un sordo dolor, de que la raíz del mal continúa siendo activa.

Me dirigí a París. Al cabo de un mes me sentí soberanamente aburrido. Era otoño, y decidí realizar un viaje, antes del invierno, a través de Normandía, una región nueva para mí.

Empecé con Rúan, desde luego, y durante una semana vagué de un lado a otro, intrigado, maravillado, asombrado por aquella ciudad medieval, museo de raros ejemplares del arte Gótico.

Una tarde, alrededor de las cuatro, al entrar en una calle que parecía demasiado buena para ser verdad, a lo largo de la cual discurre un arroyo negro como la tinta llamado el *Eau de Robec*, mi atención, hasta entonces prendida en el aspecto poco corriente y anticuado de las casas, quedó súbitamente atraída por cierto número de tiendas dedicadas a la venta de muebles de segunda mano, una junto a otra.

En realidad, los comerciantes en cuestión habían escogido bien el lugar, en aquella calle fantástica con su siniestro arroyo, bajo los puntiagudos tejados de ladrillo o de pizarra, sobre los cuales seguían girando las veletas de una edad pretérita.

Amontonados en las profundidades de las cavernosas tiendas podían verse bustos labrados, porcelanas de Rúan, Nevers y Moustiers, estatuas, algunas pintadas, otras de madera sin desbastar, crucifijos, Vírgenes, Santos, ornamentos sagrados, casullas, patenas, incluso cálices, y un antiguo tabernáculo de madera dorada. ¡Qué asombrosas cavernas había en aquellas casas altas y esbeltas, llenas desde la bodega hasta el desván de objetos de todas clases, cuya utilidad parecía periclitada, y que habían sobrevivido a sus propietarios naturales, a su siglo, a su período, a su moda, para ser comprados como curiosidades por las generaciones posteriores!

Mi pasión por las cosas antiguas se reavivó en aquel paraíso del coleccionista. Fui de tienda en tienda, cruzando de dos zancadas los puentes hechos con cuatro tablas podridas encima de la pestilente *Eau de Robec*. Y, de pronto… ¡Madre de Dios! Por un instante, mi corazón dejó de latir: al fondo de una cúpula atestada de muebles, que

parecía la entrada a las catacumbas de algún cementerio de objetos antiguos, acababa de ver la más hermosa de las vitrinas. Avancé hacia ella temblando de pies a cabeza, temblando hasta el extremo de que no me atrevía a tocarla. Extendí la mano… vacilé… Era *mía*, sin duda alguna, una vitrina Luis XIII única, inconfundible para cualquiera que la hubiese visto. Súbitamente, forzando más la vista en las oscuras profundidades de aquella galería, percibí tres de mis sillones tapizados de brocado *petit point*, y luego dos de mis mesas Enrique II, las cuales eran tan raras que la gente venia especialmente de París para verlas.

¡Imaginen lo que sentí!

Entonces avancé, temblando de excitación, pero avancé, ya que no soy cobarde, avancé como un caballero de los siglos de la superstición y de la ignorancia penetrando en la cueva de una bruja. Mientras avanzaba, descubrí todas mis pertenencias, mis candelabros, mis libros, mis cuadros, mis annas, todo, salvo el escritorio que contenía mis cartas, el cual no logré encontrar en ninguna parte.

Avancé, descendiendo escaleras, a lo largo de oscuros pasillos, y luego subí otra vez a los pisos superiores. Estaba solo. Llamé, pero no obtuve ninguna respuesta. Estaba completamente solo; en aquel enorme laberinto no había nadie, por lo visto.

Anocheció, y tuve que sentarme en uno de mis propios sillones, ya que no pensaba marcharme. A intervalos gritaba:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

Llevaba allí, estoy seguro, más de una hora, cuando oí el sonido de unos pasos, ligeros y lentos: no podía saber de dónde procedían. Estuve a punto de echar a correr, pero, revistiéndome de valor, llamé otra vez y vi una luz en la habitación contigua.

—¿Quién está ahí? —inquirió una voz.

Contesté:

—Un cliente.

Llegó la respuesta:

—Es muy tarde, ya hemos cerrado.

Repliqué:

—Hace una hora que le espero.

—Será mejor que vuelva mañana.

—Mañana me habré marchado de Rúan.

Yo no me atrevía a moverme, y él no se atrevía a acercarse. Durante todo el tiempo estuve viendo el reflejo de la luz brillando sobre un tapiz, en el cual dos ángeles volaban sobre los muertos en un campo de batalla. También aquel tapiz me pertenecía.

Dije:

—Bueno, ¿va usted a venir?

Él replicó:

—Le estoy esperando.

De modo que me puse en pie y avancé hacia él.

En el centro de una amplia habitación se encontraba un hombre muy bajo y muy gordo, como uno de esos gordos que salen en las comedias. Llevaba una barba enmarañada, de color amarillo sucio, y no tenía un solo cabello en la cabeza. Cuando levantó su vela, alargando el brazo, para iluminar mi cara, la cúpula de su calva cabeza semejó una luna en minitura en aquella enorme habitación atestada de muebles antiguos. Tenía el rostro lleno de arrugas y sus ojos eran dos simples rendijas.

Tras regatear un poco compré tres sillas que en realidad eran mías, y pagué una enorme suma al contado, dejando el número de mi habitación en el hotel. Tenían que ser entregadas a la mañana siguiente, antes de las nueve. Entonces abandoné la tienda. El hombre me acompañó hasta la puerta con la mayor cortesía. Me dirigí directamente a la Jefatura de Policía, donde conté la historia del robo de mis muebles y el descubrimiento que acababa de hacer.

Inmediatamente, el Inspector telegrafió a la Oficina del Fiscal que se había encargado de la primera investigación, rogándome que esperase la respuesta. Una hora más tarde se recibió, confirmando mi relato en todos sus extremos.

—Haré detener e interrogar a ese hombre en seguida —me dijo el Inspector—, ya que podría entrar en sospechas y trasladar de sitio sus pertenencias. Le sugiero que vaya a cenar y vuelva dentro de un par de horas. Entonces le someteré a otro interrogatorio delante de usted.

—¡Excelente, Inspector! Le estoy muy agradecido.

Cené en mi hotel, y mi apetito fue mucho mejor de lo que hubiese creído posible. Pero me sentía muy satisfecho. Le habían atrapado.

Dos horas más tarde me encontraba de nuevo en la Jefatura de Policía.

El oficial estaba esperándome.

—Lo lamento, señor —dijo, en cuanto me vio—, pero no hemos podido echarle el guante a su amigo. Mis hombres no le han encontrado.

—¿Quiere usted decir…?

Me sentí anonadado.

--Pero… ¿han localizado ustedes la casa? —inquirí.

—¡Oh, sí! Y estará vigilada hasta que ese individuo regrese. Pero ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí, desaparecido. Habitualmente pasa la noche en casa de su vecina, una vieja viuda llamada Mrs. Bidoin, que también se dedica a la venta de muebles de segunda mano. Dice que esta noche no le ha visto y que no puede dar ninguna información acerca de él. De modo que tendremos que esperar hasta mañana.

Salí de la Jefatura. Las calles de Rúan tenían ahora un aspecto siniestro, espectral.

No pude dormir, y en los escasos momentos en que me quedé amodorrado mi sueño se pobló de pesadillas.

No quería parecer excesivamente ansioso, ni que pudieran creer que tenía

demasiada prisa, de modo que a la mañana siguiente esperé hasta las diez antes de volver a la Jefatura de Policía.

El comerciante no había regresado: su tienda estaba cerrada.

El Inspector me dijo:

—He hecho todas las gestiones necesarias. He informado del caso al Ministerio Fiscal, y tengo la autorización necesaria para abrir la tienda en ausencia de su dueño. Me acompañará usted allí y podrá mostrarme los muebles y objetos que le pertenecen.

Nos dirigimos hacia la tienda. Había unos agentes de guardia, con un cerrajero, delante de la puerta, que ya había sido abierta.

Cuando entré, no vi mi vitrina, ni mis sillones, ni mis mesas, ni un solo objeto de los que desaparecieron de mi casa, a pesar de que la noche anterior no podía dar un paso sin tropezar con algo de mi propiedad.

El Inspector, sorprendido, me miró con aire suspicaz.

—Bueno, debo decir, Inspector, que la desaparición de mis muebles coincide extrañamente con la del comerciante —dije.

El Inspector sonrió:

—¡Tiene usted razón! Ayer cometió usted un error al comprar y pagar aquellas sillas. Eso hizo entrar en sospechas al comerciante.

Repliqué:

—Lo que no acierto a comprender es el hecho de que todo el espacio ocupado por mis muebles está lleno ahora de otras piezas.

—¡Oh! —exclamó el Inspector—. Ese individuo ha podido disponer de toda una noche, y no cabe duda de que tiene cómplices. Seguramente, esta tienda se comunica con las tiendas del otro lado de la calle… Pero, no se preocupe, señor, lo pondremos todo patas arriba. El ladrón no tardará en caer en nuestras manos, ahora que conocemos su escondrijo.

Mi corazón latía con tanta violencia, que por un instante pensé que iba a estallar.

. . . . . .

Permanecí en Rúan un par de semanas. El hombre no regresó. Dios sabe que nadie podría tenderle una trampa a un hombre como aquél.

Luego, a la mañana siguiente, recibí esta extraña carta de mi jardinero, que había quedado al cuidado de mi casa, deshabitada desde el robo:

Estimado señor:

Debo informarle de algo que ocurrió anoche y que no puedo explicarme, lo mismo que la Policía. Todos los muebles han sido devueltos, absolutamente todos, incluso los objetos más pequeños. La casa se encuentra ahora tal como estaba la tarde

anterior al robo. La cosa es como para volver loco a cualquiera. Todo ocurrió en la noche del viernes al sábado. Por el estado del camino, diríase que lo arrastraron todo desde la verja del jardín hasta la entrada principal. Igual que el día que desapareció.

En espera de su regreso le saludo respetuosamente,

Philip Raudin

¡No! ¡No! ¡No! ¡No! !No volveré allí!

Le llevé la carta al Inspector de Rúan.

—Es una restitución con todas las de la ley —dijo—. Simularemos que le damos carpetazo al caso, y el día menos pensado atraparemos al individuo.

. . . . . .

Pero no le han atrapado. ¡No! Ni le atraparán nunca, y ahora tengo miedo de él, como si un animal salvaje siguiera mi rastro.

¡No podrán encontrarle! No encontrarán nunca a aquel monstruo de la cabeza calva como una luna llena. Nunca le atraparán. Nunca regresará a su tienda. ¿Por qué tendría que hacerlo? El único que podría encontrarle soy yo, y no lo haré. ¡No lo haré! ¡No lo haré! ¡No lo haré!

Y si regresa, si vuelve a su tienda, ¿quién podrá demostrar que mis muebles estuvieron allí alguna vez? Sólo existe mi evidencia, y tengo la sensación de que se está convirtiendo en sospechosa.

¡No! Mi vida se estaba haciendo imposible. Y no podía guardar el secreto de lo que había visto. No podía seguir viviendo como todo el mundo, con el temor de que la historia pudiera repetirse en cualquier momento.

De modo que acudí a la consulta del médico que dirige esta Clínica Mental y le conté toda la historia.

Después de someterme a un minucioso reconocimiento, me dijo:

—Mi querido señor, ¿le importaría quedarse aquí una temporada?

—Me gustaría mucho poder hacerlo.

—¿Dispone usted de mucho dinero?

—Sí, doctor.

—Bien. ¿Le agradaría vivir solo en un bungalow?

—Es lo único que pido.

—¿Le gustaría que vinieran sus amigos a visitarle?

—No, doctor, ninguno. El hombre de Rúan podría aventurarse a seguirme hasta aquí para acabar conmigo.

. . . . . .

Y aquí estoy desde hace tres meses, completamente solo. No tengo, prácticamente, ninguna preocupación. Sólo temo una cosa… Supongamos que el comerciante en muebles de segunda mano enloqueciera… y supongamos que le trajeran a esta Clínica… Ni siquiera las prisiones son absolutamente seguras…

UN PROBLEMA ESPECTRAL

John Ruler

ERA una noche lóbrega y sombría, con el viento silbando aterrador a través de los árboles desnudos de la campiña inglesa, cuando el Arquero Decapitado, un espectro que tenía cierta fama, decidió efectuar una de sus raras visitas.

Yo acababa de terminar mi solitaria vigilia en la mansión del Barón, y estaba en la cocina cuando él se deslizó a través de la ventana. No resultaba particularmente extraño que hubiese escogido aquella mansión, ya que posee todos los ingredientes apetecidos por los espectros: muros cubiertos de hiedra, largos y tortuosos pasadizos, puertas cerradas, antiguas y abandonadas habitaciones para los criados e incluso un pasillo secreto. De modo que le hice una seña, invitándole a sentarse.

En aquel momento era más de media noche, y mientras acercaba una silla para mi inesperado huésped, no pude evitar el preguntarme cómo se las arreglaba para saber qué hora era; más aún, cómo podía haber encontrado el camino hasta la mansión. Las cosas resultaban ya bastante difíciles para mí, con un solo brazo.

—Siéntate, amigo —le dije, señalando la silla.

Encendí una vela. Sentía curiosidad por ver si él vacilaría, pero observé que ocupaba con toda naturalidad el duro asiento de madera. Desde alguna parte, una voz incorpórea dijo:

—Gracias. Eres muy amable.

Mi curiosidad fue entonces recompensada, ya que, gradualmente, una cabeza apareció sobre el cortado cuello… y una hermosa cabeza, por cierto.

—No tengo por costumbre hacer esto —dijo la voz del arquero, ahora con cabeza —, ya que estropea el efecto de conjunto. Pero opino que esta noche es diferente.

Le di las gracias por su generoso gesto.

Por entonces, había tenido ya ocasión de verle claramente, y dado que la mayoría de la gente sabe qué aspecto tiene un arquero, no entraré en detalles, excepto para decir que probablemente hacía muchos años que había muerto. Esperé a que hablara.

La luz de la vela brillaba a través de él sobre los paneles de madera que cubrían la pared, extrañamente reveladora. De pronto, el arquero dijo:

—He venido a hacer un trato contigo.

No tengo por costumbre hacer tratos con el primer Tom, Dick o Harry espectral que se presenta, de modo que mi respuesta fue lógicamente brusca.

—No veo que tenga nada que ofrecerte, especialmente teniendo en cuenta que es la primera vez que nos vemos.

El arquero levantó un brazo.

—Un momento —dijo—. Antes de llegar a una decisión, permíteme que te cuente una historia.

Entonces me contó la historia de su cabeza perdida. La cosa empezó, tal como yo había imaginado, en la época de las Cruzadas, cuando el Arquero, siendo un buen inglés y un verdadero cristiano, había servido a su rey y a su Patria con honor. En casa, en cambio, las cosas no marchaban demasiado bien, y a su regreso se encontró con que su familia había sido ejecutada y su hogar incendiado, por orden del Rey

Juan.

La vida se convirtió en algo vacío de contenido para nuestro amigo. Trató de empezar de nuevo, pero insensiblemente se deslizó hacia la truhanería. El hurto, el robo e incluso el asesinato se convirtieron en parte de su rutina cotidiana, hasta que se vio obligado a abandonar la región. Pero, desconociendo el lugar al cual se había trasladado, no tardó en ser capturado, encerrado en la cárcel y posteriormente decapitado.

Sus problemas, sin embargo, no habían hecho más que empezar. Resulta difícil romper con las viejas costumbres, de modo que nuestro amigo empezó a robar a sus compañeros espectros. Ningún fantasma que se respete a sí mismo puede transigir con esa conducta, de modo que fue desterrado, condenado a pasar el resto de su vida espectral vagabundeando de un lugar a otro hasta que regresara al paraje donde empezó todo. Y, créase o no, ese paraje era la Mansión del Barón. La Mansión, desde luego, no existía en aquella época, sino que había sido construida en aquel lugar unos años más tarde.

¿Dónde encajaba yo en el asunto? Bueno, yo había vivido en la Mansión durante muchos años, explicó el arquero diplomáticamente, y, como se estaba haciendo viejo, había pensado que sería muy cómodo para él establecerse aquí; naturalmente, se apresuró a tranquilizarme diciéndome que se había desprendido de sus antiguas costumbres y no sería una molestia para nadie.

Posiblemente era cierto, pero cuando uno ha vivido en el mismo lugar durante muchos años, y todo el mundo le conoce, la idea de marcharse no resulta agradable, ni mucho menos. De todos modos, me gustaba la Mansión, y tenía tanto derecho como cualquiera a quedarme.

Se lo dije claramente, añadiendo que, como él seguramente sabía, la gente me relacionaba con la Mansión. De hecho, en un par de ocasiones habían hablado de mí en la radio, en los periódicos e incluso en la televisión. ¡No! Sinceramente, no pensaba marcharme.

Pero todo fue inútil. El arquero había llegado a la conclusión de que yo había disfrutado lo suficiente de la Mansión, y no había modo de apearle del burro. Ni siquiera cuando le conté las circunstancias que me habían dado derecho a ocupar la Mansión. Dijo que comprendía perfectamente mi postura, pero que ello no modificaba el hecho de que la Mansión continuaba siendo su hogar.

El reloj marcaba ahora las 5,30 y empecé a preocuparme. La falta de un brazo no llamaba demasiado la atención, pero si mi huésped, cansado de hablar, decidía quitarse la cabeza, ¿qué pensarían los posibles transeúntes? No sólo les llenaría de terror, sino que también destruiría las buenas relaciones que yo había llegado a entablar con los habitantes del pueblo… De modo que me avine a una componenda: él podría disfrutar de la mitad de la Mansión, le dije, a condición de que nadie le viera y de que únicamente saliera de noche, sin que se le ocurriera pasear por el cementerio sin llevar su cabeza.

—De acuerdo —asintió el arquero, de mala gana.

Al parecer, conservaba todavía algunas de sus desagradables costumbres.

Sellamos el trato con un apretón de manos y decidimos que por la noche concretaríamos los detalles. La cabeza de mi visitante desapareció, y el arquero no tardó en quedarse profundamente dormido, en el suelo. Me enrosqué junto a él, pero permanecí despierto, por si se presentaba el caso de que mi compañero tuviera que desaparecer rápidamente.

Mi precaución no fue inútil. El reloj del campanario acababa de dar las seis cuando oí voces. No podía tratarse de alguno de los habitantes del pueblo, pensé, ya que era demasiado temprano. Sacudiendo furiosamente al arquero, le grité que se acercaba alguien, pero se limitó a gruñir y a apartarme de un empujón.

—¡Despierta, estúpido! —aullé, mientras las voces resonaban cada vez más próximas.

Demasiado tarde.

Unos pasos hicieron crujir la grava en la otra parte de la ventana, y una voz dijo:

—Éste es el lugar de que les he hablado. ¿Lo recuerdan? Viene en el libro…

—Asomémonos —dijo otra voz.

Esto debió despertar al arquero, ya que se incorporó, sobresaltado, y se quedó sentado en el suelo. Imagino el espectáculo que debíamos ofrecer: él sentado en el suelo, sin cabeza, y yo agachado a su lado.

En la ventana apareció el rostro de un hombre muy joven. Miró al interior de la estancia y sus ojos se desorbitaron. Desde luego, su sorpresa debió de ser mayúscula…

—¡Dios mío! —murmuró, al tiempo que otras caras juveniles aparecían en la ventana junto a la suya—. El libro no dice ni media palabra acerca de esto…

Pero no oímos nada más porque ambos nos desvanecimos. Era lo único que podíamos hacer. Después de todo, tenían derecho a esperar ver el espectro del Caballero Manco de la Mansión del Barón. Pero encontrarse también con un Arquero Decapitado… ¿Qué opinan ustedes?

LANCHITAS

José María Roa Barcena

EL título puesto a la presente narración no es el diminutivo de lanchas, como a primera vista ha podido figurarse el lector, sino —por más que de pronto se resista a creerlo— el diminutivo del apellido «Lanzas», que a principios de este siglo llevaba en México un sacerdote muy conocido en casi todos los círculos de nuestra sociedad. Nombrábasele con tal derivado, no sabemos si simplemente en señal de cariño y confianza, o si también en parte por lo pequeño de su estatura; mas sea que militaran entrambas causas juntas, o aislada alguna de ellas, casi seguro es que las dominaba la sencillez pueril del personaje, a quien, por su carácter, se aplicaba generalmente la frase vulgar de «no ha perdido la gracia del bautismo». Y, como por algún defecto de la organización de su lengua, daba a la t y a la c, en ciertos casos, el sonido de la ch, convinieron sus amigos y conocidos en llamarle «Lanchitas», a ciencia y paciencia suya; exponiéndose de allí a poco los que quisieran designarle con su verdadero nombre, a malgastar tiempo y saliva.

¿Quién no ha oído alguno de tantos cuentos, más o menos salados, que la tradición oral va transmitiendo a la nueva generación? Algunos me hicieron reír más de veinte años ha, cuando acaso aún vivía el personaje, sin que las preocupaciones y agitaciones de mi malhadada carrera de periodista me dejaran tiempo ni humor de procurar su conocimiento.

Hoy, que, por dicha, no tengo que ilustrar o rectificar o lisonjear a la opinión pública, y que por desdicha voy envejeciendo a grandes pasos, qué de veces al seguir en el humo de mi cigarro, en el silencio de mi alcoba, el curso de las ideas y de los sucesos que me visitaron en la juventud, se me ha presentado en la especie de linterna mágica de la imaginación, Lanchitas, tal como me le describieron sus coetáneos, limpio, manso y sencillo de corazón, envuelto en sus hábitos clericales, avanzando por esas calles de Dios con la cabeza siempre descubierta y los ojos en el suelo; no dejando asomar en sus pláticas y exhortaciones la erudición de Fenelón ni la elocuencia de Bossuet, pero pronto a todas horas del día y de la noche a socorrer una necesidad, a prodigar los auxilios de su ministerio a los moribundos, y a enjugar las lágrimas de la viuda y el huérfano; y en materia de humildad, sin término de comparación, pues no le hay, ciertamente, para la humildad de Lanchitas.

Y, sin embargo, me dicen que no siempre fue asi; que si no recibió del cielo un talento de primera orden, ni una voluntad firme y altiva, era hombre medianamente resuelto y despejado, y por demás estudioso e investigador. En una época en que la fe y el culto católico no se 'hallaban a discusión en estas comarcas, y en que el ejercicio del sacerdocio era relativamente fácil y tranquilo, bastaba la pureza de costumbres, la observancia de la disciplina eclesiástica, el ordinario conocimiento de las ciencias sagradas y morales, y un juicio recto, para captarse el aprecio del clero y el respeto y la estimación de la sociedad. Pero Lanzas, ávido de saber, no se había dado por satisfecho con la instrución seminarista; y en los ratos que el desempeño de sus obligaciones de capellán le dejaba libres, profundizaba las investigaciones teológicas y, con autorización de sus prelados, seguía curiosamente las controversias entabladas

en Europa, entre adversarios y defensores del catolicismo, no siéndole extrañas ni las burlas de Voltaire, ni las aberraciones de Rousseau, ni las abstracciones de Spinoza, ni las refutaciones victoriosas que provocaron en su tiempo. Quizá hasta se haya dedicado al estudio de las ciencias naturales, después de ejercitarse en el de las lenguas antiguas y modernas; todo en el límite que la escasez de maestros y de libros permitía aquí a principios del siglo. Y este hombre, superior en conocimientos a la mayor parte de los clérigos de su tiempo, consultado a veces por obispos y oidores, y considerado, acaso, como un pozo de ciencia por el vulgo, cierra o quema repentinamente sus libros; responde a las consultas con la risa de la infancia o del idiotismo; no vuelve a cubrirse la cabeza ni a levantar del suelo sus ojos, y se convierte en personaje de broma para los chicos y para los desocupados. Por rara y peregrina que haya sido la transformación, fue real y efectiva; y he aquí cómo del respetable Lanzas resultó Lanchitas, el pobre clérigo que se me aparece entre nubes de humo de mi cigarro.

No ha muchos meses, pedía yo noticias de él a una persona ilustrada y formal, que le trató con cierta intimidad; y como acababa de figurar en nuestra conversación el tema del espiritismo, hoy en boga, mi interlocutor me tomó del brazo y, sacándome de la reunión de amigos en que estábamos, me refirió una anécdota más rara todavía que la transformación de Lanchitas, y que acaso la explique. Para dejar consignada tal anécdota, trazo estas líneas, sin meterme a calificarla. Al cabo, si es absurda, vivimos bajo el pleno reinado de lo absurdo.

No recuerdo el día, el mes, ni el año del suceso, ni si mi interlocutor los señaló; sólo entiendo que se refería a la época de 1820 a 30; y en lo que no me cabe duda es en que se trataba del principio de una noche oscura, fría y lluviosa, como suelen serlo las de invierno. El Padre Lanzas tenía ajustada una partida de malilla o tresillo con algunos amigos suyos, por el rumbo de Santa Catalina mártir; y, terminados sus quehaceres del día, iba del centro de la ciudad a reunírseles esa noche, cuando a corta distancia de la casa en que tenía lugar la modesta tertulia, alcanzóle una mujer del pueblo, ya entrada en años y miserablemente vestida, quien, besándole la mano, le dijo:

—¡Padrecito! ¡Una confesión! Por amor de Dios, véngase conmigo Su Merced, pues el caso no admite espera.

Trató de informarse el Padre de si se había o no acudido previamente a la parroquia respectiva en solicitud de los auxilios espirituales que se le pedían; pero la mujer, con frase breve y enérgica, le contestó que el interesado pretendía que él precisamente le confesara, y que si se malograba el momento, pesaría sobre la conciencia del sacerdote; a lo cual éste no dio más respuesta que echar a andar detrás de la anciana.

Recorrieron en toda su longitud una calle de Poniente a Oriente, mal alumbrada y fangosa, yendo a salir cerca del Apartado, y de allí tomaron hacia el Norte, hasta torcer a mano derecha y detenerse en una miserable accesoria del callejón del Padre

Lecuona. La puerta del cuartucho estaba nada más que entornada, y empujándola simplemente, la mujer penetró en la habitación llevando al Padre Lanzas de una de las extremidades del manteo. En el rincón más amplio y sobre una estera sucia y medio desbaratada, estaba el paciente, cubierto con una frazada; a corta distancia, una vela de sebo puesta sobre un jarro boca abajo en el suelo, daba su espesa luz a toda la pieza, enteramente desamueblada y con las paredes llenas de telarañas. Por terrible que sea el cuadro más acabado de la indigencia, no daría idea del desmantelamiento, desaseo y lobreguez de tal habitación, en que la voz humana parecía apagarse antes de sonar, y cuyo piso de tierra exhalaba el hedor especial de los sitios que carecen de la menor ventilación.

Cuando el Padre, tomando la vela, se acercó al paciente y levantó con suavidad la frazada que le ocultaba por completo, descubrióse una cabeza huesosa y enjuta, amarrada con un pañuelo amarillento y a trechos roto. Los ojos del hombre estaban cerrados y notablemente hundidos, y la piel de su rostro y de sus manos, cruzadas sobre el pecho, aparentaba la sequedad y rigidez de la de las momias.

—¡Pero este hombre está muerto! —exclamó el Padre Lanzas dirigiéndose a la vieja.

—Se va a confesar, Padrecito —respondió la mujer, quitándole la vela, que fue a poner en el rincón más distante de la pieza, quedando casi a oscuras el resto de ella; y al mismo tiempo el hombre, como si quisiera demostrar la verdad de las palabras de la mujer, se incorporó de su petate, y comenzó a recitar en voz cavernosa, pero suficientemente inteligible, el *Confíteor Deo.*

Tengo que abrir aquí un paréntesis a mi narración, pues el digno sacerdote jamás a alma nacida refirió la extraña y probablemente horrible confesión que aquella noche le hicieron. De algunas alusiones y medias palabras suyas, se infiere que al comenzar su relato el penitente, se refería a fechas tan remotas, que el Padre, creyéndole difuso o divagado, y comprendiendo que no había tiempo que perder, le excitó a concretarse a lo que importaba; que a poco entendió que aquél se daba por muerto de muchos años atrás, en circunstancias violentas que no le habían permitido descargar su conciencia como había acostumbrado pedirlo diariamente a Dios, aun en el olvido casi total de sus deberes y en el seno de los vicios, y quizá hasta del crimen; y que por permisión divina lo hacía en aquel momento, viniendo de la eternidad para volver a ella inmediatamente. Acostumbrado Lanzas, en el largo ejercicio de su ministerio, a los delirios y extravagancias de los febricitantes y de los locos, no hizo mayor aprecio de tales declaraciones, juzgándolas efecto del extravío anormal o inveterado de la razón del enfermo; contentándose con exhortarle al arrepentimiento y explicarle lo grave del trance a que estaba orillado, y con absolverle bajo las condiciones necesarias, supuesta la perturbación mental de que le consideraba dominado. Al pronunciar las últimas palabras del rezo, notó que el hombre había vuelto a acostarse; que la vieja no estaba ya en el cuarto, y que la vela a punto de consumirse por completo, despedía sus últimas luces. Llegando él a la puerta, que permanecía

entornada, quedó la pieza en profunda oscuridad; y, aunque al salir atrajo con suavidad la hoja entreabierta, cerróse ésta de firme, como si de adentro la hubieran empujado. El Padre, que contaba con hallar a la mujer de la puerta de afuera, y con recomendarle el cuidado del moribundo y que volviera a llamarle a él mismo, aun a deshora, si advertía que recobraba aquél la razón, desconcertóse al no verla; esperóla en vano durante algunos minutos; quiso volver a entrar en la accesoria, sin conseguirlo, por haber quedado cerrada, como de firme, la puerta; y, apretando en la calle la oscuridad y la lluvia, decidióse, al fin, a alejarse, proponiéndose efectuar, al siguiente día muy temprano, nueva visita.

Sus compañeros de malilla o tresillo le recibieron amistosa y cordialmente, aunque no sin reprocharle su tardanza. La hora de la cita había, en efecto, pasado ya con mucho, y Lanzas, sabiéndolo o sospechándolo, había venido a prisa y estaba sudando. Echó mano al bolsillo en busca del pañuelo para limpiarse la frente, y no le hallo. No se trataba de un pañuelo cualquiera, sino de la obra acabadísima de alguna de sus hijas espirituales más consideradas de él; finísima batista con las iniciales del Padre, primorosamente bordadas en blanco, entre laureles y trinitarias de gusto más o menos monjil. Prevalido de su confianza en la casa, llamó al criado, le dio las señas de la accesoria en que seguramente había dejado el pañuelo, y le despachó en su busca, satisfecho de que se le presentara así ocasión de tener nuevas noticias del enfermo, y de aplacar la inquietud en que él mismo había quedado a su respecto. Y con la fruición que produce en una noche fría y lluviosa, llegar de la calle a una pieza abrigada y bien alumbrada, y hallarse en amistosa compañía cerca de una mesa espaciosa, a punto de comenzar el juego que por espacio de más de veinte años nos ha entretenido una o dos horas cada noche, repantigóse nuestro Lanzas en uno de esos sillones de banqueta que se hallaban frecuentemente en las celdas de los monjes, y que yo prefiero al más pulido asiento de brocatel o terciopelo; y encendiendo un buen cigarro habano, y arrojando bocanadas de humo aromático, al colocar sus cartas en la mano izquierda en forma de abanico, y como si no hiciera más que continuar en voz alta el hilo de sus reflexiones relativas al penitente a quien acababa de oír, dijo a sus compañeros de tresillo:

—¿Han leído ustedes la comedia de don Pedro Calderón de la Barca intitulada «La devoción de la Cruz»?

Alguno de los comensales la conocía, y recordó al vuelo las principales peripecias del galán noble y valiente, al par que corrompido, especie de Tenorio de su época, que, muerto a hierro, obtiene por efecto de su constante devoción a la sagrada insignia del cristiano, el raro privilegio de confesarse momentos u horas después de haber cesado de vivir. Recordado lo cual Lanzas prosiguió diciendo, en tono entre grave y festivo:

—*No* se puede negar que el pensamiento del drama de Calderón es altamente religioso, no obstante que algunas escenas causarían positivo escándalo hasta en los tristes días que alcanzamos. Mas, para que se vea que las obras de imaginación suelen

causar daño efectivo aun con lo poco de bueno que contengan, les diré que acabo de confesar a un infeliz que no pasó de artesano en sus buenos tiempos; que apenas sabía leer; y que, indudablemente, había leído o visto «La devoción de la Cruz», puesto que, en las divagaciones de su razón, creía reproducido en sí mismo el milagro del drama…

—¿Cómo? ¿Cómo? —exclamaron los comensales de Lanzas, mostrando repentino interés.

—Como ustedes lo oyen, amigos míos. Uno de los mayores obstáculos con que, en los tiempos de ilustración que corren, se tropieza en el confesionario, es el deplorado efecto de las lecturas, aun de aquellas que a primera vista no es posible calificar de nocivas. No pocas veces me he encontrado, bajo la piel de beatas compungidas y feas, con animosas Casandras y tiernas y remilgadas Atalas; algunos Delincuentes Honrados, a la manera de los de Jovellanos, han recibido de mi mano la absolución; y en el carácter de muchos sesudos, he advertido fuertes conatos de imitación de las fechorías del «Periquillo» de Lizardi. Pero ninguno tan preocupado ni porfiado como mi último penitente; loco, loco de remate. ¡Lástima de alma, que a vueltas de un verdadero arrepentimiento, se está en sus trece de que hace quién sabe cuántos años dejó el mundo, y que por altos juicios de Dios…! ¡Vamos! ¡Lo del protagonista del drama consabido! Juego…

En estos momentos se presentó el criado de la casa, diciendo al Padre que en vano había llamado durante media hora en la puerta de la accesoria; habiéndose acercado al fin, el sereno, a avisarle caritativamente que la tal pieza y las contiguas llevaban mucho tiempo de estar vacías, lo cual le constaba perfectamente, por razón de su oficio y de vivir en la misma calle.

Con extrañeza oyó esto el Padre; y los comensales que, según he dicho, habían ya tomado interés en su aventura, dirigiéronle nuevas preguntas, mirándose unos a otros. Daba la casualidad de hallarse entre ellos nada menos que el dueño de las accesorias, quien declaró que, efectivamente, así éstas como la casa toda a que pertenecían llevaban cuatro años de vacías y cerradas, a consecuencia de estar pendiente en los tribunales un pleito en que se le disputaba la propiedad de la finca, y no haber querido él, entretanto, hacer las reparaciones indispensables para arrendarla. Indudablemente Lanzas se había equivocado respecto de la localidad por él visitada, y cuyas señas, sin embargo, correspondían con toda exactitud a la finca cerrada y en pleito; a menos que, a excusas del propietario, se hubiera cometido el abuso de abrir y ocupar la accesoria defraudándole su renta. Interesados igualmente aunque por motivos diversos, el dueño de la casa y el Padre, en salir de dudas, convinieron esa noche en reunirse al otro día temprano, para ir juntos a reconocer la accesoria.

Aun no eran las ocho de la mañana siguiente cuando llegaron a su puerta, no sólo bien cerrada, sino mostrando entre las hojas y el marco y en el ojo de la llave, telarañas y polvo que daban la seguridad material de no haber sido abierta en algunos años. El propietario llamó sobre esto la atención del Padre, quien retrocedió hasta el

principio del callejón, volviendo a recorrer cuidadosamente, y guiándose por sus recuerdos de la noche anterior, la distancia que mediaba desde la esquina hasta el cuartucho, a cuya puerta se detuvo nuevamente, asegurando con toda formalidad ser la misma por donde había entrado a confesar al enfermo, a menos que, como éste, no hubiera perdido el juicio. A creerlo así se inclinaba el propietario, al ver la inquietud y hasta la angustia con que Lanzas examinaba la puerta y la calle, ratificándose en sus afirmaciones y suplicándole hiciese abrir la accesoria a fin de registrarla por dentro.

Llevaron allí un manojo de llaves viejas tomadas de orín, y probando algunas, después de haber sido necesario desembarcar de tierra y telarañas, por medio de clavo o estaca, el agujero de la cerradura, se abrió al fin la puerta, saliendo por ella el aire malsano y apestoso a humedad que Lanzas había aspirado allí la noche anterior. Penetraron en el cuarto nuestro clérigo y el dueño de la finca, y a pesar de su oscuridad, pudieron notar, desde luego, que estaba enteramente deshabitado y sin muebles ni rastro alguno de inquilinos. Disponíase el dueño a salir, invitando a Lanzas a seguirle o precederle, cuando éste, renuente a convencerse de que había simplemente soñado lo de la confesión, se dirigió al ángulo del cuarto en que recordaba haber estado el enfermo, y halló en el suelo y cerca del rincón, su pañuelo, que la escasísima luz de la pieza no le había dejado ver antes. Recogiólo con profunda ansiedad, y corrió hacia la puerta para examinarle a toda la claridad del día. Era el suyo, y las marcas bordadas no le dejaban duda alguna. Inundados en sudor su semblante y sus manos, clavó en el propietario de la finca los ojos, que el terror parecía hacer salir de sus órbitas; se guardó el pañuelo en el bolsillo, descubrióse la cabeza, y salió a la calle con el sombrero en la mano, delante del propietario, quien, después de haber cerrado la puerta y entregado a su dependiente el manojo de llaves, echó a andar al lado del Padre preguntándole con cierta impaciencia:

—Pero, ¿y cómo se explica usted lo acaecido?

Lanzas le vio con señales de extrañeza, como si no hubiera comprendido la pregunta; y siguió caminando con la cabeza descubierta a sombra y a sol, y no se la volvió a cubrir desde aquel punto. Cuando alguien le interrogaba sobre semejante rareza, contestaba con risa como de idiota, y llevándose la diestra al bolsillo, para cerciorarse de que tenía consigo el pañuelo. Con infatigable constancia siguió desempeñando las tareas más modestas del ministerio sacerdotal, dando señalada preferencia a las que más en contacto le ponían con los pobres y con los niños, a quienes mucho se asemejaba en sus conversaciones y en sus gustos. ¿Tenía, acaso, presente el pasaje de la Sagrada Escritura relativo a los párvulos? Jamás se le vio volver a dar el menor indicio de enojo o de impaciencia; y si en las calles era casual o intencionalmente atropellado o vejado, continuaba su camino con la vista en el suelo y moviendo sus labios como si orara. Así le suelo contemplar todavía en el silencio de mi alcoba, entre las nubes de humo de mi cigarro; y me pregunto si a los ojos de Dios no era Lanchitas más sabio que Lanza.

Diré, por vía de apéndice, que poco después de su muerte, al reconstruir alguna de

las casas del callejón del Padre Lecuona, extrajeron del muro más grueso de una pieza, que ignoro si sería la consabida accesoria, el esqueleto de un hombre que parecía haber sido emparedado mucho tiempo antes, y a cuyo esqueleto se dio sepultura con las debidas formalidades.

LA MALVENIDA

Claude Seignolle

I

EL aire de esta noche de agosto pesa. No es aún el momento en que el aliento fresco de la mañana libera los olores para esparcirlos cada vez más lejos. El silencio se esfuerza en deslizarse por entre los rumores que animan la noche: croar de ranas en las charcas, regulares y fatigosos como latidos de reloj; gritos fuertes o inquietos procedentes de los bosques, a los que la oscuridad hace todavía más misteriosos; crujidos que desmenuzan la quietud. El manso de la Noue, de paredes enjabelgadas con una cal pálida, brilla a la luna en medio de sus tierras sumergidas en la sombra. Los postigos de madera y las ventanas están abiertos para aspirar el escaso aire errante. Sobre las camas deshechas, cada uno duerme con un sueño común, profundo, penoso. Los músculos han conservado la cadencia del trabajo de la jornada y de cuando en cuando se ponen a segar en el vacío. Todos sufren, pero ninguno despierta para huir de aquella pesadilla de esfuerzos inútiles. Las mujeres gimen de agotamiento. Sienten retorcerse sus lomos como si realmente continuaran levantando las gavillas ásperas de cardos agresivos. Por su cerebro desfila la rubia marea de los trigos y de sus mil gavillas que atar, que levantar, que llevar a una garbera inmensa y orgullosa que reclama sin cesar su festín de granos y de paja. Los hombres, por su parte, siegan la visión de aquel mar de tallos renovados.

Mas, para los de la Noue, aquella sobrecarga de trabajo puede mezclarse perfectamente a su sueño. Ya ha pasado lo más duro. Ahora, la recolección ha terminado. Antes del crepúsculo, el último rayo de sol ha teñido y luego desteñido la alta hacina coronada por una rama de abedul recién cortada y adornada con cintas rojas que Antoine, el amo de la Noue, ha hundido en ella con un golpe brusco y victorioso como si él, y sólo él, acabara de vencerla. Aquel gesto ha encendido la primera sonrisa en cada uno de los rostros. Todos han gritado y han agitado su sombrero al extremo de sus brazos fatigados. Antoine ha anunciado que la comida de la *Poilée* se haría al día siguiente. Y como anticipo ha dado unos cuartillos de un vino blanco que, por un momento, ha borrado el cansancio.

Sólo faltaban quinientos metros para llegar al manso pero, al arribar, los conquistadores del trigo, piernas y brazos súbitamente segados a su vez, empezaron a jurar que no habrían podido avanzar un metro más y se desplomaron sobre los bancos. Sólo aquel viejo vagabundo contratado la víspera, al que hasta entonces nadie había visto, parecía más entero que los demás. No se apresuró a sentarse, sacó lentamente su navaja, la abrió y cortó con cuidado una fina rebanada de torta. Con su larga mano huesuda y delicada barrió la mesa para acercar a él las migajas perdidas que llevó a su boca hasta la última ayudándose con la gastada hoja. Luego esperó a que la Galiotte le sirviera su plato de sopa.

La vieja criada miró al hombre con mucha más atención de la que nunca había dedicado a las decenas de vagabundos de la misma especie que habían refregado ya

los fondillos de sus pantalones sobre los mismos bancos. Éste no tenía los modales de esos pordioseros que se arrastran de pueblo en manso y de manso en pueblo, empezando un trabajo sin terminarlo nunca, tan vagos como malolientes. No, éste no olía ni bien ni mal; había trabajado como cuatro y, una vez servida la sopa, inclinó la cabeza hacia la mujer en un gesto lleno de gratitud y de respeto, hasta el punto de que ella no pudo eludir un placer que sonrojó sus mejillas arrugadas por la edad. Fue el último en acostarse y el único que aceptó el hórreo atestado de heno de aroma pertinaz.

Y ahora cuatro horas de oscuridad cubren a toda aquella gente que duerme profundamente y trabaja en sueños. Pero, en su cuarto, Jeanne está despierta. Si ella se siente ligera y descansada, es porque su joven cuerpo no ha tenido que eliminar sudor por todos los poros de su piel. Ella no tiene los huecos de las manos llenos de agujas de cardos; ni el cuello y los brazos mordidos al rojo por el sol. Ella es la hija del ama. Le están reservadas otras tareas más ligeras. Henriette, su madre, ha cargado con lo más duro. Dice que a los dieciséis años se hace todo mal, de modo que es mejor hacer lo menos posible. Jeanne se sienta en su cama. Tiene una sensación de ahogo. Se sube las mangas de su camisón de lino con florecillas azules, desteñidas. Desabrocha los botones que, delante, lo cierran hasta el cuello. Ahora, respira mejor. Sus senos hinchan la tela y la apartan.

Súbitamente, Jeanne se yergue, tensa, como ante una llamada. Sin embargo, a sus oídos sólo llegan el cri-cri de los grillos, el croar de las ranas y la caricia de la noche deslizándose sobre la tierra. Bruscamente, salta del lecho. No le gusta estar así desvelada. Sus pies descalzos absorben el frescor del embaldosado. No sabe qué hacer, y se dispone a volver a acostarse cuando tiene la sensación de una presencia que la obliga a volverse hacia la ventana. Su corazón despliega sus latidos a modo de un abanico y sopla una breve angustia que la hace estremecer. Reencuentra la calma pensando que a aquella hora todos los del manso se esfuerzan en ahogar su fatiga en el sueño y que nadie tendría deseos de pasear por el patio.

La puerta de su cuarto está entreabierta a la sala. Un fuego canijo arde todavía en el hogar. Unas brasas se consumen en medio de la ceniza. De cuando en cuando, una claridad más intensa acaricia la plancha de hierro colado pegada al fondo de la chimenea. Jeanne ni siquiera se da cuenta de que ha cogido su saya, de que se la pone y de que a continuación busca sus zuecos. Sólo encuentra uno, aunque para lo que va a hacer, es suficiente. Sin hacer ruido, sale de su cuarto; avanza hacia el hogar, que la atrae. Al pasar junto a la mesa, procura no tropezar con el banco. Para llevar a cabo lo que ahora ya no podría rechazar, es preciso que el silencio sea su cómplice. Al llegar ante los restos del fuego, tiende su zueco y, con gestos rápidos, lo llena con las brasas de mayor tamaño. Cosa rara, le parece que flota sobre la charca roja del embaldosado. Y, más raro aún, el fuego sólido no hunde el dolor en la piel de sus dedos. Por fin, el zueco está lleno. Jeanne abandona la sala.

Sin vacilar, se dirige hacia el camino de los Naullins. Avanza por él con paso

decidido. Una sonrisa feroz se ha cuajado en sus apretados labios. Anda cada vez más aprisa. La tierra está caliente. Sus pies absorben su calor. Un placer salvaje penetra su carne; calienta su sangre. Pronto, echa a correr sosteniendo con las dos manos, delante de ella, el zueco cuya madera humea, mordida por la brasa. El olor acre la oprime, la embriaga y traza un surco de vida detrás de ella. A lo lejos, el bosque de la Croule mancha la oscuridad con una interminable franja negra que se suelda con la cresta de Sologne. Una leve bruma flota sobre la Mainoue. La muchacha corre, anda, corre… Por fin, a diez pasos de ella, surge la hacina. Es como una gran torre, con un vientre hinchado. Jeanne se acerca, toca las picas que la erizan.

Ahora, su corazón late precipitadamente, no por haber corrido tanto, sino por encontrarse allí, con aquel zueco que humea: que humea el mal. La muchacha tose. Arroja vivamente las brasas al pie de la hacina e, inclinándose, las sopla. Una pequeña llama asciende y luego se apaga. Bajo nuevos estímulos se reanima y, finalmente, se apodera de la paja. Otro olor, más suave, se añade al de la madera quemada.

Jeanne se echa a reír. Una rojez taladra los flancos de la hacina. Corre como ha corrido Jeanne para llegar hasta aquí. Alcanza ya la altura de un hombre. Sigue trepando. Largas llamas surgen como otros tantos brazos furiosos. Asustada, Jeanne retrocede a sacudidas. Desde luego, no había creído que resultara tan fácil. Retrocede. En algunos momentos, experimenta angustia. En otros, siente deseos de aullar su alegría. Nacen llamas sobre llamas que muerden sin descanso el vientre de la hacina y, al arder, el grano tiene infinitas crepitaciones.

Finalmente, la cumbre se desploma sobre los bajos devorados, blancos de fuego como el hierro sacado de la forja. La rama encintada, plantada por Antoine, emite un breve maullido. En bloque, la cosecha en fusión se derrumba y crepita. Un gran soplo sofocante pasa en torno a la muchacha cuyos ojos beben aquella carnicería. Unas pavesas vuelan a lo lejos. El fuego decrece rápidamente y la oscuridad vuelve a cerrarse. Jeanne está decepcionada. Le hubiera gustado que durara siempre.

Sabe que su gesto es peor que un crimen, ya que nadie sabrá que ella es culpable. Pero ahora tiene que huir. Podrían llegar los de Naullins. Su perro ha empezado ya a ladrar, súbitamente. Jeanne se vuelve. Se dispone a tomar impulso y echar a correr, pero queda como clavada al suelo. En el camino, una sombra avanza hacia ella.

Para no gritar su espanto, Jeanne lleva sus manos a su boca. El que llega no habla en seguida. Avanza con paso vacilante. No tardará en encontrarse cerca de ella. Finalmente, Jeanne oye una voz apagada:

—¡Eres tú, Malvenida! ¡Después del trabajo que nos ha costado!

La muchacha no ha oído nunca un tono como aquél. Hay en él estupor y temor al mismo tiempo. ¡Y ella que esperaba la cólera, los golpes! Continúa apretando su zueco vacío, de contornos roídos por la brasa.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Lucas…

Entonces, ella se obliga a reír. Si es Lucas, ella sabrá hacerle callar. Es un joven y ella es mujer. Es criado y ella es dueña. A pesar de todo, persiste la inquietud.

—¿Vienen los demás? —pregunta Jeanne.

—No. Yo no podía dormir, he salido al patio, te he visto marchar… De haberlo sabido, te habría detenido antes…

Jeanne vuelve a ser fuerte. Se acerca al criado. Su cuerpo toca el del joven. También él está apenas vestido. Siente aquel cuerpo modelado en una carne suave. No se atreve a hablar más. Sin embargo, aquel brasero tan próximo que envía hacia el cielo su humareda que espesa la oscuridad, tendría que forzarle a despertar a los payeses de los alrededores para que cogiesen a la culpable y le hicieran pagar su crimen, inmediatamente. Pero, ahora que la muchacha ha acercado al suyo su cuerpo de diablesa, ha perdido su voluntad.

Al cabo de unos instantes, ella se aparta y le coge de la mano.

—Ven —dice, con una voz súbitamente dura—. Aquí ya no hay nada que ver, se ha terminado…

Él la sigue. Su paso es inseguro. Ella no le suelta.

Con la mandíbula apretada, Jeanne anda y le obliga a seguirle. Poco después habla en voz baja, como para sí misma:

—Es inútil tratar de comprenderlo, ha sido más fuerte que yo, casi como si me hubiesen obligado a hacerlo…

—Pero…

—¿Qué?

—La cosa se sabrá… ¿qué vas a decirles?

Jeanne se encoge de hombros.

—No te preocupes, mañana habrá alguien a punto para los gendarmes de Angillon…

—Entonces… ¿no vas a…?

El patio de la Noue está delante de ellos.

—Vuelve a acostarte en seguida —le ordena ella en tono imperativo—. Lo único que te pido es que no vuelvas a acordarte… nunca…

Y se aprieta de nuevo contra él.

Quiere que sepa hasta qué punto puede ser mujer.

—De modo que ya lo sabes… ¡A callar!

Él no se atreve a estrecharla entre sus brazos como desea y, vacilando, se dirige hacia su camaranchón, al otro extremo del establo. Le gustaría seguir notando contra él la tibieza de la muchacha. Finalmente, hace un gesto de despecho y se funde en la sombra. Jeanne entra silenciosamente en el hórreo donde duerme el vagabundo de manos de obispo. En la oscuridad busca uno de los zuecos del hombre. Cuando lo encuentra, se dirige a la sala y lo llena de brasas. A continuación, antes de volver a salir, pasa por su cuarto y coge su segundo zueco.

Obra así, casi a pesar suyo. La misma fuerza que la ha impulsado a levantarse, a

correr, a pegar fuego a la hacina, esa misma fuerza la impulsa ahora hacia el pozo negro. Al llegar allí, levanta una de las losas y arroja sus dos zuecos: el que acaba de coger en su cuarto y el que ha utilizado para llevar el fuego hasta la hacina. Vierte también la brasa que contiene el zueco del vagabundo. Todo es tragado inmediatamente por el agua grasienta del estercolero. A nadie se le ocurrirá buscar en el fondo dos inocentes zuecos de muchacha. Jeanne se pondrá otros. Cuidadosamente, encaja de nuevo la losa. Luego va a dejar, bien a la vista en el camino de los Naullins, el zueco chamuscado del hombre.

Entonces se siente acometida de nuevo por el deseo de dormir. Sube a su cuarto y cierra la puerta. Apenas le queda voluntad para encaramarse a su lecho. Sus ojos se cierran ya. Se tiende. Sus cabellos castaños se esparcen sobre la almohada. Suspira profundamente. No tarda en quedarse dormida, apaciblemente, mientras que en el manso los otros siguen segando y recogiendo inútilmente unas gavillas que no son más que un montón de cenizas humeantes.

* * *

La despiertan unos gritos que golpean las paredes del manso. Entre las amenazas y las injurias, Jeanne reconoce la voz recia de Antoine y la voz agria de la Galiotte. Se incorpora, sacudiendo la cabeza. El reposo ha puesto plomo en sus párpados. Vuelve a tenderse, dispuesta a seguir durmiendo. Pero, recuerda. Su corazón se encoge. Se levanta de un salto y corre a la ventana. Ve, delante del muro del manso, gesticulando, gritando, a los de la Noue y a los obreros contratados para la siega. Forman círculo alrededor del vagabundo. El hombre permanece inmóvil, con los brazos cruzados. Parece mucho más alto y más orgulloso que los otros. Tensa sus músculos para no replicar a los insultos que caen sobre él a rociadas. De pronto, Antoine recoge una fusta caída en el suelo y la levanta hacia el hombre como para golpearle. Todos se callan. Jeanne puede oír entonces al amo.

—… Ni siquiera tienes valor para contestar… no sabes qué decir para explicar tu crimen… Esto me enseñará a ser bueno con los bandidos de tu ralea… Los gendarmes no tardarán en llegar, y te aseguro que les daré la cuerda para colgarte, para que no puedas volver a las andadas… Seguramente fuiste tú el que prendió fuego al hórreo de Presly, y tal vez también el que degolló al viejo Brélon, de la Garenne… Siento deseos de romperte la cara antes de que otros lo hagan… Tengo derecho a hacerlo… espera un poco…

Pero, dejando caer su brazo, se tranquiliza. Antes de soltar la fusta escupe al rostro del vagabundo. El hombre ni siquiera retrocede. Su mirada serena va, profunda, del uno al otro y, a excepción de Antoine sostenido por una rabia colérica, parece que nadie se atreve a desafiar el frío de sus ojos azules. Su rostro es pálido como cal viva. Sus cabellos grises están despeinados y el sol pone en ellos como una aureola de santidad. No ha tenido tiempo de ponerse su chaqueta raída y remendada,

ni su vieja gorra de paño verdoso. Sus pies están descalzos. Su mano aprieta uno de sus zuecos. La Galiotte tiene el otro, quemado en el interior por la brasa. De cuando en cuando, la criada agita su voz cascada:

—Nunca hubiese creído eso de él… ¡Un hombre que parecía tan honrado!

Grattebois, el viejo carpintero, el padre de Antoine, asiente gravemente y trata de sacar imposibles bocanadas de su pipa apagada.

Jeanne se ve acometida por un temblor. Su culpabilidad anuda su garganta y llama al sollozo. Pensando de pronto en Lucas, se muerde los labios y le busca rápidamente con la mirada. El criado se mantiene un poco apartado del grupo ahora silencioso. La muchacha ve que, de cuando en cuando, vuelve la cabeza con inquietud hacia el manso. Jeanne comprende que desearía verla y que, al mismo tiempo, teme su aparición. Ni por un instante piensa que él puede acusarla, sólo teme que se traicione con una palabra o una palidez.

Entonces, Jeanne se acerca de nuevo a su cama y se deja caer de rodillas. Allí, con el rostro pegado a las sábanas en desorden, solloza a sus anchas. Para ahogar su pena, muerde la tela de hilo y de algodón, fresca, impregnada de lavanda. Poco a poco, se hace a la idea de confesar. Se dice que a ella, la hija del antiguo amo, no se atreverán a reprocharle nada, tal vez. No la encerrarán en la cárcel como a ese vagabundo inocente que ni siquiera se defiende. Se incorpora, frota sus párpados enrojecidos por las lágrimas, se viste y, tras haber pasado lentamente sus dos manos sobre sus mejillas para calmar el fuego que corre bajo la piel, se dispone a ir a acusarse delante de todos. Ha escogido ya las palabras que dirá. Para confesar, se pondrá al lado del acusado. Se dirigirá a él en primer lugar, pidiendo ante todo su perdón. Luego vendrá el momento de hablarle a Antoine, su padrastro. Para expresarse mejor, buscará el apoyo de la mirada de Henriette, su madre, y de la anciana Galiotte, siempre indulgente con ella. Los otros sólo tendrán que marcharse a trabajar a otra parte. En cuanto a los gendarmes, irá a retenerles en el camino. Les dirá que vuelvan al pueblo, que se trata simplemente de un asunto de familia y que han acusado por error a un vagabundo formal y trabajador, que no hubiera sudado sangre y agua para prender fuego estúpidamente a lo que a fin de cuentas era parte de su labor. Para castigarla, Antoine le propinará tal vez un par de bofetadas. Se las merece. Dos, pero ni una más, ya que un exceso en el castigo no devolvería el grano perdido. En cuanto a Lucas, no le deberá nada, lo cual será un alivio porque el joven no es de su agrado.

Jeanne empuña el pomo de la puerta y, decidida, tira de él con fuerza. El chirrido la devuelve a otra realidad. Se detiene. Un gran peso se desliza hasta su nuca y, a pesar suyo, la obliga a inclinar la cabeza. Entonces percibe, en el suelo, cerca de la pared, aquella piedra alargada que la antevíspera encontró en un zarzal. La recoge con un gesto vivo, un poco al estilo con que se recoge un animalito capaz de una respuesta o de una huida. Pero la piedra es dócil y tiene la forma de su mano. La muchacha la hace saltar para sopesarla. Luego la aprieta hasta dejar la impronta de

ella en la piel.

Un calor corre por su brazo y muere en su cuello. Aquel ardor nuevo penetra en ella, hace latir su corazón con más fuerza, pellizca sus fosas nasales. Sus ojos leonados brillan de un modo intermitente. El ligero pliegue que, a cada lado de sus labios carnosos, revela su sensualidad, se hunde, hace sobresalir la redondez aterciopelada de las mejillas. Finalmente, la cicatriz en forma de estrella que desgarra su piel en el centro mismo de la frente y que le vale los apodos de «Marcada» o de «Malvenida», pierde su color azulado y se hace roja. Jeanne sonríe entonces de un modo odioso. Desliza la piedra debajo del colchón y sale del cuarto.

Ahora, nada puede detenerla y nada la detiene. Los gendarmes de Angillon han llegado. Han colocado ya las esposas al vagabundo y se disponen a volver a montar en sus caballos. Jeanne aparta a los hombres que insultan al incendiario. Cuando está cerca del encadenado, le mira un momento a la cara, y le mide de arriba a abajo con el desprecio más sincero.

—Es usted un asqueroso vagabundo —grita finalmente—. Le detesto, ¿me oye? Le he detestado desde el momento en que llegó aquí…

A pesar suyo, los gendarmes sonríen. Antoine apoya su mano en el hombro de la muchacha.

—Vamos, pequeña —le dice, paternal—, tranquilízate. Está como sordo, pierdes el tiempo, déjale marchar hacia el justo castigo que merece…

—Eso, eso —dicen los otros—. Que le…

Hacen el gesto de cortarse el cuello, pero evitan pronunciar la palabra delante del hombre.

—Los procesos son lentos —explica el brigadier—. Tendrá derecho a defenderse… y si sabe mentir la cosa resultará aún más larga…

—¡Le detesto, bandido! —repite Jeanne.

—Es arisca, la Malvenida —comenta alguien en tono burlón.

—Bueno, hasta cierto punto, defiende lo suyo —dice otro, con sentido común.

Ahora que tienen a un culpable al extremo de su cadena, los gendarmes están impacientes por marcharse. El brigadier monta a caballo y, al alejarse, le grita a Antoine:

—Dentro de poco le citarán, el hombre habrá confesado, sin duda…

En aquel momento, Jeanne, poseída de furor, se acerca a la Galiotte y le arranca de las manos el zueco acusador.

—¡Un momento! —grita—. ¡Un momento! Olvidan ustedes el testigo que habla contra él…

Corre hacia los gendarmes. Al tender el zueco al brigadier, se encuentra con la mirada del vagabundo. Va directamente a su corazón y le hace daño. Pero ella no parpadea. El hombre capta una llama en los ojos de la muchacha. Se encoge de hombros con dolor y mueve lentamente la cabeza. Luego se vuelve hacia los otros de la Noue.

Comprendiendo que va a hablar, avanzan unos pasos. El hombre tiende sus dos puños prisioneros hacia Jeanne que, erguida, continúa desafiándole. Su voz es ruda, fuerte, pero no desesperada.

—… Es preciso que sepáis que tenéis entre vosotros a una muchacha aficionada al mal… Su frente lleva la marca del infierno… Un día no lejano será castigada como merece…

Sin añadir nada, se vuelve hacia los gendarmes y les indica con un gesto que está dispuesto a seguirles.

Desaparecido el hombre, hay comentarios para todos los gustos. Los que más se lamentan no son los amos, sino los obreros contratados para la siega. Saben que Antoine no tiene ya ningún motivo para hacer la comida de la *Poilée*, pero han pensado tanto en todo lo que podrían engullir aquel día, que al pensar que no van a tener nada se sienten acometidos por dolorosos calambres. Todos se quejan amargamente de haber sido perjudicados así por culpa de aquel maldito vagabundo, doblemente criminal. Uno de ellos se acerca a Antoine y habla en nombre de sus camaradas. Los otros, silenciosos, aprueban con la cabeza cada una de sus palabras.

—Nos marchamos —dice el hombre—. Nuestras lamentaciones no os devolverán las carretadas de gavillas quemadas… Deseemos que el año próximo, para el trabajo y para la comida del final de la siega, tengamos más suerte, vos y nosotros… ¿No es cierto, muchachos?

—Desde luego, desde luego —contestan en un tono empapado de decepción.

Antoine lee la contrariedad en sus rostros a los que el sudor ha pegado el polvo.

—Un momento —dice—. No quiero que se diga que en la Noue no cumplen lo que prometen… El mal está hecho, pero eso no os ha aliviado del peso de vuestra tarea… Os darán el vino que reservábamos para la *Poilée*, y cada uno de vosotros se llevará un trozo del cerdo que íbamos a guisar… Sólo os pido que vayáis a festejarlo a otra parte, ya que aquí no estamos para diversiones…

No piden nada más. Así, mientras cada uno recibe su parte de vino y de carne, compadecen a Antoine y a los suyos de un modo exagerado.

—No hay para tanto —dice la Galiotte, que va y viene con unos trozos de cerdo salado—. Las hemos pasado mucho peores… La muerte del pobre Moarch, por ejemplo. Estaba en lo mejor de la vida… y fue una desgracia que habría podido evitarse…

Se interrumpe súbitamente. Henriette y luego Antoine la miran con una dura expresión. Un silencio subraya su última frase. Pero ninguno de los hombres parece observar el apuro de la vieja criada, ni el del amo del manso y de su esposa. Están demasiado ocupados en colocar en su mugriento zurrón la parte merecida de aquella semana de suplicio.

—Si tuvierais un perro… —dice el más viejo de los jornaleros, haciendo silbar sus palabras sobre sus dientes podridos por la caries—. Alguien le hubiese oído ladrar y entre todos tal vez hubiésemos podido hacer algo… ¿No es cierto, muchachos?

Gestos afirmativos.

—Pero, no tenéis ningún perro —continúa el viejo—. Sois los únicos en toda la región que no lo tienen… Si queréis uno, a veces, yo sé…

Henriette le interrumpe y señala en la pared de la sala un trozo de cadena que cuelga de una anilla. Debajo, el agua de las lluvias ha dejado un reguero de herrumbre sobre el enlucido.

—Hace muchos años —dice—, antes de que naciera la niña, teníamos un buen perro, pero se volvió loco y, una noche, huyó… Después hemos intentado traer otros, pero no había modo de retenerles aquí y al cabo de unos días desaparecían, a pesar de la cadena. Los animales tienen sus rarezas… Y hemos renunciado al perro. Nos las arreglamos como podemos. El pastor tiene más trabajo con las vacas, pero, ¡qué remedio! Hay que acostumbrarse…

Cuando los zurrones están llenos, los hombres van a recoger su ropa. Después de haber comprobado cuidadosamente que no olvidan nada, se marchan, unos hacia el pueblo, otros hacia otras casas de labor. En el recodo del camino, se vuelven y hacen indiferentes gestos de despedida.

El sol sube recto y golpea fuerte. Son ahora las diez de la mañana. Las vacas mugen sobre sus ubres hinchadas. Se han perdido horas en discursos que vienen a añadirse a la desaparición de la hacina. Con los rasgos tensos, Antoine hace una seña a Lucas y al vaquerizo para que le sigan. Los tres se dirigen al establo donde les aguarda el trabajo matinal. Henriette va en busca del cubo para ordeñar. Entonces, Jcanne se acerca a la Galiotte. La criada seca cuidadosamente sus manos grasientas en su delantal azul. La sal se ha deslizado entre sus dedos casi rígidos y ataca las grfetas que permanecen allí lo mismo en verano que en invierno.

—Galiotte —dice Jeanne, mirando a la mujer a los ojos—. Galiotte, ¿por qué no quieren que se sepa cómo murió el padre? Cuéntamelo. Te juro que no le diré nada a nadie… Ahora ya no soy una niña… Tengo dieciséis años y quiero saber… Tengo derecho…

Con un brusco movimiento, la anciana vuelve la cabeza. Sin terminar de secarse las manos, deja caer su delantal y, con un paso entrecortado, va a reunirse con Henriette.

A eso de las once, los de los Langlois llegan a la Noue. Al pasar, los gendarmes les han informado del delito del hombre que anda entre sus animales. Allí están Germain y Léon Turpault. Los dos hermanos se sientan en el borde del abrevadero y escuchan gravemente el relato que les hace Antoine. Cuando al amo del manso ha terminado, sacuden la cabeza y murmuran unas palabras de consuelo mientras piensan que, por muy poco, han estado a punto de ser las víctimas. El mismo vagabundo se presentó seis días antes en su casa, en los Langlois. Le contrataron por su aire de buena persona. El hombre trabajó como tres, a pesar de su edad, y nunca se quejó de la tarea. Era un maestro segador como se encuentran pocos. Pero la antevíspera, después de segar desde la aurora, soltó bruscamente su hoz y se marchó

sin decir palabra, como preocupado por unos acontecimientos que únicamente él debía conocer. Al tratar de retenerle, Germain vio la inquietud que llenaba de arrugas su frente ancha y noble. Ni las buenas palabras, ni las promesas le hicieron desdecirse de su repentina decisión.

Los tres hombres se miran unos instantes, silenciosos. Finalmente, los Turpault se marchan, felicitándose por haber salido tan bien librados. Apenas han doblado el recodo del camino cuando aparece Blaise, el hijo de Léon. Llega de los Naullins. Antoine ha entrado en la sala. Jeanne sale en aquel momento, con un cubo en la mano. Se dirige hacia el pozo. Al ver al mozo, un brillo de placer arde en sus ojos, pero no se detiene y le grita, con indiferencia:

—¡Vaya! Llegas demasiado tarde, los tuyos acaban de marcharse… Si quieres alcanzarles, date prisa… Hasta la vista…

Y se afana en colgar el cubo de la larga cadena del pozo. Deja deslizar las anillas de hierro entre sus manos. Al contacto del agua, el fondo del cubo emite un ruido sordo. Blaise se acerca a Jeanne. No se atreve a hablarle. Ella no le ha dirigido nunca la palabra tan duramente y, lo que es peor, finge creer que se ha marchado. Por un momento, a pesar suyo, la cabeza de Jeanne se vuelve hacia él que, inmediatamente, sonríe. Sus labios se entrabren, descubriendo sus dientes de lobezno. Sin contestar a aquella sonrisa, Jeanne apoya una rodilla en el brocal y, exagerando los gestos, sube el cubo lleno. El agua se derrama a lo largo de las paredes como lluvia de tormenta, hasta el punto de que el cubo llega semivacío. Blaise la ayuda a depositarlo sobre la piedra. En vez de agradecérselo, Jeanne le mide de pies a cabeza, con el ceño fruncido. Quiere aparecer hostil, pero en cada una de sus mejillas curtidas un leve hoyuelo desmiente su actitud. El mozo estalla en una risa fuerte y sana.

—Quieres burlarte de mí —dice—. Como si eso te divirtiera… y a fe mía que ya no sé si te alegras de verme o si he dejado de gustarte… Sin embargo, hace tres días, los dos… ¿Te acuerdas?

Jeanne sacude sus cabellos color de otoño que se esparcen sobre sus hombros. Luego, vuelta hacia él que la sobrepasa en una cabeza, le dice, manteniéndole bajo su mirada que ella sabe dominadora:

—No tienes por qué saber si me alegro de verte o si dejo de alegrarme. Piensa lo que quieras y si te desagrado no vuelvas por aquí…

Blaise está desconcertado. No esperaba semejante respuesta.

—Estás cambiada… No he querido decir eso, Malvenida…

Esta vez, la cólera de Jeanne estalla:

—En primer lugar, no quiero que me llamen Malvenida, ¿te enteras? Los que me quieren no deben llamarme así, no es culpa mía si me dejaron caer al suelo inmediatamente después de nacer… Por eso tengo esta señal en la frente…

Se pasa la mano por la marca visible en el centro de su frente. Es como si un choque violento hubiera hecho estallar la piel. Dos leves surcos en forma de cruz la señalan y un reflejo azul se desliza a veces por ellos, aunque, desde la víspera, el

reflejo azulado ha variado al rojo.

—No he querido… —murmura Blaise, avergonzado.

—Lo sé —dice Jeanne, calmándose—. Se ponen apodos sin pensar en nada malo, riendo… y luego no se quita una el nombre de encima y se burlan de una toda la vida…

Jeanne inclina la cabeza. Al mozo le parece que el sol pierde su resplandor. Ella le coge la mano.

—… No quiero que parezca que también tú te burlas de mí…

Su voz se ha hecho suave e, incluso, tiembla con una reprimida ternura.

Blaise aprieta tímidamente la manita mojada de Jeanne. El mozo es guapo. Sus veinte años estallan sobre su figura masculina. La camisa, ampliamente escotada sobre su pecho, alarga su cuello y su rostro atezado. Sus cabellos negros, cortos, caen en pequeños rizos sobre su despejada frente. No tiene el aire desgalichado de los suyos, ni la dureza en las palabras. Jeanne sabe manejarle. Está hecho para ella. Pero, desde que ha encontrado aquella piedra, experimenta la necesidad de hacerle sufrir, a él y a todo el mundo.

Mientras Blaise coge la mano de Jeanne, Lucas sale de la cuadra. Al verles a los dos tan cerca el uno del otro, se acerca a grandes pasos. Sus labios se fruncen de despecho y una rojez cubre sus mejillas sucias de sudores. Sin ser tan alto como el mozo de los Langlois, es tan fuerte como él. Los músculos de sus brazos sobresalen a cada uno de sus gestos y su recio tórax tensa siempre la camisa. Diez años mayor que ella, también él desea a Jeanne. Y, desde la noche anterior, sabe que ha adquirido una ventaja sobre aquel Blaise siempre sonriente y sensible como una muchacha. Así, al acercarse, Lucas piensa que el mozo de los Langlois ha perdido una baza importante aquella noche y que está lejos de sospecharlo, pues en caso contrario no estaría allí poniendo inútilmente al mal tiempo buena cara. Este pensamiento le devuelve el aplomo. Al verle, Jeanne rechaza a Blaise. Coge el cubo y se marcha, canturreando, burlona. La marcha precipitada de Jeanne hace a Lucas irónico y agresivo. Le dice al mozo de Naullins:

—Ahora ya puedes marcharte… Como ves, ella ya no está aquí.

—Está bien, está bien —responde el otro, conciliador, sin separar los ojos de la puerta de la sala en la que Jeanne ha entrado.

Pero no dedica una sola mirada a Lucas, el cual, con los puños en las caderas, trata de provocarle con sus risotadas. Finalmente, se aleja con pasos lentos y cortos, como si le costara trabajo arrancar sus pies del suelo.

Lucas entra a su vez en la sala. Junto a la chimenea, vuelta de espaldas, la Galiotte prepara la comida. A lo largo de una pared se alinean, vacías e inútiles, las marmitas sacadas para hacer la *Poilée* de la siega. Encorvado por un ataque de tos, Grattebois se retuerce al extremo de un banco. Luego escupe al suelo, ruidosamente. Lucas no ve a Jeanne en seguida. La muchacha está en su cuarto pero, al verle por la puerta abierta, le hace señas para que se acerque. Tras una vacilación, Lucas entra. La

muchacha cierra la puerta y le habla en voz baja, como preparándole para un misterio.

—No contarás a nadie lo que voy a decirte… ¿Lo prometes?

—Claro que sí… desde luego…

Ansioso, con el corazón súbitamente pesado, Lucas se siente dispuesto a todas las promesas, lo mismo que a todas las maldiciones.

—Verás, tengo una piedra que da un poder…

Y Jeanne desliza su brazo debajo del colchón para retirar la piedra que ha ocultado allí. Se la tiende a Lucas. Su gesto es tan brusco y tan inesperado, que él retrocede. Al ver que vacila en cogerlo, ella introduce a la fuerza el guijarro en la mano. Entonces, Lucas respira con alivio: por un momento había imaginado que Jeanne iba a decirle que no quería más tratos con él.

—¿Qué opinas? —inquiere Jeanne.

Lucas hace una mueca.

—¡Bah! Es una piedra como las otras… eso no puede dar ningún poder… ¿Y eso es lo que quieres convertir en un secreto?

—Mira bien… ¿No ves nada? —insiste ella.

—Absolutamente nada.

—Mira mejor, en vez de clavar la vista en el suelo…

Jeanne está sacudida por una impaciencia que hace volar sus cabellos sobre sus hombros.

—Y eso, ¿no es la cuenca de un ojo? Di… Y eso, ¿no es la forma de una nariz desgastada? ¿Eh? Fíjate en los labios, debajo…

—Es posible —murmura el mozo, tras una vacilación.

La muchacha vuelve a colocar la piedra en su escondrijo. En la sala, Grattebois sigue tosiendo y escupiendo. Al cabo de unos instantes, la Galiotte le grita que vaya a ensuciar el suelo a otra parte.

—Sí —continúa Jeanne, acercándose a Lucas—, encontré eso en un lugar que te enseñaré, después de comer, y en el que hay trozos de piedra esculpida de todos los tamaños… Los han trabajado para darles formas de orejas, de barbilla, de nariz… De todo lo que constituye una cabeza. Y yo te digo que hay un poder dentro, por eso te he pedido que no se lo cuentes a nadie.

—¡Ah! —dice Lucas—. ¿Y qué poder es ése?

Jeanne se acerca más a él y le habla en voz baja. Sus palabras silban. El criado se sobresalta.

—¿Comprendes? Esa piedra me ha infundido la fuerza para levantarme esta noche y prender fuego a la hacina. Ella me ha impulsado a hacerlo, porque anoche, antes de dormirme, la conservé largo rato apretada contra mí. ¿Comprendes ahora su poder?

Inquieto, Lucas intenta retroceder. La muchacha engarfia sus uñas en su piel, a través de la camisa.

—Sí —continua—, sin ella habría dormido estúpidamente y me hubiera despertado sin disfrutar, como cada día del año, mientras que ahora sé que voy a disfrutar cuando quiera y que ella me ayudará…

Súbitamente espantado, Lucas se envara.

—No pensarás encender otra fogata…

—No lo sé, haré lo que me pase por la cabeza. Sé que me bastará con apretar contra mí esa piedra para que no me falten las fuerzas…

Luego, tras un breve silencio, añade, burlona:

—¿Ves? Te he metido en mi secreto… Eres mi cómplice…

—Estás bromeando, Jcanne…

—¿Crees que anoche bromeé? ¿Y con el vagabundo? ¿Crees también que bromearía contigo?

Se echa a reír. Lucas, por su parte, está muy serio. Retrocede hasta la puerta y agarra nerviosamente el pomo. Jeanne le amenaza con el dedo.

—Sobre todo, no repitas a nadie lo que acabas de oír… Después de comer te enseñaré el escondrijo.

Lucas tira de la puerta. Inmediatamente, la Galiotte le asalta con agrias palabras.

—No tienes por qué entrar en ese cuarto, pendón… ¿No puedes dejar a la chica en paz? ¿Qué es lo que estás buscando?

Lucas inclina la cabeza y va a sentarse. Antoine llega en aquel momento. Las palabras de la Galiotte le hacen fruncir el entrecejo, suspicaz. Jeanne sale a su vez. Antoine la mira fijamente y descubre en ella ciertos detalles que hasta entonces no había observado. Y no puede rechazar la visión del difunto Moarch, el Bretón, el antiguo amo de la Noue. Su rostro adquiere una desusada gravedad e, instintivamente, Antoine se persigna, él que no es tan creyente como para persignarse.

* * *

Es la hora de la siesta. En los mansos, todo el mundo se deja vencer por una somnolencia que distiende los músculos anudados por el trabajo. Los rayos del sol son otros tantos torrentes de fuego que inundan la tierra. Desencadenan unas olas de calor que ondulan a la altura del hombre como una marejada y deforman el horizonte. En esta época de canícula las moscas surgen de no se sabe dónde, por enjambres, y se dispersan con mil bordoneos. Se afanan en picar, como cuando se acerca la tormenta. El cielo es demasiado azul. Tan pesado como profundo. Los grillos son los únicos que están de fiesta y cantan interminables alabanzas. En el camino de la Croule, Jeannc avanza sin preocuparse del sol que, desde el cénit, se encarniza en golpear en todas partes a la vez, con todas sus fuerzas. Lucas la sigue a duras penas. Lleva, enrollado bajo el brazo, un saco de cáñamo blando como una liebre muerta. El mozo añora la sombra de su tabuco y su catre que huele a sudor. Ante cada uno de los

árboles, su añoranza se hace más amarga. Allí, bajo la copuda encina, podría tenderse, tumbarse boca abajo y esconder su rostro en el hueco del brazo, dormitar y, sobre todo, encontrar la caricia fresca de la espesa hierba.

—¿Falta mucho para llegar? —gime.

Las palabras se pegan a su paladar. Jeanne no contesta. Va delante, lejos, levantando una polvareda detrás de ella. Gira a la derecha y sube hacia el bosque, El camino es menos visible. La hierba sólo deja pasar un sendero y se extiende poco a poco como una llaga que se cauteriza. A cada uno de los lados, rapados el mes anterior, se esfuerza por rebrotar. El sendero no tarda en pararla en seco. Tropieza contra un enrejado de alambre que evita la temida invasión de los conejos y de sus crías, los gazapos inquietos, bulliciosos, tan numerosos este año como las estrellas, una noche de verano. Lucas alcanza a Jeanne. Saltan por encima del enrejado. El suelo está blando. La landa absorbe el calor y lo devuelve como una esponja.

—¿Es ahí? —inquiere Lucas.

La cabeza de Jeanne va lentamente de un lado a otro.

—Ven —dice súbitamente.

Y, rápidamente, corre hacia otro enrejado para saltarlo, ligera. Lucas se decide a correr, a saltar, a correr de nuevo. No muy lejos, en una ondulación del terreno contra la pendiente de Sologne, aparecen unos altos juncos. Forman una gran mancha verde. Detrás, se extiende un amplio bancal arenoso, diríase que horadado por el trabajo de mil topos que hubiesen cavado cien años.

El mozo deja de correr y grita:

—¿No irás a la Malnoue, por casualidad?

Sin detenerse, Jeanne vuelve la cabeza hacia él. Hace un gesto burlón. Lucas oye unos retazos de palabras que le tranquilizan.

—No… tonto… ¿Porqué?

A la izquierda discurre una hilera de zarzales, crespa como una greña de carbonero. Jeanne se dirige rectamente hacia ella. Al llegar junto a las zarzas, tiene un breve sobresalto. Un bastón reposa en el suelo. De un lado, es blanco; del otro, rojizo y verde. Está relajado como una culebra muerta. Inmediatamente, la muchacha ha pensado eso. Sonríe ante su error y lo recoge. Lo utiliza para apartar las zarzas en el lugar en que están resecas, como chamuscadas por el fuego. El criado se acerca. Se inclina a mirar en el hueco de sombra que Jeanne acaba de cavar con el bastón. En aquel momento, Jeanne exclama:

—¡Fíjate! Mira aquella…

Hunde su brazo sin preocuparse por el dolor. Los pinchos arrancan su piel húmeda. Su mano agarra una piedra musgosa y la frota con vigor. Entonces aparece, enmarcada por unas vivas aristas, la forma toscamente esculpida de una oreja y de un trozo de mejilla lisa como mármol.

—¿Ves? —dice Jeanne—. Ésta es casi tan bonita como la otra…

La muchacha está radiante de placer. Lucas la mira fijamente. Está a cien leguas

de Ja piedra. Jeanne se ha hecho irreal de belleza. Al mozo le parece que ya no es la muchacha de la Noue, sino una estatua que ha cobrado vida por un momento y que, poco a poco, se torna de nuevo piedra. Lanza un grito de estupor. Inmediatamente, el hechizo queda roto. Jeanne se anima e inquiere, en tono burlón:

—¿Qué te pasa? Te ha dado muy de repente…

Para ocultar su turbación, Lucas toca la piedra que ella sostiene en la mano. A pesar suyo, trata de recordar dónde ha visto aquella forma de guijarro. No es la primera vez que se siente impresionado por aquella punta que prolonga la oreja, como una garra.

—Dime, Jeanne, ¿cómo has sabido que había esto aquí? Me parece haber visto ya una oreja de piedra como esta…

La muchacha le mira gravemente. Lucas se da cuenta de que vacila en decírselo. Finalmente, habla. Lucas sigue la pequeña llama que se agranda en las pupilas leonadas a medida que llegan las palabras.

—No lo sé… ha sido más fuerte que yo… Anteayer recordé que la Galiotte y la madre se persignan siempre al pasar por aquí… Y, además, aquel vagabundo la tomó conmigo desde su llegada, como si me conociera de siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, al ver que no iba con los demás para ayudarles, me dijo: «Pequeña, tendrías que echarnos una mano en vez de recorrer inútilmente los lugares prohibidos. Puede costarte muy caro. No vayas donde piensas ir, no vayas… serías castigada».

—¿Y a dónde querías ir tú?

—Aquí… Pero no me gusta que me den órdenes; incluso quiso obligarme a quedarme cogiéndome del brazo… Eso tampoco me gusta… «No vayas, serías castigada», repitió de nuevo… De momento, si alguien va a ser castigado de los dos, será él…

Lucas une su risa a la de la muchacha.

—Siempre cuentas historias —dice—. De todos modos, no te dijo nada del otro mundo; quiso divertirse, sencillamente, asustándote… Te tomó por una miedosa.

—Es posible, pero eso no me ha impedido venir aquí; por otra parte, no podía hacer otra cosa, una fuerza me atraía…

Jeanne vuelve la cabeza hacia el zarzal.

—Es la fuerza que siento cuando toco una de esas piedras… ¡Mira, en este momento!

Se interrumpe bruscamente. Unas ramas muertas han crujido a lo lejos. Jeanne y Lucas se yerguen sobre la punta de los pies. Inmediatamente perciben a Blaise. Viene hacia ellos andando a lo largo del otro lado del zarzal. Parece un cazador furtivo. Anda con la cabeza inclinada y, de cuando en cuando, golpea la maleza con el pie. Con un rápido empujón, la muchacha obliga a Lucas a correr hacia el bosque cercano.

—Date prisa, vamos a ocultarnos —le apremia.

Sorprender a Blaise no le desagrada. Cruzan una espesura de jóvenes abedules apretados como en procesión. Un largo rumor de hojas cae en cascada sobre el silencio. Al llegar al lindero de los grandes árboles de la CrQule, se agachan en medio de los heléchos resecos por el cálido aliento de la landa. Hasta que recobran su propio aliento. Jeanne sonríe con sus hoyuelos reaparecidos. Lucas está pálido de despecho. ¿Qué viene a hacer ese otro que está de más? Permanecen unos instantes inmóviles, dejando que el frescor del bosque penetre en ellos. Blaise ya no está a la vista. Se ha marchado. La muchacha parece decepcionada. Lucas sonríe de contento. Pero, súbitamente, se incorpora de un salto, como si acabaran de morderle. Inmediatamente, obliga a Jeanne a incorporarse, también. Una vez en pie, coge sus brazos. Sus manos aprietan con fuerza. La muchacha lanza un grito de dolor.

—¡Suéltame! ¿Te has vuelto loco?

Pero él experimenta un terror incomprensible. Tartamudea:

—Malvenida, ahora lo recuerdo… Hay que dejar esas piedras donde están… Ten cuidado, la desgracia va con ellas… Me acuerdo… Vámonos de aquí en seguida…

Jeanne quiere librarse del apretón que aplasta la carne hasta el hueso. Finalmente, Lucas la suelta y continúa hablando con tantos gestos como palabras. Las venas de sus sienes se hinchan. La sangre asciende a su cabeza y calienta sus recuerdos, que estallan sobre su lengua.

—Vamos, toda clase de desgracias nos acechan… Tiraron ahí esas piedras poco después de tu nacimiento… La Galiotte me hizo jurar que no pensaría más en aquella cabeza de piedra que trae la mala suerte… Vamos, tenemos que marcharnos, si nos quedamos aquí puede ocurrimos lo peor…

La muchacha le rechaza con un empujón en pleno pecho.

—Eres un miedoso y un tonto —dice, en tono despreciativo.

Lucas no se atreve a decir nada más. Sin embargo, sabe que aquellos trozos de piedra han formado parte de una cabeza de estatua. Y lo que recuerda le hace estremecer: los terrores que todos experimentaron en la Noue en aquella época, pero sobre todo el extraño final de Moarch, el difunto amo de la Noue, que para él fue y sigue siendo un misterio. En aquella época, él era muy joven, y nunca llegó a saber con detalle todo el daño causado por aquella cabeza. Hay cosas que no se le cuentan a un chiquillo. Para conocer a fondo aquella historia, habría que borrar los dieciséis años de olvido transcurridos desde entonces. Habría que encontrarse de nuevo en el crepúsculo brumoso de aquel otoño de 1896…

II

… El crepúsculo se cierra lentamente sobre la tierra labrada. Endurece poco a poco la bruma de noviembre que llega del cielo y sale de la tierra. Moarch sujeta con las dos manos las estevas de su arado. De cuando en cuando, se yergue para expulsar el peso de la tarea que se clava en sus riñones como un saco de harina mal equilibrado. Sus pies se tuercen como se tuerce la madretierra desgarrada por la reja. A cada instante, maldice a los bueyes, maldice a su propia impaciencia y maldice a la cercana oscuridad. Al llegar al final del surco, mide con los ojos el camino que ha de recorrer para terminar con aquel campo nuevo tan mal situado, colgado de aquella difícil pendiente, entre el bosque y el pantano. Quiere terminar con aquella tarea que le retiene allí desde el amanecer. Podría interrumpir la labranza en el límite de las tierras sólidas y llamarse afortunado. Afortunado por haberle ganado aquel terreno a la landa, ayer estéril, y al bosque de la Croule, de raíces hundidas en el suelo desde hace siglos. Pero, quiere más. Pueden ganarse veinte surcos en tierra nueva a costa de aquella Malnoue perdida en medio de los juntos y de los hierbajos. Veinte surcos que pueden hacerle arriesgarse a lo peor. Su cerebro trabaja también imaginando el balanceo de largos cuellos de hierba dorada, sosteniendo una cabeza de granos. Y su desep de no dejar perder nada, rechaza el riesgo del mismo modo que sus ojos tratan de rechazar el crepúsculo. Hace entrar la yunta dócil en el acceso del pantano. Los animales no se hunden en aquel terreno que él creía más movedizo. El arado apenas muerde más. Silenciosamente, el acero desgarra la tierra compacta. Un intenso olor a arcilla asciende del suelo destripado.

Ahora que parece haber desaparecido la dificultad que temía, Moarch estimula a los bueyes. Llega a canturrear una melodía que activa su cadencia. Sabe cómo conquistar a los animales: un silbido breve y unos sonidos melódicos, emitidos a tiempo, son suficientes. Sus ojos no se apartan de las patas que pisan el suelo cubierto de manojos de juncos y de hierbas vivaces. Mientras avanza, el amo de la Noue piensa en la ignorancia del difunto abuelo, en la de los otros también que, antes que él, nunca se atrevieron a llevar la reja a aquelíos terrenos temidos. Simplemente, porque en las veladas se contaba que el pantano y sus alrededores estaban malditos. Mil y mil tonterías… demasiadas para un poco de agua y de fango. Una sonrisa desplaza las arrugas precoces que surcan su rostro huesudo y cuadrado de celta, cruzado por un corto y descuidado bigote negro. Pero, poco a poco, su mente entra en tensión. Experimenta la necesidad de disipar las ideas que se forman a pesar suyo en su cerebro. Se quita la gorra deformada por las lluvias, atiesada por la suciedad. La piel de su cráneo a medias calvo es blanca; parece superpuesta sobre su rostro moreno y curtido y hace pensar en una manzana reineta, mondada únicamente en la parte superior. Se rasca rápidamente el contorno de la cabeza y vuelve a ponerse la gorra. Y mientras conquista surco tras surco, piensa que generación tras generación

ha dejado perder mil hectolitros de buenos granos, sin contar una montaña de paja. Piensa que todo eso se ha perdido para siempre. Por despecho, tanto como para relajarse, mueve sus hombros de un modo acompasado.

Pero, allí, se apoya la sensación de un peso nuevo. Se hace de noche. La niebla se espesa y espumea sobre el pantano próximo. El Bretón experimenta súbitamente la fatiga de una tarea doble. Como si la parte superior de su cuerpo se agotara en la lucha por abrirse un surco en aquellas humaredas. Ha tenido esa impresión en cuanto ha tomado la niebla en su boca y la ha tragado. Un gusto a hierro y a hojas muertas, semejante al de algunas savias emponzoñadas, queda en su paladar. No se atreve a respirar, si no es a soplos breves. Algo le oprime. Se siente solo con el misterio del que se mofaba hace unos instantes. Tiene una repentina prisa por terminar, por regresar a la Noue. Pero un surco llama a otro, tan cierto como que un vaso pide ser llenado de nuevo en cuanto está vacío. Aprieta con más fuerza las estevas de madera. El silencio se ha hecho tan poderoso que vacila en desgarrarlo con sus gritos. Teme un eco inesperado e inexplicable. La yunta avanza entre dos murallas pálidas que se apartan dócilmente.

Entonces Moarch experimenta la necesidad de decirse que una leyenda no es, después de todo, más que una leyenda; del mismo modo que una patarata es una patarata y nada más, nada… Abre la boca para forzar la risa. Sólo consigue volver a encontrar el sabor de las nieblas. A pesar suyo, imagina el poder de aquel pantano y de su agua perezosa. Imagina también los espectros de sus víctimas, antaño de carne y hueso, atrapados por esta Malnoue aparentemente tan tranquila. Tragados de un solo golpe, ni más ni menos… con un apetito infernal. Trata de percibir la orla de altos *diagous,* aquellos juncos descarnados que le protegen de aquel peligro. Pero ya no distingue nada y, más que nunca, siente que la angustia penetra en él como penetra aquella niebla impalpable que las ropas no pueden retener. Va a decidirse a interrumpir la tarea cuando, de pronto, el arado entra profundamente en el suelo.

Diríase que una mano poderosa acaba de aferrar la reja. El Bretón suelta las estevas y da un salto de costado; su instinto le empuja a la parte contraria del pantano. «¡Oh! Allí…», grita, bajo el golpe de un miedo repentino. Y permanece tenso, con los músculos temblorosos. Cada poro de su cuerpo ha soltado su gota de sudor. Recobra el dominio de sí mismo y se acerca a los bueyes. Comprueba que no están atollados, sino pacientemente detenidos. Moarch necesita un contacto vivo. Habla en voz alta, toca las grupas. Se inclina sobre el arado. Lo mueve de un lado a otro con fuerza. Los golpes que da le hacen experimentar un dolor que se desliza en sus piernas y en sus brazos. Insiste en sus esfuerzos, pero con más rabia. La acción no tarda en disipar la angustia que le sofocaba. La reja está como clavada en cemento.

Finalmente, a fuerza de tirar, percibe un chirrido y comprende que el acero está atrapado bajo una gran piedra. Inmediatamente acude a él la risa, ruidosa y enfurecida. Llega como un acceso y taladra las humaredas. Empujando, ora de un lado, ora del otro, trata de liberar la reja. Pero la hoja está tan mal situada que

provoca su impaciencia, hasta el punto de que, olvidando toda precaución, renegando y maldiciendo aquel contratiempo, golpea brutalmente a la yunta. Sorprendidos, los bueyes arrancan de golpe. La reja resiste unos instantes y luego hiende lo que la retenía prisionera. Moarch hace palanca con todas sus fuerzas. El arado se despega del suelo y abandona el hoyo en el que estaba preso. Se vuelca, arrastrado por los animales enloquecidos que continúan su carrera brutal. El pantano está allí.

Ahora, se ven los *diagous* que manchan el fondo de la niebla. La yunta se dirige rectamente hacia allá. Se hunde ya en el suelo viscoso. A pesar suyo, el Bretón se persigna. Pero la carrera queda frenada súbitamente por aquella tierra podrida que gorgotea como una esponja apretada. Los bueyes se paran en seco y tratan de deshacerse de aquel suelo que asciende alrededor de sus patas. Con unos gestos rápidos, desesperados, Moarch suelta el arado. Trabajosamente, obliga a los animales a luchar. Ellos se abandonan ya a su suerte. Se acerca más a ellos. Nota que la tierra se abre y le acaricia los tobillos. Golpea con tanta rabia que logra hacerles desprender las patas delanteras. Aprovechando el esfuerzo, consigue dirigirlos hacia un lugar endurecido por la hierba. Entonces, sin dejar de maldecir, se relaja y respira profundamente. Con una mano que se esfuerza en hacer suave, acaricia el lomo rollizo de sus animales temblorosos. Sus gestos siguen marcados por movimientos bruscos. El crepúsculo pesa sobre el pelaje blanco de los bueyes. El Bretón vuelve a su arado y lo arrastra a duras penas hasta el surco medio abierto.

Entonces percibe un gran terrón, completamente redondo, en el mismo borde del hoyo practicado por la reja al liberarse. Se acerca, invadido por un nuevo acceso de cólera. Con el tacón de su bota, pretende aplastar aquella bola que parece mofarse de él. Pero el cuero extrae de la bola un ruido macizo. «¡Maldita piedra!», exclama. Se inclina y la coge entre sus manos para sacarla de allí. Es tan pesada, que se ve obligado a volverla para apoyarla mejor contra su vientre. El reverso muestra la parte blanquecina cortada limpiamente por el acero. Pesa mucho. Moarch tiene la impresión de llevar un lingote de metal atraído por un potente imán enterrado en el suelo. Finalmente, al llegar al borde del camino, la deja caer con toda la fuerza de su despecho. Le atribuye el ser la causa de su miedo. Al caer, la piedra se desprende en varios lugares de su envoltura de arcilla y de arena. Entonces aparece la forma de un rostro desgastad o por el tiempo.

- * *

La cena empieza con el habitual silencio que ayuda a los músculos a relajarse. Las dos lámparas de petróleo están situadas cada una en un extremo de la recia mesa de madera de roble que, gastada a lo largo de los años por el roce de los codos y de las manos, así como por el deslizarse de los platos, parece recubierta de cera. Al tocarla, se siente penetrar en la piel la dulzura del tiempo transcurrido. La chimenea desprende unas bocanadas que desplazan el olor suave y tenaz de la leche cuajada.

Moarch recibe sus blandas tarascadas. Está sentado en una banqueta, a un extremo de la mesa. Henriette, su mujer, se encuentra a su derecha, y al lado de ella está Antoine, el primer mozo. Un gran tipo de veinticinco años, de espaldas anchas como las de un espantapájaros. Un Berrichon de cabellos pelirrojos, rizados, con la piel manchada y tensa sobre un rostro taladrado por unos ojos a veces socarrones, a veces ladinos. Un joven atrevido en gestos y en palabras, pero, a pesar de todo, un tipo como hace falta en un manso donde el trabajo no escasea.

En frente de Henriette y de Antoine está el lugar, casi siempre vacío, de la Galiotte, la criada del difunto amo de la Noue. Envejecida prematuramente, reseca como una momia; semejante también a las que se ven en los pueblos, cerca de las fuentes o en los asientos de piedra de los porches, tocadas con un bonete de encaje almidonado, ataviadas con un sencillo vestido negro adornado con un cuello blanco cuidadosamente planchado. Con ello, unos gestos rápidos, nunca excesivos, conscientes de la justa medida. Además, tiene el gusto de las costumbres y de la tradición, que coloca al mismo nivel que los usos de la religión. Forma parte del manso y se la conserva como se conserva un mueble de familia anticuado, pero indispensable. Al otro extremo de la mesa, solo, mal situado, cerca de la puerta que no llega a retener el aliento del exterior, se encuentra Lucas, el pequeño vaquerizo. Bribón perezoso, tan dócil delante de la comida como remiso con el ganado. Un mozalbete al que hay que tratar casi a bastonazos. Va a cumplir trece años, pero está tan desarrollado que aparenta dieciséis.

Trotando de la mesa a la marmita que humea sobre el fogón, la Galiotte llena los platos uno tras otro. Henriette se levanta y quiere ayudarla, pero, como cada vez que lo intenta, por capricho de costumbre, la mujer la obliga a sentarse de nuevo. Despabilada y experta, llena los platos hasta los bordes y los deposita sobre la mesa. Entonces se nota que el tocino ha estallado y penetrado hasta el corazón de las coles y de los nabos. Y la nariz ávida se empapa inmediatamente de aquel olor muelle y salado.

Moarch conserva vivo el recuerdo de otrora, cuando, simple criado, sólo tenía derecho al lugar que en este momento ocupa Lucas, blandiendo su cuchara como para un encarne. En aquella época, el amo de la Noue era el padre de Henriette, el padre Morin. Un buen hombre conocido en diez leguas a la redonda como el más justo y el más franco de los payeses de Sologne. Un hombre que juzgaba siempre rectamente, sin equivocarse. De los que saben dar su confianza al que la merece. Moarch se había aplicado al máximo por permanecer al servicio de un amo semejante. En aquella época, el Bretón realizaba el trabajo de dos hombres. Sólo iba a la Capilla de Angillon, el pueblo, una vez a la semana, para hacerse quitar el pelo cada vez más duro que brotaba de sus mejillas. No era para beber, ni para ver a las mozas. Y, diablo, en el pueblo las había, y guapas, los domingos, en aquella sala de café con el techo adornado con marchitas guirnaldas de papel.

Cuando Moarch llegó a la Noue, tenía veintiséis años. Desde hacía mucho tiempo

había abandonado su landa de Bretaña, demasiado pobre para alimentarle, siendo como era el último de diez hijos. La anchura de sus hombros, a los cuales estaba soldada su cabeza por un largo cuello, fue para Morin la más segura de las garantías. Henriette era entonces una niña de once años a la que ocupaban en tareas ligeras pero útiles. Luego, con el discurrir de los años, un discurrir tan cierto como que el trabajar la tierra le mata a uno a ojos vista, la niña se convirtió poco a poco en muchacha y luego en mujer. Sus senos y sus caderas empezaron a sobresalir de su cuerpo infantil, adquiriendo forma como un saco de grano que se llena lentamente. A partir de aquel momento, Moarch supo guardar para sí mismo, sin confesar nada, ni demostrar nada, los nuevos deseos que aquel cuerpo inspiraba a sus sentidos. Su ventaja fue la de no permitir que asomara al exterior el interés cada día mayor que sentía por Henriette. Dado que era más vigoroso, menos decidido y sobre todo menos amanerado que todos los que trabajaban en la Noue, la muchacha empezó a mirarle con otros ojos y a girar a su alrededor. Quería experimentar el placer de saberse deseada. Tratando de atraerle, no hizo más que quedar atrapada en su propio cepo.

Aquella fortaleza que el Bretón demostraba encontrándose cerca de Henriette cien veces al día sin que nadie pudiera darse cuenta de que aquel cuerpo femenino le ponía enfermo de deseo, impresionó a la larga al padre Morin. El amo de la’ Noue estaba cansado de despedir a un mozo tras otro. No faltaban los sustitutos: a veces se presentaban media docena al mismo tiempo. Mientras contestaban a las preguntas del amo, hurgaban ya con los ojos por encima de su hombro, tratando de percibir a aquella muchacha que era el único motivo de su solicitud. Luego, un buen día, el padre Morin se dio cuenta de que se había hecho a una idea: si Henriette, que era para unos a la vez un cebo y un obstáculo para trabajar, se convertía para Moarch en un motivo de aplicación, de servir a los intereses de la Noue, la elección no era dudosa: el Bretón podía al mismo tiempo hacer feliz a su hija y hacerse cargo de lo que necesitaba un cerebro nuevo y un puño sólido.

Sin demostrar demasiado su alegría, Moarch dio a entender que sería tan buen marido como buen yerno. En cuanto a la opinión de Henriette, carecía de importancia. La costumbre campesina era que un padre entregara su hija al hombre que él juzgaba de su agrado: guapo o feo, joven o viejo, y tanto mejor si ella encontraba al marido de su gusto.

Gracias a Dios, momentáneamente, Henriette vio cumplidos sus deseos. La decepción tardó un año en llegar. Al Bretón no le cogió de sorpresa. Siempre había creído que, tarde o temprano, las cosas ocurrirían de aquel modo. Dos años después, el suegro murió de una fiebre maligna que se había deslizado en su garganta, dejando a Moarch dueño de los destinos de la Noue.

Y después de ocho años de matrimonio, Henriette continúa sobre aquel banco. Tan joven como siempre. Más deseable que nunca, casi virgen. Siempre está al lado de aquel Bretón fastidioso que hunde su cuchara en la sopa humeante. Que lo ha hecho y lo hará todo para mantener la vida en las tierras de la Noue. Y siempre en

detrimento de su mujer. No ha sabido extraer la savia de aquel cuerpo, otrora dispuesto a retorcerse de placer, ahora cansado de inútiles esperas. Antoine conoce el pesar de Henriette. De cuando en cuando, tiene para ella unas miradas que la llenan de turbación, que la obligan a correr a otra parte, lejos de él. Pero Henriette siente que una voluntad la penetra, ayudándola a dominar la vida y el tiempo. Su corazón late con más fuerza, experimenta la necesidad de acercarse de nuevo al mozo, como en otro tiempo, cuando buscaba a Moarch. Se deja llevar por aquella debilidad sin darse cuenta de que excita el amor que Antoine siente por ella y le hace sufrir. No deja pasar una ocasión de llamarle para que la ayude, sea a levantar un saco en un lugar tan angosto que los dos cuerpos tienen que rozarse, sea para sacar unos troncos de la leñera débilmente iluminada. Antoine no se ha permitido nunca un gesto hacia ella, pero está dispuesto a hacer lo peor para que ella consienta… Moarch no parece darse cuenta de nada y les deja en paz. Antoine dedica al amo un odio que se hincha cada día. A fuerza de dar vueltas a todos sus rencores en su cerebro, ha llegado a creer que tiene derechos sobre el ama y que uno de los dos está de más en la Noue. Sabe que Henriette será retenida por una fidelidad sin medida en tanto el Bretón continúe en el manso. De un modo u otro, Antoine está decidido a actuar y todos los medios le parecerán buenos.

Cuando Moarch ha rebañado cuidadosamente con miga de pan el fondo de su plato, empuña el cántaro de sidra y, con un amplio gesto, llena su vaso. Lo vacía de un trago y luego, cruzando los brazos sobre el pecho, contempla a su gente.

—Sí —dice, moviendo la cabeza de un lado a otro como para felicitarse de antemano—, sí… ignoráis, vosotros, que he hecho un buen trabajo… Un trabajo al que nadie se había arriesgado, hasta ahora…

—¡Ah! —murmura la Galiotte, que va a colocar la marmita llena de agua sobre las trébedes plantadas en medio de las brasas.

—Espera y verás —le dice Moarch a la buena mujer, inmediatamente atenta.

Luego, continuando para todos:

—Sí, he ganado al menos veinte surcos al pantano de la Malnoue… ¿Qué os parece?

—¡Oh, allí! —exclama la Galiotte, que muestra su asombro sentándose en el banco—. ¿Y no te ha retenido todo eso que cuentan? La tierra que podía entreabrirse, para tragaros a ti y a los animales…

—¡Caramba! Eso vale una yunta —dice entonces Antoine, sin ocultar su sorpresa.

—¿Has labrado a orillas del pantano? —pregunta Henriette, que quiere hacerse una idea concreta de aquella conquista.

El vaquerizo es el único que no parece interesado en la noticia. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, dormita.

—Me he parado un buen rato —continúa Moarch que, ante el recuerdo, nota que un leve sudor inunda su espalda—. Y lo que he tomado, bien tomado está… y todas esas historias de viejos, son patrañas… Para que creáis que la desgracia se pega al

que no deja aquel rincón en paz… Miradme…

Abre los brazos en un gesto revelador de que está vivo, y muy vivo, aunque no considera útil hablar de los temores que ha experimentado mientras realizaba aquella tarea. Volviéndose hacia Antoine, añade:

—Mañana, nosotros dos, y el muchacho, pasaremos el rastrillo y sembraremos.

A contratiempo, la Galiotte interviene.

—Haces mal en no creernos. Los otros y yo lo sabíamos por nuestros mayores, que a su vez lo habían sabido por sus antepasados… Siempre hay un joven que se deja atrapar por la Malnoue, porque se niega a creer, igual que tú, que es malvada… ¿No has oído hablar de Justin, el hermano menor del abuelo de Henriette? Quiso poner unas trampas en medio de los *diagous,* sólo para divertirse: nunca volvieron a verle… ¿Y aquel Louis, otro miembro de la familia que había hecho la guerra en toda Europa? En no sé qué país, había visto que desecaban los pantanos abriendo unas sangrías en el fango… Al regresar aquí, quiso hacer lo mismo… Cavó una larga acequia en la pendiente y logró vaciar el agua de la superficie, pero al cabo de muy poco tiempo el fango volvió a taponarlo todo. Aquel Louis había obrado de buena fe, pero la Malnoue no se lo perdonó y le infestó una fiebre maligna… Al cabo de un mes, murió… Recuerdo incluso que contaban lo mucho que había adelgazado alimentando su mal, hasta el punto de que un chiquillo hubiera podido cargar su ataúd en una carreta, él que siempre había sido un mozo fuerte, abundante en carnes y en músculo, como tú…

Moarch inicia un gesto de defensa. Ha escuchado, oprimido por una leve angustia. Su acto se le aparece un poco más serio de lo que creyó al principio. Los otros le miran silenciosos e inquietos. Antoine frunce sus párpados, atento. Lee el contragolpe del miedo del Bretón #y> en su cerebro, bulle de nuevo la idea del mal. Pero el cebo de la ganancia devuelve a Moarch su presencia de ánimo y adormece inmediatamente sus temores. Golpea la mesa con el puño y repite, obstinado:

—Podéis creerlo, si queréis… Podéis creerlo… Yo estoy aquí, vivo y muy vivo… Todo eso son patrañas que nadie tendría que escuchar…

Antoine dice, insidioso:

—La Galiotte tiene razón. Además de exponerse a dejar el arado en aquella tierra blanda, era una manera como otra de atraer la desgracia.

—No te preocupes —replica Moarch, nervioso—. Limítate a escuchar y déjame en paz…

En aquel momento se acuerda de su descubrimiento. Dirigiéndose a la Galiotte, adopta primero un tono burlón y luego, poco a poco, codicioso.

—¿Te acuerdas de lo que decía el padre de Henñette cuando hablaba del pantano? No hablaba sólo de desgracias, sino también de unas riquezas hundidas allí…

—Desde luego —le interrumpe la sirvienta en el mismo tono, como para prohibirse creer todo lo que acaba de decir—. Desde luego, decía que había una caja de oro fino… un tesoro tragado con el bandido que lo había robado en un castillo de

Sologne… El hombre se extravió en la oscuridad y el fango le sorbió como se sorbe un huevo, ni más ni menos…

Luego, tras un silencio:

—¡Vaya! Otro al que la desgracia no dejó pasar.

De pronto, ante la expresión entre irónica y jactanciosa que ha adquirido el rostro de Moarch, la Galiotte exclama:

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso has encontrado ese tesoro?

El silencio que sigue es desgarrado por la risa del vaquerizo, áspera y cantarina a la vez como el sonido que se extrae de un silbato de saúco.

El Bretón deja oír su vozarrón:

—Cállate, granuja, y haz lo que voy a mandarte… Vete al establo y mira en el rincón de la derecha. Junto a los cubos, encontrarás el saco que utilizo para llevar las herramientas para reparar el arado. Tráelo con lo que hay dentro… Date prisa.

Al ver que el mozalbete no se mueve, Moarch añade:

—¿No me has oído? Siempre estás a punto para reír, pero no para obedecer… Coge la lámpara y date prisa, y no pases demasiado cerca de la caseta del perro, podrías perder el fondillo de tus pantalones. Patiaud te tiene echada la vista encima desde hace mucho tiempo, y ya sabes cómo muerde…

El mozalbete lo sabe. Se pone en pie y se frota la nalga. El dolor que el arisco perro dejó allí, el mes anterior, se reproduce súbitamente. Sale. En cuanto está fuera, el patio se anima con los ladridos de Patiaud. Luego, el perro se tranquiliza y no se oye más que un leve gruñido, sofocado por la caseta.

—¿Qué has encontrado, pues? —inquiere Henriette, impaciente.

Moarch ve que la misma pregunta se pasea sobre la lengua de los otros dos. No contesta, y se limita a pedirle a la Galiotte que vaya a buscar una brocha de pelo fuerte y un cubo de agua. Esto aviva su curiosidad. Antoine se pone en pie y se acerca a la puerta.

—Voy a echarle una mano a Lucas —dice.

—Quédate aquí —dice Moarch—. No te necesita, y le sentará bien salir a oscuras y pasar cerca del perro al que ha maltratado con tanta frecuencia… Tal vez se arrepienta de haberle convertido en un animal tan arisco.

De evidente mala gana, el criado vuelve a sentarse. La Galiotte ha encontrado ya la brocha que sirve para limpiar la barrica en la que, una vez al año, fermentan las manzanas de sidra. Ha oído hablar del perro y, sobre ese tema, ella siempre tiene algo que decir.

—Habría que deshacerse de Patiaud, cada día se muestra más fiero… Hasta hace poco, podía aprovecharse para vigilar a las vacas, aunque hirió a más de una… Pero, ahora no deja que nadie se le acerque. Además, me mira de otro modo, a mí, a quien siempre obedecía… Diríase que ya no me reconoce.

—No hay quien entienda a los animales —dice Moarch—. Ese perro se comporta como si aborreciera esta casa y los que la habitan, y cuando se le abandona al otro

extremo de la región, como he hecho ya dos veces, se apresura a volver… Diríase que es feliz al volver a encontrar su cadena y llevarla.

—Habría que buscar otro —dice Henriette—. Hay que pensar en el rebaño.

En aquel momento, el vaquerizo empuja la puerta con una rodilla. Entra precipitadamente, seguido por una oleada de ladridos. Moarch se pone en pie y coge el saco. Lucas, jadeante por el violento esfuerzo, deja la lámpara sobre la mesa.

—¡Maldición! —reniega Moarch—. Lo has arrastrado por el suelo… Mira, está casi reventado por abajo…

—Sólo tenía una mano —responde el mozalbete, en tono entrecortado—. El saco pesa mucho… apenas puedo levantarlo… Pesa más de veinte libras… Y, de todos modos, no es un tesoro de verdad…

—¿Cómo lo sabes? —inquiere el Bretón, medio en broma, medio en serio.

—Sé que no se oye ningún ruido de monedas de oro… No es más que una gran piedra.

—¡Ah! —murmuran los otros, visiblemente decepcionados.

—¡Una piedra! —dice Antoine, más despechado que nadie.

—Esperad un poco —dice Moarch, hundiendo sus dos manos en el saco.

* ★ *

Ahora, todos le rodean, con los ojos clavados en aquel saco de contenido misterioso. Siguen los movimientos invisibles de las manos perdidas en la burda tela gastada y remendada. Finalmente, Moarch saca su hallazgo. Lo muestra con una sonrisa de victoria. La ganga de arcilla no ha desaparecido del todo. Está pegada aún a los huecos. A cada uno de los lados, las orejas forman un relieve. La de la derecha tiene una punta que la deforma. Diríase que una garra. La barbilla está redondeada por el desgaste que ha dejado allí su huella. Debajo empieza el cuello, asombrosamente delgado, que da una impresión de vigor. Finalmente, hay aquella fractura más blanca. Allí es donde la reja ha golpeado, ha mutilado la estatua. Sobre los ojos y la boca, la arcilla ha puesto el sueño y el silencio. Lo mismo que sobre las orejas, sobre la cabellera de piedra ha colocado sus espesos velos. Las exclamaciones brotan de todas las bocas. Sin embargo, asoma una leve decepción.

—Es una cabeza de santo…

—O de Virgen…

—Es muy antigua… Pero, ¿acaso no son antiguas todas las piedras?

Moarch les deja hablar. Cuando han terminado, dice sentenciosamente, como si el hecho de haberla descubierto le diera la posibilidad de saber de ella más que los otros:

—Pues bien, yo os digo que es más antigua que todo eso… Tal vez tan antigua como el mundo.

—¿En qué lo has notado? —le pregunta Henriette.

—¿En qué lo he notado? —responde Moarch, muy serio—. Pues bien, lo adivino…

Lleva la piedra al fregadero y la coloca sobre el mármol.

—Acerca la lámpara, Galiotte —ordena—, y trae el cubo de agua y la brocha… Puesto que dicen que los que no tienen lengua hablan con los ojos, vamos a ver si es cierto…

Se echa a reír. Los otros le imitan, del mismo modo que se pone buena cara al mal tiempo. Experimentan la necesidad de relajarse a costa de aquella cabeza de piedra, dócil a los pies del amo. Los hallazgos como éste son tan poco frecuentes, que cuando se presenta la ocasión hay que aprovecharla. Iluminado por la lámpara que Antoinc sostiene con mano firme, Moarch frota vigorosamente mientras que la Galiotte vierte el agua sobre el rostro de piedra. En primer lugar, pasa la brocha sobre la boca. La arcilla está ya húmeda. La brocha y el agua la expulsan. Entonces aparecen los labios. Son delgados, largos. Forman una boca grande, hipócrita. La brocha ataca la nariz. Sale inmediatamente de su ganga. Lo mismo que la barbilla, la punta ha sido desgastada por los siglos. Ahora, el Bretón va a devolverle la vista. La arcilla cubre los ojos invisibles. El agua que vacía la criada cae sobre el mármol del fregadero y se esparce, teñida de marrón, de ocre, de filamentos purpúreos.

—Diríase que sangra —comenta Antoine, chocarrero, cambiando de mano la lámpara.

Nadie responde a su chacota. Un peso se ha instalado en el pecho de cada uno. Antoine no dice nada más. Y los ojos de piedra se muestran tan claros como los ojos de los que los miran. Son grandes y están abiertos de par en par. Las cuencas son profundas. De allí parte aquella vida que anima súbitamente todo el resto de la cara. Allí se encuentran la fuerza de las mandíbulas, la suavidad de las mejillas y de la frente, la obstinación y la hipocresía de la boca…

—Tiene un aire maligno —dice Henriette, muy seria—. Mirad, diríase que va a insultarnos… y a pesar de todo, es hermosa…

Se arrodilla para tocarla. Pasa su mano por todo el rostro. Está húmedo, pero es suave y frío como el mármol. Le dice a Moarch:

—Tócala… Infunde una sensación muy agradable…

Al ver que el Bretón no la escucha, se vuelve hacia Antoine y le coge la mano.

—Tócala —insiste.

El criado siente arder las manos de Henriette, como si la mujer tuviera fiebre, pero no toca la cabeza. Henriette se incorpora. La Galiotte no se mueve. La mirada de la piedra parece llenarla de turbación. Antoine no desea ya bromear a costa de la estatua. Inquieto, Lucas mira a unos y a otros. Se acerca a Antoine. De rodillas, Moarch no puede librarse de una idea obsesionante. Le parece leer un reproche en los ojos clavados en todas aquellas expresiones que van desde la dulzura hasta la cólera. Piensa que tal vez ha hecho mal en traer esta cabeza al manso, donde no tiene nada que hacer. Por fin, se incorpora lentamente. Sus articulaciones crujen.

—Henriette —dice—, el domingo le dirás al cura…

Luego, pensándolo mejor:

—No, no le dirás nada. Seguramente querría meterla en la iglesia, o quedársela para él…

Y dirigiéndose a la Galiotte:

—Ya has visto que he encontrado una especie de tesoro. Cuando vaya a Aubigny a llevar la carga, se la enseñaré al comerciante en antigüedades. Me dará algunos luises por ella. No se encuentran todos los días unas antigüedades tan hermosas, tan vivas aun siendo de piedra.

—Muy bien pensado —dice ella, con un suspiro—. Te confieso que no veía qué podías hacer con esa cabeza y, a decir verdad, tenía un poco de miedo de encontrármela de un extremo al otro del año delante de mis pies. Por mi parte, encuentro que su aspecto no inspira confianza… Cuanto antes te libres de ella, antes quedaré tranquila…

—La Galiotte tiene razón —interviene Antoine—. Pero, de todos modos, tendríamos que celebrarlo —añade, mirando los vasos vacíos que reposan sobre la mesa.

—Desde luego —dice el Bretón—. Henriette, trae el aguardiente.

Henriette va a buscar la botella guardada en la parte baja de la caja del reloj, cuyos flancos de madera están recorridos por los estremecimientos que le inflige el péndulo de cobre. Y súbitamente tiene la impresión de que aquellos estremecimientos han pasado a su propio cuerpo. Un trasudor parte de sus sienes, corre sobre su cuello, su pecho y sus caderas, para borrarse sobre sus muslos. Desde hace mucho tiempo no ha experimentado un placer semejante.

Moarch le ha devuelto la brocha a la Galiotte. A continuación ha llevado la cabeza cerca del fuego. La ha dejado erguida, sobre su cuello cercenado, contra la losa del hogar. Ahora, sentado en su banqueta, le vuelve la espalda. Antoine se ha sentado a su vez. Henriette sirve un chorro de alcohol a los dos hombres.

—Bebed —dice.

Su voz ha cambiado. Suena alegremente al oído. Sus labios están abiertos sobre sus dientes perfectamente alineados, blancos y agudos. Se inclina entre Moarch y Antoine. Su corpiño se ha hecho más amplio. Sorprendido, el Bretón la mira frunciendo la frente, pero en seguida se ve acometido por otro pensamiento. Antoine está turbado por el olor nuevo del ama. Finalmente, estalla en una risa entrecortada, nerviosa. Los dos hombres levantan su vaso y beben el fuego de la ciruela. La Galiotte ha terminado por retirar la marmita de agua que sufría sobre la brasa. Ayudada por Henriette, quita los platos. En el fregadero, el agua grasienta de la vajilla expulsa el agua teñida de arcilla. Bebiendo a pequeños sorbos, Moarch le habla a Antoine de las tareas a realizar. Lucas parece dormido en una esquina de la mesa. De cuando en cuando, entreabre sus párpados perezosos. Espera que Antoine vaya a acostarse. Le esperará, incluso si el otro se queda aquí toda la noche.

Súbitamente, se yergue y tropieza con la esquina de la mesa. Los vasos casi vacíos oscilan. Moarch se enfurece.

—¿No puedes estarte quieto, granuja? Vete a ayudar a la Galiotte… y llévale los restos a Patiaud…

Se interrumpe al ver el rostro trastornado de Lucas, que palidece hasta el punto de hacer creer que una mano invisible le estruja el cuello por detrás. Todos se dan cuenta de que, a pesar de sus esfuerzos, el mozalbete no encuentra su voz. Permanece inmóvil, y sus ojos abiertos de par en par se fijan sin parpadear en un punto más allá del amo.

Finalmente, el Bretón le obliga a hablar.

—¿Qué es lo que te pasa? Dilo de una vez…

El mozalbete no contesta inmediatamente. Parece atacado por una dolencia repentina e incomprensible. Sin embargo, logra extraer algunas palabras de su garganta contraída.

—La piedra… La cabeza…

—¿Qué le pasa a la cabeza? —inquiere Moarch, volviéndose bruscamente hacia la chimenea.

—… se ha movido… —consigue pronunciar.

El Bretón se apoya en la mesa. Una súbita palidez hace resaltar las arrugas de su rostro. Todos se desplazan para mirar la cabeza. Entonces les parece que, por sí misma, se ha alejado del hogar. Sus ojos miran rectamente hacia la mesa. Están llenos de odio y amenazan. Sus labios se estremecen. La vida anima la cabeza de mujer extraída de la piedra y hace palpitar sus mejillas como un corazón. Todos creen que va a hablar, hasta tal punto es extraña la escena. Una angustia les oprime. Finalmente, del hogar parte una llama más larga que la recubre de una sombra. Inmediatamente se borra la cólera de piedra.

Al ver aquello y comprender el error del vaquerizo, el Bretón siente huir el miedo que empezaba a dominarle. Es el primero en reír. Los otros le imitan. También el mozalbete vuelve a la realidad. El color retorna a sus mejillas. Moarch se acerca al hogar, coge la cabeza y la saca fuera, contra la pared de la sala, del lado de la caseta del perro, que empieza a aullar. Moarch se demora, dejando que el frescor de la noche le azote el rostro. Al volver a entrar, ve que las mujeres aún están pálidas. Tratan de distraerse poniendo en orden la vajilla. Lucas permanece como encogido, con los codos apoyados en la mesa. Está un poco asustado, todavía. El Bretón se encoge de hombros. Antoine le tiende un vaso de aguardiente. Una leve sonrisa vaga sobre sus labios.

—Tome, patrón —dice, socarrón—, le sentará bien. Parece usted muy trastornado…

—No digas tonterías.

Moarch coge el vaso que el criado ha empujado delante de él. Lo vacía de un trago. El alcohol no tarda en hacer chispear sus ojos. Se acerca a Henriette. Con un brazo, rodea su cintura. La mujer muestra su asombro mirando sucesivamente a la Galiotte y a Antoine. El brazo de su hombre, duro y torpe, asciende hacia sus

hombros torneados y suaves. El gesto es pesado, el Bretón se inclina.

—¿No es cierto —le dice al oído—, no es cierto que esta noche tienes muchas ganas de quedarte a solas conmigo?

Esta noche, la Galiotte no logra conciliar el sueño. Oye demasiado aquel ruido de cadena. Sin embargo, la mujer tiene aquel ruido en los oídos. Lo ha llevado siempre con tanta ligereza como lleva los otros ruidos del manso. Y si está inquieta, es porque desde hace unos instantes el ruido es distinto. No lo acompaña ningún gruñido, y esto es lo raro. Para que Patiaud se calle, al tiempo que se agita cada vez más, tiene que ocurrir algo anormal. Es astuto, el viejo perro. Y porque es astuto, la Galiotte teme la presencia de un merodeador. Pero trata de calmar su inquietud diciéndose que los años la hacen miedosa. Para expulsar los pensamientos que importunan a su cerebro, se levanta y se acerca a la ventana que da al patio. Empuja lentamente el postigo de madera pintado de verde. Los goznes rechinan. El perro está atado inmediatamente debajo. La Galiotte teme ser oída. Patiaud tira de su cadena como un loco, pero no ladra. Resopla ruidosamente y, de cuando en cuando, gime como nunca le ha oído hacerlo la criada.

Se inclina y distingue, contra la pared, la mancha clara del hallazgo de Moarch. Se estremece, asustada. Sin embargo, la curiosidad la impulsa a quedarse allí. Pero su vista es demasiado débil para lograr apartar los velos de la noche. Súbitamente, cree ver cómo se animan los contornos de aquella mancha de piedra que ahora parece rodar lentamente a lo largo de la pared. Por menos de nada, gritaría de sorpresa. La cabeza brilla bajo los rayos de la luna. Va y viene delante del perro. El animal permanece inmóvil, con las patas dobladas, preparado para saltar o para huir. La luna se refleja sobre su pelaje negro y lo hace relucir como si vertiera aceite sobre él. Es tan irreal, que la mujer se pasa la mano por la frente. He aquí que ahora sueña completamente despierta. Suspira, súbitamente cansada, y vuelve a cerrar el postigo. Va a deslizarse rápidamente entre las sábanas, todavía tibias. Tose largo rato como para expulsar el frío del exterior que ha logrado meterse en su garganta. Y Patiaud ya no ladra.

Únicamente se oye su ronco resoplar que parece un estertor.

La Galiotte va a dormirse. Sin embargo, al borde del sueño, es preciso que haga desfilar por su cerebro una vez más cada uno de los rincones del manso. Es algo más fuerte que ella. El manso no le pertenece, pero ha terminado por creerlo suyo. Llegó aquí a los catorce años. En seguida la hicieron corralera. El amo de entonces la apreciaba mucho. Al morir su esposa, le pidió que cuidara de su hija. Si ella hubiese querido, podía haberse casado con el amo y hoy sería la suegra de este Bretón que ha sabido desenvolverse mejor que ella. ¡Bah! Todo esto no son más que pensamientos fugaces, buenos para inspirar una sonrisa… ¡Ah! Si el maldito perro dejara de gemir tan medrosamente como está haciendo desde hace unos instantes…

El sueño no acaba de llegar… Bueno, he aquí que la Galiotte piensa en la ancha cama de la habitación de los amos… Esta noche, sin duda, Henriette ha tenido que

defenderse de Moarch. Por una vez, el Bretón se ha mostrado apasionado, y ella lo aprueba. ¡Ah! Esa pareja que no se entiende después de tantos años de matrimonio… Vaya, eso le ha hecho recordar súbitamente que los flancos del armario necesitan un buen restregón. Hace mucho tiempo que la madera no ha recibido su ración de caricias. Hay que hacerlo, si se quiere que reluzca lo mejor de su piel.

Ya está… la Galiotte se ha dormido.

Terminada su medida de reposo, la Galiotte se despierta. Nadie se ha levantado aún. Nadie se levantará antes de que ella misma lo haya hecho. Aparta la sábana y la colcha de satén rojo, se sienta en el borde de la cama, se pone las medias de lana negra, y se viste sin prisas. En el patio reina el silencio. La mujer piensa en Patiaud. Empuja el postigo, que choca contra la pared con un ruido seco. La mañana es fría, sucia. La criada espera el habitual ladrido del perro. Pero no se oye nada. Sorprendida, la Galiotte se inclina. Patiaud no está allí. La mujer percibe, arrastrando por el suelo, su larga cadena. El collar vacío está atrapado debajo de la cabeza de piedra volcada. Parece que el perro la ha hecho rodar y se ha peleado con ella. La Galiotte sale inmediatamente. Se acerca a la estatua. Ve que, con sus colmillos, Patiaud ha marcado el cuello. Unos pelos han quedado pegados a los labios de piedra.

* * *

Diciembre ha traído un frío húmedo precediendo la llegada del gran frío invernal. Escarcha el suelo, pero no profundiza en él. El primer sol la borra del mismo modo que se borra de un dorso de manga el resto de la harina caída sobre la mesa cuando se amasa la pasta. Es por la mañana. En el camino emblanquecido que desciende hacia la Capilla de Angillon, el caballo de la Noue retiene con dificultad el peso de la carreta. Unos sacos, por cuyos agujeros tratan de escapar unas patatas, remolonean contra las costanas de claraboya. Moarch anda por el centro del camino, a la altura de las ruedas. Su paso regular chasquea secamente. Tiene la barbilla inclinada, apoyada contra el pecho. Sus orejas están protegidas por su gorra, muy echada atrás sobre su nuca. Sus manos permanecen cerradas en el fondo de los bolsillos de su pantalón. De cuando en cuando, para despertar sus pies entumecidos, golpea el suelo con sus gruesas botas claveteadas. No guía al animal que, por instinto, sigue el camino. En el fondo del valle, hacia la Maladrerie —la Maladrie, como dicen en la región—, discurre un río de niebla descolorida.

Moarch no se da cuenta inmediatamente de que el caballo se ha encabritado ligeramente, de que trata de resistir un súbito empujón de la carreta. Cogidas entre dos fuerzas, las ruedas chirrían. El Bretón vuelve la cabeza y, maldiciendo entre dientes, da rienda suelta a su asombro. Normalmente, en aquel lugar y con la misma carga, el animal no tiene que retener como hace ahora. Es la primera vez que la cosa se produce. Súbitamente, las varas se levantan como brazos erguidos por la locura. El caballo relincha y emprende un corto galope que le hace perder su defensa. Mejor que

lo habría hecho el aguijón del látigo, la carreta le obliga a continuar. De un salto, Moarch empuña el freno y aprieta la manivela. Los zuecos de madera se oprimen contra el hierro de las ruedas, que chirría. El impulso parece interrumpido. Pero, después de haberse casi parado, las ruedas emprenden de nuevo la huida. Lentamente al principio, luego con creciente rapidez. El Bretón trata de apretar más la manivela, pero el freno está echado del todo. Estupefacto, deja escapar por un momento su presencia de ánimo. Finalmente, corre a sujetar al animal por el bocado y le ayuda a resistir. Tira brutalmente, pero ni los gritos ni los golpes sirven para nada. Para no ser pisoteado o incluso aplastado, se aparta del animal ya irresistiblemente lanzado. Sólo hay un medio para evitar lo peor. Al borde del camino hay un montón de troncos. Moarch coge uno de ellos y lo lanza debajo de una de las ruedas. El frenazo es brutal. El caballo resbala sobre sus herraduras y está a punto de caer. Simultáneamente, la otra rueda, que ha quedado libre, dirige la carreta hacia la cuneta, donde se inmoviliza. No ha volcado por muy poco. Una vez pasada su emoción, Moarch se quita la gorra y, con el dorso de la mano, seca el sudor que ha inundado su frente.

«¡Al diablo ese freno! —maldice—. ¡Y este camino infernal!»

Piensa entonces que Antoine y Lucas han cargado demasiado. ¿Acaso han perdido el sentido de la medida? La cólera se apodera de él. Por una vez que no ha vigilado cuando cargaban, la tarca ha sido mal realizada. En fin, no hay más solución que regresar a la Noue para descargar los sacos que sobran. De lo contrario, el viaje podría resultar accidentado. Después de haber maniobrado con dificultad, emprende el camino a la inversa, sin tener en cuenta los resoplidos del caballo cuyos flancos se estremecen todavía, sacudidos por el esfuerzo y por el miedo.

Cuando llega al patio del manso, llama a Antoine. El criado está partiendo leña con Lucas, bajo el cobertizo. Suelta su hacha y contempla la carreta que se detiene junto al abrevadero.

—¿Por qué has cargado tanto? —le grita el Bretón, gesticulando—. Desde luego, ha sido una faena como para hacer perder toda la carga… sin contar con que el caballo podía romperse las patas…

Antoine se acerca y responde, en un tono de franca sorpresa:

—¿Dónde ha visto que hay demasiada carga?

Moarch se impacienta.

—Vamos —dice—, ayúdame…

Trepa a la carreta y hace resbalar el primer saco que le viene a mano. El criado se lo carga al hombro. Entonces, Moarch ve a Lucas, sentado en el tajadero.

—¡Gandul! —le grita—. Voy a bajar a sacudirte… Ven a ayudarnos.

Todo aquel ruido saca a la Galiotte de la sala donde prepara unos quesos. En cuanto la ve, Moarch tiene para ella las mismas órdenes.

—Acércate —dice bruscamente—. No estarás de más para echarnos una mano.

La mujer se hace la sorda. Le disgusta que le den órdenes en aquel tono, sobre todo por alguien a quien ella ha conocido como simple criado. A un gesto de sus

manos, el corral se reúne en torno a ella. Con otro gesto, y un cloqueo, se libra de él. Salvo tres o cuatro gallinas, mucho más obstinadas.

—¿Ya estás de vuelta? —inquiere, asombrada.

Moarch se tranquiliza. Le dice, como para justificarse:

—Si esos dos tunantes no hubiesen puesto tantos sacos de más en la carreta, no hubiera estado a punto de volcar hace un rato, ni estaría aquí perdiendo el tiempo… Es para creer que lo han hecho a propósito.

La Galiotte se acerca lentamente.

—Cuéntalos —dice, con sentido común.

—No vale la pena —dice Antoine, guiñando el ojo hacia Lucas, que ahora les ayuda a regañadientes—. Encontrará el mismo número de sacos que de costumbre… ¿Cree que nuestro Lucas habría querido cargar uno de más?

—Hay que quitar un poco más de peso —ordena Moarch—. Los frenos no aprietan lo suficiente…

Cuando está a punto de marcharse, satisfecho ahora con la carga, Antoine ve la cabeza de piedra. Está debajo de un saco.

—¡Y su estatua! —exclama.

Luego, sucesivamente serio y burlón, añade, mirando al Bretón a los ojos:

—¿No la deja aquí? ¡Tal vez es ella la que pesa demasiado!

Moarch no pensaba ya en aquel trozo de piedra y, por el momento, es la menor de sus preocupaciones. Sin embargo, contesta:

—Déjala donde está… Si hay un buen Dios, hará que por esta pérdida de tiempo me den por ella el doble de lo que pensaba pedir…

Una sonrisa asoma a sus labios. Pero, al darse cuenta de que los otros le miran, asume un aire preocupado. No quiere que le vean rehacerse con tanta facilidad de un contratiempo tan fastidioso.

* * *

Cuando ha descargado sus sacos en Aubigny, Moarch va en busca de la tienda de antigüedades. Finalmente, ve la muestra hecha de un trozo de chapa de hierro representando un gorro frigio rojo sobre el cual unas letras blancas proclaman: *Billou, Muebles antiguos y antigüedades*.

Detiene la carreta cerca de la tienda. Mientras se apea, ensaya las palabras que tendrían que dar más valor a su hallazgo y, para ganar tiempo, se entretiene arreglando la cincha de su caballo. Finalmente, después de haber vacilado diez veces, se decide a empujar la puerta encristalada. Perdido en la lejanía, un campanilleo hace eco inmediatamente. El Bretón vuelve a cerrar la puerta, y el campanilleo se repite. Lo primero que observa es que la luz del día no llega disipar la sombra del fondo de la tienda. A diez metros de distancia, la oscuridad es total. Un intenso olor a maderas viejas, a moho y a cera inspira respeto. Con un gesto maquinal, se descubre como

hace las raras veces que va a la iglesia y, con una paciencia desacostumbrada en él, espera la llegada del anticuario. Su mirada hurga por doquier. Le atraen en primer lugar unos grandes muebles polvorientos de herrajes enrojecidos por el paso del tiempo. Hay al menos una docena de ellos en la hilera, y la oscuridad oculta otros. A continuación, contempla unas planchas de chimenea adornadas con flores de lis, roídas por los calores y los fríos. Piensa que cualquiera de ellas caería muy bien en la Noue. La de la chimenea del manso, carcomida por el fuego, está en las últimas… Pero inmediatamente se dice que no ha venido aquí para entregar dinero, sino para recibirlo.

Después de haber paseado la vista por el techo, del que cuelgan numerosos faroles pasados de moda, busca un objeto semejante a su hallazgo. Al no descubrir ninguna estatua, ni trozo de piedra, se dispone a marcharse cuando una voz, recia y cantarína, llega desde el fondo oscuro.

—Le ruego que me disculpe —dice—. Tenga la bondad de esperar un momento…

Aunque Moarch está solo, inclina profundamente la cabeza en un gesto de afirmación. No contesta. Sus pensamientos han vuelto a aquellas planchas de hierro sobre las cuales han fundido también la fecha. Una de ellas, de 1697, va a cumplir doscientos años. Moarch silba de asombro y de satisfacción.

Esto habla en favor de su piedra, tan antigua, si no más. Las planchas están cubiertas de relieves: las hay con amorcillos, otras con coronas o con interminables arabescos. Moarch mueve la cabeza; eso debe proceder de algún castillo e irá a parar a otro castillo, seguramente. La que más le ha llamado la atención debe valer por lo menos tres luises. Probablemente, el comerciante la ha comprado por diez francos y quiere revenderla por cien. Se dice que si se decidiera a comprar la menos cara y la más gruesa, la colocaría del revés, sin vacilar. No tiene ninguna necesidad de distraer a su gente. Si le pagaran cinco luises por su piedra, como espera, podría llegar a los veinte francos. Se acerca y, con mano vacilante, toca una de las planchas. Inmediatamente, el grosor le satisface. Pueden pagarse veinte francos por ella. Pero ni uno más. Para aprobar aquella decisión, da un ligero puntapié a la plancha, que devuelve un ruido sordo.

No ha oído llegar al anticuario. Cuando este último le dirige la palabra a espaldas suyas, se sobresalta y se vuelve en redondo.

—Creo que ya ha escogido usted —dice el comerciante.

Y, viendo que se trata de un campesino, renuncia a toda cortesía superflua.

—Si es ésa la que quiere, se la dejaré en cincuenta francos.

Al decir esto, también él propina un puntapié a la plancha, como para extraer de ella el ruido de la calidad. El Bretón hace a la vez un gesto de defensa y de decepción.

—No he venido aquí para eso —dice, retrocediendo hasta la puerta.

El anticuario, que está acostumbrado a recorrer las zonas rurales y que conoce a

su gente, sonríe con malicia.

—Desde luego, me doy cuenta de que usted quiere adquirirla con una finalidad puramente práctica, y no para ponerla en una colección…

Se interrumpe y carraspea, divertido por sus propias palabras.

—En tal caso, rebajaré el precio a… ejem… digamos cuarenta francos.

Moarch comprende que debe manifestar en seguida el objeto de su visita. Aquel charlatán es muy capaz de engatusarle y de hacerle comprar aquella plancha. Y quién sabe si una de aquellas lámparas antiguas, capaces de desplomarse sobre la cabeza de uno y aplastarla. O uno de aquellos armarios inmensos que pueden contener cuatro veces más ropa de la que hay en la Noue.

—Verá —dice—, he encontrado una antigüedad labrando un campo y he venido a vendérsela. ¿Le interesa?

Y vuelve la cabeza hacia la calle, para comprobar si la carreta continúa en el lugar donde la ha dejado. A continuación, mira al hombre con un temor repentino, pensando que va a despedirle diciéndole que su casa está llena de antiguallas y que las viejas piedras esculpidas carecen de valor puesto que pueden adquirirse nuevas. Y él no puede volver al manso con aquella cabeza… Pero, por el contrario, después de haber mirado a Moarch con aire de sorpresa, el comerciante parece poseído de una curiosidad y de una impaciencia de buen augurio. Salen los dos. Se dirigen hacia la carreta. Allí, el Bretón tira hacia él del saco en el que ha metido la piedra. Lo abre y la muestra. Inmediatamente, el anticuario mueve la cabeza con aire de entendido.

—Llevémosla a mi casa —dice—. Allí podremos hablar con más tranquilidad…

Moarch carga con la piedra y los dos hombres regresan a la tienda.

—Cuidado… cuidado… —repite sin cesar el anticuario, haciendo unos gestos inútiles para ayudarle.

Moarch la deposita sobre una cómoda, perfectamente iluminada por la claridad del escaparate. Sobre el fondo de oscuridad, la cabeza resalta, casi viviente. Moarch se siente invadido por una sensación de orgullo, casi como si fuera su propia obra.

—Es muy hermosa, a pesar del aire de maldad que tiene —dice, para decidir al otro a hablar.

Después de haberla contemplado de cerca y de lejos, guiñando alternativamente los ojos, el comerciante la levanta.

—Una obra muy extraña —dice, hablándose a sí mismo.

Con un gran esfuerzo, logra darle la vuelta. Y al observar lo reciente de la fractura del cuello, no trata de disimular su brusca contrariedad.

—Sí… muy hermosa… muy hermosa, desde luego… Pero ha asesinado usted una obra antigua de primera clase… Mire ese cuello seccionado… ¿Por qué no tomó las debidas precauciones?

Todo aquello le parece tan elemental, que sus reproches brotan con la mayor naturalidad. Luego formula una serie de preguntas. Habla como un juez que estuviera condenando un acto de vandalismo.

¿Habían desenterrado el resto de la estatua? ¿De veras tenía un cuerpo? ¿Sí? En tal caso, habría que desenterrar el otro fragmento… y esto… y aquello…

Inquieto, Moarch se limita a asentir o a denegar con la cabeza. Finalmente, comprende que tiene que reaccionar y no dejarse manejar como un colegial.

—He venido a venderle esta cabeza, y nada más… ¿Cuánto puede darme por ella?

Pero el anticuario no termina. Sigue preguntando, insinuante y persuasivo, a fin de hacerle decir todos los detalles que desea conocer.

—¿No hay peregrinaciones a ese lugar? ¿No se cuentan leyendas que puedan ayudar a identificar el descubrimiento? Eso tiene mucha importancia… y puede contribuir a aumentar su valor.

Inmediatamente refrena su entusiasmo.

—Bueno, me refiero a su valor arqueológico, claro está, ya que en este momento habla usted con el arqueólogo y no con el comerciante.

Eso, al Bretón le tiene si cuidado. No obstante, habla con mesura del poder maléfico que se atribuye a las aguas glaucas e inútiles de La Malnoue. Lo que dice da que pensar al otro, que se inclina todavía más sobre la cabeza de piedra.

—Es curioso —murmura—. Malnoue se traduce por mala fuente… Se trata ciertamente de una fuente divinizada por los Galos, luego por los Galoromanos, y cristianizada a continuación… Éste puede ser el retrato de aquella vieja Melusina, hechicera de las aguas… En tal caso…

Levanta un dedo que quiere ser amenazador y le acomete una risa de incrédulo, burlesca y ácida, que hace daño a Moarch.

—En tal caso, desconfíe… No es bueno provocar a una bruja acuática… De todos modos, me sorprendería que fuese ella, ya que la personificaron muy tardíamente, la verá usted en los frescos de los capiteles de algunas iglesias, y en… Resumiendo, su cabeza tiene una factura netamente arcaica y primitiva… Lo evidente es que el autor de esta escultura quiso representar a una diosa maligna de su religión… y logró fijar el odio en sus facciones. A decir verdad, desde hace unos momentos no consigo librarme de cierto malestar… En cuanto al brillo del rostro, pondría la mano en el fuego que es el resultado de unas prácticas que duraron mucho tiempo… Debieron frotarla… ¿Con qué objeto?

Se golpea súbitamente la frente como para hacer salir lo que acude a su memoria.

—¡Claro! —exclama—. He visto ya algo por el estilo. Fue en la Nièvre, donde viví cuando era muy joven, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Había, cerca de una fuente, una vieja estatua de piedra. Las mujeres estériles —las que no pueden tener hijos, si lo prefiere —venían desde muy lejos a pasar sus manos sobre el rostro de la estatua… Sí, algunas incluso la besaban… Luego rascaban un poco de la piedra, cerca del vientre, y metían las raspaduras en un vaso de agua de la fuente, que bebían a continuación. Algunas llevaban la cosa hasta el extremo de tomar una especie de baño de asiento en la taza de la fuente… Después de eso, parece ser que nada podía

impedirles quedar embarazadas…

Y al decir esto, estalla en una carcajada.

—… Su estatua debe de tener la misma historia, pero en una época muy anterior. Si su esposa ha tocado esta piedra, es capaz de traer al mundo otro retoño… a menos de que no tengan ustedes ya demasiados. De modo que si compro su hallazgo, me será usted deudor de haberle evitado una desgracia…

Al decir esto, el anticuario no se da cuenta de que despierta la desesperación del Bretón. Henriette no ha podido tener hijos. Al parecer, ella o él son incapaces de hacerlos. Y he aquí que este individuo lo toma a chacota. Considerando que ya ha oído bastante, dice en tono resuelto:

—Ahora, dígame lo que puede darme por ella, porque he de viajar aún varias leguas, como le he dicho antes. Vivo al lado de la Capilla de Angillon, y al llegar allí el trabajo me espera… Vamos, diga un precio, a ver si nos entendemos. La cosa no debe ser tan difícil…

—Voy a proponerle un trato —responde el comerciante, que se ha puesto serio—. Déjemela aquí, y yo me comprometo a venderla al mejor precio posible y a darle una parte sobre la venta.

No es eso lo que desea Moarch. Lo dice. El anticuario se lo esperaba. Su silencio no dura más de un segundo. Propone tres luises. Inmediatamente, el Bretón se acerca a la cómoda y coge la piedra en brazos.

—Me la llevo —dice, dando unos pasos para salir.

—Espere —dice el otro, en tono conciliador.

—Quiero cinco —dice Moarch con firmeza.

—De acuerdo —dice el anticuario—. Pero sepa que nadie, ni aquí ni en otra parte, le dará esa suma por ella. Y, un consejo, no la enseñe demasiado, podría terminar en el museo departamental. Hay gente que está al acecho de los hallazgos clandestinos y le faltaría tiempo para denunciar su descubrimiento… El Estado tiene derecho a una parte de su valor, la ley es muy explícita a este respecto, no lo olvide… en tanto que, conmigo, no tiene usted nada que temer…

Moarch comprende dónde está su interés. Tal vez ha pedido demasiado… Recordándose a sí mismo que está vendiendo una piedra y no un cerdo, acepta el regateo. Finalmente, el trato se cierra a base de tres luises y aquella plancha de chimenea que ha llamado su atención. Antes de marcharse, el anticuario le pregunta, en tono confidencial, cuál es su nombre, el de su manso y otros pequeños detalles necesarios, precisa, para autentificar la escultura. Después de haber vacilado, el Bretón satisface su curiosidad. Durante una parte del camino de regreso, aquello da vueltas en su cerebro; luego deja de pensar en ello, ya que la pesada plancha de hierro que retiembla en la carreta con un ruido sordo le impulsa a imaginar la chimenea de la Noue renovada del todo con aquella antigualla. De cuando en cuando se toca el bolsillo en el que guarda los tres luises. Y, creyendo haber terminado de una vez para siempre con aquella antigüedad, se siente satisfecho por haber vendido a buen precio

lo que, después de todo, no era más que un viejo trozo de piedra inútil.

* * *

Aquel invierno, la nieve llega tarde, reunida en unas enormes nubes que, como colchones de plumas destripados, vacían sus cenizas blancas, haciendo que enero empiece como debió empezar diciembre. Se extiende en largos velos de encaje de trama invisible y, en un par de días, conquista la región. Luego, a su vez, surge el viento con su recia voz. Las nubes de nieve se disipan. Entonces, lo profundo del cielo, claro y azul, se une a aquella capa blanca que le da una piel nueva a la tierra. Cuando el viento se ha cansado de removerla, de excavarla, de amontonarla, desaparece a su vez. En aquel momento sobreviene el gran frío, silencioso y solapado. Se desliza en la nieve viva, fatigada de haber corrido con el viento. La acaricia tanto, que termina por adormecerla y convertirla en hielo. Pero su objetivo es el de profundizar más para alcanzar la tierra aclocada debajo de aquel caparazón. Quiere morderla con dientes de hielo, banquetear con savia y con grano. A pesar de su encarnizamiento, no hace más que endurecer la nieve, llevando la tranquilidad a todos los que tienen tierras sembradas. Más que cualquier otro, Moarch experimenta una gran alegría. Imagina el lento trabajo de crecimiento que continúa desarrollándose debajo de aquella apretada capa de nieve. Y su esperanza se dirige al campo nuevo de la Malnoue, donde se remueve el grano echado en noviembre.

* * *

La mañana es límpida. Brilla el sol. Moarch, ayudado por Antoine, ha arrastrado la carreta hasta el patio, en medio de la nieve manchada de tierra y de hollín. Han sacado las ruedas una tras otra para poner en el cubo una nueva provisión de grasa. Si no se le alimenta; el hierro devora al hierro. El más débil se desgasta y adelgaza. Entonces, las ruedas adquieren el paso bamboleante de las personas semitullidas que se contonean a derecha e izquierda, seguidas por las burlas de los chiquillos. En la sala, en el hogar, la llama asciende, avivada por el frío del exterior. Envuelve a la gruesa plancha de hierro que Moarch ha traído de Aubigny. La Galiotte, encapuchada, regresa de la pocilga en la que ha vaciado los grandes cubos de pasto. La semioscuridad de la sala es un bálsamo para sus ojos deslumbrados por la nieve del exterior. Suelta sus cubos y se seca las manos sobre su delantal azul, reluciente en el lugar de los muslos. No frota demasiado, por miedo a que se abran todavía más sus malditas grietas. Sentada en el banco, Henriette rasca cuidadosamente unas patatas. La han acostumbrado a no desperdiciar nada… Por un instante inmóvil, calentando sus dedos entumecidos debajo de sus brazos, la criada la oye canturrear. Su piel parece más fresca. Sus mejillas están cálidas de vida. Sus ojos brillan. No es el efecto

de la nieve irradiando a los objetos que la rodean. Es otra cosa. Desde hace algún tiempo, la Galiotte lo sospechaba, y le asombra que Moarch no se haya dado cuenta. Se acerca al banco y, con su mano reseca, toca la barbilla de Henriette. Pone la muda interrogación de su mirada en los ojos que hablan mejor que las palabras. La otra no los cierra. La criada puede leer en ellos una intensa alegría.

—¡Ah! Con que es eso… —dice, con un suspiro inquisitivo.

Nada más. Henriette continúa callada. Pero sus labios entreabren una sonrisa. Entonces, la Galiotte se dirige hacia la puerta y tira de ella con un gesto vivaz. La luz del exterior la golpea de nuevo en la cabeza y entra con su aliento fresco. La mujer llama a Moarch. Su voz es voluntariamente áspera. Refunfuña, dichosa. «Por fin —piensa—. Esta vez, el amo lo ha conseguido». El Bretón no la ha oído; con los músculos tensos, levanta la rueda que Antoine dirige para que el eje caiga bien en su cubo lleno de grasa roja. Cuando ve que ha terminado el esfuerzo, la Galiotte vuelve a llamarle. Esta vez, la mujer se impacienta.

—¡Ven aquí! —grita—. Henriette quiere decirte algo… No hay que hacerla esperar. Para sorpresa, la que ella va a darte…

—¿Que pasa? —inquiere Moarch.

Está visiblemente contrariado porque le han arrancado de una tarea útil.

—Continúa, vuelvo en seguida —le dice a Antoine.

Con su paso lento y mesurado, se dirige hacia la sala. En el umbral, se vuelve para observar con mirada crítica la carreta, erguida entre sus dos ruedas de radios tensos, hinchados como músculos en pleno esfuerzo. Y, también él, seca sus manos manchadas de grasa contra los costados de su pantalón de pana desteñida.

«¿Qué tendrá que decirle para que sea una sorpresa?», piensa Antoine, despechado por no poder saberlo en seguida.

Ahora, Moarch está enterado. Henriette se lo ha dicho todo. Las dudas del principio y la verdad que, ahora, se impone. Moarch está orgulloso de aquel bien que le llega de más, que esperaba desde hacía tanto tiempo. Que significa para él la tranquilidad en lo que respecta a sus tierras, a la Noue. Podría manifestar su orgullo, pero se lo guarda para él solo. Se limita a dar unos golpecitos amistosos en el hombro a su mujer. Luego, se deja caer sobre el banco, cerca de ella, como si le hubiesen cortado las piernas de golpe. Suspira profundamente y mira a la Galiotte. La buena mujer mueve la cabeza. Nunca hubiese creído que el Bretón fuese tan poco expresivo. Decepcionada, Henriette se pone en pie y se acerca al fuego, atizándolo. La llama avivada ilumina sus ojos en los que brillan unas lágrimas. Moarch inclina la cabeza. A pesar suyo, piensa en las brutales decepciones de otrora; no haberlo conseguido, en tanto que los otros se lamentaban a todos los vientos de que sus mujeres parían como conejas; luego, piensa en las ruindades llegadas con el despecho, las palabras agrias que dejan pena en el corazón y la sensación de una vida sin objeto. Todo eso había llegado a infundirle el exceso de amor que experimentaba por su tierra. ¡Ah! Ésta cogía bien el grano que le echaban y, con su fuerza de hembra, lo fecundaba al mismo

tiempo que a otros mil. Lo que él no comprendía era que Henriette, siendo mujer como las otras mujeres, pudiera ser más perezosa que la más perezosa de las tierras. Siempre había tratado de ponerse delante de los ojos un trozo de landa llena de guijarros incapaz de dejar brotar una sola brizna de hierba. Y he aquí que duda como otras veces. Henriette debe equivocarse. Eso es, debe equivocarse una vez más. Se pone en pie y, tal como hace en sus momentos de cólera, va y viene de un extremo a otro de la sala.

—No lo cree —le dice tristemente Henriette a la Galiotte, que le mira con el rabillo del ojo.

Finalmente, Moarch se detiene.

—Va a hacer ocho años que he dejado de creerlo —dice, esforzándose en aparentar tranquilidad—. Resulta demasiado difícil imaginar que se ha producido de golpe…

Henriette le dice, gravemente:

—Nosotras, las mujeres, no nos equivocamos nunca en esto, y podría decirte incluso desde cuándo retoña…

—¿De veras? —inquiere Moarch, tenso.

—Desde luego. Fue la noche que trajiste aquella cabeza de piedra, hace tres meses… Y si no quieres creerme, te enseñaré mi vientre que va tomando forma. Mira…

Y empieza a desanudar su delantal.

Él la interrumpe con un gesto.

—Si estás tan segura…

Y se siente aliviado.

Entonces se acuerda de su visita al anticuario de Aubigny. ¿Acaso no le dijo, aquel hombre sabio, que la vieja cabeza de piedra poseía tal vez el poder de conjurar las impotencias? Se esfuerza en sonreír.

—¡Vaya! —dice, deslizando sus dos manos en los bolsillos de su chaqueta—. ¡Vaya! Con su aire de reírse de la gente, aquel tipo…

—¿Qué tipo? ¿A quién te refieres? —pregunta Henriette, sin comprender.

—El hombre al que le vendí la cabeza. Me dijo que bastaba acariciarla para…

Y súbitamente, acometido por una idea:

—Tú la acariciaste, ¿verdad?

Hay un nuevo temor. ¿Y si el incapaz fuera él? Había pensado en ello, pero nunca había llegado a creerlo. No, eso no…

La respuesta de su mujer le tranquiliza.

—¿No te acuerdas? Yo la toqué casi inmediatamente, y tú no quisiste acariciarla… No sabías el placer que se experimentaba al contacto con la suavidad de sus mejillas y de su frente.

—Lo prefiero así —dice Moarch a media voz.

Al darse cuenta de que presta crédito, a pesar suyo, a las suposiciones del

anticuario, deja escapar una risa que no es del todo sincera. Y al mismo tiempo se esfuerza en apartar de su memoria la escena en la que vuelve a verse a sí mismo sosteniendo la piedra entre sus brazos, apretándola contra su pecho. Vuelve a convencerse a sí mismo de que el hombre ha dicho «acariciar», y no «sostener», que son dos cosas muy distintas.

Finalmente, piensa que para completar esta buena jornada necesita andar al aire libre, oír crujir la nieve bajo sus pies y verla proteger tierra y granos.

—Voy a hacer un poco de leña encima de la Malnoue —anuncia súbitamente.

Busca detrás de la puerta y parece impaciente.

—¿Dónde diablos está mi chaqueta negra? —reniega.

* * *

Ha echado su destral sobre su hombro acolchado por dos grosores de chaquetas. El frío es muy intenso. A la larga, acaba por pesar como plomo. Se apoya en las articulaciones y las hace crujir, como cruje la nieve bajo las pesadas botas. Moarch se dirige directamente a la Malnoue. Aquí hay un prado; aquí un bancal de avena, pero todo es parecido formando un solo campo, inmaculado como un vestido de hija de María. Moarch se hunde hasta la pantorrilla. El azul del ciclo se mete en cada uno de los bancales que cruza. Será un año de abundancia y no de miseria. Si esta nieve aguanta, será mejor que el abono. Sólo fastidia a los trajineros, porque atasca las ruedas. Moarch avanza con más lentitud. Piensa ahora en el hijo que Henriette está gestando. Y le gusta imaginar que será varón. Un chicarrón robusto, vivo como una centella. Al pensar esto, se complace también en medir con la vista la extensión que le rodea, resplandeciente de sol. Todo lo que hay debajo es suyo. Más tarde, será de su hijo. Él le enseñará los gestos que hay que hacer y los que hay que evitar. Aprenderá sus secretos: unos para sembrar mejor; otros para combatir las malas hierbas; para segar el trigo y el heno acostados; y otros muchos, todos útiles. Y si el chico sólo quiere hacer lo que se le antoje, le dedicará a unas tareas que le harán entrar en vereda.

Cada zancada se hace más penosa y le recuerda las interminables cacerías en las landas de Sologne, donde a veces hay que levantar los pies del mismo modo para franquear las matas de brezos que forman oleadas sin fin, altas y apretadas, ocultando, bajo su espuma rosa, pulpos de zarzas. Moarch se repite que es preciso, cueste lo que cueste, que sea un varón. Ha querido hacer un varón, y será un varón. Cuando se siembra trigo, lo que brota es trigo, y no avena.

Para abrir paso a un sendero, el seto ha sido destripado. Moarch lo cruza e inmediatamente ve la masa verde de las plantas que protegen al pantano. Finalmente tiene todo el campo a la vista. Avanza un poco más y se para bruscamente, tenso el calcañar, súbitamente martilleado el corazón. Una rabia repentina asciende hasta sus ojos con una inusitada violencia. Un puñado de saliva se endurece en su garganta.

Lavada de nieve, expuesta como un despojo, la parte baja del campo, la que desemboca en el pantano, muestra un vientre moreno, sucio y unido por el rastrillaje. Casi la mitad de la sementera se da al frío. Al remolinear, el viento se ha llevado el grueso de la nieve. El calor del pantano ha fundido la delgada capa que quedaba. Nada ha podido oponerse a aquel viento de desgracia que ha lamido al trigo recién germinado.

Moarch echa a correr, comprueba que el daño es irreparable. Se deja caer de rodillas. Apoya sus manos tibias sobre la tierra helada. A golpes de destral, destripa y hurga la tierra endurecida. Su rabia precipita sus gestos. La hierba está aquí, deshilada, quemada por el frío. Como perdigones que han fallado el blanco, los granos de la simiente han sido inútiles.

Despechado, Moarch tira su destral. Se incorpora y atraviesa el campo muerto, golpeándolo fuertemente con los tacones de sus botas claveteadas. Es la primera vez que el invierno le hace objeto de una jugarreta semejante… Ahora que su mujer está a punto de darle lo que tanto ha deseado, he aquí que este campo, al que ha trabajado con tanto afán, le decepciona bruscamente…

III

Lucas continúa recordando la parte de temor que experimentó en la época de Moarch. Una parte muy pequeña entonces, aunque ahora se acrecienta desde que la hija de aquel hombre se hace más perversa de hora en hora.

—¿Qué? ¿Sigues teniendo miedo? —dice Jeanne, burlona. Le clava aquella frase como clavaría el aguijón en los flancos de una yunta de bueyes. Pero él no se mueve. Está envarado por un espanto mudo que permanece en su cerebro y sigue agrandando su mirada. Diríase que sus recuerdos están expuestos con letras de fuego delante de sus ojos y que, fascinado, no logra despegarse de ellos. La muchacha vuelve a golpearle con palabras:

—Eres un cobarde… creí que eras un hombre, y he aquí que temes a unos guijarros… Blaise…

Al oír este nombre, el criado parece recobrar el conocimiento.

—¿Qué pasa con Blaise? ¿Qué habría hecho de más ese Blaise que no tiene nada que ver con nosotros?

Al animarse, su rostro enrojece. Jeanne se echa a reír.

—¡Vaya, quién había de decirlo! He aquí que el nombre de Blaise te hace más efecto que todo lo que yo pueda decirte… Habrá que creer que ese chico te impresiona más que yo…

—No te burles demasiado, Jeanne… No olvides que sé cosas que caerían como el mismo rayo en el patio de la Noue…

Al decir esto, se acerca a ella. Su mano se posa en el punto exacto en que la larga falda negra establece contacto con el corpiño a cuadros rojos de bordes azules. Sus dedos, vacilantes al principio, aprietan; luego, poco a poco, se hacen más osados. La Malvenida no se mueve. Sabe que el hombre obedece más fácilmente cuando ha captado el fluido de la mujer. Se aproxima a él, incluso. Entonces, Lucas hace intervenir a la otra mano para apretar mejor. Aprieta por ambos lados, lentamente, pero con fuerza, como si quisiera encerrar la cintura en el anillo de sus dedos. Y la cintura de Jeanne se comprime. La muchacha siente el aliento cálido e insulso del criado que tiende el rostro hacia el suyo. Jeanne hace un gran esfuerzo para dominar el deseo que experimenta de abofetearle, de rechazarle. Tiene que resistir un poco más. Cuando es suficiente, Jeanne se libra de él e, inmediatamente, recoge el saco que ha caído entre los heléchos.

—Toma —dice, fingiendo una emoción que está lejos de sentir—. Toma, coge esto y ayúdame…

Se interrumpe. Su tono se hace más tierno:

—He estado a punto de perder la cabeza… Eres muy fuerte, Lucas, y me gusta tu fuerza…

Lucas no contesta, pero coge el saco que ella le tiende. Jeanne puede ver que una

sonrisa posesiva distiende sus labios.

—Ven —dice Lucas finalmente, impaciente por complacerla—. Haré lo que quieras, pero tienes que jurarme…

Y Lucas quiere cogerla de nuevo por la cintura. Pero ella cierra un momento los ojos y retrocede vivamente, como si no hubiese visto su gesto. A unos pasos de él empieza a cantar, moviendo su cuerpo al compás:

Tienes que jurarme…

Tienes que jurarme…

Y, cogiendo el extremo de su falda con una mano, hace una reverencia.

—… Yo te juro… —se mofa Jeanne, en tono cantarín—. Tú me juras…

Se interrumpe y pregunta, maliciosa:

—A propósito, ¿qué es lo que hay que jurar?

El mozo parece despechado por el juego de la muchacha; sin embargo, llega hasta el final de su frase:

—Júrame que a partir de ahora rechazarás a ese Blaise que no deja de mosconear a tu alrededor…

La risa de la Malvenida resuena entre los árboles. Lucas amenaza e implora al mismo tiempo.

—No olvides que hay un secreto entre tú y yo… Y además, no puedo librarme del deseo que me inspiras…

—Está bien —dice Jeanne, muy seria—. Si te doy lo que me pides, ¿harás lo que yo quiera?

—Sí… —contesta Lucas, con la voz súbitamente estrangulada por una alegría demasiado violenta.

—Entonces, ayúdame en seguida a recoger los trozos de piedra que llevarás a la Noue y que ocultarás en la pocilga, detrás del montón de afrecho. Desde luego, no tiene que verte nadie… Mañana los pegaremos.

Y, sin esperar más, echa a correr hacia el seto. Cuando, de nuevo inquieto, Lucas se reúne con ella, ve que ya ha llenado a medias el saco.

—Date prisa —ordena Jeane.

El tono es duro. Ya no piensa en representar la comedia. Sabe realizar un acto serio. Pero está a den leguas de imaginar sus consecuencias.

Ayuda a Lucas a cargarse el saco.

—Ya es hora de marchar —le apremia—. Pasa delante, yo te alcanzaré.

Lucas se vuelve vivamente. Un pliegue de celos se instala entre sus cejas.

—No te quedarás a esperar a ese Blaise… Recuerda lo que me has prometido.

—No te preocupes, iré detrás de ti. Pero, tengo que rebuscar, por si ha quedado algún trozo entre la hierba.

Lucas refunfuña, pero se aleja. De cuando en cuando, vuelve la cabeza hacia Jeanne. Efectivamente, la muchacha parece rebuscar entre la maleza. Pero en realidad espera a que haya desparecido detrás de la espalda redonda del campo. Finalmente,

deja de verle. Y en seguida encuentra un paso en el seto. Ya está al otro lado. La landa está vacía hasta donde alcanza la vista. Una brusca desesperación la oprime. Su corazón se encoge. Querría a Blaise con ella en esta campiña cálida, llena de aromas de vida. Querría correr con él por el bosque fresco. El mozo tendría que encontrarse aquí. No ha tenido tiempo de alejarse. Jeanne maldice al estúpido de Lucas que la ha retenido tanto tiempo. Cerca hay un tronco acostado sobre el flanco. Es como una enorme araña reventada, tumbada sobre la espalda, con las velludas patas erguidas hacia el cielo. La muchacha se acerca a él, levanta su falda y sube entre las raíces. Sólo ve el inmenso lago de mala tierra bordeado por la larga hilera de zarzales que forman un dique verde y rojizo. Entonces, baja del tronco y, para desahogar su despecho, trata de moverlo. Agarra con las dos manos una gruesa raíz, reseca como carne muerta. Jeanne se esfuerza en vano pero, poco a poco, se tranquiliza.

Una mano se posa sobre su espalda y la empuja suavemente contra la raíz rugosa. Ella domina su sorpresa y no vuelve la cabeza.

—¿Quieres que te ayude? —susurra Blaise a su oído.

Jeanne se estremece con la caricia dejada por el roce de los labios cálidos, pero en vez de manifestar su placer rechaza al mozo.

—Yo no te he pedido nada…

—Cada vez que te encuentro estás haciendo algo que no es para ti… Por eso quiero ayudarte.

—Puedo hacer esto perfectamente sin ayuda de nadie, como he hecho todo lo demás.

Lucas insiste, en tono burlón:

—Si tienes que darle la vuelta a ese tronco, necesitarás forzosamente mi ayuda. A menos de que no tengas prisa…

Jeanne se yergue hacia él, arisca:

—¿Me meto yo contigo cuando pones cepos en nuestras tierras?

—Yo no pongo cepos… ¿Quién te ha dicho eso?

—Te he visto hace muy poco, cerca de aquí, hurgando en la maleza.

Blaise inclina la cabeza para ocultar su turbación, pero su voz se hace más ligera.

—¡Bah! Es posible que ponga cepos, como tú dices… Pero la pieza que trato de atrapar es demasiado lista… Es un animal magnífico, joven y vigoroso…

Se yergue, mirando a Jeanne a los ojos.

—Sí, a veces consigo ponerle la mano encima, pero no puedo retenerla por mucho tiempo… Siempre consigue huir… En fin, tal vez con un poco de suerte, algún día…

Jeanne nota que el calor de la turbación enciende sus mejillas.

—Me voy —dice secamente.

Blaise la retiene. Está a punto de decirle: «¿Te das cuenta?», pero hay otras palabras que vacilan.

—Quisiera…

—¿Qué?

—Te querría sólo para mí.

Ella ríe y se aparta del mozo.

—También tú me quieres sólo para ti…

Una llama, que ella no gobierna, inunda sus ojos.

—El que me quiera sólo para él, tendrá que ganarlo haciendo lo peor…

Blaise no se da cuenta de que la muchacha ya no es ella misma. No observa que una mancha roja ha reemplazado al reflejo azul de la marca que lleva en la frente. No ve más que el cuerpo atractivo de Jeanne. Habla sin dejar de mirarla. Sus palabras parecen surgir por su propio impulso, sin que él las ayude.

—Creo que haría lo peor por ti…

La Malvenida se aprieta contra él.

—¿De veras? —murmura, irónica.

—Sí…

—En tal caso, pégale fuego al manso de los tuyos y seré para ti.

De momento, Blaise se queda sin voz. Pero, poco a poco, llega su risa.

—Piensa en lo que te he dicho. Si no haces eso, no me tendrás nunca —añade Jeanne en tono cortante—. ¡Adiós!

Blaise desearía contestar, bromear, pero Jeanne ya ha cruzado el seto.

* * *

Al llegar a la Noue, la Malvenida encuentra a Lucas adosado al horno recubierto por la sombra de la encina. En cuanto la ve, el criado se frota el hombro y la llama. Repite al menos diez veces que nunca ha visto nada parecido: según él, el saco de piedras ha ido aumentando de peso sobre su hombro a medida que se acercaba al manso. Hasta el punto de que, en los últimos cien metros, se ha visto obligado a arrastrarlo por el suelo. Era como si unos trozos de metal ocuparan paulatinamente el lugar de aquellos pedruscos… Ahora están en la pocilga, ocultos detrás del montón de afrecho, tal como quería Jeanne. Y el mozo se permite una mayor libertad con aquella muchacha que se ha casi entregado por un saco de piedras. Su alegría es tal que ha olvidado el miedo que le inspiraba la Malnoue y, al mismo tiempo, aquella lejana y vaga historia de Moarch enfrentado a la antigua cabeza de piedra.

* * *

Ahora que Albin, el amo de las Rudesses, ha vertido el aguardiente en el grueso tazón de mayólica, y que lo empuja sobre la mesa, hacia las manos de Lucas, el mozo no piensa ya en maldecir a Antoine que les ha enviado aquí, a Jeanne y a él, para ayudar a entrojar los trigos de por aquí. Albin le estimula a beber. Tras haber mirado

por un instante a la Malvenida que, arrodillada sobre las baldosas grises, excita a un gatito bastardo y tiñoso, el criado agarra el tazón y bebe un largo sorbo. Inmediatamente carraspea y resopla ruidosamente. El aguardiente ha salido del tazón como de un crisol en el que estuviera en fusión. Luego, con el revés de una manga, se seca los labios. Satisfecho del efecto producido por su alcohol, Albin ríe a gusto. Le dice que tiene que bebérselo todo. Que no se le presentará a menudo la ocasión de saborear un licor tan perfumado. Lucas no se hace rogar. Aspira otro sorbo, pero lo hace más corto. Sus fuerzas se despiertan y experimenta la necesidad de hinchar el pecho, de expulsar el aire a grandes bocanadas como hace Mord-Tacier, con su gran mancha de cuero, cuando quiere conservar el ardor de las brasas. En un momento determinado, el amo de las Rudesses le señala a Jeanne con el pulgar y guiña un ojo con aire de complicidad. El mozo asiente con la cabeza, devolviéndole el guiño. Entonces, Albin coge el tazón y vuelve a llenarlo. A continuación se dirige a la muchacha:

—Pequeña, seguro que nunca has saboreado un jarabe como este… ¿Quieres probarlo?

El muy bribón le hace a ella el mismo guiño señalando a Lucas con el mentón. Jeanne rechaza el tazón que el otro quiere que vacíe a toda costa. Pero Lucas la mira, con los ojos llenos de malicia y una burlona sonrisa en los labios. Entonces, coge el tazón y, sin apartar los ojos de Lucas, deja que el aguardiente le muerda la lengua, le desgarre la garganta, le devore el pecho. Se limita a apretar la mayólica con fuerza, como si quisiera romperla. Albin deja escapar un silbido de admiración. El criado continúa sonriendo. Frunce los párpados para azuzar a la muchacha y obligarla a ir hasta el final. Cuando Jeanne se lo ha bebido todo, devuelve el tazón al amo. Su mano no tiembla. Sus ojos siguen clavados en Lucas, con tanta intensidad que el mozo inclina la cabeza.

—Nos vamos —ordena Jeanne con voz firme.

Sale, saltando la piedra del umbral. Después de haber caminado unos pasos, su corazón late violentamente como si quisiera salírsele del pecho y, al mismo tiempo, la muchacha tiene la impresión de que una hoja de guadaña corta limpiamente sus piernas, a la altura de las rodillas. Sin embargo, continúa andando en línea recta. La acomete un vértigo y, por menos de nada, la haría girar como una peonza.

—Palabra —dice Lucas, reuniéndose con ella— que nadie esperaba verte beber de ese modo. Podía creerse que tragabas leche… palabra.

La Malvenida recobra por fin la consciencia. Ahora, el fuego del aguardiente acribilla su carne, pero miente:

—¡Oh! No era mucho más fuerte, ¿sabes? Sólo el sabor era algo distinto…

El sol cae ya en el horizonte. El calor es espeso, inmóvil como el de los establos. La pareja toma el sendero que se hunde como una vena de aire fresco bajo la piel verde del bosque de Sommeraire. Lucas se ha acercado a Jeanne y acomoda su paso al de la muchacha. En un momento determinado, ella puede notar el aliento del mozo

que se pega a su nuca. Se vuelve hacia él. Y Lucas ve la rojez que cubre su rostro y lo redondea. Experimenta el súbito deseo de estrecharla entre sus brazos, de morder las mejillas aterciopeladas y avivadas por el alcohol. Se inclina hacia ella, la atrapa por la cintura. Jeanne se libra de él golpeándole con el puño. Jeanne ríe. Él ríe también atrapándola de nuevo y sujetándola con fuerza. Cada uno de los golpes calienta su deseo. El aguardiente corre también en su sangre y le hace desear el placer que quiere obtener de la muchacha.

—No te resistas… —repite sin cesar.

De pronto, lanza un grito de dolor. Al soltarla, se lleva las manos al vientre. La Malvenida ha logrado alcanzarle con un fuerte rodillazo. Inmediatamente echa a correr, riendo a carcajadas. El mozo domina como puede su sufrimiento y corre a su vez detrás de ella.

Al llegar junto al bosque de la Croule, la Malvenida se detiene y se calla. En el prado contiguo, en el que se reflejan los rayos púrpura del sol poniente, unas liebres vagan a su antojo en tal número que podrían llenarse con ellas cien zurrones de cazadores, aunque fueran inexpertos. Jeanne no ha visto nunca tantas liebres al mismo tiempo. En cuanto perciben a la muchacha, las más próximas se alejan, desaparecen en el bosque, aunque sin precipitarse. La carrera de Lucas, que llega con ruido, hace huir a otras, y a otras más. La Malvenida hace un gesto de despecho y luego le ordena por señas que permanezca inmóvil y silencioso. A su pesar, el mozo obedece. Su risa se convierte en hipo, que trata de retener apretando los labios. Con el esfuerzo de la carrera, los vapores del alcohol se han disipado. Ahora sólo experimenta el dolor que le ha causado el rodillazo de la muchacha. Se acerca con pasos ligeros. Una docena de liebres mordisquean la hierba sin inquietud, pero una a una se hunden en la espesura que las absorbe con su boca de hojas, y que parece querer digerirlas enteras y vivas como haría un reptil. Muy pronto no queda más que una gran liebre, lustrosa y vivaz.

Sus saltos son extrañamente ágiles, semejantes a los de los gatos que bailan su *sabbat* delante de la luna, y tratan inútilmente de arañarla.

—Vamos a atraparla —susurra Jeanne.

Avanza, seguida por Lucas. La liebre no parece preocuparse por su presencia. Sólo muestra su lomo gris leonado y su corta cola orlada de un mechón de pelos blancos. Se encuentran ahora sólo a unos pasos del animal. Y se sienten poseídos por el instinto de fiera que todos los seres humanos conservan de aquella edad remota en la que eran fieras como las otras, defendiendo o atacando con sus colmillos y sus garras. Pero en el preciso instante en que se disponen a coger la liebre, un agudo cloqueo les obliga a volverse. Detrás de ellos, un enorme faisán macho permanece alerta, erguido sobre una pata, con el plumaje hinchado con todos los fuegos del cielo y de la tierra. Jeanne y Lucas se miran, mudos de sorpresa. Nunca han visto una liebre que deja que se acerquen a ella y a un faisán acercándose. Sólo tienen que hacer un gesto para estrangular al uno o a la otra. No hay más que escoger. Jcane

escoge la liebre. Salta sobre ella. El pelo sedoso se desliza entre sus dedos. El animal se aparta con tres saltos y parece esperar de nuvo.

—Ven —le grita Jeanne a Lucas.

Pero el faisán cloquea. Siempre inmóvil, trata al parecer de hacerse retorcer el cuello.

—Espera —responde el mozo—. Primero voy a atrapar a este…

—Ven —insiste Jeanne—, te va a volver loco con sus picardías. Estoy segura de que resultará más fácil atrapar a esta liebre. He estado a punto de cogerla…

La muchacha avanza. Sus dedos se deslizan una vez más sobre el pelaje gris. El animal huye y se detiene un poco más lejos. Se enrolla en las hojas secas y ruidosas del otoño anterior. Jeanne dispara su mano. La liebre huye de nuevo, elude a Lucas que se lanza sobre ella. Y cada vez que el uno o el otro creen haberla atrapado, se escapa. Y a cada fracaso vuelven a empezar, incansables, convencidos de que la atraparán. De salto en salto, de carrera en carrera, cruzan la Croule sin darse cuenta. Bruscamente, observan que se encuentran en el umbral de la tierra muerta de la Malnoue.

* * *

En unos cuantos saltos, la gran liebre cruza el campo perdido. No tarda en encontrarse al pie de los juncos del pantano. Allí se para y parece burlarse de la pareja a la que conduce donde se le antoja. Jeanne hace un gesto con la cabeza en dirección a Lucas, como diciéndole: «Ven, esta vez es nuestra…» Pero el mozo vacila. Nada más encontrarse al borde de esta tierra de la Malnoue, ya no siente sus piernas. Sabe que una maldición pesa sobre ella desde hace generaciones. La muchacha le empuja hacia adelante. Lucas tropieza, se detiene, se inmoviliza en medio de las ahoyaduras practicadas otrora y que, ahora, están colmadas en parte.

Es un campo con grandes llagas de hierba. Un profundo silencio expulsa la vida. La liebre permanece agachada sobre sus patas traseras. Espera pacientemente. Entonces, Jeanne deja a Lucas con sus temores y corre hacia ella. Tiende los brazos. Esta vez tiene la certeza de que va a atraparla. En aquel momento, recibe en la espalda el empujón de una mano invisible y cae boca abajo, con los brazos extendidos. Sus labios se aplastan contra la arena. Un sabor a barro y a sangre se introduce en su boca. No grita, no trata de comprender por qué ha caído. La liebre está allí, de espaldas. Mira hacia el pantano. «Esta vez no te escaparás», piensa la Mal venida. Contiene el aliento. Separa sus dedos para enganchar mejor la piel, detrás de la cabeza, donde está más floja. Súbitamente, la liebre se vuelve. Entonces, como si fuera a morderla una víbora, la muchacha retira precipitadamente su mano. Ahoga un grito de sorpresa y de espanto.

La liebre muestra su rostro, un rostro horrible. Las órbitas están sin ojos, vacías, profundas, sanguinolentas. El hocico está descarnado hasta el hueso. Los labios

colgantes remecen una putrefacción viscosa. Sólo los dientes conservan una apariencia de vida. Pero la muchacha ve inmediatamente que no tiene lengua. La piel de su cabeza cuelga, podrida. Jeanne aprecia todo esto en un instante. Pero lo que más le impresiona es que aquella cabeza muerta reposa sobre un cuerpo vivo, saludable, de pelo reluciente y de patas llenas de vigor.

Siempre de rodillas, Jeanne retrocede. Los guijarros puntiagudos desgarran su piel. Le falta el aliento. Como un gran río que se desborda, el crepúsculo se desliza sobre el campo de la Malnoue. Parece escurrirse del bosque de la Croule, sombrío y ponderoso sobre la cresta. La liebre no se mueve. Espera. Lejos detrás de Jeanne, Lucas permanece inmóvil. No ha visto nada. Sólo piensa en las advertencias de la Galiotte. La tierra estéril le quema los pies como si el infierno estuviera debajo. La muchacha no es ya a sus ojos más que una sombra imprecisa. En cuanto a la liebre, la ha olvidado. Se sobresalta cuando la Malvenida se incorpora y se acerca a él, temblando de pies a cabeza.

—¿La has visto? —inquiere Jeanne, despavorida aún—. ¿La has visto de cerca?

Lucas mira hacia los juncos. La liebre ha desaparecido. El inexplicable espanto de la muchacha le impulsa a fanfarronear. Parece olvidar súbitamente sus propios temores.

—Desde luego que la he visto —contesta—, y en tu lugar no la hubiese dejado marchar tan tontamente… Vete a saber dónde se ha ocultado ahora… Vamos, tenemos que regresar.

Y al decir esto, se dirige a grandes pasos hacia la parte contraria del pantano, hacia el camino, muerto también, que conduce lejos de la Malnoue. Jeanne le sigue lentamente. Al principio piensa en hablar de la espantosa visión de aquella cabeza descarnada, pero teme que el mozo se burle de ella diciándole que no sabe aguantar el alcohol. ¿Y si fuera eso? El aguardiente provoca a veces alucinaciones. Entonces, le entran deseos de saber. Llama a Lucas, que se encuentra ya en el camino.

—¡Eh! Espera, queda aún bastante claridad para remover los juncos… Ven a ayudarme, tenemos que atraparla, quiero verla más de cerca…

Lucas se para de mala gana. Jeanne tiene que pincharle con sus befas para que se decida a retroceder.

—Estás asustado, ¿verdad? ¡Vaya un hombre! Hace unos instantes te hacías el valiente… No tienes miedo de una chica, pero tiemblas delante de un poco de agua…

El pantano está a cincuenta pasos delante de ellos. Andan uno al lado del otro, tan oprimidos el uno como el otro. El crepúsculo derrama la oscuridad sobre el valle. Debe ser tarde. Ahora, la Malvenida ya no tiene tantas ganas de ver a la extraña liebre. Piensa dar otros cuatro a cinco pasos a fin de no abandonar con demasiada prisa ante el mozo que tiembla de miedo. Pero los dos se paran en seco.

—¡Escucha!

—Lo he oído…

Del círculo de cañahejas y de *diagous* que coronan las aguas de la Malnoue

ascienden unos palmoteos inesperados. Parece… sí, parece el ruido acompasado que producen las lavanderas al golpear la ropa: «Plic, ploc… Plic, ploc…» Jeanne y Lucas se miran. ¿Hay alguien, pues, en ese bosquecillo de juncos que todo el mundo evita?

—Hay que estar loco para venir a lavar la ropa aquí… a esta hora —dice Lucas a media voz.

Y su angustia se borra de golpe. La idea de que se pueda lavar en la Malnoue le tranquiliza.

—Hay que estar loco —repite.

—Vamos a mirar —dice Jeanne a su vez, súbitamente relajada, contenta por aquella diversión.

Corren. El ruido suena cada vez más seco: «Plic…» para la ropa enrollada; «Ploc…» para el agua empapujando la tela. La muchacha no tarda en encontrarle un parecido con el ritmo de una canción de cuna que canturrean las viejas de Angillon. Por fin, llegan a los *diagous* del pantano. Sin preocuparse por el suelo movedizo, siguen avanzando. Ahora están en medio de las cañahejas: «Plic… ploc… Plic… ploc…» continúa la madera que aplasta el agua. «Plic… ploc…», como un retornelo. El fango prende los pies que lo desafían. Jeanne aparta los altos tallos en parte vivos, en parte secos. Lucas la imita. Ninguno de ellos piensa ya en tener miedo. Quieren ver. Sienten la necesidad de burlarse. Ni siquiera se dan cuenta de que están hundidos hasta la pantorrilla en el fango y el agua corrompida. Finalmente, con un último gesto, inclinan los últimos juncos que protegen al pantano. Y aparece la superficie de la Malnoue, glauca con el crepúsculo. Unos nenúfares flotan, con sus ojos amarillos fuera del agua. Es grande como el patio de la Noue. Sólo el agua del centro parece estar viva. Su piel se estremece. Pero ellos no se paran a contemplarla. La música de madera y de agua atrae sus miradas. Al principio no ven a nadie. El ruido parece llegar de la orilla opuesta, aquélla en la que desemboca la landa otrora destrozada y labrada por Moarch. Buscan, ávidos por ver. Los velos de la noche son ya espesos. ¡Ah! Allí en aquella pequeña playa que en los primeros momentos les ha pasado inadvertida, en el lugar por el que ha desaparecido la liebre… aquella forma que se inclina y se incorpora rápidamente… Se distinguen sus gestos que ascienden para golpear con fuerza. Cada uno de ellos trae su ruido, diferente, regular como un movimiento de relojería. Golpea y golpea con tanta fuerza como *Mord-l'acier* sobre su yunque. Unas rociadas de agua saltan en torno a su pala. Con una mano, golpea. Con la otra, pliega y despliega un largo lienzo de color claro.

—¡Vaya! —murmura Lucas—. ¿Quién había de decir que unas mujeres venían a lavar la ropa a este lugar? Tenemos que contárselo a la Galiotte… no querrá creernos…

Se siente completamente liberado de su miedo. Por menos de nada se reiría a carcajadas de aquella mujer que viene a un lugar del que todo el mundo huye como de la peste…

Finalmente, la lavandera se interrumpe. Desenrolla el lienzo que acaba de golpear con tanta fuerza. Es una sábana. La acerca a ella y, con un gesto amplio, la echa al agua como hacen los pescadores con el esparavel. La sábana forma una mancha blanca que estalla en medio del gris. Con gran asombro de Jeanne y de Lucas, no se hunde. Flota, completamente plana sobre el agua.

Sin ocuparse más de ella, la lavandera coge otro rollo de tela, lo empapa de agua y vuelve a golpear:

«Plic… ploc… Plic… ploc…»

Esta vez, la melodía es más triste. El armonio de la iglesia de Angillon suena a veces igualmente lúgubre.

Súbitamente, Lucas aprieta el brazo de Jeanne. Lo aprieta con fuerza, hasta el hueso. Un grito de terror se estrangula en su garganta. Retrocede, eludiendo trabajosamente las hierbas gigantes, blandas pero cortantes. A cada zancada, el agua y el fango responden con un ruido hueco, rabioso. Los labios deformes de la tierra podrida emiten voraces lamentos de despecho. Finalmente consigue rechazar los tentáculos viscosos que quieren retenerle. Está sobre tierra firme. Huye. Corre con todas sus fuerzas. Aúlla de terror. El crepúsculo resuena como una gran campana de bronce.

Jeanne no se ha movido. Sus pies escarban un poco más en el fango. El agua corrompida le llega a las rodillas. Su falda flota en torno a ella como un pétalo marchito. La muchacha está fascinada. No hace nada para seguir a Lucas en su huida. Sus ojos se tensan con tanta fuerza hacia lo que ve, que sufre como si se los arrancaran. Una de sus manos aprieta su garganta, la otra permanece cerrada sobre sus labios.

Allá abajo, la forma continúa lavando sin ocuparse de nada más. Golpea, golpea:

«Plic… ploc… Plic… ploc…»

Su brazo asciende y desciende rítmicamente, incansablemente, pero su cuerpo, revestido de una especie de túnica con numerosos pliegues, a la moda antigua, termina en sus hombros.

La mujer no tiene cabeza.

¿Cuánto tiempo permanece Jeanne así, inmóvil, transida de miedo, con el agua subiendo hasta sus muslos, invadido todo su cuerpo por la fiebre?

¿Cuántas veces oye los «Plic… ploc…» que hace aquella aparición?

La oscuridad es casi absoluta. La sábana continúa flotando. Avanza lentamente hacia ella. ¡No se hunde! Es de un blanco inmaculado que mancha la oscuridad. La que la mujer decapitada golpea sin descanso sigue enrollada bajo la pala. Ella no la despliega. Se limita a arrebujarla como para llevársela. Jeanne siente que sus fuerzas la abandonan. Cierra los ojos.

Un bordoneo resuena en sus oídos y, como un eco, le parece oír unas llamadas familiares apoyadas por las notas de aquella música infernal. Finalmente, la Malvenida distingue su nombre. El «Plic… ploc…» se interrumpe.

Vuelve a abrir los ojos. La extraña lavandera ha desaparecido. La mirada de Jeanne resbala sobre el agua, buscando la sábana flotante. No hay nada. Solamente ella, hundiéndose un poco más a cada movimiento.

Sigue oyendo las voces, y luego reconoce la de Antoine, clara; y la de Grattebois, gruñona. Unas luces se abren paso a través de los juncos, que no tardan en ser apartados violentamente.

Unas manos se tienden hacia ella y la arrancan a la fuerza de la tierra podrida que creía ya tener una presa.

IV

En este año 1897, que empieza tan mal para Moarch, la nieve permanece dos meses largos abonando las tierras. Pero el tiempo se hace suave. Unos vientos entibiados por un sol más vivo, obligan al frío a largarse con la nieve que, en los campos, se concentra en rodales. Una mañana, andando sobre la tierra de la Malnoue, el Bretón nota que el hielo no deja ya en ella su piel crujiente. La tierra ha recobrado su olor suave. A menos de un retorno inesperado, ahora sabe que ya no hay nada que temer de la escarcha.

Cuando la tierra ha bebido a la fuerza aquella agua de nieve, se esponja y ablanda. Moarch esperaba ese momento. Ayudado por Antoine, prepara un nuevo lecho para el grano de primavera. Hecho esto, toma bajo su brazo izquierdo el peso del saco de simientes. Engarfia fuertemente sus dedos en el vientre de lienzo y, con la otra mano, despliega los granos en abanico.

En el horizonte, un bosquecillo de álamos ha logrado atrapar el sol poniente con sus ramas y, araña gigante, lo devora lentamente. La oscuridad expulsa a Moarch, que cree haber terminado con aquel campo rebelde. Cuando llega al manso, un ruido de ruedas y de cascabeles resuena en el camino de los Langlois. Una carreta tirada por dos caballos entra en el patio, rodea el abrevadero y se detiene delante de la puerta de la sala. Es Turpin, el molinero de Ménétréol, blanco de harina, bajito y repleto como uno de sus sacos.

—¡Hola! —exclama, tirando de las riendas, después de haber dejado su látigo sobre el asiento.

Se apea trabajosamente. Moarch se encamina directamente hacia él y se detiene tocando la mano recia, semicerrada, que le tiende el hombre.

—Buenos días, tío Turpin —le dice, en tono que dista de ser amable—. No le esperábamos ya…

El molinero hace un gesto de impotencia. En cada manso se encuentra con el mismo reproche, expresado con mejor o peor humor. En otros tiempos, se anticipaba en su trabajo y sus entregas eran regulares, pero ahora que la edad le abruma con su peso de años, nadie puede recibir su harina en el momento deseado… La Galiotte sale de la sala. Turpin y ella son de Clémont y, además, de la misma edad. Cuando se ven, se acercan el uno al otro e intercambian unas buenas palmadas en la espalda.

—No adelgazas, recluta —dice la criada, echando la cabeza hacia atrás para medirle en volumen—. Debes tragar la harina por las orejas y la nariz, además de hacerlo por la boca.

—Y tú no engordas, chiquilla —responde el molinero en el mismo tono, agarrando el brazo de la vieja—. Seguro que ayunas por el Buen Dios… No tardarás en parecer una escoba con faldas.

La Galiotte sacude su brazo.

—Me haces daño —gime—. En otros tiempos eras más galante y más tierno, y también menos orgulloso, sobre todo cuando íbamos los dos a llevar los rebaños a los pastos de la Sauldre… Ni siquiera te acuerdas…

¿Que no se acuerda? Turpin guiña los ojos varias veces con aire de complicidad. Finalmente, suelta a la Galiotte.

—¡Ah! ¿Crees que esas cosas pueden olvidarse, picarona?

Pero a Moarch le importa un pepino lo que pudieron hacer juntos en otros tiempos. De momento, lo que le interesa son sus sacos de harina. De modo que interrumpe los piropos que intercambia la pareja, hoy como en cada visita.

—¿Cuántos sacos ha traído? —inquiere.

—He hecho un esfuerzo por ti —responde el molinero, recobrando la seriedad—. Todo lo que me diste a principios de otoño está aquí, en la carreta… Diles a tus chicos que lo descarguen.

El Bretón habla en tono más jovial.

—Buen trabajo, tío Turpin —dice—. Aunque se lo ha tomado con mucha calma… Por poco nos deja sin pan.

—Me dices eso, pero sabes perfectamente que ya no soy joven y que mis ayudantes son unos gandules. Si mis dos chicos no se hubiesen casado lejos de aquí…

Suspira.

Moarch quiere aconsejarle.

—Pierde usted tiempo haciendo las entregas en persona. Ponga un joven a repartir la harina.

El otro deniega con la cabeza.

—Eso, nunca… Si te dijera que sigo manejando esos malditos sacos de grano y de harina sólo para tener un motivo para recorrer los caminos, no me creerías, hasta tal punto lo encontrarías absurdo… Tú no eres de los que pueden comprenderlo… Pues bien, entérate, de todos modos, de que es un placer que no puedo rechazar. Es como un vicio…

—Así será, si usted lo dice —asiente el Bretón, que no quiere contrariar al molinero.

Luego llama a los criados. A continuación se dirige al granero.

Al pasar por delante de la puerta de la sala, el corazón le da un brinco en el pecho ante el espectáculo que se ofrece a sus ojos: la cabeza de piedra hallada en la Malnoue está allí, apoyada contra la pared, cerca del dintel.

—¡Rayos! —exclama, parándose en seco.

La Galiotte le oye y se acerca.

—¡Ah, sí! No te lo había dicho aún —explica, apoyando sus manos en sus caderas—. Esta mañana se ha presentado el hombre de Aubigny. Ha dicho que lamentaba no poder verte, pero yo le he replicado que cuando no se avisa a las personas, éstas no pueden adivinar una visita… Bueno, ha sacado tu hallazgo de su

carruaje… una hermosa tartana, con sus ruedas y sus costanas finas como juncos, y una jaca esbelta y lustrosa… ¡Ah, sí! Como iba diciendo, ha descargado la piedra y la ha dejado ahí donde la ves… Ha dicho que venía a propósito para traerte eso. Tenía mucha prisa por marcharse e incluso ha rechazado un vaso de aguardiente. Con gente como esa hay que quedar bien, por lo menos. Además, debe ser muy rico, ya que no parece tener prisa en recuperar el dinero que te dio…

—¡Rayos! —repite Moarch.

Y, súbitamente, inquieto:

—¿Se ha llevado la plancha de la chimenea?

—Seguramente no ha pensado en ella —dice la Galiotte—. Tenía tanta prisa… Se notaba que estaba impaciente por marcharse… Incluso miraba la cabeza de un modo muy raro. Una vez la dejó ahí, suspiró, como si se alegrara de haberse desprendido de ella. Mira, me atrevería a decir que ese hombre le tiene miedo a tu asquerosa piedra… Tendrías que arrojarla al pantano sin pensarlo dos veces… ése es su verdadero lugar…

—¿Y no ha dicho por qué no la quería? —inquiere el Bretón, desconcertado por tanta generosidad.

—Sí, me ha dicho que había tenido bastantes disgustos, y que prefería perder un poco de dinero y vivir tranquilo… Ha añadido incluso que os mandaba al diablo a la piedra y a ti…

Las palabras de la vieja resuenan agradablemente en los oídos del Bretón.

—Bueno —dice—, en tal caso, el negocio no ha sido malo del todo para nosotros.

—Sí, pero opino que ese hombre tiene razón, esa piedra me da miedo, deberías deshacerte de ella.

—No digas tonterías…

Turpin se ha acercado. Al ver la estatua inquiere, divertido y curioso:

—¿Qué es lo que veo? ¿Has esculpido tú esa cabeza, por casualidad?

Moarch responde inmediatamente. En sus palabras se adivina cierto orgullo.

—En la actualidad ya no se hacen cabezas como ésa, no hay quien sepa esculpirlas… La encontré mientras labraba nuestro campo de la Malnoue, a orillas del pantano.

El molinero manifiesta un profundo asombro.

—¡Cómo! ¿La has encontrado cerca de una Malnoue, y te arriesgas a tenerla en tu casa?

Moarch fuerza una sonrisa.

—¡Vaya! ¿También usted cree en esos cuentos de viejas, molinero?

—Hablas así porque no sabes lo que es la Malnoue… No hay nada peor que ella. En este momento, por debajo de nuestros pies, hay un gran río que corre de un extremo a otro del gran recodo del Loire. Toda la Sologne flota como esos islotes de hierba que se ven en los estanques. Ese río, que algunos llaman Malnoue, dicen que va a desembocar en el océano, siempre discurriendo bajo tierra…

El Bretón le interrumpe:

—Escuche, no tenemos tiempo que perder, nos contará su historia otro día… eso divertirá a la Galiotte. Vamos, prepare sus sacos…

Pero el molinero le agarra por el faldón de su chaqueta y le retiene a la fuerza…

—Espera… Deja que te diga que la Malnoue es malvada hasta el punto de hacer lo peor… Tiene tentáculos en toda esta región. Es una hija del diablo. ¿No sabes acaso que el diablo hace el mal también con el agua? No utiliza solamente el fuego, tiene que dominar a los dos elementos, pues en caso contrario el uno apagaría al otro; por eso tiene la Malnoue. Yo la he oído gemir detrás de una plancha de chimenea en un manso de Clémont, que no está lejos de aquí, hace menos de dos años. El calor del fuego la hacía chirriar contra el dorso de la plancha. Puedes estar seguro de que ocurre lo mismo en tu manso… como en todos los de la Sologne. Detrás de su chimenea acecha la Malnoue. Si la desafías, puede hacer que se pudran tus cobertizos, tus campos… que se pongan enfermos los tuyos… y, peor aún, puede hacerte perder la tranquilidad.

El molinero habla con tanta convicción, que su rostro adquiere un vivo color escarlata. Diríase que, para obligarle a callarse, el diablo cuyas mañas acaba de desvelar le señala con el color del infierno. La Galiotte le escucha moviendo gravemente la cabeza. Sigue los movimientos de su boca y se siente dispuesta a añadir detalles que él podría ignorar. En cuanto a Moarch, está obligado a escuchar, ya que el otro tira de su chaqueta con peligro de desgarrársela.

—Y esa cabeza de piedra —continúa el molinero— es quizás la de la malvada pastora de piedra que vigila y dirige la Malnoue. Algunos cuentan que tiene una pastora muy fea. Otros pretenden que es tan hermosa como la Virgen María… Tú has dicho que el lugar donde la encontraste se llama Malnoue y que hay un pantano… ¿Quieres más pruebas aún? Llévala inmediatamente al lugar donde la encontraste, si no quieres que la desgracia sea de tal magnitud que nuestro brujo de Ménétréol no pueda hacer nada contra ella, a pesar de sus grandes poderes…

La Galiotte hace un gesto de asentimiento, aprobando las palabras de Turpin.

—Ha vuelto usted a los veinte años, molinero —ríe entonces el Bretón, para ocultar el miedo que le ha mordido el vientre.

Y, al decir esto, hace que Turpin suelte su chaqueta. El molinero termina por calmarse y parece arrepentido de su vehemencia.

—No creas que me enfado… Pero, al ver que me plantas cara, me gusta meterte un poco de miedo en el cuerpo… De todos modos, despréndete de esa piedra. Ahora, al trabajo, tienes razón, empieza a ser tarde y me queda un buen trecho por recorrer.

Los criados están ya sobre la carreta. Antoine apremia impacientemente al molinero.

—Ya voy… ya voy… —responde Turpin.

Murmurando contra la Malnoue y todos los diablos de la Sologne, la Galiotte se marcha al establo. El Bretón cruza la sala y trepa al granero por la escalera de la

cochera. Abre de par en par la puerta y cuelga la polea del tablón que sobresale del tejado y queda encima mismo de la carreta. De pie sobre la carga, Turpin y Antoine tienden los brazos para recibir el extremo de la cuerda. Lucas contempla las musarañas. Moarch le grita que suba a ayudarle a tirar de la soga.

* * *

Ahora, todos los sacos están en el granero. Moarch piensa en la cabeza de piedra. Aquel hallazgo sigue siendo valioso. Hay que guardarlo en un rincón. Si la ocasión se presenta, volverá a venderla. Cuando la ha atado, el criado avisa al Bretón, que tira de ella con Lucas.

Antoine ríe a sacudidas:

—Parece que la estén colgando —comenta.

De repente, la cuerda se afloja. Un sordo grito de terror sube de la carreta, seguido de otro, más vivo, de dolor.

Moarch se precipita a la abertura. Abajo, el molinero está caído junto a la carreta. La piedra está a sus pies. Antoine se inclina hacia el hombre inmóvil. Al incorporarse, el criado propina un rápido puntapié a la piedra, que rueda sobre sí misma y se detiene contra un saco.

—¿Dónde le ha dado? —se inquieta Moarch.

—No es nada —dice entonces Antoine con voz incisiva—, sólo le ha mordido la punta del zapato. Pero no le ha aplastado el pecho por muy poco… Ha tenido el tiempo justo para echarse hacia atrás.

Luego, jocoso:

—Parece como si la piedra lo hubiese hecho a propósito… ¿No lo cree usted así?

—Ha sido culpa tuya —replica el Bretón, excitado—, por no haberla atado bien. Esta vez, dale varias vueltas a la cuerda y anúdala fuerte.

El molinero se incorpora por fin y da unos cuantos pasos, cojeando ligeramente. La emoción y el dolor se pegan todavía sólidamente a él. Ahora, su rostro está tan blanco como el resto de su cuerpo. Amenaza a Moarch con un dedo:

—Ya te había advertido que esa piedra no era buena…

El Bretón no contesta. Está rumiando aún las palabras de Antoine.

* * *

Marzo atrae a una lluvia espesa y helada. Las nubes pesan. Ascienden del sombrío horizonte. Su curso parece medido para que rocen las lejanas alturas de la Borne, como para apoyar en ellas su fatiga. Hacen pensar en un inmenso y pesado rebaño de vacas hostigadas por unos perros rabiosos. Y los perros invisibles que corren detrás de aquellas humaredas de agua son malignos vientos de marzo. Se los

oye aullar cuando se enredan por descuido en las ramas. Se los oye también aplastar las gruesas gotas de lluvias sobre los tejados y las paredes. Es como si sacudieran sus sudores. Y, siempre, persiguiendo a aquellas nubes dóciles que se vacían sin que nunca se vea caer su piel gris.

En la Noue como en otras partes, se está cansado de esperar esos hermosos días que tardan en llegar. Nunca se habría creído abril tan próximo, parece que el otoño no hace más que empezar. A todos les falta súbitamente el valor. El único que no se desanima es Lucas: para él es una buena ocasión de dormir más de lo necesario.

Esta tarde, la hora del ordeño llega a punto para sacudir el aburrimiento. Con su horquilla, Antoine vuelve a empezar la tarea de cada mañana y de cada tarde; cada día del año. Mientras trabaja mira hacia Henriette, que ordeña. Ella está de espaldas. Los movimientos rápidos de sus manos se comunican a sus hombros. Su cabeza acompaña con un gesto cada movimiento. Sus largos cabellos castaños desbordan el pañuelo rojo anudado a su cabeza para retenerlos. La redondez de sus brazos tensa la tela de su corpiño. Sus caderas, subrayadas por el delantal de percal rojo y blanco, se apoyan sólidamente sobre el asiento bajo. El criado se siente asaltado por aquel impulso vital que sólo puede saciar en su imaginación.

En aquel momento, Henriette le llama y le pide otro cubo. Ha terminado de llenar el suyo. Antoine trae otro, vacío y frío. Ella cambia de animal y lo coloca debajo, sobre la paja. Entonces, Antoine no puede evitar el decir:

—¿Por qué no lo aprieta contra usted? Es menos cansado para los riñones…

Ella le mira. Antoine lee en sus ojos un reproche, una contrariedad, y no encuentra en ellos el reflejo de su propio deseo.

—Ya no me siento como antes —responde Henriette, volviendo la cabeza—. No es culpa mía…

—Ha cambiado usted mucho —dice# Antoine, en voz baja—. Diríase que le han echado un maleficio…

—Es posible —responde ella.

* * *

Aquella noche, después de la cena, cuando todo el mundo se ha acostado, Moarch se dispone a abandonar la sala. Pero, antes, reúne las brasas y las aparta a un lado del hogar, al abrigo del viento satánico que, logrando pasar un dedo por la chimenea, remueve la ceniza. La plancha de hierro, pegada al fondo, parece una entrada de horno cerrada sobre una cochura. El Bretón recuerda las palabras del molinero. A pesar suyo, se inclina para escuchar cualquier posible ruido detrás del metal. Sonríe de las tonterías del viejo Turpin… ¡Como si la famosa Malnoue pudiese tener tentáculos en todas partes y amenazar a todos los mansos! A decir verdad, ¿qué ha hecho de malo al tomar un poco de tierra a orillas de aquel pantano? Toca la plancha. El espesor ha retenido el calor y lo conservará aún largo tiempo. A continuación, va a

asegurarse de que la puerta y los postigos están bien cerrados. Tensando sus músculos, se despereza. Finalmente, tras haber apagado la lámpara que ha puesto por doquier el olor tenaz de su aliento de petróleo, se dirige a su cuarto.

Henriette está acostada. Está boca arriba, con la cabeza apoyada sobre la almohada envuelta en una cretona roja. La manta, bien atrapada debajo del colchón, está tensa, como lo está la piel del vientre de Henriette. La lámpara, que ha quedado encendida sobre la mesilla de noche, le da un rostro de muerta e inspira respeto, en tanto que su camisón mal cerrado, mostrando el nacimiento de su garganta, atrae el deseo con fuerza.

Moarch siente que una alegría le calienta brutalmente la sangre. Sus venas se hinchan, como si la mitad de su carne se hubiera convertido súbitamente en sangre. Experimenta un repentino deseo de despertar a Henriette y de ofrecerle aquella fuerza. Mientras se quita la chaqueta que dificulta sus gestos, nota que el frío le acecha para entrar a través de su piel y poner el mal en ella. Entonces, olvida su deseo. Se desviste en parte y penetra pesadamente en el lecho calentado por su mujer, que al menos tiene esta utilidad. Apoya su corpachón contra ella… Henriette se remueve y le rechaza. Sin la menor contrariedad, Moarch se vuelve de espaldas y apaga la lámpara. No se duerme hasta que ha calentado suficientemente el fondo de la cama, frío como un pozo, y ha expulsado de sus oídos los chapoteos del agua y los gritos del viento.

No es el viento lo que le ha despertado. Se sorprende al encontrarse con los ojos abiertos en medio de la oscuridad.

Sin duda le ha despertado el frío, metiéndole sus invisibles sanguijuelas de hocico cortante que han chupado la sangre caliente de sus hombros para reemplazarla por unos carámbanos. Afuera, el viento continúa persiguiendo a la lluvia. El tejado crepita. El agua ha logrado penetrar en el cuarto por una grieta. Unas gotas caen al suelo. Las primeras no han hecho ruido al caer, pero, ahora, todas las que están en el suelo forman un charco en el cual estallan las otras. El ruido de aquellas gotas aleja cada vez más a Moarch del sueño, y le hace pensar en una Malnoue celestial. Para volver a dormirse, hunde profundamente la cabeza en la almohada.

De pronto, un choque sordo hace retemblar el techo e incorpora al Bretón. El ruido procede de arriba. No tarda en oírse un prolongado rodar sobre el suelo del granero. La tablazón cruje. Moarch permanece inmóvil, sorprendido, y contiene la respiración para oír mejor. Pero, allá arriba, el ruido cesa y no se repite. El Bretón comprende: una rata —y Dios sabe que el granero está infestado de ellas— ha debido hacer caer la bola grande de madera del juego de bolos. Ella es la que ha rodado.

Buscando de nuevo el calor de las sábanas, recuerda aquellas famosas partidas de otrora con el suegro y los demás. Rodaba maravillosamente bien aquella bola. Su peso la llevaba exactamente al lugar que uno quería, a condición, desde luego, de conocerla bien, como se conoce una buena herramienta. Finalmente se duerme pensando que tendrá que subir a recogerla y meterla en un rincón para que no vuelva

a perturbar su sueño. Y su mano esboza el gesto de cogerla por los agujeros practicados en la madera: órbitas y nariz hundidas que le dan el aspecto de un viejo cráneo descamado.

* * *

Es casi mediodía cuando Moarch se acuerda de la bola y de su intención de subir al granero a recogerla. Falta un poco aún para la comida, de manera que sube. Al levantar la trampilla, el polvo se agarra a su garganta. Una telaraña se pega a su rostro y hace estremecer su piel. Pasa junto a la cabeza de piedra. Al verla, experimenta la sorpresa de un redescubrimiento. Para él, pertenece ya al mundo de los recuerdos lejanos y, al igual que ellos, quién sabe si no permanecerá aquí años y años… Puesto que los anticuarios de la ciudad no la quieren, ¿quién podría quererla? Apenas la ha sobrepasado, ha vuelto a olvidarla. Mira hacia el montón de granos expuestos entre las tablas que los retienen. Se acerca a ellos y, con la pala de madera, los remueve después de haber sacado las emporcaduras endurecidas de un gato. Suelta la pala. Lo que quiere encontrar es aquella bola. Aquella bola que rueda por la noche y que puede volver a despertarle en plena noche. Revisa cuidadosamente el lugar que queda inmediatamente encima de su cuarto, pero no ve la bola vagabunda y se dice que la Galiotte ha vuelto a ponerla en su lugar.

A continuación se pregunta por qué lo habría hecho, puesto que él no ha dicho a nadie que lo haga. Avanza y se encuentra delante de la vieja barrica. Encima está la bola de madera. Suelta una exclamación. ¡La buena mujer la ha colocado allí, pues! Se asegura de que está bien trabada. Al tocarla, nota que está recubierta de una capa de polvo. Queda sorprendido, y mira más de cerca. La bola lleva encima al menos dos años de un polvo grasiento que le pone una peluca. Sin embargo, el ruido de anoche… En el granero no hay ningún otro objeto capaz de producirlo… ¡No es posible, lo ha soñado, sin duda! Después de todo, no tiene importancia. Pero no quiere haber subido inútilmente y, cogiendo la bola con las dos manos, vuelve a la trampilla por la que asciende un aire puro y frío. La arroja al pie de la escalera. Al tocar el suelo de la cochera, produce un ruido mate. A continuación, Moarch baja tras haber cerrado la trampilla. Al llegar abajo, da un puntapié a la bola que rueda contra la pared, entre un montón de hierros viejos y una marmita desportillada en la cual la herrumbre hace hervir dos puñados de viejos clavos torcidos. Hecho esto, el hambre le llama a la mesa.

* * *

Todo duerme en la Noue. La época de las lluvias ha terminado. Esta noche de abril se extiende hasta más allá de la luna que la perfora. El frío queda clavado por su

claridad lechosa. La primera parte de la noche, la que duerme profundamente a bestias y personas, toca a su fin. Una tras otra, las campanadas ondulantes y graves del reloj de Angillon corren, frenadas y devueltas por las colinas. Son doce que, alegremente, se desean un buen descanso. La hora próxima sólo traerá una, triste. La oirán únicamente los que no necesitan las fuerzas y el consuelo de la noche, o los que no han merecido el sueño: los enfermos fatigados de su lecho y el notario que ha permanecido sentado todo el día entre los brazos de su sillón de arzobispo.

Pero Moarch, que tiene la fatiga hasta en los huesos, se despierta y oye las lejanas campanadas, y luego, más próximas, las del reloj de la sala. Hubiese ‘preferido no conocer la medida de noche transcurrida. Pesadamente, se vuelve. La madera del lecho cruje. Henriette duerme con un leve ronquido. El Bretón tiene demasiado calor. Le molesta el abrazo de aquella fiebre que se ha pegado a él. Para ayudar a respirar a su corpachón, saca una pierna de entre las sábanas y la deja colgar en la oscuridad. El frío que entra en su muslo expulsa su fiebre, y se hace hielo. Entonces, remete su pierna que inmediatamente absorbe el calor de las sábanas. A lo lejos, los ladridos de los perros de los Langlois hacen pensar en aullidos de lobos.

Ahora que se ha despertado, he aquí que su cerebro empieza a realizar su trabajo de cerebro. No quiere pensar en nada, pero no puede luchar contra sí mismo. Se imponen las preocupaciones de la jornada próxima, a seis horas de noche de distancia. Para expulsarlas, trata de acordarse de los buenos momentos. De buenos en malos pensamientos, llega a perder por completo el camino del sueño. Saca sus brazos demasiado calientes y los extiende sobre la manta, a ambos lados de su cuerpo al que se esfuerza en relajar, como si durmiera. Pero toda aquella oscuridad que le rodea, inclinada sobre él, le obliga a remeter los brazos. Le parece que, desde hace unos instantes, su cerebro trata de luchar contra otra cosa. Dirige su mirada perdida hacia el emplazamiento de la ventana. Como una compuerta, el postigo impide a la oscuridad salir del cuarto. Unos rayos de luna se deslizan por sus junturas. Moarch se levanta y se dirige hacia aquella ventana que le aprisiona. Anda lentamente para no tropezar. Empuja el postigo. Un torrente lechoso de luna resbala sobre sus brazos. Cree respirar mejor y vuelve a acostarse. Los alrededores del lecho permanecen hostiles. El Bretón se ha sentido rara vez tan solo. Desliza su mano para tocar el cuerpo de su mujer, sumida en el sueño. Un poco más tranquilo, suspira ruidosamente, se incorpora para tenderse mejor y tira de su camisón por debajo de él.

De pronto, un golpe sordo hace vibrar el techo. Moarch contiene la respiración: el silencio ha borrado el ruido. Y resuena otro golpe… A pesar suyo, levanta los ojos hacia las grandes vigas que sostienen el suelo del granero. La claridad de la luna no llega hasta allí. No se distingue nada. Moarch únicamente oye, y es peor que ver. El segundo golpe parece ser de hierro. Ha caído sobre su corazón y lo ha golpeado como si estuviera colocado sobre un yunque. Esto le hace sufrir como una tortura. Luego resuena otro golpe y otros más, interminablemente. El sudor del miedo, acre y fuerte, le atraviesa la piel de parte a parte. Henriettc sigue durmiendo, tranquilamente.

A lo más intenso del ruido sucede el rodar de la otra noche, olvidado detrás de un mes de trabajo. Vuelve a pensar entonces en aquella bola de madera que logró ya infundirle un miedo infantil… Está a punto de sonreír, alivado, cuando recuerda haberla bajado. En este momento tiene que estar en la cochera. Entonces experimenta la sensación de que una hoja de acero atraviesa su vientre y lo desgarra hasta los riñones. Trata de librarse de aquel dolor que se atracará con su cuerpo. Sabe que empieza por el vientre y que a continuación, para completar su tarea, corta los músculos de los brazos y de las piernas. Para dominarlo, hay que actuar. Se encuentra de pie sin haber ordenado los gestos. A tientas, encuentra sus ropas y se viste. No quiere encender la lámpara. Con paso decidido, se encamina a la puerta. Pero, mientras busca el pestillo, cambia de opinión y va a dar vida a la mecha empapada en petróleo. El olor de la humareda le reconforta. Lentamente, sale del cuarto. Al otro lado, la sala huele a hogar tibio y a leche cuajada.

Acompañado por su sombra, sostenido por la luz, estimulado por el tic-tac vivo del reloj, llega a la cochera. Al pie de la escalera recta que asciende al granero, dirige una mirada ávida de esperanza al rincón de los hierros viejos donde dejó la bola de madera. La percibe inmediatamente y experimenta un choque como si la recibiera de lleno en las piernas. Ya no quiere subir. Ya no quiere ver.

Allá arriba, los golpes se reproducen. Moarch quiere huir, pero se siente atraído. ¡Es algo mucho más poderoso que su débil fuerza de hombre! Trepa ayudándose con una sola mano. Con la otra, sostiene la lámpara cuya lengua tiembla a imagen de su enloquecimiento. No domina ya sus gestos. Su frente choca con la trampilla. Tan cerca de ver, trata de nuevo de huir, pero más fuerte que sus temores su cabeza empuja y levanta la trampilla. La anilla que, en el interior, sirve para levantarla, cambia de lado y cae con un ruido tan cortante que casi desgarra el cráneo de Moarch. Para no caer, se agarra a la escalera. Luego continúa levantando la trampilla. Levanta… levanta… levanta… pero no ve nada. Levanta más. Ahora, sus ojos pueden explorar todo el granero. La oscuridad es absoluta. Sólo la claraboya deja caer el mismo rayo de luna que abajo, en su cuarto. La oscuridad lo invade todo, salvo el emplazamiento de aquella claraboya. Y aparte de aquel pálido rayo, no se ve nada. ¡Ah, sí! Tal vez… alrededor de la columna, la blanca redondez de aquella cabeza de piedra descolorida, que se desplaza a ras del suelo…

El estupor y el espanto le asaltan. Sin embargo, logra bajar de nuevo. La trampilla se cierra con un ruido imponente. De un salto, Moarch está abajo. Corre a su cuarto. Sacude brutalmente a su mujer. El miedo ha conseguido cavarle un surco desde la nuca hasta los riñones y desde la garganta hasta el vientre.

Henriette se despierta, sorprendida, y luego inquieta al notar aquellas manos pesadas que recorren su cuerpo. Finalmente, reconoce a su marido.

—¿Eres tú? —exclama.

Le toca, nota que está vestido y que tiembla.

—¿Qué es lo que te pasa? —inquiere.

Moarch se aparta del lecho y se desploma en un rincón. El miedo se ha hundido en él demasiado profundamente.

***

Durante el resto de la noche y todo el día siguiente, Moarch, encamado, es agitado por aquella fiebre que nadie puede explicar. En algunos momentos, castañetea los dientes. En otros, se incorpora sobre sus codos, con la cabeza colgante, la mirada perdida, y habla con una voz que parece surgir de detrás del espesor de un muro. Delira sin que se llegue a captar el sentido de sus palabras y, con ello, conocer la causa de un mal tan brutal.

—Debe ser un maleficio —gime la Galiotte, sacudiendo la cabeza.

—Repito que debió golpearse la frente contra una viga —dice Antoine—. No hay que preocuparse. Los bretones tienen el pellejo duro.

Pero, al ver a su hombre sufrir, Henriette experimenta una gran compasión. Le vela de rodillas. También Antoine se siente profundamente desgraciado, hasta el punto de que coge la mano de Henriette y, durante largo rato, la aprieta con fuerza.

A última hora de la tarde Moarch abre los ojos y sus palabras se hacen sensatas.

—Me duele la cabeza —gime, contemplando fijamente al grupo silencioso—. Siento un dolor intenso detrás de los ojos… He visto algo espantoso… ¿Por qué no me habéis despertado antes? Me habríais sacado de esa pesadilla…

Pasa sus palmas húmedas sobre su frente y luego deja caer las manos como si llevasen el peso de todo su sufrimiento.

Va a incorporarse pero, súbitamente, se deja caer de nuevo entre las sábanas.

—Allí arriba —gime, angustiado—. Ahora lo recuerdo… Aprisa, que vayan a buscar al brujo de Ménétréol… Turpin habló de él… Ese hombre puede conseguirlo todo… Tiene que venir en seguida… Tiene que ayudarme… Aprisa, Antoine, toma la tartana y tráele aprisa… aprisa…

De momento, no comprenden lo que quiere. Moarch repite e, incluso, suplica:

—Aprisa, Antoine, ve a buscarle en seguida…

En vista de que el criado no parece querer obedeecr, la Galiotte y Henriette salen para hacer lo que pide el amo. Entonces, con un gesto vivo, Antoine retiene a las mujeres y se dirige a la cochera. Ellas le oyen maldecir. Luego, las paredes del manso se envían el eco de la carrera del caballo y del girar de las ruedas.

Por la noche, Antoine regresa con el hombre, que puede tener sesenta años. El camino le ha puesto una estola de polvo. Lleva aún su delantal de herrador. Un hermoso delantal de cuero flexible, que huele a herrén, nuevo como una prenda dominguera y que se ha empeñado en ponerse. El hombre que lo puede todo es bajito, delgado, perfectamente afeitado, aunque los hollines de su forja le han tiznado su emblema en la cara. Tiene el cráneo desnudo, con la piel tensa como la de un tambor. Sus ojos astutos están muy juntos como para ocupar menos espacio y golpear con

más fuerza. La edad empieza a barrenar su voz. Se enrosca en Moarch y le descorcha de su sopor.

—Hola, muchacho —dice, inclinándose sobre la cama—. ¿Querías verme? ¿Qué es lo que pasa?

La lámpara ilumina una parte de la habitación. Afuera, la oscuridad es absoluta. El Bretón vuelve a temblar.

—Estoy muy mal —suspira, mirando al hombre.

La Galiotte surge de un agujero de sombra y se acerca a la cama. Moarch ve también a Henriette, pálida, y a Antoine, apoyado en la jamba de la puerta, con una sonrisa burlona en los labios.

Para confiarse, el Bretón necesita estar a solas con el hombre, y tiene tanta prisa por contárselo todo que, para hacer salir a su gente recupera, por unos instantes, su voz autoritaria:

—Salid de aquí, marchaos… No tenéis por qué saber lo que yo sé… Id a trabajar en vez de quedaros aquí como unos inútiles… y cerrad la puerta.

El brujo se vuelve hacia ellos y, con un gesto de la cabeza, les estimula a obedecer. Tiene el aire de decir que no se preocupen, que todo se arreglará… que, en reumen, es asunto suyo.

En cuanto se ha cerrado la puerta, Moarch se apresura a manifestar enteramente su miedo.

—Verá —empieza, con una voz ahogada por el tono de que se rodean los secretos —. Mi casa está acosada por una mala piedra… Una cabeza antigua que encontré en un campo… Anoche oí un ruido en el granero que está ahí, encima…

Se interrumpe y mira temerosamente hacia el techo.

—Continúa —le estimula el hombre—, cuéntalo todo, es malo para el cerebro guardar en él sus tormentos.

—Entonces cogí una lámpara y subí allá arriba… Y vi… ¡Ah!

—¿Y luego? —inquiere el brujo, en tono de simple curiosidad.

—Y luego —repite el Bretón—, vi la cabeza de piedra… Estaba viva, iluminada por dentro… Se desplazaba por su propio impulso. ¡Ah! Tengo miedo… Ayúdame, usted que lo puede todo…

El hombre, que sabe hacer desear sus consejos, permanece silencioso.

—Usted lo puede todo —repite Moarch, desesperado—. ¿Qué hay que hacer para que no la oiga más incluso en sueños? No es culpa mía si la reja de mi arado le cortó el cuello. Ella es la causante de mi mal… Haga usted algo, le pagaré bien.

—¿Estás seguro de no haber soñado lo que cuentas? —dice finalmente el brujo, abatiendo sus párpados hasta cerrarse los ojos.

—¡Oh, no! Me dejaría cortar la mano…

El otro mueve la cabeza y continúa:

—Te digo eso porque a menudo me llaman por los malos sueños que da la fiebre… Se cree que son cosas sucedidas y se coge miedo… En eso no tengo mucho

poder, desaparece por sí mismo. Desde luego, tu caso podría ser grave, pero es preciso estar seguro de lo que cuentas… ¿Recuerdas algún detalle que demuestre que no has soñado?

El Bretón recuerda haber salido corriendo de la cochera y haber despertado a su mujer. Lo dice, añadiendo que es después de aquello cuando ha perdido la memoria. Sin decir nada, el brujo se pone en pie y sale del cuarto. Su ausencia se prolonga largo rato. Cuando vuelve a entrar, tiene un aire más preocupado.

—Aquí hay realmente algo anormal —le dice a Moarch en tono de aprobación—. Un hombre de tu fuerza no se habría asustado tan fácilmente… Dices que tu arado cortó la cabeza de esa estatua. Por lo tanto, en tu campo hay una estatua que tú decapitaste…

El Bretón asiente. Respira con dificultad. El hombre de Ménétréol continúa. Su voz envuelve al Bretón poco a poco en una niebla acolchada y no tarda en aislarle del resto del mundo.

—… Voy a tratar de conjurar el mal adormeciendo el poder maligno que desprende esa cabeza… Pero permíteme decirte que no obraste bien al separarla del resto de su cuerpo… En tu lugar, yo volvería a pegarla sin tardanza… Esa estatua puede ser el diablo en persona… Por lo tanto, vas a cavar en el lugar donde la desenterraste y volverás a colocarla sobre sus hombros de piedra. Aquél es su verdadero lugar, y después de eso no tendrá ningún motivo para perjudicarte… Créeme, si hace todo ese ruido en tu granero, es que quiere que la devuelvas al lugar en el que la encontraste…

El Bretón se arranca violentamente del sopor en el que le había sumido el brujo.

—¡Eso no! —exclama—. Estropear mi trigo de la Malnoue por un trozo de piedra… ¡Ah, no! Prefiero esperar hasta después de la siega… Entonces le prometo hacerlo.

—Como quieras —responde el hombre, apartando los brazos como para poner de manifiesto que no se hace responsable de las consecuencias de aquella negativa—. Pero, ten cuidado, mientras no la devuelvas a tu campo, no la rompas ni la muevas del lugar en que ahora se encuentra: sería doble desgracia.

Luego, preocupado e interrogador, avanza la barbilla.

—¿Saben los tuyos las jugarretas que te hace esa cabeza?

Moarch pone inmediatamente su mano en la del brujo.

—No —dice vivamente—. No lo saben, ni tienen que saberlo. Yo no podría vigilar a nadie, y serían capaces de arrojar esa cabeza a un rincón perdido de los bosques… Y como usted dice que no hay que moverla…

—Sí, tienes razón —responde el brujo, librándose de la mano del campesino, húmeda y pegajosa—. Hay que evitarlo a toda costa, pues en caso contrario tu desgracia sería eterna… Les haré creer que he venido por otra cosa. Y, en tal caso, adormeceré la piedra desde mi casa. No te preocupes, tengo allí todo lo necesario. Nada se me resiste…

Y, tras un breve silencio:

—Dame lo que quieras… Con un luis será suficiente.

—¡Un luis! —murmura Moarch, sorprendido.

Le parece caro pero, como el otro tiene la sartén por el mango, se decide y atrapa su pantalón que la Galiotte, al acercarse, ha hecho caer al suelo. Saca de él su pañuelo. Una de las esquinas está anudada. Para ocultarse del brujo, se vuelve de espaldas y, con un gesto rápido, deshace el nudo. Una de las monedas que se encuentran allí cae sobre la sábana. Inmediatamente vuelve a anudar. Lo hace con tanto cuidado que los otros luises no tintinean. Recoge la moneda y se la entrega al hombre, el cual se la mete en el bolsillo sin mirarla y se dispone a marcharse sin darle las gracias. Pero el Bretón logra atraparle por el delantal.

—Y mi fiebre —dice—, ¿no me la quita usted?

—Si se trata sólo de eso, puedo aliviarte de ella…

De uno de sus bolsillos saca un pequeño cuaderno grasiento y arranca una hoja sobre la cual escribe con un lápiz de carpintero que ha extraído con dificultad del fondo de otro bolsillo. A cada movimiento del lápiz, deja asomar la punta de la lengua. Cuando ha terminado, dobla cuidadosamente el papel subrayando su gesto con un fruncimiento de las cejas.

—Mañana por la mañana, en cuanto oigas que alguien pronuncia las primeras palabras del día, te tragarás ese papel…

Tu fiebre no tardará en desaparecer. Sobre todo, conténtate con eso, y no mezcles al médico en el asunto…

Se persigna y sale lentamente, de espaldas. Moarch oye que la Galiotte le formula unas preguntas. Y luego el ruido de la tartana de la Noue que le lleva a su forja, tal como ha exigido. Entonces, impaciente, el Bretón desdobla el papel. Ávido, puede leer estas palabras extrañas e incomprensibles, trazadas por la mano del brujo: «*Abraxas, garraze, eglatus*». Hecho esto, vuelve a doblarlo temerosamente, como si acabara de perjudicar a su propia curación.

V

Con un gran esfuerzo, Antoine y Grattebois han traído a Jeanne a la Noue. Ahora la muchacha está en la sala, derrumbada sobre el banco, la espalda contra la mesa, las manos engarfiadas a cada uno de los lados. Su cuerpo se tensa, como si temiera volver a hundirse. Todos los de la Noue están allí, delante de ella, inquietos y preocupados. Siguen cada uno de los movimientos de su cabeza, entorpecida aún por el espanto. Nadie habla. Todos están asustados. Por muy poco, habrían llegado demasiado tarde para salvar a esta muchacha que ha provocado a la Malnoue, con su pasado de desgracias. Conservan en los ojos la visión de Jeanne inmóvil, indefensa, hundiéndose poco a poco en el pantano, allí donde ya no es agua, ni tierra. A no ser por Lucas, que ha irrumpido en la Noue aullando su miedo como un condenado escapado del infierno, esta muchacha, colmada por la vida, no hubiera dejado más que un doloroso recuerdo. ¡Ah! Le debe un cirio al mozo. Pero se lo debe también a Antoine y a ese Grattebois tan fumador como poco locuaz. El uno la ha agarrado por la cintura. El otro por los brazos y, tirando de ella, la han sacado a riesgo de quedarse ellos mismos entre los colmillos viscosos de la Malnoue. Se han puesto a salvo a tiempo. Al sentir aquellas nuevas presas, el pantano hambriento abría más sus fauces. La muchacha fue arrastrada hasta los juncos rotos. Estaba inconsciente. El miedo le robaba el aliento y se alimentaba con él. Para que recobrara el sentido, hubo que abofetearla. Antoine, al hacerlo, se sentía avergonzado. Para borrar la mala impresión, le movió suavemente los brazos, y luego las piernas. Aquellas piernas sucias de fango que olfateaba ya la muerte. Las mujeres llegadas en aquel momento, precedidas por sus gritos estridentes, se arrodillaron para ayudarle. Antoine las rechazó diciendo con una voz brutal que una mano de hombre era más vigorosa que todas sus jeremiadas. Al inclinarse para escuchar la respiración de la Malvenida, rozó sus pechos.

Y eso es lo que piensa ahora en medio de los demás, silenciosos delante de la muchacha que, con los ojos cerrados, parece debatirse en una pesaddilla. Tiene la misma actitud que todos: el gesto suspendido, la frente preocupada, pero de cuando en cuando Henriette sorprende la mirada que dirige al corpiño de Jeanne, que palpita al volved a el la vida. Finalmente, la muchacha abre los ojos con lentitud. Ve el grupo inclinado sobre ella. La luz de las lámparas colocadas sobre la mesa, detrás de ella, ilumina su rostro ansioso. Le resulta difícil reconocer a los personajes de aquel extraño cuadro cuyos rostros parecen máscaras. Por un momento, cree encontrarse en otro mundo. Pero el fresco se anima. Jeanne recobra del todo el conocimiento.

Ahora, cada uno tiene algo que decir. En primer lugar la madre, que se lamenta de estar muerta de ansiedad. Luego la Galiotte, que sermonea. Antoine que interroga, y el propio Grattebois, soltando dos palabras que resumen dos frases de alivio. Mientras hablan, el color reaparece en las pálidas mejillas de Jeanne, que sólo

experimenta un profundo cansancio. Se inclina y, con un gesto maquinal, apoya sus manos sobre sus rodillas. Al secarse, el fango ha dejado una costra agrietada. Entonces, Jeanne ahoga un grito de espanto. Recuerda. Los otros la ven palidecer de nuevo. Ella les mira. Sus ojos se pierden detrás de un ligero velo.

—¿Dónde está Lucas? —pregunta, con voz apagada.

La Galiotte se acerca y se sienta a su lado. Su jadeo de vieja es lo único que taladra el silencio restablecido.

—Lucas… se encuentra más o menos como tú… Está en su rincón, envuelto en sus sábanas, tiritando de un miedo que no quiere confesar pero que se lee en sus ojos, lo mismo que en los tuyos… Vamos, pequeña, confiesa que quisiste embromarle, y que quedaste atrapada en tu propio juego…

—Tienes que contárnoslo —dice entonces Henricttc, acariciando la frente de su hija—. Queremos saber qué hacíais los dos a esa hora en un lugar tan peligroso… ¿No habéis ido a las Rudesses? Habla…

También Grattebois quiere saber. Su curiosidad es tal, que de sus labios perezosos brotan unas palabras.

—No te castigarán… —gruñe.

Henriette le mira como si quisiera fulminarle. Se muestra súbitamente agresiva.

—Sólo faltaría que la castigaran, después del gran peligro que acaba de correr…

Antoine la tranquiliza y, con un rápido guiño, sume a Grattebois en su habitual silencio. Jeanne habla. No oculta nada de lo que ha visto. En todos los rostros se refleja la incredulidad. Desde luego, la muchacha ha debido soñar lo que cuenta con tanta convicción. Como si una mujer pudiera ir a lavar su ropa a la caída de la noche a aquel hoyo de agua sucia al que nadie siente deseos de acercarse ni siquiera en pleno día, y sobre todo una mujer sin cabeza. Únicamente la Galiotte, a medida que Jeanne avanza en su relato, ha empezado a arrugar su delantal negro y sus delgados hombros se ven acometidos por estremecimientos que la hacen inclinarse a derecha e izquierda. De cuando en cuando, sus labios se fruncen como si un dolor le retorciera lentamente el interior de la cabeza. Su actitud es tan inquietante, que todos la miran sin poder evitarlo.

Jeanne ha terminado de hablar. Teme que se burlen de ella, y si la Galiotte no hubiese mostrado su ansiedad, seguramente que habrían estallado risas y comentarios jocosos. Pero se da cuenta de que la actitud de la vieja les turba a todos.

—Parece que la historia de la muchacha la ha trastornado a usted —dice Antoine, tras un carraspeo.

En sus ojos hay un brillo malicioso, pero no añade nada más. Antes de contestar, la Galiotte parece sacudirse un fardo. Suspira, y habla como si se dirigiese a ella misma. Su voz está llena de estertores secos, plañideros.

—Desde luego que me ha impresionado… Lo que la pequeña ha visto, otros lo vieron quizás antes que ella… Y los que lo vieron…

Henriette ha palidecido. La Galiotte no se atreve a continuar. Dos lágrimas que no

puede retener asoman a sus párpados enrojecidos. Todos pueden verlas resbalar por sus mejillas arrugadas.

—Y los que lo vieron… ¿qué? —inquiere bruscamente Jeanne, que no comprende la emoción de la vieja.

La Galiotte apoya su mano sobre el hombro de la Malvenida. Los dedos repiquetean con golpes ligeros y regulares como si el corazón de la mujer se encontrara en su mano.

—No puedo decírtelo, pequeña, pero…

Con un gesto imperativo, Henriette la hace callar.

—Ella no necesita saber nada —dice secamente—. Además, no quiero que le metan ideas raras en la cabeza, como hicieron con su padre…

Se interrumpe y vuelve su rostro trastornado. Jeanne se envara súbitamente. Tal vez va a desvelarse un poco el misterio que rodea la muerte de su padre. Pero Henriette no quiere que su hija se hunda una preocupación en el cerebro. Clava sus ojos en los de Jeanne, que leen en ellos la desesperación y el temor.

—Has creído ver a alguien —dice en tono apresurado y persuasivo—. Lucas y tú habéis imaginado cosas… Habéis corrido detrás de una liebre y, tontamente, os habéis hundido en el pantano… ¿No es cierto? Teníais tanto miedo, que habéis confundido una sombra con un aparecido… He aquí toda la verdad de esta historia.

En parte, la cosa ha ocurrido así, aunque Jeanne no ha hablado de la extraña liebre que la ha conducido a la fuerza hasta el pantano. Ahora comprende: aquel animal monstruoso estaba encargado de atraerla hacia aquella lavandera fantasma, y el faisán se ofrecía para retenerles. Jeanne lo piensa, pero no habla de ello. Sabe que provocaría la risa general.

La Galiotte permanece sumida en sus pensamientos. De pronto, se sobresalta y parece tomar a Henriette y a Antoine por testigos.

Exclama:

—¡Pero, aquella cabeza que faltaba, según cuenta la pequeña…! ¡Aquella cabeza! ¿No creéis…?

—¡Al diablo con la cabeza! —grita entonces Antoine—. Ya le dije que no quería oír hablar más de ella.

Y coge con las dos manos una de las lámparas colocadas sobre la mesa. Unas sombras corren por las paredes y se funden en la oscuridad de los rincones de la sala.

—Ya es hora de acostarse —añade—. Es muy tarde, y mañana hay que levantarse temprano.

La Galiotte ayuda a Jeanne a ponerse en pie. La acompaña hasta su cuarto. Mientras se dirigen hacia allí, le habla en tono tranquilizador.

—Acuéstate, pequeña, y no pienses más en ello, tal como te ha dicho tu madre. Ella tiene razón, seguramente te has confundido… En cierta ocasión, yo misma confundí la sombra de un murciélago con la de un vampiro… Debía tener tu edad.

Lo dice sin sonreír y con un suspiro que revela su profunda inquietud. Entran en

el cuarto. Henriette las sigue. Para iluminarlas, Antoine se acerca a la puerta. Jeanne está estirada sobre la cama. Sus formas tensan la tela… Antoine permanece allí, inmóvil, como hechizado. Su mirada parece querer levantar el corpiño y acariciar la piel tibia. Henriette lee su pensamiento.

—¿Qué es lo que te pasa? —inquiere, en tono agresivo—. Esta noche, te he sorprendido varias veces mirando a la chica con una expresión muy rara…

Antoine murmura estúpidamente:

—¿Yo? ¿Por qué tendría que mirarla? No es más que una niña…

Da media vuelta para marcharse pero, en aquel momento, la Galiotte, que sostiene la mano de la muchacha, le pide que acerque la lámpara. Se apresura. El cuerpo de Jeanne está extendido. Sus piernas cuelgan. Su falda remangada muestra los muslos redondos, manchados aún por el fango mal lavado.

—Tiene que dormir —dice la vieja, tratando de levantar las piernas de Jeanne hasta la cama.

Sus gestos son torpes. Tiembla demasiado y ya no tiene fuerzas. Sin soltar la lámpara, Antoine la ayuda con una mano. La luz suave estira las piernas, afina más su forma. Antoine no tiene tiempo de penetrarse más profundamente del abandono de aquella juventud. Henriette le coge por la manga y, a riesgo de desgarrar la tela, tira de ella fuertemente hacia atrás. Antoine sale del cuarto de mala gana.

La Galiotte sale detrás de ellos y, después de cerrar con cuidado la puerta, les hace seña de que la sigan. Se dirige a la cochera y allí, con voz temblorosa de emoción, les dice lo que la muchacha tendrá que ignorar siempre.

—Ahora os lo puedo decir… Yo creo lo que dice la pequeña, la estatua ha venido esta noche, sigue reclamando los restos de su cabeza… Los años no cuentan para ella… ¿No lo creéis así?

Nadie contesta. Grattebois, que apenas sabe nada de aquella historia y que, además, no es amigo de oír hablar de aparecidos, se aleja inmediatamente del grupo. Va a sentarse junto al hogar y chupa furiosamente su pipa. Le oyen escupir sobre las brasas, que chisporrotean. La vieja añade, en tono pesaroso:

—Debiste echar los trozos al pantano, Antoine, pero creiste que no tenía importancia y los dejaste detrás de los zarzales… Ahora, tu pereza puede costarle muy cara al que les meta la mano encima.

Antoine se defiende con un gesto vago. Se burla de la mujer. Pero, en el fondo, se siente turbado.

—¡Vamos! No querrá hacernos creer que esa estatua sigue reclamando los pedazos de su cabeza… Eso estaba bien para Moarch, que creía más en el diablo que en el Buen Dios.

—No te burles —suplica Henriette.

A continuación se vuelve hacia la vieja y la interroga con una emoción contenida:

—¿Y esas telas que lavaba? ¿Qué podían ser?

La Galiotte cierra los ojos. Parece concentrarse.

—No me atrevo a creerlo —dice finalmente—, pero podrían ser dos sudarios… Se prepara una desgracia…

En la penumbra, sus labios ya no se distinguen. Sus palabras parecen llegar del más allá.

—Dos sudarios que preparaba para dos que están a punto de morir…

* * *

El vaquerizo se levanta antes de lo que tiene por costumbre. Entra ruidosamente en la sala. Después de haber cogido el pan del interior del arcón, deja caer torpemente la tapadera, que produce un ruido restallante. La Galiotte se yergue en su lecho como si aquel ruido hubiese tenido el filo de un hacha que acabase de rebanar en redondo su sueño. Inmediatamente, se siente avergonzada. Se cree con retraso sobre los demás. Pero ve que apenas amanece. Entonces pregunta quién anda por ahí. El vaquerizo se acerca a la puerta y la empuja ligeramente.

—Soy yo —dice, asomando su hirsuta cabeza.

La vieja ve que la fatiga llena sus ojos negros y brillantes. Ve también en ellos una sombra de temor.

—¡Ah, eres tú! —se burla—. Madrugas mucho esta mañana… No deben ser más de las cinco… el gallo ni siquiera se ha movido. Normalmente, siempre hay que esperarte para darte las vacas… ¿Qué es lo que te pasa?

Sin que ella se lo diga, el vaquerizo entra. La Galiotte se levanta y se viste. No quiere que el muchacho pueda ir diciendo por ahí que ha hablado con ella estando de pie mientras ella permanecía acostada.

—Diríase que no estás tranquilo —añade—. ¿Por qué has hecho tanto ruido?

—Porque… —responde finalmente—, porque no he podido dormir en toda la noche por culpa de Lucas… No ha dejado de asustarme…

—¿Qué historia es ésa?

—Sí, no dejaba de repetir que el diablo giraba a su alrededor… Que le tiraba de los cabellos, de los pies, de los dedos… Yo no podía saberlo. Sólo escuchaba… No quise ver nada y me tapé la cabeza con la manta… No quería que el diablo hiciera lo mismo conmigo… ¿No le ha oído usted gritar?

La Galiotte cloquea una risita.

—¿A quién? ¿Al diablo?

—No se burle… sabe usted muy bien que el diablo no habla… Me refiero a Lucas… Gritaba más fuerte que yo cuando llamo a las vacas que se han alejado demasiado… Durante toda la noche no ha dejado de rechazar al diablo, se lo juro… Seguramente que lo trajo anoche cuando volvió de la Malnoue… Yo no me he movido durante horas enteras, y ahora me duele todo el cuerpo… Creí que iba a morir ahogado bajo la manta, pero vale más morir ahogado que ir al infierno, ¿no es verdad? En fin, cuando ha empezado a romper el día, Lucas ha dejado de moverse y de gritar… Sin duda el diablo se había marchado… por lo visto no le gusta la claridad…

Mientras el vaquerizo habla y habla sin tomar aliento, la vieja ha terminado de vestirse. Rehace su cama con unos cuantos gestos precisos, sin añadir uno más que de costumbre.

—No tienes que preocuparte por eso —dice finalmente entre dos sonrisas y palmeando el hombro del vaquerizo—. Lucas cogió la fiebre en el agua del pantano y ha tenido una pesadilla, eso es todo…

—Pues a mí me ha dado mucho miedo —continúa el muchacho con su vocecilla rápida que trota en el oído de la mujer y, a la larga, la enerva—. Sobre todo cuando ha dicho: «Hay que sacar las piedras, hay que decirles dónde están escondidas… No tienen por qué estar en la Noue, hay que decírselo a la Galiotte y a los demás». Eso es lo que decía cuando hablaba con el diablo…

La sonrisa de la mujer se hiela en sus labios. El vaquerizo se da cuenta de que a su vez la criada siente un miedo parecido al suyo, que inmediatamente se duplica.

La mujer sale del cuarto. El vaquerizo la oye llamar a la puerta de los amos y, en seguida, gritar:

—¡Eh! Henriette, Antoine… Levantaos, los dos…

Tiene que llamar varias veces. Finalmente, el amo sale. Va descalzo y acaba de hundir su larga camisa en su pantalón con los mismos gestos con los que llenaría un saco de ropa. La Galiotte no le da tiempo a interrogarla.

—Aprisa, aprisa, hay que sacudir a Lucas… Yo sabía que alguien había hecho una tontería… Ese animal ha encontrado los pedazos de la cabeza y los ha traído al manso… El vaquerizo le ha oído decir eso esta noche… Vamos, tenemos que enterarnos…

Antoine no contesta. Hace un gesto de malhumor. Empieza a estar harto de aquella historia de la cabeza y de la Malnoue. La víspera, al acostarse, ha tenido que tranquilizar a su mujer, y he aquí que esta mañana le empujan, antes que nada, a ocuparse de nuevo del asunto. Reniega y se despereza para despertar sus músculos. A continuación, utilizando los dedos como peine, pone un poco de orden en sus cabellos alborotados por el sueño. A su vez, Henriette se acerca. También ella trata de librarse de los efectos de su somnolencia.

—Tenemos que enterarnos en seguida —apremia la Galiotte.

Henriete mira a la criada y, poco a poco, vuelve a sentirse invadida por el espanto de la víspera.

—Vamos —dice súbitamente—. La Galiotte tiene razón: si esas piedras estuvieran en la Noue, nos acecharía la desgracia… Mira, ayer la Jeanne estuvo a punto de desaparecer en el pantano… Con esto está dicho todo…

La Galiotte ha abierto ya la puerta de la sala. Antoine está a punto de decirles que están locas, pero recuerda su propio miedo… Aquella escena atroz en la que el Bretón… No quiere pensar en los detalles de aquella pesadilla y hace chasquear la lengua con disgusto… Y ahora, si los restos de aquella misma cabeza se encuentran en la Noue, puede volver a presentarse el mismo mal en el manso, y quién sabe si esta

vez, él, amo actual de las tierras de la Noue, buenas y malas, no será la primera víctima.

Cruzan el patio en el que flotan los velos del alba. Se dirigen rápidamente al otro extremo del hórreo, donde se alojan los criados. Entran. Lucas duerme. Yace de través, medio desnudo. Parece un luchador agotado por un duro combate. Todos ven que se ha batido salvajemente con su pesadilla. Una de sus manos permanece hundida en el vientre de paja destripado. Un leve ronquido, parecido a un estertor, brota de su garganta. Sin contemplaciones, Antoine le agarra por los cabellos y le sacude. Lucas se despierta aullando, arrancado de su sueño a la vez por el dolor y por su propio grito. En un gesto de defensa, su pie golpea violentamente el vacío. Finalmente reconoce a Antoine, le oye, y el miedo se mezcla a su sufrimiento.

—Vas a decirme si es verdad que has encontrado las piedras prohibidas… Vas a decirme dónde las has metido.'.. Vas a decírmelo, o te arranco la cabellera de tres tirones…

Antoine le suelta. Lucas se arrodilla sobre su jergón. Un vértigo va y viene en su cabeza como la pompa de una plomada de albañil manejada por un aprendiz. No llega a mantenerla recta. En un momento determinado, mira hacia la puerta abierta y contempla fijamente el patio como si esperase ver aparecer a alguien. Finalmente, tras una vacilación, suspira y habla:

—Sí, las piedras están aquí… pero no fui yo quien quiso traerlas… No hice más que obedecer a Jeanne… Ella las encontró en los zarzales, allá arriba, hacia la Croule…

—¿Dónde están? —inquiere la Galiotte, cada vez más enloquecida ante la idea de aquella provocación.

—Enséñanos el lugar en el que las metiste —exige Antoine, conteniendo su cólera—, en seguida…

Lucas consigue vestirse y es el primero en salir. Sin pronunciar palabra, todos le siguen. Una vez en el patio, les vuelve la espalda y anda con más aplomo. Al pasar por delante de la sala mira por la puerta abierta. Por un momento teme que Jeanne se haya levantado. No quiere que ella le vea enseñando el escondrijo a los otros. Una vez que esté el saco en el patio, se hará el inocente y jurará que no ha dicho nada. Antoine habrá encontrado el saco, por casualidad.

Sin embargo, antes de llegar a la pocilga, acometido de un súbito temor, modera el paso. Antoine llega a su altura y, propinándole un empellón, le obliga a apresurarse. Una vez ante la puerta de la pocilga, Lucas la empuja y desaparece en el interior. La Galiotte y Henriette se miran y se comprenden sin intercambiar una palabra: si las piedras se encuentran allí, quedará explicada la extraña enfermedad que, desde ayer a mediodía, ataca a los cerdos, cubriéndoles la piel de grandes placas leprosas. Anloine no tiene el mismo pensamiento, pero aprieta los puños. El mozo sale por fin arrastrando el saco. En su interior entrechocan los restos de la cabeza.

—Aquí está —dice, y añade en seguida, asustado—: No le digáis a Jeanne que os

he enseñado el lugar en el que ella me lo había hecho ocultar… No quisiera…

Una bofetada le corta la palabra; Antoine prepara otra, pero Henriette interviene:

—Déjalo —dice—, eso no cambiará nada… De momento, hay que deshacerse de las piedras… Es lo más urgente.

Antoine aparta a su mujer. Lucas conoce a Antoine. Sabe que ahora está dispuesto a golpear sin piedad, que va a romperle un miembro… tal vez matarle. Corre a buscar la protección de la Galiotte, que se mantiene un poco apartada, fascinada por aquel saco en cuyos flancos, silenciosa y activa, hierve la cólera infernal.

—Escucha —le grita Lucas a Antoine—, escucha, voy a decirte algo mucho peor que ha hecho la Malvenida…

Henriette calma a su hombre y se acerca al mozo. No piensa ya en los restos de la estatua. Sus ojos se han cargado súbitamente de una cólera de madre. Se yergue como una víbora.

—Cuenta en seguida qué es lo que ha hecho la Jeanne, para que Antoine tenga doble motivo para castigar a un cobarde y a un embustero.

Unas gruesas gotas de sudor acuden a la frente de Lucas. No tardan en brillar sobre todo su rostro. Se siente acorralado. Querría callarse, pero ya no puede hacerlo. Su salvación está en confesar. Ha llegado el momento de desviar la cólera hacia la hija incendiaria. Cuando la cosa se sepa le dejarán tranquilo e, incluso, le recompensarán. Trata de hablar con aplomo, pero no lo consigue. Finalmente se decide:

—La Jeanne… fue la que…

En aquel momento, una voz burlona les hace volverse.

—¿Qué es lo que ha hecho esa mala muchacha?

Lucas se lleva bruscamente la mano a la boca como si quisiera retener de este modo las palabras que se disponía a decir. Jeanne se acerca a ellos con su risa ligera. Mientras avanza, sigue pasando lentamente un peine por sus cabellos largos y suaves. Sus gestos no reflejan ninguna turbación. Su miedo de la víspera parece no hacer existido nunca. Sólo el borde de su falda manchado de fango habla todavía de él.

—¿Te encuentras bien, pequeña? —inquiere Antoine, súbitamente aplacado.

—Mira a éste —señala entonces Henriette, indignada—. Quiere enterarnos de que has hecho algo mucho peor que haber encontrado esas piedras…

Y le ordena a Lucas:

—¡Continúa! ¿Qué ha hecho la Jeanne? Dilo en seguida… Queremos saberlo…

Las palabras se le han atragantado al acusador, que ve los ojos de la Malvenida encenderse como se encendió la hacina de trigo.

—Habla, Lucas —le estimula finalmente ella, burlona—. Diles que fui yo la que prendió fuego a la hacina, la otra noche… Puedes decir también que fue la Galiotte… o Antoine… o incluso los gendarmes de Angillon… Nunca se sabe… Cuando un mozo como tú quiere contar lo peor, puede esperarse cualquier cosa…

—No tenía la intención de acusarte —trata de explicar Lucas, inclinando la

cabeza.

Esto relaja a Henriette, pero Antoine siente deseos de castigarle. Jeanne comprende su intención y ríe de nuevo.

—Eso no servirá de nada… Pregúntale de qué quería acusarme… Si lo dice…

—Me importa un pepino lo que pueda decir —asegura Antoine, de nuevo tranquilo—. Lo único que quiero es que no se repita la estupidez de traer aquí unas piedras como las que hay en el saco… Desde luego, tú, pequeña, no podías saberlo, pero Lucas… Ahora hay que ir a tirarlas donde deberían estar en este momento… Eso les gustará a tu madre y a la vieja. ¿No es cierto, mujeres?

No añade que también él se sentirá aliviado. Las mujeres asienten con la cabeza.

—Tú —continúa secamente, volviéndose hacia Lucas—, tú llevarás este saco hasta la Malnoue. Tú lo trajiste, tú irás a arrojarlo al pantano… lo más lejos posible…

—Yo también iré —dice entonces Jeanne.

El mozo protesta con voz apagada:

—No podría ir allí… no quiero volver allí…

Jeanne se acerca a él, le mira fijamente a los ojos y le escupe en pleno rostro.

—No necesito la ayuda de un cobarde —dice.

* * *

Desde la Noue, la Malvenida empuja con un terrible esfuerzo el carretón y su carga de piedras rotas. Piensa con desprecio en la falta de hombría de Lucas, en la cobardía de las dos mujeres. Piensa en aquel Antoine de las cóleras inútiles, y se siente sola, muy sola. Así, la dicha afluye por partida doble a su corazón cuando en un recodo del camino ve a Blaise. Él la buscaba y la llama inmediatamente. Pero ella hace como si no le oyera ni le viera. Esto le produce aún más placer.

Blaise no tarda en estar a su lado.

—¿A dónde vas? —pregunta, en un tono que traiciona su alegría.

Ella no contesta. Entonces, Blaise, la obliga a pararse y a dejarle el carretón: para él, empujarlo es un juego de niños. Jeanne le sigue. Sus ojos han adquirido un tono púrpura. Están pegados al cuerpo de Blaise, a sus musculados brazos, a su ágil andadura. Empuja el carretón sin esfuerzo aparente, aunque ella sabe lo que pesa. Sabe también que Blaise hará todo lo que ella le pida, no importa qué, en bien o en mal.

Y ésta es la idea que la domina. En sus pupilas extrañamente animadas, el demonio del mal oculta sus alas de llama roja. La cicatriz en forma de estrella de su frente tiene el mismo reflejo.

De pronto, Blaise siente la fuerza de la mirada infernal. Como quemada la nuca por una brasa, vuelve bruscamente la cabeza. Es atraído inmediatamente por los ojos de la muchacha. No ve más que aquellos ojos y su llama. La víspera ha percibido ya aquel resplandor. Lo teme. Una vez más, Jeanne se dispone a partirle el corazón. Modera el paso. ¿Por qué, desde hace unos días, se porta así Jeanne con él? En tanto que en otro tiempo… Al pensarlo, suspira audiblemente.

—¿No estás contento? —inquiere la Malvenida en tono arisco—. Si no estás contento, puedes marcharte.

Blaise se para y suelta el carretón.

—Te gusta torturarme, Jeanne. Sabes perfectamente que te ayudaría incluso para lo peor.

Esta última palabra le hace recordar lo que la muchacha le ha pedido la víspera. Recupera un poco de aplomo.

—A propósito, permíteme decirte que, ayer, me dio mucha risa que me pidieras que prendiera fuego a mi casa…

Jeanne se acerca a él y le habla mirándole fijamente. Blaise nota su suave aliento.

—¿Se lo has contado a alguien de tu casa?

—Desde luego que no… No hubieran comprendido la broma.

Jeanne le coge por las muñecas.

—No es una broma… y has hecho bien en no hablar de ello… Es preciso que no sospechen… que tú… el hijo…

—Sigues bromeando…

—Mírame —dice Jeanne con voz sorda—. ¿Te parece que bromeo? Mírame.

Un pliegue de maldad frunce sus labios. Blaise comprende entonces que ella dice lo que piensa y que quiere lo que le pide. Jeanne habla, y no es su voz. El demonio la tiene en su poder y habla por su boca. Las palabras brotan de su garganta sin que ella pueda retenerlas.

Pero, ¿cómo podría saberlo Blaise?

—Ahora, no hay otro medio para poseerme… Si me quieres para ti, tendrás que pagarme… Comprarme con llamas…

Blaise querría no haber oído, pero, al rozar el cuerpo de Jeannc, que se hace más deseable que nunca, empieza inconscientemente a admitir la idea del gesto criminal. El aliento nuevo de la muchacha es como un raro perfume. Ella le apremia:

—Bien —dice—, ¿te has decidido?

Se aparta de él. Blaise teme súbitamente perderla, y esta vez para siempre.

—Y bien… —insiste Jeanne.

Blaise asiente inclinando la cabeza, que no vuelve a levantar, abrumado por el peso del remordimiento antes incluso de haber hecho el mal.

Entonces, las alas púrpura se repliegan y abandonan los oojs de la Malvenida. De nuevo brillan en ellos unas lentejuelas como estrellas sobre un fondo nocturno. La muchacha sacude sus largos cabellos. Parece regresar de un lugar muy lejano. Mira al mozo, que permanece inmóvil.

—¡Adelante! —exclama Jeanne con voz cantarína—. ¿Qué es lo que esperamos aquí?

* * *

Están cerca de la pared de juncos sucios de agua. Jeanne sigue a Blaise, que ha cargado con el saco y que piensa de nuevo en las montruosas exigencias de la

muchacha. El rostro curtido de la Malvenida se ha cubierto de manchas color ceniza como si por ellas se retirase la vida. Es porque vuelve a verse allí, la víspera, con las piernas en aquel fango silencioso y voraz.

—No te acerques demasiado —murmura, inquieta.

—Tendría que ser tonto para dejarme atrapar —replica Blaise con una voz que lucha por librarse de otra preocupación: la promesa criminal que acaba de hacer con la intención de cumplirla—. Un niño de cuatro años, no digo que no… Pero, tú o yo…

Jeanne se calla. Vuelve a ver las apariciones. Luego las expulsa explicándoselas con un atisbo de sentido común: aquella liebre descarnada y aquella mujer sobre el agua sólo han podido ser unas alucinaciones, debidas al alcohol bebido en las Rudesses. Y el color moreno de la vida vuelve a sus mejillas.

Llegan a la parte menos espesa del cinturón de zarzales. El agua de la Malnoue no queda lejos, detrás. La muchacha le dice a Blaise que vacíe el saco en el suelo. Él lo hace, y a continuación coge una de las piedras. Se la pasa de una mano a otra, le da vueltas, la mira, la sopesa y la golpea contra su zueco, que resuena.

—¡Qué piedra más rara! —murmura finalmente.

—Haz como yo —le dice vivamente la Malvenida.

Coge un trozo de la estatua y, tensando el brazo, lo envía al centro de la Malnoue. Una leve espuma se deposita sobre el agua tranquila que se llena de anillos ondulantes, flexibles como un lomo de culebra. Blaise la imita. Lanza con su fuerza de hombre, más brutal. Pero su piedra apenas va más lejos que la lanzada por la muchacha. Uno después del otro golpean el agua y, a medida que arrojan piedras, la superficie espumea en grandes borbotones que ascienden del fondo podrido y estallan con hedores fétidos. Los anillos líquidos no tardan en convertirse en olas. Diríase que la Malnoue es repentinamente una inmensa caldera hirviendo sobre una de las bocas del infierno. Blaise y Jeanne gritan para estimularse al lanzar: ¿quién llegará más lejos? Ponen tal ardor en su juego que no se dan cuenta de que las olas ascienden y se esparcen por el suelo, a sus pies. No, no se dan cuenta. Lo único que ven es que sólo quedan cuatro trozos para lanzar: dos para cada uno. Blaise lanza el primero… Jeanne el segundo… Blaise lanza el tercero, y último para él, que vuela en parábola… Ya ha desaparecido. El mozo respira profundamente y ríe. Jeanne le acompaña en la risa. Con las piernas bien asentadas en el suelo, se dispone a lanzar el último de todos, pero su risa se interrumpe de golpe. En su mano, la piedra acaba de moverse. Sus dedos se abren por sí mismos. Parece que el guijarro palpita. La muchacha grita, no sabe si de enajenación o de miedo:

—¡Blaise, tengo un corazón vivo!

—En tal caso, tíralo de prisa, antes de que sangre sobre tu vestido… podría mancharlo.

La risa y las palabras del otro la excitan. Y lanza la piedra con la fuerza del despecho. Siguen la curva de la piedra y ven ascender una enorme gavilla de agua

más espumosa que las anteriores, impresionante y tan grande como un tronco de encina tres veces centenaria. La muchacha agarra bruscamente el brazo de Blaise. Por fin adquieren consciencia de la tormenta que agita las aguas de la Malnoue maldita. Sin duda alguna, acaban de provocarla.

Un viento sopla remolinos. Aúlla como una fiera rabiosa. Aspira y suelta de nuevo en cascada el agua hinchada de reflejos negruzcos. Los juncos son arrancados por aquel extraño ataque de furor. La Malvenida se agarra a las ropas de Blaise. Retroceden con dificultad. A casa paso, el viento se hace más intenso. Diríase que trata de precipitarles en el agua rabiosa. Jeanne se engarfia a la camisa del mozo. Sus uñas arañan su piel. La tela cede. Ella le rodea con sus brazos. Su rostro se aplasta contra su pecho de hombre. La piel del mozo es cálida. Jeanne aprieta sus labios contra ella. Blaise lucha por los dos. No ve que ahora, para Jeanne, no existe nada más que él. Nota únicamente en su pecho una leve quemazón que va ensanchándose.

Súbitamente, un resplandor cruza el cielo. Blaise alza bruscamente la cabeza. Una gran sombra se ha desplegado, invadiendo la claridad. Un fragor sordo y prolongado sigue al resplandor. La tormenta está aquí, entera, transportando todas las brasas que vagan por el cielo. Blaise sacude a Jeanne. Tira de ella con todas sus fuerzas. Finalmente, la muchacha le muestra su rostro: sus ojos, en los cuales giran unas cenizas salpicadas de oro y de muaré, a la vez pesadas e incisivas. Ve sus labios que se tienden llenos de deseo. Un nuevo relámpago le inunda de fuego húmedo y le curva hacia la Malvenida. Hunde sus labios en los de Jeanne, al tiempo que se derrumba la montaña de ruidos volcados por el rayo.

El viento amaina. Inmediatamente, gruesas gotas tibias caen del vientre enfermo del cielo. Caen a plomo. Son pesadas y estallan sobre el suelo sediento. Ruedan por el polvo de agosto. No tardan en ser vertidas a cántaros. Es como si el agua revuelta de la Malnoue cayera en forma de lluvia. Acribillan el calor húmedo que vaga entre las nubes de cólera y la tierra que empiezan a asolar.

Las primeras gotas se prenden en los cabellos de Jeanne y de Blaise, apretados uno contra otro. El mozo se esfuerza en proteger a Jeanne envolviéndola con sus largos brazos, pero no deshace sus labios de los labios de la muchacha. La lluvia se hace más espesa. Furiosa, abofetea a la pareja que permanece allí, bajo su ímpetu. Blaise resiste pero, entre sus brazos, Jeanne se estremece de placer. El mozo la levanta y la lleva al abrigo de los árboles. Los largos cabellos de la Malvenida están empapados de agua, que blanquea también la piel de su rostro. La ropa está pegada a sus formas que aparecen como desnudas. Blaise la aprieta con fuerza contra su pecho. En su boca hay el gusto salvaje y perfumado de los labios de Jeanne. Lo saborea como si hubiese bebido un solo sorbo de un vino maravilloso y raro. Ella ha apoyado su frente contra su cuello. Ahora, Blaise lleva a Jeanne tal como había querido llevar a aquella pieza que hasta entonces se le había escapado y que ahora acaba de echarse en la trampa de sus brazos. Un fino vapor blanco asciende de la tierra.

De cuando en cuando, el sol trata de asomar entre las nubes oscuras que discurren

por el cielo. El ruido del agua acribillando el suelo es ensordecedor.

Y Jeanne pesa súbitamente. Pesa tanto como una gran roca. Blaise no puede llevarla. Y la deposita en el barro que tiembla por doquier sobre la tierra. Jeanne atrae a Blaise hacia ella. Él se tiende a su lado, bajo la lluvia, sobre el barro.

Para los dos, lluvia y barro desaparecen de repente.

* * *

De nuevo el cielo muestra su campo azul, en el cual sigue girando el gran tornasol de oro del astro rey. La tormenta ha desaparecido tan aprisa como ha llegado. El verano no sabe controlar sus estados de ánimo. La hierba está acostada. La tierra ha quedado empapada. Unos cuerpos están marcados. Las ropas se han secado.

Antes de llegar a la Noue, Jeanne empuja a Blaise hacia los Langlois. El mozo no quiere separarse de ella. Jeanne se esfuerza en hacerle comprender que no deben verles juntos. Finalmente, Blaise se marcha con una amarga pesadumbre en el fondo del corazón.

—Ya verás… —dice, al marcharse—, ya verás, cumpliré mi promesa y volverás a ser mía…

El tono de su voz es resuelto, pero un velo de tristeza oculta el fuego de su deseo.

Jeanne ríe.

«Promesas… Muchas promesas».

Cuando se trata de conservar su bien, los hombres son tan prometedores que prometen sin saber lo que prometen. Jeanne ríe porque ha olvidado lo que por dos veces le ha pedido al mozo. Ya no es víctima de la maligna influencia. El poder maléfico parece haberla abandonado a medida que las piedras desaparecían en el agua de la Malnoue.

Ahora, al entrar en el patio de la Noue, sólo piensa en esta nueva dicha que discurre por su cuerpo despertado al placer. La Galiotte tiene que llamarla para que retorne a la realidad.

—¡Eh, pequeña! ¿Dónde estabas? Por tu aspecto, veo que te ha pillado la tormenta…

Temiendo que la vieja adivine, la Malvenida inclina la cabeza y no contesta.

—¿Sabes dónde ha caído el rayo? —continúa la vieja, que no parece darse cuenta de la turbación de la muchacha—. ¡En tu cuarto, pasando por la ventana! ¿Qué te parece? Ha ido hasta tu cama y se ha marchado sin causar ningún daño… Nunca había visto nada igual, a pesar de que a mis años se ha visto ya casi todo en materia de tormentas… Ah, sí, ahora que lo recuerdo, tendrás que ir al pueblo antes de que anochezca… Le dirás a Guillon…

Pero Jeanne no escucha ya. Corre a su cuarto y se encierra en él. Acaba de recordar súbitamente que olvidó llevarse y tirar la piedra que guarda allí. Llena de odio hacia aquel trozo de estatua que tendría que encontrarse en el fondo de la Malnoue, desliza su mano debajo del colchón y ahoga un grito de dolor. La piedra ha debido ser alcanzada por el rayo. Debajo del dril intacto, quema como una gran brasa.

* * *

Alrededor de la antigua iglesia, vueltas hacia el río siempre despierto, las tumbas se aprietan unas contra las otras. Algunas están soldadas juntas por la hierba y las bisagras silvestres. Sin el enterrador que cuida el cementerio, las avenidas desaparecerían rápidamente, tragadas por aquella glotona vegetación que se alimenta con la carne de los muertos. El recinto, rodeando de un sólido muro rojo cubierto de manchas verdes, conserva un olor a madera carcomida, a savias ricas y a hierbas quemadas. La gran puerta de roble, la que mira hacia el porche de la iglesia, se abre por una de sus hojas, que rechina. La otra está inmóvil desde hace mucho tiempo. La herrumbre ha hinchado sus goznes. Ni los fuertes empujones de los hombres, ni la caricia del aceite podrán hacerla revivir. No hay remedio para una de las peores enfermedades que padece el hierro, que también tiene sus enfermedades. Jeanne empuja la hoja viva y entra, como invitada por su chirrido. De entre los muertos nacen golpes sordos y pesados. La tormenta ha barrido la avenida. La temperatura es suave. Jeanne no ha venido nunca aquí, pero hoy sus pasos la han conducido a la fuerza hacia la puerta enferma. La Galiotte la ha enviado al pueblo para que le diga a Guillon, el carnicero, que el ternero está a punto. Nada más. Y he aquí que se encuentra en el cementerio que, habitualmente, la deja indiferente.

Los golpes se suceden con intervalos regulares de silencio. Jeanne mira hacia ellos. A cierta distancia, suben y bajan una cabeza y una espalda. Unas paletadas de tierra arenisca saltan sobre el talud que van hinchando. Se desparraman, ruedan como grano que se amontona. La muchacha se acerca. Oye la respiración entrecortada del hombre. La fosa es ya profunda. El enterrador no la ha oído llegar. El polvo de tierra cae sobre el sudor que resbala a lo largo de su cuello. Jeanne llama al hombre, que se yergue con un sobresalto. Es viejo. Su rostro está enrojecido por el esfuerzo.

—¡Ah! —suspira, relajándose.

Luego pregunta:

—¿Qué es lo que quieres, pequeña?

Un momento antes, no habría sabido decirlo. Ahora está impaciente.

—¿Dónde está el rincón en el que metieron a Moarch, de la Noue? Era mi padre…

El enterrador no necesita reflexionar. La muerte de aquel Bretón dio que hablar lo suficiente para que lo recuerde sin dificultad. Además, conoce bien a su gente. Para él, un nombre evoca la serenidad, o un rostro vaciado por la fiebre, o los rasgos crispados del que partió en medio de los dolores de un mal violento.

Mira a la muchacha.

—Entonces, tú eres la Malvenida —dice finalmente—. Echa a andar por ahí, a tu izquierda, y cuenta hasta la novena tumba… Allí está.

Luego escupe en sus manos, ahuecándolas para tomar mejor su escasa saliva. Despierta de nuevo al silencio y continúa violando la tierra en la que será echada una inútil semilla de hombre, capaz únicamente de hacer brotar algunas flores. Jeanne

cuenta las pequeñas prominencias herbosas. La novena es la de su padre, desde luego. La han recubierto con una larga losa. El musgo ha hinchado la inscripción. Ha puesto de relieve los signos que el cincel ha excavado en la piedra. La Malvenida mira en primer lugar las fechas: 1857-1897, y luego la cruz de madera de roble, muy inclinada. La humedad ha deformado la madera. La mirada de la muchacha resbala de nuevo sobre la losa. En la parte inferior, está más hundida. Hacia la cabeza, cerca de la cruz, parece que han tratado de levantarla, recientemente. En aquel lugar, la hierba está acostada. A pesar suyo, Jeanne se inclina. Una fuerza la sujeta por la nuca y dirige su cabeza hacia los contornos de la losa. Entonces ve que uno de los ángulos acaba de ser descantillado. El lugar mellado, blanco como la leche, brilla sobre el color oscuro y viscoso de la piedra. Una sensación de inseguridad oprime a Jeanne. El trozo que falta tiene el grosor de un puño. La Malvenida empieza a buscarlo, inútilmente. Sabe que hay que encontrar aquel trozo de piedra. Retrocede y corre hacia el hombre que prepara el hecho eterno. Le toca en el hombro. Vuelve a sobresaltarse e interrumpe su trabajo.

—¿No la has encontrado? —dice.

Se da cuenta inmediatamente de que la muchacha está asustada.

—Has visto un fantasma, ¿no es cierto? —bromea, volviendo a encontrar a pesar suyo la risa que creía muerta y enterrada desde hace mucho tiempo.

—Venga… venga —suplica Jeanne.

El enterrador sale trabajosamente de su hoyo. Diríase que está hecho a su medida y que no quiere abandonarlo a fin de no tener que andar tanto. La muchacha anda de prisa. El hombre la sigue lentamente. Con un gesto de impaciencia, ella le muestra la losa descantillada. El hombre se inclina, para mirar bien. Su mano gruesa, de dedos entumecidos, doblados de tanto sostener mangos, dicurre torpemente por la fractura. También él mira hacia el suelo buscando el trozo que falta. Vuelve la cabeza hacia Jeanne y se incorpora.

—Esta mañana —dice— he vuelto a plantar esa cruz… el viento soplaba con tanta fuerza debajo de ella que la ha enviado muy lejos… A decir verdad, es la primera vez que veo una cruz que sale volando hasta el otro extremo del recinto.

A la Malvenida le tiene sin cuidado la cruz. Lo que la ha impulsado a ir en busca del hombre es esta losa levantada, y su fractura. El enterrador habla, y lo que dice concreta en ella un pensamiento hasta ahora confuso.

—Diríase… que alguien trató de levantarla y que se le ha quedado un trozo en la mano… ¿Es eso lo que piensas, pequeña?

Jeanne no contesta. Cree comprender por qué ha venido aquí, a pesar suyo. Era preciso que viera aquella fractura. Sin ella, sus pies no se habrían dirigido nunca hacia este otro mundo. Pero lo que más la angustia es haber sido víctima de aquella fuerza que la ha impulsado a mirar. El enterrador pasa su mano por sus mejillas erizadas de un pelo rojizo y tupido como un rastrojo. Finalmente se dispone a volver a trabajar por cuenta de los muertos, los cuales, aunque sin vida, siguen exigiendo la

labor de los otros. Una leve sonrisa vaga por su rostro arrugado. Murmura… Jeanne puede oírle. El hombre trata de bromear.

—Hay que creer que tenemos por aquí un alma que anda escasa de buenas acciones para merecer el Paraíso… Tal vez ha intentado salir de su agujero…

Y su risa suena cascada.

Jeanne ha cerrado los ojos. Sus dedos aprietan su garganta. El viejo no ve que la muchacha hunde las uñas en su piel. La cree triste, cuando está angustiada.

—Vamos, pequeña, no te lo tomes así… No trates de comprender lo que un viejo compañero de los muertos como yo no siempre comprende…

—Pero, han querido…

—Deja eso, pequeña, nunca sabrás nada. Con los difuntos, nunca se sabe nada… ¿Quién te dice que el que fue tu padre no ha tratado de estirar un poco las piernas esta noche? Cuando se vive en un cementerio se ven muchas cosas raras… Y puedo asegurarte que he dejado de preocuparme por ellas. Aquí, los muertos pueden hacer lo que quieren, por algo están en su casa.

Y una vez más desgarra el silencio con su risa.

Jeanne abandona el camposanto cuidado por aquel viejo sepulturero que es casi un esqueleto y que bromea con tanta facilidad. Sólo se siente aliviada cuando divisa la Noue.

* * *

La noche es fresca. Un viento húmedo llega de Berry. Le sigue el rastro a la tormenta de la mañana y trae unos copos de nubes blanqueados por la luna. Diríase que acaba de hurtar un montón de lana de cordero y que la dispersa. Gime al chocar con las pendientes de Sologne. El bosque de la Croule le rasca el vientre. Jeanne no consigue quedarse dormida. El gruñido del viento le impide conciliar el sueño. Se vuelve de cara a la pared. Tal vez tapándose las orejas podrá dormir. Obliga a la oscuridad a meterse en su cerebro. Pero la pelea que ha enzarzado a Antoine y a Lucas, a la hora de cenar, cuando ella acababa de llegar del cementerio, no se aparta de su pensamiento.

Durante todo el día, Antoine ha rumiado su rencor. No ha podido olvidar las ásperas palabras de Lucas disponiéndose a acusar a la muchacha. Más que la bravata de haber traído aquel saco a la Noue, permanecen en su cerebro y crecen como esas plantas que hay que meter en una botella de gollete estrecho. Llega un momento en que las raíces se distienden como un puño que se abre y hacen estallar el vidrio. Del mismo modo, las palabras del mozo han entrado en él, al principio inofensivas. Pero, a la larga, a fuerza de ser sacudidas por unos pensamientos cargados de odio, unas malas raíces han empujado a aquellas palabras que, bruscamente, han hecho estallar el cerebro de Antoine.

—Después de lo que has dicho de la Jeanne, tienes que marcharte —ha sentenciado Antoine.

—No es hija tuya —ha replicado Lucas.

Entonces, Antoine le ha abofeteado con la mano abierta, como si Jeanne fuese realmente hija suya. Esta vez, Lucas se ha defendido. Inmediatamente, se ha lanzado sobre él. Se han peleado de veras, a puñetazos y a patadas. La Galiotte y Grattebois se las han visto y deseado para separarles. Jeanne no ha dicho nada. Se ha limitado a apartarse un poco para ver mejor a los dos hombres que luchaban por ella. Un espectáculo emocionante. Jeanne se sentía orgullosa e incluso feliz al contemplarlo. Finalmente, Lucas ha abandonado la Noue humillado pero amenazador. Ha dirigido una venenosa mirada a Jeanne, pero no ha dicho nada. De manera que todo ha terminado bien. Los otros han hablado largo rato de aquella pelea. Antoine permanecía silencioso en una esquina de la mesa. De cuando en cuando miraba a Jeanne y parecía relajarse. Ella se ha acostado pronto, con el cuerpo roto por una jornada en la que el amor y el miedo la han enlazado sucesivamente.

Y he aquí que empieza de nuevo a temblar como si los dedos de Blaise rozaran su piel. Finalmente, se amodorra. Al cabo de unos instantes suspira y se despierta. Tiene la impresión de haber dormido horas enteras. El viento se ha callado. De pronto, a lo lejos, los perros de Angillon ladran con rabia, como atacados de locura. Jeanne piensa que ladran todos a la vez para armar semejante estrépito. Querría saber qué hora es. El día no debe estar lejos. Tiene prisa por abandonar esta cama inútil.

¡Vaya! He aquí unos ladridos más próximos. Con los de los tres perros de la Maladrerie. Responden a sus hermanos del pueblo. La noche es desgarrada por sus gritos feroces, que por un instante parecen apagarse, para volver a resonar en un tono lúgubre, trocados en aullidos a la muerte. A Jeanne nunca le han gustado los perros. Maldice a los payeses de la Maladrerie por tener unos animales tan odiosos. Finalmente, los aullidos se hacen lamentos, y luego cesan. De nuevo reina el silencio nocturno.

Aquel silencio trabaja los pensamientos de Jeanne. Sin saber por qué, he aquí que imagina estar en aquel momento en la Maladrerie y que debe regresar en seguida a la Noue. Y así, como en un juego, empieza a calcular los pasos que tendría que dar. Y sus piernas se tensan como si andara por el atajo. ¿Por qué por el atajo y no por el camino? No trata de averiguarlo.

Ahora ha dado doscientos pasos. Tendría que encontrarse debajo de la Maladrerie, en el lugar en que el sendero se hace más empinado para pasar la estrecha colina que se encuentra allí. Sigue andando. Doscientos, trescientos pasos… Fatigadas, sus piernas flaquean. Es largo y penoso, pero ella no puede parar de contar. Está como empujada por aquel nuevo silencio. Finalmente, sus músculos interrumpen el esfuerzo y se toman un descanso. Si ha calculado bien, se encuentra cerca de la cabaña de Boucheron. Allí también hay un perro. Jeanne se encoge en su lecho y, ansiosa, tiende el oído. Y he aquí que el perro del jornalero lanza sus ladridos breves y furiosos. También él ha sido obligado a aullar, lo mismo que los de Angillon y los tres de la Maladrerie. Por la noche, los perros no ladran por nada. Lo mismo que no aullan a la muerte sin motivo. Jeanne escucha. Querría que llegara el día

inmediatamente para expulsar aquella oscuridad tenaz, pegajosa como la liga. El perro de Boucheron aúlla a la muerte.

Jeanne trata de no pensar en nada, pero sus piernas vuelven a tirar de sus músculos calientes y se reanuda la marcha en su cerebro con los latidos de un corazón que no es el suyo. El perro se ha callado. Ahora, Jeanne debería hollar las tierras de la Noue. Una humedad se esparce por su cuerpo. Aquí no hay perro. Jeanne se sofoca de angustia. Sigue contando. Ahora, el que hubiera andado como ella tendría que encontrarse a la vista del manso. Ella sabe que nada le ha detenido y que, sin duda, nada hubiese podido detenerle. Sabe que avanza con rapidez y que no tardará en llegar. No se atreve a rechazar aquella gruesa manta de lana que le impide respirar. Teme quedarse desnuda, sin defensa, sobre su lecho.

Imagina a una sombra imprecisa cruzando el patio y empujando la puerta de la sala, aquella puerta que nunca se cierra. Entonces, se cubre la cabeza con la manta. Aprieta sus párpados sobre sus ojos, hasta el punto de hacer correr por ellos unos resplandores rojos. Ahora, ya está, tiene que encontrarse aquí.

Respondiendo a aquel pensamiento, la puerta de la sala esparce un ruido áspero. Alguien la empuja. Chirría. Unos pasos afelpados rozan el suelo, casi sin tocarlo. Una carrera de niño produciría más ruido. El roce se acerca a la puerta de su cuarto. Es demasiado tarde para echar el cerrojo. El miedo de Jeanne se agiganta. Su respiración se hace más breve y precipitada. Ve la pálida claridad que la luna arrastra hasta su cama. No oye nada más, y podrá recobrar su aliento, pero la puerta se abre lentamente y, como la otra, chirría. La muchacha ahoga un grito. Sus uñas se clavan en sus muslos, penetran en la carne. El dolor no arranca de ella su angustia.

El roce se repite, luego vacila. Avanza hacia el lecho e, inmediatamente, se aleja de él. Jeanne trata de distinguir una forma humana, pero no ve a nadie. Entonces piensa que un rumor tan suave de pasos no podría producirlo un ser viviente. Su miedo se hace ronco y le acribilla el pecho. A veces, las almas en pena vienen a implorar la ayuda de los vivos. Pero, ¿qué difunto podría necesitarla a ella, a Jeanne Moarch? ¿Qué alma en pena podría reprocharle algo a ella, que es todavía una niña y que nunca ha jurado en falso por los muertos ni los ha utilizado para maldecir?

El roce va y viene por el cuarto. Finalmente se dirige hacia el rincón en el que se encuentra la cómoda de madera de roble adornada con clavos de cobre. Allí hay una silla, que cruje. Un peso la aplasta. Jeanne sigue sin ver nada. Vuelve el silencio, luego hay un suspiro, luego otros, profundos y tristes como lamentos.

No sabe cuanto tiempo permanece así, con los nervios en tensión. Está a punto de perder el conocimiento cuando la silla vuelve a crujir. Bruscamente la ventana se cierra con un ruido seco. Jeanne se encuentra como partida en dos. Los pasos muertos se acercan directamente a ella. Se arrastra hasta la cabecera de la cama. Se aplasta contra la pared. Querría fundirse con ella, desaparecer. Ahora, aullar su miedo le resultaría imposible. En lo más intenso de su terror, le parece que el que ella no ve levanta la cama. Resuena un choque sobre el embaldosado… Inmediatamente

después, la puerta de su cuarto se cierra de golpe y, a continuación, como un eco, la de la sala. Jeanne se siente acometida por el deseo de huir, pero sólo logra incorporarse a medias. Quiere ver lo que acaba de rodar por el suelo, pero está atada por sus propios músculos.

El perro de Boucheron vuelve a ladrar. Entonces, desligada, Jeanne contempla el suelo iluminado por la luna. Ve un trozo de piedra. La imagen de la losa bajo la cual descansa su padre se impone a sus ojos. ¿Y si esta piedra fuese la que falta en su tumba? Quiere saberlo. Esta vez, el miedo no consigue paralizarla. Salta de la cama, tiende la mano hacia la piedra, la coge y la aprieta. Entonces se da cuenta de que empuña el trozo de la estatua, el último de los trozos que tenía que haber arrojado la mañana anterior en la Malnoue. Ha caído de su cama. Se ha confundido… Se acerca a la puerta. Está bien cerrada. Lo mismo que la ventana. Jeanne se convence a sí misma de que ha tenido una pesadilla …

Pero, en aquel momento, oye los aullidos de los tres perros de la Maladrerie. Sin soltar la piedra, se pone falda y corpiño y sale como una loca. Allá abajo, el brocal del pozo brilla como una corona de mayo. Jeanne va a librarse de la piedra arrojándola al pozo. Allí, el agua es profunda. Corre hacia él. A lo lejos, los perros de la Maladrerie, aúllan estimulándose el uno al otro como si el que les asusta se hubiese parado y esperase. Jeanne llega al pozo, pero la fuerza que hay en la piedra retiene su gesto. La muchacha se vuelve y mira hacia el camino de la Croule. La piedra parece aligerarse en su mano. Jeanne se pone en camino. Un sopor empieza a envolverla. Comprende que obedece, pero no quiere seguir obedeciendo. Se para, y arroja el trozo de estatua a un hoyo, cavado en el suelo por las ruedas de los carros. Mañana, después del paso de las carretas cargadas, la piedra infernal no será más que polvo.

En cuanto ha soltado su carga maléfica, oye los secos ladridos del perro de Boucheron, taladrando la oscuridad. Sabe él que el otro regresa, y que regresa con más rapidez que al marcharse. La visión de la losa descantillada y levantada a medias, se impone a ella. La imagina erguida sobre la fosa vacía. El alma en pena tiene que ser su padre. Es él quien ha venido, y quien está de regreso. Debe de tener alas, las grandes alas negras que ayudan a los muertos a trasladarse de un lado a otro en silencio.

Jeannc corre a encerrarse en su cuarto. Detrás de la cama hay un espacio vacío y oscuro. Se oculta allí, de cara a la pared. Arrodillada, encorvada, diríase que espera un castigo. Tiembla, sus dientes castañetean.

«Ya tendría que estar aquí», piensa, y se persigna.

Se arriesga a mirar hacia la ventana cerrada. En aquel momento, un rápido centelleo se desprende de ella y un ruido seco estalla en el cuarto. Se mezcla con un ruido sordo que rueda por el suelo.

¡La piedra que Jeanne ha arrojado al hoyo acaba de caer en el mismo lugar donde ella la había cogido unos minutos antes! La han lanzado desde el patio. El cristal está roto.

Entonces, una necesidad de actuar hace reaccionar a la Malvenida. Se precipita afuera, pero nada sobrenatural atrae a su mirada… Sólo el andar lento de aquel sapo de establo, muy real, balanceándose sobre sus patas tensas y arqueadas, con su cuerpo hinchado y granujiento. Se le atribuye, alternativamente, maldición o bendición. Según los acontecimientos, el perjudicial o necesario. Se le quiere o no se le quiere. Se le maldice o se le desea. Jeanne lo ha visto cien veces sin pensar en hacerle el menor daño. Ahora, sin embargo, coge un palo y lo aplasta a golpes. Mientras golpea grita su repugnancia, pero a cada uno de los golpes su propio miedo se va desvaneciendo.

El ruido del cristal roto ha despertado a los del manso. Salen. El asombro les deja momentáneamente sin voz. Luego, Henriette habla, y la Galiotte, y Antoine.

—¡Jeanne! ¿Qué ha pasado?

—¿Qué es lo que estás golpeando?

—¡Pequeña! ¿Eres tú la que hace ese ruido?

Ella no contesta. Sigue golpeando la charca de carne y de sangre del innoble e inocente animal.

Antoine se acerca a la muchacha. La coge del brazo.

—¡Suélteme! —grita ella, maligna.

Bruscamente, la Galiotte lanza un grito de estupor. A lo lejos, detrás de la colina que oculta los Langlois, asciende el inmenso resplandor rojo de un incendio. Las llamas se extienden por el fondo del cielo tocado ya por el alba. De pronto, como soltadas por el fuego, una, dos descargas de fusil rasgan el silencio. Jeanne suelta el palo y lleva sus manos a su boca. Sufre como si acabara de ser alcanzada por los disparos.

—¡Dios mío! —gime, asaltada por una brutal aprensión—. ¡Dios mío! Con tal de que…

VI

En cuanto se ha marchado el brujo de Ménétréol, Moarch siente aumentar su fiebre y su miedo, que le mantienen toda la noche en trances y en sudores. Gracias al cielo, a la mañana siguiente, la Galiotte se levanta muy temprano y empieza a hablar a solas en voz alta, en la sala. El bretón saca entonces el papel mágico de debajo de su almohada y se lo traga devotamente. Una hora después ya no tiene fiebre, ni miedo. Se levanta y come con apetito. No tarda en experimentar un fuerte deseo de dar una vuelta por sus tierras y de volver a verlas en detalle como si hubiese estado a punto de perderlas para siempre.

Héle aquí en el camino de los Langlois. El campo, en torno a él, está inmerso en una luz cruda que daña a la vista. El frío matinal se pega a su mejilla. Le parece descubrir de nuevo el olor de la tierra. El rocío le picotea el interior de la boca y de la nariz. Por doquier, la hierba tiene un aspecto enjundioso. Moarch siente latir la vida en todas sus arterias. Piensa dirigirse en primer lugar al bancal de cebada que marca el límite de sus tierras en dirección al valle, pero una fuerza tira de él hacia atrás, hacia el bosque de la Croule. Vuelve sobre sus pasos. Está en el camino herboso de la Malnoue. Sube la pendiente. Su paso se hace ligero y ágil. Percibe la hilera de avellanos. Desde la última vez que estuvo aquí, las hojas la han hinchado. Una niebla brillante de sol señala el lugar que ocupa el pantano. Unos reflejos azules y verdes golpean a los juncos y a las hierbas altas. Aquel pantano de agua muerta es una llaga viva que alimenta a los mosquitos, del mismo modo que las llagas del ganado engordan a las moscas. El agua podrida desprende un intenso hedor. Un hedor verdáceo, grasiento, desalentador. Las miradas de Moarch no se detienen a contemplar aquella tierra perdida para él. El campo de trigo se extiende más allá. Los ojos del Bretón brillan de orgullo. Avanza contra la masa verde. Le llega a las rodillas. Aspira largamente el frescor que asciende de aquella tierra por la cual ha hecho tanto y hacia la cual van todas sus esperanzas.

Pero, vuelve a verse en su lecho, enfermo de aquel extraño mal. Inmediatamente, su confianza disminuye. Mira de nuevo su trigo. Contempla sobre todo la parte ganada al pantano. Nada parece anormal. Sin embargo, el malestar de Moarch va en aumento. La imagen del hombre de Ménétréol se yergue sobre el fondo de verdor. Sus consejos vienen a despertar su obsesión: «Removerás tu campo para encontrar aquella piedra y ponerle de nuevo su cabeza sobre los hombros». Moarch se siente dispuesto a enviar al brujo al diablo. Se dice que, de momento, el hombre ha logrado embrujar la cabeza, que podrá esperar un par de meses más, pues va a hacer cinco que está separada de su cuerpo. Por otra parte, ¿dónde se encuentra exactamente aquel cuerpo de piedra? El Bretón no lo recuerda.

El sol golpea de lleno el bosque de la Croule. Parece reforzar el gran coro de los pájaros que se bañan en su luz. En los oídos de Moarch, las palabras del brujo se

apagan. Pierden su sentido. Entonces, ante la idea de que habría podido mutilar aquel campo, una risa nerviosa fuerza su garganta y agita sus hombros.

Lo recorre todo y, mientras anda, canturrea. Pasa horas enteras reencontrando la vida, después de haber creído perderla. Y, cuando regresa a la Noue, sólo se detiene ante el umbral de la sala, con las piernas dispuestas todavía a recorrer leguas y leguas.

Finalmente, empuja la puerta y entra. Comparado con el aire ligero del exterior, el olor habitual de la leche le parece pesado. Unas moscas vuelan incansables. Tratan de posarse en su rostro. Moarch intenta aplastarlas entre sus manos. Una muy grande, azulada, va de una pared a otra y tropieza pesadamente contra ellas. Su vuelo vibra como metal. Se posa sobre un queso. Moarch la expulsa agitando su gorra. El reloj le dice que son las diez. Dentro de una hora, los otros estarán de regreso. El Bretón decide batir el hierro de las hoces, y va a buscarlas a la cochera donde están colgadas.

Se dispone a salir cuando oye crujir el suelo del granero. Ansioso, se inmoviliza y escucha hasta que le duelen los tímpanos. Piensa inmediatamente en la cabeza y, a pesar de la protección lejana del hombre de Ménétréol, el miedo le golpea súbitamente en plena nuca. El ruido se hace más concreto. Moarch reconoce unos pasos de hombre que le deciden a trepar. Levanta la trampilla con mano vacilante… y se encuentra delante de Antoine.

Con la espalda más encorvada que de costumbre, la mirada tensa, Antoine manifiesta sorpresa y turbación. El Bretón se acerca a él, le agarra por el cuello y se sacude como a un vulgar conejo.

—¿Oué estás haciendo aquí? —grita—. Te he atrapado, asqueroso ladrón. En vez de estar trabajando, aprovechas mi ausencia para robarme lo que es mío… Espera… Haré que se te pasen las ganas…

Antoine no trata de resistir. La tela de su camisa acaba por rasgarse. Tendría que defenderse. De un empellón, podría hacer caer el amo por la trampilla. Así, con un solo golpe, podría saciar su odio. Tal vez la ocasión no vuelve a presentarse… Pero, no reacciona. Algo parece impedírselo.

Finalmente, Moarch se tranquiliza y le suelta.

—Sabes perfectamente que había prohibido subir aquí —murmura, como avergonzado de su violencia—. Sabes perfectamente que no quiero que te ocupes de ella…

Antoine habla. Su voz tiembla como si aún le sacudieran.

—Pues bien, sí —dice—. Lo quiera usted o no lo quiera, me ocupo de ella porque si tuviera que contar con usted para tener su parte de vida, hace mucho tiempo que estaría muerta… En primer lugar, ella ya no le ama…

—¿Qué? —dice Moarch, frunciendo las cejas como para comprender mejor—. ¿Dices que ella ya no me ama?

En aquel momento llega un ruido de detrás de la columna. Antoine aprieta los puños, pero no vuelve la cabeza.

—¡Vaya! —exclama el Bretón, sorprendido—. ¿Quién está aquí contigo?

Avanza un par de pasos. Antoine extiende los brazos para impedirle ir más lejos.

—Vamos —dice en tono brusco—, no se haga el tonto… Sabe muy bien quién está aquí… acaba de decirlo.

Cada vez más asombrado, Moarch se detiene y maldice:

—¡Al diablo quien esté aquí! Lo que no quiero es que subáis aquí… La Galiotte te ha dicho sin duda que vayas a arrojar la cabeza de piedra al pantano o a otra parte… Desde luego, no puedo saber todo que ocurre a espaldas mías…

Y, golpeando el suelo con el pie, se encoleriza de nuevo.

—¿Qué ganaríais con eso? En primer lugar, te repito que se trata de algo que es mío, y no tuyo.

Comprendiendo el error del Bretón, Antoine se relaja y no trata de defenderse cuando el amo le empuja hacia la escalera y le obliga a bajar, diciendo:

—Lo mejor para ti es que vayas, tu lugar no está aquí… Vamos, reserva tus fuerzas para mañana… Al amanecer, nos espera mucho trabajo.

Cuando Antoine ha llegado abajo, Moarch se acerca a la columna, evitando mirar la piedra. Entonces, ve a Henriettc. Está arrodillada y solloza, ocultando el rostro entre las manos. Inclina la cabeza, como abrumada por el peso de la vergüenza.

* * *

El sol acaba de apagarse de golpe, pero una claridad blanquecina ilumina aún el cuarto de Moarch. El Bretón no puede precisar la hora, ni siquiera si es de día o de noche. Podría encontrarse mil años atrás, lo mismo que mil años adelante. Está hundido en su lecho, inmenso, blando, como hecho de una espesa niebla. A su lado hay un gran espacio vacío, un espacio ancho y largo, interminable… Un lugar que parece preparado para alguien que sepa esperar. Debe ser eso ya que, de cuando en cuando, sus miradas van hacia la puerta cerrada. La impaciencia hace temblar sus manos y su cuerpo. El deseo hace brillar sus ojos. El miedo hace crujir su corazón. Sus gestos son amplios y lentos. Está completamente vestido. Un pico y una pala se cruzan encima de la cama como en una panoplia. Mana la sangre por las comisuras de su boca. A cada instante la enjuga con el dorso de la mano. Nota un gusto a licor. Sangra y, sin embargo, no sufre. Su cuerpo no pesa más que un plumón de oca. Su sangre debe manar desde hace largo rato, y si se encuentra tan ligero es porque ya no tiene sangre. Y no deja de mirar hacia la puerta. Y no deja de notar el gusto a licor. Finalmente, la puerta empieza a aumentar de tamaño, desmesuradamente. Moarch se ve obligado a levantar la cabeza para medir su altura. Nota que una sonrisa de alegría distiende sus labios. Abandona su lecho. La puerta brilla. Parece reposar sobre el vacío, pero, al acercarse, Moarch ve que se apoya sobre un colchón de agua. Penetra en aquella agua. No es profunda. Sólo nota una frialdad como la que el pie encuentra en el fondo del lecho. Extiende la mano para empujar la puerta. Entonces ve que su brazo se alarga con desmesura y que la puerta retrocede continuamente delante de su mano. Comprende que tiene que andar. Anda. El agua asciende poco a poco de su tobillo a su pantorrilla, de la pantorrilla a la rodilla, de la rodilla al vientre. La sangre

le sale por la nariz y las orejas. Ya no tiene sabor. El agua asciende más, de su vientre a su pecho, de su pecho a su cuello. Aquí, se detiene. No tiene un tacto de agua, sino de niebla. De una niebla tan suave como la del lecho. Moarch sabe a dónde va, del mismo modo que sabe que nada detendrá su marcha en aquella agua que le llega a los hombros. La superficie se endurece, se hace cortante. Es hielo. Corta como un cordel de cáñamo malo. Y aprieta, aprieta cada vez más. Moarch sufre y empieza a sonreír. Sabe que hay que sonreír, y… ¡es tan fácil! Sabe que otros han experimentado ya esta sensación en el patíbulo. Es agradable. La desea infinita. Pasan unos nenúfares amarillos, rosa, arcoiris… Encima hay una bóveda de altos zarzales. La puerta avanza hacia él. Sus ojos están clavados en aquella puerta. El dogal que rodea su cuello se afloja. La puerta se hace más pequeña. Unos ribazos viscosos de fango y de hierbas podridas surgen por todas partes. Su respiración se convierte en chuzos que perforan su pecho. Ratas y reptiles se deslizan por el agua. Una rana llama a un sapo. Una salamandra acude a saborear la sangre que se ha secado en el hueco de sus orejas. El agua se espesa. Moarch siente deseos de salir del fango. Lo intenta. Para ayudarse, cierra los ojos. A cada esfuerzo, se introduce oscuridad en su cerebro. Cada vez, aquella negrura brilla como un relámpago. Ve que se encuentra a orillas del pantano de la Malnoue. Se estremece con un súbito terror. La puerta se abre. Una masa blanca surge por ella y flota sobre el fango. Avanza como una barca empujada por un viento ligero. Es un gran trozo de piedra. Moarch tensa todo su cuerpo para mirarlo. Es una estatua. Es un cuerpo de mujer vestido como en los tiempos antiguos. Está fofo como un cadáver. Con un golpe de riñones, Moarch se desprende de la tierra líquida, se tiende al lado de la estatua y se dispone a besar su boca de piedra. Pero la estatua no tiene cabeza. Una sangre muerta, espesa, se ha coagulado sobre el cuello seccionado. Y es como si le golpearan el vientre con un pico. Se agarra a la estatua y la aprieta contra él para calmar aquel dolor. Experimenta un inmediato alivio. Toca el vientre de piedra. Es abultado y palpita. Vive. Luego, bruscamente, Moarch se encuentra solo, de pie, en medio del bancal de trigo de la Malnoue, removido como por una gigantesca reja de arado. Los tallos y los granos en agraz se mezclan con la tierra. En aquel momento llega un ruido de lo lejos, de la Noue. Se acerca rápidamente y resuena. Piedra y madera entrechocan en un ritmo de danza desordenada. Moarch se adosa a un seto contiguo. Desde allí, tiene delante de los ojos el campo muerto. En el camino, una bola rueda y rebota: la cabeza de piedra que él ha cortado. Sufre un nuevo golpe de pico en el vientre. Quiere penetrar en el seto para ocultarse mejor. Pero el seto desaparece súbitamente. Se encuentra solo en medio del bancal de trigo. La cabeza de piedra rueda hacia la orilla del pantano. Desaparece, luego surge de entre las hierbas y salta a la altura de un hombre. Moarch se acerca. Puede ver que la estatua está escondida allí. Se mantiene erguida sobre sus piernas paralizadas. Se vuelve hacia la cabeza y, a cada salto, tiende sus hombros rígidos para recibirla. Moarch quiere huir, pero avanza hacia el pantano. Avanza con gestos rígidos, una rigidez de piedra que invade todos sus miembros, uno tras otro. Únicamente sus ojos

permanecen vivos, ligados a aquella cabeza de piedra que quiere inútilmente recuperar su lugar de cabeza sobre su cuerpo de piedra. Pronto se encuentra tan cerca de la cabeza de piedra saltarina que distingue sus facciones. Entonces, le invade el espanto. A cada impulso, las facciones de piedra reflejan sucesivamente la esperanza, el despecho, la tristeza. Y la cabeza no logra nunca recuperar su lugar de cabeza. Y, cada vez, produce aquel ruido de piedra contra madera. Moarch quiere cogerla entre sus manos para colocarla sobre su cuello, pero la cabeza salta con más fuerza. Está a punto de caer encima de él y aplastarle. Finalmente, consigue cogerla, retenerla fuertemente. La levanta para poner fin a su tormento. Pero la estatua ha desaparecido. Moarch queda, pues, con aquella cabeza ahora inútil y cuyos ojos reflejan un odio feroz. Aparece Antoine que, a la fuerza, le quita la cabeza y la arroja al agua del pantano. Al volverse para huir, Moarch se encuentra delante de la estatua que ha regresado demasiado tarde. Sorprendido, la rodea con sus brazos y la aprieta contra su pecho. Busca a Antoine con la mirada. Abre la boca para llamar a la cabeza de piedra que desprende unas burbujas al hundirse en el fango. Moarch no puede hablar. La estatua despide calor. Su vientre se ha hecho más abultado y más blando. La cabeza de piedra llega al fondo del pantano. Moarch oye el ruido que produce al tocarlo. Pasa una bandada de cuervos. Moarch se encoge y se pega a las formas del cuerpo de piedra. Los cuervos regresan y permanecen unos instantes revoloteando en torno a ellos. Un corazón late en la estatua. El ruido de piedra contra madera vuelve a empezar. Es más breve y más seco. Procede del cielo. Moarch mira hacia el cielo. Los cuervos giran alrededor de una bola blanca que desciende. Le sirven de escolta. Es la cabeza de piedra que, también ella, vuela. Llega exactamente encima de él y cae en línea recta. Moarch trata de hacer un gesto para rechazarla. Pero sus brazos están entumecidos. La cabeza sigue cayendo. Moarch se tumba en el suelo y tiende su pecho. La cabeza desciende con más rapidez. Va a alcanzarle. Hace un esfuerzo desesperado para evitarla. Apenas puede moverse. Al caer, la cabeza roza su mejilla, su cuello…

… Y Moarch se despierta. Ahoga un grito. Su camisón está empapado. Sus brazos enlazan a Henriette, enroscada contra él. Sus manos se apoyan sobre el vientre de su mujer. Se aparta de ella. La sacudida está a punto de despertar a Henriette. Se vuelve, pero continúa dormida. En aquel momento, algo se desliza sobre la mejilla del Bretón, que aspira su miedo. Con la mano, palpa. Nota como un plumón. Sigue palpando. Un grumo de polvo ha caído del techo sobre su cara. Se sacude y sopla de soslayo sobre su mejilla y su mentón. Mira a través del cuadro de la ventana. La noche debe tocar a su fin. Ya está pálida. Moarch piensa que lo mejor será permanecer despierto. Se acerca a Henriette.

Súbitamente, un ruido, semejante al de su pesadilla, hace estremecer el techo. Un nuevo grumo de polvo se desliza entre las tablas y cae a su lado sobre la sábana. El Bretón se incorpora. Conoce demasiado bien aquel ruido. El sudor brota de su frente como lágrimas. Rueda por sus mejillas, se pega al pelo hirsuto de su pecho. Huele

intensamente a miedo. Arriba, el ruido se hace más vivo. Es como una danza de aquelarre. Piedra contra madera, la cabeza pide su cuerpo. Moarch no tiene fuerzas para gritar. Se tapa los oídos, y gime. A su lado, su mujer duerme, tranquila. La cabeza de piedra hace resonar todo el granero. Moarch tiene miedo de que descienda y le obligue a conducirla a la Malnoue. Teme que le atraiga para ahogarle en el agua glauca del pantano. A cada golpe, retazos de su sueño vuelven a él y se pegan a la realidad. No se atreve a encender la lámpara. Finalmente, no oye nada. Aquella calma le sorprende. Aquel silencio le enloquece todavía más que el ruido que lo ha precedido. Se levanta, se pone el pantalón con gestos torpes, se calza rápidamente, sale y se dirige a tientas hasta la puerta de la sala.

Ya está en el patio… en el establo. Sacude al caballo… lo enjaeza… lo saca fuera… lo unce a la tartana. Todo esto con mucha rapidez. La noche es clara y suave. Absorbe su sudor. Moarch sube a la tartana y azota los flancos del animal que parte al galope. Muy lejos, detrás de él, una franja de amanecer asoma por el horizonte. Moarch va en busca del hombre de Ménétréol para decirle que la cabeza ha roto el hechizo en el que la tenía sumida, y que él está dispuesto a hacer todo lo que le ordene.

* * *

Cuando regresa, los criados y Henriette están en el establo. El ruido les saca al exterior. Ven a Moarch que salta de la tartana en marcha. El Bretón está a punto de perder el equilibrio. Por un instante, se inclina completamente hacia un lado. Con la ayuda de rápidos molinetes de los brazos, recobra la vertical. A grandes pasos, se dirige hacia la sala y entra gesticulando. Abandonado a sí mismo, el caballo se encamina rectamente al establo. La puerta está abierta. Antoine se precipita a detenerle antes de que rompa las andas. Cuando le ha calmado, desuncido y atado, vuelve junto a las dos mujeres, que no se han movido. Henriette llora nerviosamente. La Galiotte, con la boca abierta por el estupor, contempla fijamente la puerta de la sala.

* * *

«Coge una cuerda sólida…», ha dicho tranquilamente el hombre de Ménétréol, despertado por un Moarch enloquecido.

Y ahora Moarch tiene en su mano la cuerda sólida. Sube al granero. Tiene tanto miedo, que ya no siente su miedo.

La cabeza está aquí, siempre erguida sobre su cuello seccionado. Los músculos de Moarch se tensan. Los consejos del brujo guían sus gestos. Empieza por alejarse y, encorvándose como un cazador que quiere aproximarse astutamente a una presa inmóvil, costea la parte baja del techo. Tropieza con los sacos de harina amontonados allí, rodea la columna central y no tarda en situarse detrás de la cabeza. No la ve, porque la tapa la columna central de madera. Piensa que, así, ella tampoco le ve. Lentamente, se acerca a la cabeza. Las palabras del herrador resuenan en sus oídos: «La atarás sólidamente, y de este modo te dejará tranquilo…» Se arrima a la columna

y, de rodillas, tensa la cuerda… ¡Hop! Baja los brazos, profiriendo un aullido de triunfo. Tira con todas sus fuerzas y hace chocar la piedra contra la madera, que resuena bajo aquel golpe brutal. Aprieta hasta que la cuerda parece a punto de romperse bajo la tensión. Anuda. Da otra vuelta. Aprieta de nuevo. Diez nudos. Tantos como permite la longitud de la cuerda. Cuando ha terminado, se incorpora y viene a situarse delante de la cabeza, sujeta por el lazo que la retiene prisionera. Le da un puntapié, para asegurarse de que está bien atrapada. Luego, ríe. Ríe interminablemente. Ríe al bajar la escalera. Un súbito hipo se mezcla a su risa y le deja un dolor en la garganta. Al llegar abajo se esfuerza en reír. Su corpachón está muy agitado y parece tiritar. Y en sus piernas hay una extraña debilidad. Se apoya contra la escalera y, dejando de reír, trata de librarse de aquel hipo tenaz que sacude todo el interior de su cuerpo. Cierra los ojos y suspira profundamente. Su cabeza empieza a dar vueltas.

De repente, siente vibrar la escalera contra su espalda. Se echa bruscamente hacia adelante, alza los ojos, pero no ve nada. No se da cuenta en seguida de que su hipo ha desaparecido, y va a salir cuando las paredes y el maderamen empiezan a crujir. Al principio son leves ruidos semejantes a los que la noche extrae de los muebles. No se atreve a respirar. El ruido crece lentamente. Se hincha. La parte superior de la escalera se sobresalta. Moarch quiere huir, pero el miedo le ha clavado al suelo. Muy pronto, todo el edificio estremecido amenaza con desplomarse. Las vigas rechinan. Los techos crujen. Los tirantes gimen. Las paredes de piedra resoplan. Allá arriba, en el granero, una fuerza gigantesca sacude la madera y la piedra. El Bretón está indefenso. Su razón se tambalea. Finalmente, aúlla de terror. Si no huye, quedará aplastado bajo el peso del edificio. Cae de rodillas e implora levantando los ojos hacia la trampilla que abre un cuadrado luminoso en el techo. Solloza sosteniéndose la frente. Pide perdón. Jura encontrar el cuerpo de la estatua. Lo promete todo.

Entonces, súbitamente, se siente más ligero. Esta última promesa le ha liberado de su miedo. Han vuelto el silencio y la calma. Moarch se incorpora y sale, andando hacia atrás. Sus pies tropiezan con los mangos de unas herramientas caídas al suelo. Las mira. Son un pico y una pala. Sin vacilar, las coge.

* * *

Los de la Noue continúan inmóviles delante del hórreo. Han oído los aullidos del amo. Aquellos aullidos doblemente penosos a la luz del día y rasgando el silencio matinal. Ninguno de ellos habla. Finalmente, ven al Bretón que sale de la cochera. Sus brazos balancean las herramientas que lleva. Anda con paso rápido. Pasa cerca de ellos. No se detiene, y ni siquiera les dedica una mirada. Henriette inicia un gesto para seguirle. La Galiotte la retiene.

* * *

«Si se niega a callar —ha dicho el brujo, poniéndose su delantal sucio de a diario —, vete al campo directamente y date prisa… Y, sobre todo, que nada te detenga…»

Nada le detiene. Ni el azul del cielo que apacigua, ni el tibio calor que calma los

sentidos. En el camino verde y oro que conduce a la Malnoue, nada podría apartar a Moarch de su objetivo. Su paso es el de un hombre dispuesto a todo. La piel de sus manos se pega a la madera de los mangos. Aprieta con fuerza. Tiene prisa por abrir su campo, por desenterrar el cuerpo de piedra. La Malnoue queda un poco lejos. Moarch echa a correr. Tropieza con los guijarros que los rastrillados han sacado de los campos contiguos, y que han echado aquí para endurecer el camino. Su respiración no tarda en acortarse. Tiene que pararse para recomponerla. Sus fuerzas son más débiles que su prisa. Se pone de nuevo en marcha. En el lado izquierdo de su vientre se ha hecho un nudo de músculos que pesa sobre la pierna y la retiene. De cuando en cuando, Moarch se dobla sobre sí mismo para expulsar el dolor.

Finalmente, sobrepasa el seto desde donde se percibe el pantano. Un croar rasga el aire azul y parece llamarle. Corre de nuevo. Ya está delante del campo de trigo de la Malnoue. Se ha levantado un vientecillo fresco y lo hace ondular. A grandes zancadas y sin la menor vacilación, Moarch penetra en su campo. El trigo verde se aparta y se acuesta bajo los pies que lo aplastan. El Bretón trata de localizar el lugar en el cual se encuentra la piedra. No lo recuerda con exactitud. Mira hacia un lado, luego hacia el otro… Tiene que ser aquí, en el centro. Cogiendo el pico con las dos manos, lo levanta y golpea. El acero desaparece entre los tallos del trigo antes de penetrar en la tierra, desgarrándola. Con un par de golpes corta una pella. Moarch la arranca tirando de los tallos verdes. Se encarniza en escalpar el campo. Cuando ha abierto una amplia brecha en los flancos, cava. La tierra suelta unos tábanos que se posan sobre su cuello. Se forma una trinchera que avanza y devora. Llega a diez metros de la orilla sin haber encontrado lo que busca. Ha debido equivocarse. Vuelve a empezar un poco más lejos. El sol asciende y escalda como un horno. Golpea de un modo implacable. Golpea el cráneo desnudo del Bretón, cuya locura creciente no podría ser detenida por nada. La vida se manifiesta por doquier. Una bandada de alondras discurre por el aire azul. El cuclillo emite incansablemente sus dos inmutables notas, la una expulsando a la otra. Desde el bosque llegan los crujidos de las ruedas de una carreta. A lo lejos, las esquilas del rebaño de la Noue lanzan unos sonidos claros que tintinean en el oído. Un fuego de hierbas muertas purifica el espacio. Y Moarch sigue cavando. Cava de lleno en la gran vena de tierra cuya sangre rojiza fluye en forma de guijarros. La pala los recoge y los rechaza. Los amontona sobre el trigo nuevo. El Bretón sigue destripando encarnizadamente. Hace el trabajo de dos hombres. La ganancia de la tarea invertida en la tierra del pantano ya está perdida. No hay más que hoyos y gibas, perforados aquí y allá por matas de trigo joven e hirsuto. Y, en aquel extremo de campo muerto al nacer, Moarch no ha encontrado el cuerpo de aquella mujer de piedra. «Tienes que encontrar esa estatua, cueste lo que cueste…», ha concluido el hombre de Ménétréol mientras le acompañaba a la tartana. Entonces, descarga su locura sobre lo que queda del campo. Su pico se hunde sin encontrar nunca la piedra maldita. Moarch suelta el pico con rabia y emprende el camino de la Noue. Está cansado y no se vuelve a contemplar su

obra de muerte. Anda tan aprisa como al venir. Ahora, está decidido, desatará la cabeza y vendrá a arrojarla a esta diabólica Malnoue.

* * *

Derrengado por el esfuerzo, Moarch atraviesa el patio y se acerca al pozo. Saca un cubo de agua fresca y bebe en él, sin preocuparse por su nariz ni por sus ropas, que se empapan de agua. Cuando ha terminado, entra en la sala. La Galiotte y Henriette, que trabajan allí, se inmovilizan y le miran con temor. Ven que los ojos de Moarch tienen una extraña fijeza y casi desbordan los párpados. El amo ordena a la Galiotte:

—Búscame el carretón…

Va a hablarle también a Henriette, pero cambia de opinión y pasa en silencio junto a ella. Su brazo roza el vientre duro.

Ya está de nuevo en el granero, delante de la cabeza atada a la columna de madera. Devorado por el calor, el aire parece faltar. Moarch tiene prisa por terminar. Saca su navaja del bolsillo y la abre. El acero chasquea contra el cuerno. Avanza. La hoja surge de su puño cerrado como un dedo extendido. Corta entre madera y piedra. La cuerda es sólida. Aprieta como sobre una presa. Finalmente, uno tras otro, los cabos de cáñamo caen al suelo. Con el último, la cabeza rueda como si acabaran de ejecutarla una vez más. Rueda entre las piernas de Moarch, que tiene un brusco sobresalto.

Suelta su navaja y coge la piedra, apretándola contra su vientre. En sus brazos fatigados, pesa. Lentamente, se dirige hacia la trampilla. Se vuelve para que sus pies tomen mejor la escalera. Sólo puede contar con ellos. Sus manos están prisioneras de aquel peso de desgracia. Encuentra en seguida el primer peldaño, luego el segundo. Desciende lentamente. A cada uno de sus gestos, tiene que inclinarse hacia adelante. Eleva la piedra a la altura de su pecho. Y, ahora que ya no tiene el apoyo de la trampilla, está obligado a elevarla más. El frío de la piedra roza su mejilla, pero, poco a poco, tiene la impresión de que el frío desaparece para dejar sitio a una tibieza. No tarda en ser suave como una piel de mujer. Su ruda mejilla siente ablandarse la mejilla de piedra. Desciende con más lentitud. Su carga se aligera todavía más. Moarch no se atreve a romper aquel contacto que tiene el sabor de una caricia. Está aquí, mejilla contra mejilla con la malvada. Se detiene a media altura de la escalera. Tiene la impresión de haber retrocedido a la época de los amoríos. Se siente distinto. En sus brazos, la piedra que se ha hecho carne se estremece. Moarch no se atreve a romper el hechizo. Cierra los ojos. Está a punto de perder la noción de todo cuando la repentina voz aguda de la Galiotte llega del patio y le golpea el oído:

—¡Eh! Aquí está tu carretón… ¿Quieres que te ayude?

Moarch recobra bruscamente la consciencia. La piedra pesa de nuevo sobre sus muñecas. Se hace de plomo y le empuja. Se siente caer. Como un tapón que salta, su miedo abandona su garganta. Grita. El ruido de su caída es blando. La piedra rebota sobre él. Con el pecho triturado, su respiración se ha convertido ya en un estertor. La

cabeza maldita ha rodado junto a él. Está erguida sobre su cuello seccionado, con el rostro inmóvil y las facciones tal como las quiso el que las esculpió hace dos mil años.

* * *

El grito de Moarch sobresalta a las mujeres. La Galiotte es la primera en llegar. Ve y comprende. Ahoga su emoción y cierra rápidamente la puerta. Es preciso que Henriette no vea. Pero, por mucha prisa que se da, Henriette tiene tiempo de percibir a su hombre caído en el suelo. Se lleva los puños a la boca. Los muerde. Unas lágrimas saltan de sus ojos. Luego, echa a correr. En su vientre se mueve el peso de carne.

—¡Antoine! ¡Antoine! —grita.

Tropieza y cae pesadamente.

***

En la cochera, debajo de la escalera, la Galiotte levanta en brazos el cuerpo de Moarch. El pecho del Bretón se dobla como si fuera de trapo. El estertor ha cesado. La criada se arrodilla. Escucha, pegada la oreja a la boca de la que manan dos hilillos de sangre. Mira sus ojos. Tienen una fijeza obsesionante y la muerte los hiela con rapidez. La Galiotte cierra los párpados del amo y musita una plegaria. Hecho esto, pasa sus largos dedos retorcidos sobre las mejillas pálidas. Se traga sus lágrimas y se incorpora con un brusco rodillazo. Necesita aire y sol. Sale de la cochera donde cree notar que el olor de la muerte se mezcla al olor, puro e intenso, de la leche. Su paso es inseguro. Cruza la sala. Desde el umbral ve a Henriette que, caída en el patio, se aprieta el vientre con las dos manos. La Galiotte corre hacia ella y la ayuda a levantarse.

En aquel momento, en el camino de los Langlois, aparece Antoine. Anda con un leve balanceo del torso, como si la cadencia de la hoz se hubiera incrustado en sus músculos. Cuando ve a las mujeres, apresura el paso. No tarda en llegar. Ve que Henriette sufre en silencio. Ve también que su presencia la relaja un poco.

—¿Qué es lo que pasa? —inquiere.

—Ya lo sabrás —dice la vieja secamente—. Ahora, ayúdame a llevarla hasta su cama… Tiene los dolores y creo que va a dar a luz… Luego encenderás un buen fuego… Vamos a necesitar agua caliente.

Antoine asume un aire estúpido y emocionado.

—¡Ah! ¿Usted cree? —dice.

* * *

Sobre su cama, Henriette tirita. Sus dedos se engarfian en las sábanas. Cada empujón de su vientre le tuerce la boca. La Galiotte piensa que es cosa de unas horas. Piensa también que podrá salir del paso sola, que sus manos endurecidas volverán a encontrar flexibilidad y destreza. Va a reunirse con Antoine en la sala. Ahora puede hablarle del fin de Moarch.

Le coge por el brazo y le obliga a seguirla. Ante lo que ve, Antoine lanza un grito

de estupor.

—¡Dios mío! —murmura—. Parece increíble…

La Galiotte señala la cabeza y se encoleriza súbitamente.

—Ha sido esta piedra infernal… Ya se lo había advertido.

Luego, decidida, poseída por un furor repentino.

—Espera un poco, vas a ver…

Busca entre las herramientas y coge la maza de hierro que sirve para clavar las estacas.

—Parece increíble… —repite Antoine, que no puede apartar su mirada del cuerpo de Moarch, aplastado por su propio error.

La Galiotte levanta la maza tan en alto como puede y la descarga sobre el cráneo de piedra. El golpe hace saltar una esquirla, en medio mismo de la frente. A continuación, la mujer se encarniza y, esta vez, destroza.

En aquel mismo instante un prolongado grito de dolor atraviesa las paredes y llega hasta ellos. Es Hcnriette. Echan a correr. La Galiotte retiene a Antoine, que quiere entrar con ella en el cuarto.

—No —dice—. Tú no tienes nada que hacer ahí adentro.

Y cierra la puerta de golpe detrás de ella.

Henriette se retuerce de dolor. Pronuncia unas palabras que la Galiotte no escucha:

—Acaban… de… martillearme el… vientre… ¡Oh! Esos golpes… ¡Dios mío, me están destrozando!

—Sí, sí, pequeña —susurra la Galiotte, tranquilizándola.

Tras un supremo dolor, llega el súbito alivio. El vientre se hace fláccido. El cuerpo torturado se abandona. Únicamente el pecho conserva la cadencia del esfuerzo… La criada sostiene al recién nacido entre sus brazos temblorosos. Es una niña. El menudo cuerpo está lleno de una vida nerviosa. La mujer ve inmediatamente la cicatriz azulada, en forma de estrella, en medio mismo de la frente. Cree que es la marca de un deseo que ha tenido Henriette. ¿Cómo podría saber que, en realidad, es una señal más inquietante?

VII

Después de haber huido de Antoine, Lucas, el humillado, ha ido directamente a la Maladrerie. Allí, ha bebido el alcohol del olvido con Hervé, el hijo del manso, su compañero de los domingos. Luego se ha echado en la paja del hórreo y se ha quedado dormido. Al amanecer, Hervé le ha sacudido y le ha mostrado a lo lejos, bien a la vista, los Naullins ardiendo. Trastornado, Lucas ha pensado inmediatamente en Jeanne: una vez más, ha prendido el fuego, y va a acusarle, a él, cuya huida resultará sospechosa. De modo que toma la delantera. Se marcha al pueblo y, tras una breve vacilación, entra en la gendarmería.

El sargento acaba de bajar de su casa. Está de mal humor porque esta mañana le han despertado demasiado temprano. Abrocha su cinturón sobre su abultado vientre y golpea el suelo con sus tacones para ayudar a sus pies a acabar de entrar en las botas. Mira a Lucas, pero no le dice nada. Su mujer le trae su gran talego de cuerda que el sargento ha olvidado sobre la mesa de la cocina. El otro gendarme entra a su vez detrás de Lucas y saluda a su jefe. A continuación se dirige al mozo:

—¿Qué deseas? Si vienes por el incendio de los Langlois, diles que no tardaremos en llegar y que no podemos ir más de prisa.

Lucas inclina la cabeza. Le basta con encontrarse aquí para sentirse inquieto. Nunca se ha acercado tanto al temido uniforme. El paño azul y las relucientes botas refuerzan el poder de aquellos hombres y de la Ley a la que representan. Súbitamente teme verla volviéndose contra él. Querría hablar, pero todo se lo impide. El mismo olor del lugar le impulsa al silencio y al miedo. Huele a tinta, a papel mohoso, entre otros muchos olores hostiles. De modo que tiene ganas de marcharse. El sargento se da cuenta de todo esto y trata de tranquilizarle.

—Tú, que eres de la Noue —dice en tono de suficiencia—, ya has visto que no tardamos en echarles el guante a los que cometen alguna fechoría… ¿No es cierto?

Levanta el dedo índice y le guiña el ojo a su colega, satisfecho también. Lucas nota que ha llegado el momento de hablar. Dice:

—Metieron ustedes en la cárcel a un hombre que no había hecho nada malo… No fue él quien prendió fuego a la hacina de la Noue… Lo hizo Jeanne, la hija del ama: yo la vi llevar unas brasas en su zueco y echarlas al pie de la hacina… Es verdad… lo juro…

Pero los gendarmes no parecen sorprendidos.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —se limitan a preguntar, tras haber intercambiado una sonrisa.

—No podía hacerlo… tenía miedo de la Jeanne… Ella me amenazó…

Se echan a reír de buena gana.

—¿Con qué te amenazó la niña para asustar a un buen mozo como tú?

—No podrían comprenderlo… Además, esto es todo lo que quería decirles, antes

de que ella cuente otras mentiras, por ejemplo, que fui yo quien prendió fuego a los Langlois, anoche…

Entonces, los otros se miran con aire más serio y entran inmediatamente en sospechas.

—¿Y no serás tú por casualidad el que ha prendido el fuego? —inquiere el sargento en un tono que hiela a Lucas—. No sabías cómo denunciarte… y has empezado acusando a una chiquilla completamente incapaz de hacer el mal…

Le miran fijamente, le registran con aquella mirada inquisitiva que saben utilizar y le abruman a preguntas brutales que le dejan mudo de estupor.

—Te has peleado… tienes la cara llena de golpes…

—Te has deslizado en el hórreo para prenderle fuego…

—¿Por qué lo has hecho? ¡Contesta!

—De modo que también fuiste tú el que incendió la hacina…

—Recibirás doble castigo por haber dejado que un inocente fuera a la cárcel…

Un puño sólido cae sobre su hombro. Y Lucas se derrumba, como un culpable, sobre una silla próxima.

Oye el ruido blando que producen las manos del sargento hurgando en su talego de cuero. Luego, el sonido metálico de una cadena de acero. Un chasquido le hace levantar la cabeza. Tienden hacia él un par de esposas, de brazaletes brillantes como plata maciza. Entonces se pone en pie de un salto y hunde sus manos en sus bolsillos.

—¡No, no! —grita, desesperado—. Les juro que no fui yo, fue la Jeanne… Fue ella la que incendió la hacina la otra noche… Acusó al vagabundo, y tengo miedo de que me acuse a mí del incendio de esta noche… Vengan, se lo haremos confesar… Vengan, se lo haremos confesar… Vengan, no hay que perder tiempo…

Y, a medias lacrimoso, a medias imperativo, les coge por la manga, tira de ellos hacia la puerta. Los gendarmes se sueltan y permanecen indecisos. La convicción del mozo les hace dudar. Su seguridad no parece fingida. Y a fin de cuentas, en el fondo de sí mismos, no les desagrada saber que aquel viejo vagabundo podría ser inocente. Se han hecho amigos de aquel viejo encerrado en el calabozo y que nunca se ha quejado. El primer día permaneció sentado sobre la tabla que sirve de cama y de banco, con los labios fruncidos, las manos juntas, los dedos entrelazados. El sargento, que acudía todas las horas para comprobar que no se había escapado, le encontraba siempre en la misma postura, con la mirada perdida, sus largos cabellos blancos ligeramente alborotados como por un golpe de viento. En aquella postura, parecía un hombre de iglesia, o a uno de aquellos ancianos llenos de austeridad, impenetrables, severos, fieles a los preceptos del gran Saint-Simon. Los gendarmes habían pensado en llamar al párroco de Angillon, pero pensándolo bien, habían llegado a la conclusión de que los asuntos de gendarmes no eran asuntos de curas. Al día siguiente, el prisionero se mostró bajo un nuevo aspecto, acogió a los dos hombres con una sonrisa llena de bondad, e incluso habló tranquilamente. La dulzura y la firmeza de su voz impresionaron a los representantes de la Ley. Era la primera vez

que detenían a un vagabundo que tenía aspecto de gran señor. Contra su voluntad, se mostraron amables. Hasta el punto de que la mujer del sargento, cansada de oír a su marido deshaciéndose en alabanzas del preso, le preguntó en tono burlón si se trataba de un príncipe de la sangre o de un cardenal. Le visitaban con cualquier pretexto, y habían llegado a no poder prescindir de oírle, de escuchar sus consejos, de ver cómo su bello rostro reflejaba el sentido de las palabras que pronunciaba y que convertía así en algo vivo. Tenían que haberle llevado ya a la prisión central de Bourges, en la que están mezclados los inocentes y los delincuentes más famosos del departamento; solamente allí empieza la justicia mayor: la que castiga. Pero se las habían arreglado para retenerle unos días más, como se retiene en casa a un amigo muy querido. Lo más curioso es que nunca se sintieron tentados a interrogarle acerca de su delito. Escuchaban su voz, sencillamente. Sentado sobre su tabla, el hombre parecía predicar, y hay que confesar que lo hacía mucho mejor que el párroco del pueblo. Es cierto que aquella voz era música, melodiosa como muy pocas. Vibraba como los tubos de los órganos, y los sonidos iban de un extremo al otro de todos los sonidos. Era un arco iris de sonidos. Era casi celestial aquella voz hechicera que, sin cesar, forzaba a la amistad.

La antevíspera, a la caída de la tarde, había mostrado una actitud extraña e incomprensible; había lanzado súbitamente un grito que, entre los muros del calabozo, había producido un ruido semejante a la explosión de una pólvora mala. Los gendarmes se habían preciiptado a abrir la puerta. El vagabundo estaba de rodillas, con la frente inclinada como en la confesión, cuando el peso de los pecados abruma lengua y cabeza. Gemía. El sargento se había acercado para preguntarle el motivo de su grito. El vagabundo se había limitado a sacudir los hombros, como diciendo: «No podríais entenderlo». Por primera vez, los gendarmes dieron en pensar que el buen hombre tenía en él una llama de demencia que no se reflejaba en su delicado rostro. Habían salido del calabozo muy preocupados y le habían espiado largo rato por el chivato ligeramente entreabierto. La noche anterior, el preso había vuelto a gemir un poco, pero ahora debía dormir. ¡Y he aquí que este mozo venía a declararle inocente!

Los gendarmes están dispuestos a cualquier cosa para encontrar otro culpable. De modo que pasarán por la Noue antes de ir a los Naullins. No será una pérdida de tiempo. Tal vez incluso una ganancia, si lo que dice el mozo es verdad. Antes de salir, quieren informar de la noticia al prisionero. Piensan que contribuirá a tranquilizarle y sin duda le salvará de su naciente locura. Se dirigen al calabozo y tiran del gran dado de hierro del cerrojo, que retrocede a regañadientes, con un desagradable chirrido. La pesada puerta de madera, revestida de láminas de hierro claveteadas, se abre de par en par. La sorpresa les deja sin voz. ¡El calabozo está vacío!

***

La luz del día ha expulsado a los restos sucios del alba. En la mañana azul y ligera, el manso de los Langlois, devoradas sus entrañas, solo yergue unas paredes agrietadas y ennegrecidas. Las llamas se han llevado el orgullo de los hermanos Turpault. Los vecinos van y vienen en medio de los escombros humeantes. Todo el mundo habla a la vez. La animación recuerda la de un día de feria en Aubigny. Los dos hermanos, con los hombros hundidos por la desesperación, vagan en medio de aquellas personas inútiles y recogen aquí y allá inútiles restos calcinados.

Súbitamente, León corre hacia su hermano.

—Oye, Germain… ¿Y el tipo contra el cual disparé cuando huía con una antorcha?

—¡Es verdad! —exclama el otro, poniendo a su vez en orden sus ideas—. Incluso fui yo el que te llamó… Se marchó hacia allí, hacia la Noue… Hay que averiguar inmediatamente si le diste…

Al enterarse del asunto, las mujeres cloquean de temor.

—Sí —dicen, como para tranquilizarse—. Léon es un excelente tirador… Debió hacer blanco.

—Si le alcancé, no puede estar muy lejos —dice León—. Tenía la escopeta cargada para salir a la caza del jabalí…

Se ha formado un grupo de hombres. Todos permanecen silenciosos y en tensión.

—Vamos a echar una ojeada —decide Léon.

Y echa a andar a grandes zancadas. Su hermano hace una seña a las mujeres para que se queden. Antoine y otros campesinos de los alrededores, que han venido a ayudar a matar el fuego, siguen a los hermanos de los Langlois. Todos experimentan una cólera semejante a la de los Turpault, ya que el incendiario podría haber prendido fuego a su propio manso.

—Si no está muerto, acabaremos con él —afirma Antoine con aire sombrío.

—No necesitamos a los gendarmes para hacer justicia —dice otro en el mismo tono.

—Es preciso que no se escape y vuelva a las andadas en otra parte…

—¡Eh, Léon! —dice otro, preocupado—. ¿Estás seguro de haber apuntado bien?

Turpault no contesta. Ha andado ya cien pasos por el camino de la Noue. Mide el vuelo de su descarga de plomos. Otros cien pasos, y bastará con registrar los setos de los alrededores. Mientras avanza, piensa que tal vez no alcanzó al hombre. En tal caso, perderá su reputación de buen tirador, pero esto es lo que menos le preocupa.

Se para en seco y se inclina. Sobre la tierra batida, la sangre forma unas bolitas de color oscuro que el sol endurece. Impaciente, mira a su alrededor y exclama:

—¡Santo cielo! Venid a ver…

Todos se acercan y se apretujan a su alrededor. Léon les muestra el tronco de antorcha que acaba de recoger. Lanzan unas exclamaciones de alegría, luego unos gritos de ojeadores. El incendiario no puede haber huido muy lejos. Toda aquella sangre lo dice. De modo que se dispersan y se dedican a explorar el terreno con tanto

más encarnizamiento por cuanto el que buscan tiene que estar seriamente debilitado por su herida.

De pronto, un grito violento, seguido de un ruido de lucha, les obliga a mirar hacia el seto que acaba de sobrepasar Germain. Se precipitan hacia allí. Pero la escena que descubren les detiene en seco. Turpault pelea y rueda por el suelo con un adversario ágil que le araña la cara con el ardor de un gato rabioso. Pasado el momento de estupor, los hombres se inclinan para acudir en ayuda de Turpault. Entonces reconocen a Jeanne Moarch, a la que arrancan con grandes dificultades de Germain. Antoine palidece. Silenciosa, la muchacha trata aún de arañar y patalea. Logran inmovilizarla. Sus cabellos vuelven a caer sobre su rostro. Los rechaza con un gesto vivo y su mirada desuella a los hombres. Dando un brusco tirón, intenta escapar de ellos. Por un instante, parece que va a conseguirlo.

—¡Soltadme! —grita.

Están a punto de obedecer, pero al ver a Léon que se incorpora y se pasa el dorso de la mano por el rostro ensangrentado, la sujetan con más fuerza.

—¿Por qué has hecho esto? —inquiere Léon, acercándose a ella, amenazador.

La pregunta hiere a Antoine. Cree que Léon acusa a la muchacha de haber prendido fuego a los Langlois. Se coloca entre Jeanne y Turpault y habla apoyando su puño a la altura del corazón.

—Puedo jurarte que no ha sido ella… En el momento del fuego, estaba en casa…

Se interrumpe, vacila. Su voz se hace distinta.

—Mira… ella no ha sido alcanzada por tu plomo…

Se vuelve hacia Jeanne, evita su mirada, agarra el borde de su corpiño con una mano y tira de la tela, que se rompe. Los que sujetan a la muchacha la sueltan y se apartan. La Malvenida se yergue, altanera. Su corpiño cuelga alrededor de su falda. Su seno desnudo les llena a todos de turbación.

—Mira… —repite Antoine, ahora agresivo—. ¿Ves acaso alguna herida de plomos?

Sus ojos brillan. Vuelve a subir el corpiño de Jeanne y quiere protegerla cogiéndola por la cintura. Pero ella le rechaza con fuerza. Léon habla ahora en tono más suave.

—Desde luego que no ha sido ella… ¿Quién te ha dicho que la acusaba? Sólo quería saber por qué me ha saltado encima.

Los otros querrían hablar también, sólo para distraerse de las ideas que se les han ocurrido. Ya no piensan en aquel criminal que buscan. La visión del cuerpo de la muchacha ha puesto en ellos la misma turbación que hay en los ojos de Antoine y en las palabras de Léon Turpault.

La exclamación de Germain, que ha seguido buscando en el seto, hace que todos aparten su mirada de la Malvenida que continúa erguida, en un silencio desdeñoso.

—¡Mirad! Aquí está nuestro hombre.

Se inclina, pero se incorpora inmediatamente y se tambalea, como si acabara de

recibir un golpe. Llega Léon y mira a su vez. Profiere un grito y cae de rodillas. Llegan los otros y reconocen a Blaise inanimado, casi ahogado en la alta hierba. Ven su pecho lacerado por la descarga de plomo, su rostro crispado por el sufrimiento, y aquella vomitada de sangre negra, endurecida, sobre la cual se posan unas moscas de flancos color de acero… Todos quedan anonadados, como si acabaran de encontrar así a su propio hijo.

En aquel momento, la voz de Jeanne les golpea por añadidura. Unos sollozos cortan sus palabras. Nadie se atreve a interrumpirla. De rodillas, León parece alcanzado por el rayo. Pálido, Germain lucha con un vértigo que le obliga a cerrar los ojos.

—He aquí lo que habéis hecho con vuestro mozo… Uno de vosotros ha disparado contra él, estoy segura… Tal vez usted, su padre, o usted, su tío, ha hecho esto… ¿Por qué? Él no quería causar ningún mal… Él me amaba… Ni siquiera habéis pensado que vuestro Blaise podía prender fuego… Sois unos estúpidos… Un hijo no pertenece a su padre, ni a su madre, le tienen sin cuidado los suyos… El vuestro estaba hecho para mí…

A medida que habla, su voz se hace más incisiva. Una rojez aparece en sus mejillas.

—Os odio… ¿me oís? Os odio… Me habéis hecho lo peor de lo peor… Sólo estáis castigados a medias, tendréis que pegar el daño que me habéis hecho… Sólo viviré para demostraros mi odio… Me habéis quitado mi vida…

Se interrumpe por fin. Léon se ha incorporado. Se dirige rectamente hacia Jeanne. El dolor y la cólera luchan en él. Germain domina también su pena y avanza hacia la Malvenida. Rápido, Antoine empuja a la muchacha hacia el camino.

—Vuelve en seguida al manso… Si te quedas aquí te matarán… Vete, por el amor de Dios…

Jeanne deja oír entonces un dolorido sollozo y echa a correr hacia la Noue.

***

Al llegar, se encierra en su cuarto. Se echa sobre su cama. Se echa sobre ella como hubiese querido, hace unos instantes, echarse sobre el camino para morir allí.

La desesperación se ha hecho bola en su garganta y la ahoga. No cesa de hincharse. Pero, al estrechar la cama como si fuera un gran cuerpo de hombre, unas lágrimas acuden a sus ojos y la alivian. La cama es blanda. En cambio, el cuerpo de Blaise empieza a ponerse rígido. La pena de Jeanne se aviva con el pensamiento. Los sollozos agitan sus hombros.

Lo más pesado de su pena sale.

Queda boca abajo. Su aliento penetra y entibia la tela. Sus labios tiemblan. Un suspiro tropieza aún en su garganta. Finalmente, se relaja y deja colgar su brazo. La sangre entumece su mano que tiene un movimiento de péndulo y, a pesar de ella, se

desliza debajo del colchón. El último trozo de la estatua sigue estando allí. Jeanne lo saca de su escondrijo, lo acerca a su mejilla y se acaricia la piel.

Entonces, Jeanne implora a la piedra:

—No seas tan mala… Ayúdame en mi pena… Dame de nuevo a Blaise, tú puedes hacerlo… Haré todo lo que quieras…

Súbitamente, unos ruidos secos alejan al silencio que discurre por el patio. Ruidos secos y precipitados del hierro contra los guijarros, mezclados con el de una voz que Jeanne conoce muy bien. Se levanta y se encamina a la ventana. Los gendarmes están aquí. Atan sus monturas a la entrada del patio. Están aquí con Lucas, que les sigue como soldado a ellos. El mozo jura y amenaza. La Malvenida comprende inmediatamente. Se encoleriza. Sin embargo, encuentra fuerzas para contenerse. Quiere oír lo que Lucas va a decir. Antoine, que acaba de llegar, se adelanta hacia ellos. Está tenso, agresivo. Las dos mujeres, que habían salido a su encuentro para saber noticias y ante las cuales Jeanne ha pasado sin verlas, se inmovilizan debajo de la ventana de la sala. Lucas se calla y no se atreve a mirar a Antoine, parado a tres pasos de él. Todos oyen al sargento ordenándole que hable. Lucas habla mirando al sargento, al que parece tomar por testigo de lo que dice. Casi se estrangula.

—Sí, sí, la Jeanne prendió fuego a la hacina… Yo la vi, cogió unas brasas en su zueco… Al volver, lo tiró al pozo negro… Sólo hay que buscar inmediatamente… El zueco tiene que estar allí…

Jeanne salta vivamente por la ventana y corre hacia el mozo. Se para a unos pasos de él. Lucas no tiene tiempo de protegerse el rostro con la mano. Con un gesto preciso, la muchacha lanza violentamente la piedra de aristas cortantes que tiene en la mano. Lucas profiere tal aullido de dolor que todos retroceden. Cae al suelo y rueda sobre sí mismo apretándose la cara con las manos. Rueda sobre su sangre que brota a chorro por entre sus dedos. Primero indecisos, los hombres se precipitan. Se inclinan y le levantan la cabeza. La piedra ha alcanzado todo un lado de la cara. La arista ha abierto la comisura de la boca y la mejilla. El ojo ha estallado. Un líquido espeso se mezcla con la sangre que mana en abundancia. El polvo y la suciedad del patio empuercan la herida y la hacen más espantosa. El mozo sufre tanto que ni siquiera puede gemir. Las mujeres emiten pequeños gritos de estupor que acepillan el silencio.

Nadie se atreve a acercarse a Jeanne, que no se ha movido. Siempre amenazadora, la muchacha recoge la piedra que, después de haber golpeado a Lucas, ha rebotado hacia ella. Por un instante, contempla el ojo esculpido, la punta de la nariz carcomida, la comisura de la boca. Entonces sonríe al pensar que sin esta piedra que ha gobernado el gesto de su mano, el maldito criado estaría acusándola aún y quién sabe si convenciendo ya a los gendarmes de que ella era culpable. Un calor discurre por su brazo. Su mano estrecha de nuevo el trozo de estatua. Le infunde fuerza y placer. La Malvenida ríe de pronto con risa de demente. La sorpresa desconcierta a los otros, que no saben qué hacer. Se apartan de Lucas. La Galiotte es la única que se sacude el estupor. Se arrodilla junto al herido y aplica su delantal de tela burda sobre la herida.

La sangre se adhiere a él como a una esponja.

Permanecen sin voz ante aquella chiquilla que ha abierto la cara del mozo. Se encuentran en un extraño estado de ánimo: como si experimentasen los efectos de una droga de brujo. Aunque Lucas está caído como una res abatida bajo la maza, es como si Jeanne no hubiese lanzado la piedra y como si Lucas no la hubiese acusado.

—Podéis llevároslo —dice Jeanne, desdeñosa—. De poco le ha servido el mentir…

Y, feroz:

—¿No habríais hecho lo mismo en mi lugar?

Aparta el mechón que insiste en caer sobre su mejilla y querría que todo el mundo la aprobara. Pero la Galiotte, e incluso Henriette, la reprochan con su silencio. Antoine, que podría estimularla con un gesto de complicidad, permanece inmóvil y evita su mirada. Entonces, grita:

—¿No os dáis cuenta de que el culpable es él? Le vi como os estoy viendo a vosotros… ¡Lo juro!

La piedra pesa en su mano. La Malvenida comprende que quiere volver a golpear. Aplastar la cara de aquellos gendarmes indecisos. Reventar de nuevo el rostro de aquel charlatán de Lucas, que puede volver a acusar. Un balanceo se comunica a su brazo. Pero Jeanne no quisiera lanzarla contra las mujeres, ni contra Antoine que la ha defendido ante los Turpault. Aprieta el trozo de estatua y se asusta, ya que se hace blando bajo la presión de los dedos. Aprieta con más fuerza y la piedra parece hacerse carne. Ahora, tiene un calor humano y trata de deslizarse fuera de su cárcel de barrotes de dedos. Rebulle como una pequeña rana prisionera. La muchacha tiembla de espanto, pero aprieta rabiosamente. Comprende que la vida ha vuelto a la piedra. El balanceo del brazo de la Malvenida se hace cada vez más amenazador.

—¡Basta! —ordena Antoine—. Has perdido la cabeza… Suelta esa piedra…

Jeanne lee el miedo en todos los rostros. Las miradas siguen ansiosamente el movimiento de su brazo. Sabe que sólo tiene que abrir la mano para que la piedra escape y golpee de lleno otra cara. Trata de dominar a la fuerza que hay en su brazo. No quiere ver la sangre de otra cara. Al no conseguirlo, encuentra la voluntad de correr a encerrarse en su cuarto. Allí, se arrodilla sobre su cama. No ha soltado la piedra, que ha vuelto a convertirse en simple piedra. Furiosamente, utiliza la arista para rascar el yeso de la pared. Una espuma sale de entre sus dientes, que rechinan con el raer de la piedra sobre el yeso. Se encarniza en fatigar a la fuerza de la cual nunca se ha sentido tan esclava. La pared se cubre de largos y profundos arañazos como sólo pueden producirlos las garras del diablo.

Bruscamente, Jeanne experimenta la sensación de una presencia. Se vuelve, y se sobresalta. Adosado a la pared, cerca de la ventana, el viejo vagabundo permanece inmóvil. La muchacha no le ha oído llegar. La puerta no ha crujido. El hombre parece haber crecido. Su alargado rostro es austero. Al principio, la sorpresa deja a Jeanne sin voz, luego piensa que las acusaciones de Lucas han liberado al hombre, que le han

enviado hasta ella para confundirla, para obligarla a confesar. Entonces, alza la barbilla y le desafía.

—No fui yo —dice, arisca—. Lucas es un embustero. Me odia porque no quise entregarme a él…

El otro no se mueve. Ni habla. Se limita a mirarla, con una mirada que a Jeanne le parece un trozo de cielo, un pequeño rincón en el que no tienen cabida el odio, la maldad y la mentira. Un trozo de cielo pequeño para ser visto así, en los ojos de un vagabundo, pero inmenso para imaginarlo en el espacio. Como una tierra lejana e inaccesible. Jeanne desciende del lecho. Su mano libre permanece aferrada a la madera. Ya no tiene tanto aplomo. Tiembla, incluso. Otra fuerza tiende a guiarla. Dice, con voz menos segura:

—No fui yo… Fue él…

Aprieta la piedra. Ahora, querría romperla, convertirla en arena como debió ser al principio del mundo. El viejo vagabundo continúa viviendo únicamente por sus ojos de cielo. La muchacha se deja caer al suelo y, dominada, se arrodilla. Querría oír su voz. Se ahoga con aquel silencio. Casi se arrastra sobre el embaldosado rojo. Unas lágrimas acuden a sus ojos. Unas lágrimas de remordimiento, de dolor y también de odio. Finalmente, el hombre levanta una mano. Extiende dos dedos. Sus gestos son lentos. Habla.

—Pequeña, por tu curiosidad te has convertido en un pelo del diablo… Vas a volver a tu dueño, ya es hora de que confieses a los tuyos el mal que has hecho, esto aliviará los sufrimientos que te esperan…

Sus labios apenas se entreabren. Diríase que habla sin separar los dientes. Su voz no la es la que Jeanne le conocía. Resuena como si saliera de un pozo, como si chocara con una larga bóveda. Luego, Jeanne cree ver cómo el hombre se eleva, abandona el suelo ni más ni menos que como lo haría un aparecido o el propio Buen Dios.

—Vas a pagar —continúa—. Traté de evitarlo cuando aún era tiempo… Tienes que acordarte. Pero no quisiste escucharme… Ahora, veo que el demonio del mal ha llegado… su señal corre ya sobre tu frente… Pero, tú puedes salvar el alma de tu padre, que es el culpable inconsciente de tu condenación… Para ello es preciso que vayas a arrojar a la Malnoue la piedra que tienes… Debes hacerlo, inmediatamente… Pero, ten mucho cuidado, tu dueño te esperará… tira la piedra… no respondas a su llamada. No lo olvides… tira la piedra como hiciste con las otras… tírala…

Y su voz se debilita… Diríase que se despega de su garganta y se aleja de su cuerpo. Ya está en el patio. Jeanne se estremece: ahora, todos deben oírle. Sigue repitiendo las últimas palabras y su voz se aleja… Debe encontrarse en el atajo de Boucheron… Con tal de que nadie haya oído lo que decía… La voz se apaga, pero él permanece aquí, inmóvil y tranquilo. En sus ojos hay ahora la llama blanca del reproche y, de cuando en cuando, la llama negra de la severidad. El hombre se desplaza y se acerca a la puerta. La abre. Entonces, Jeanne logra extraer un gran grito

de su pecho oprimido. Antoine no tarda en llegar. Antes de entrar en el cuarto de la muchacha, vacila un momento. Finalmente, empuja el batiente y la ve, rígida, arrodillada al pie de la cama, la mirada perdida hacia la pared vacía.

—¿Qué sucede? —inquiere bruscamente.

Jeanne tiende un brazo hacia la pared.

—Ahí… Mire, ¿no reconoce usted al vagabundo que prendió… que acaba de…?

Su lengua se niega a decir más. Antoine no ve nada. Y teme acercarse a Jeanne, porque ella tiene aún en su mano la piedra que ha desfigurado a Lucas.

—No hay nadie… estás soñando despierta… No sabes ya lo que dices y, peor todavía, lo que haces… No debiste golpear… puede costamos un disgusto…

Llega Henriette, y luego la Galiotte. Los gendarmes se quedan en el patio. Finalmente se han decidido a atender al mozo que continúa tumbado sobre el lecho de tierra y de guijarros, respirando penosamente, Henriette va a sermonear a su hija, pero no tiene tiempo de abrir la boca. Jeanne se incorpora y les planta cara. Inmediatamente ven la gran mancha roja en el centro de su frente. Lanzan un grito de estupor. La muchacha parece haber recibido un golpe en la cicatriz en forma de estrella. Y lo más espantoso es que la mancha se agranda a ojos vista. Diríase que todas las venas de su rostro estallan unas tras otras y que la sangre se esparce debajo de la piel. La mitad de la cara está quemada ya por la extraña llama que pone en su carne el peor de los antojos. La Malvenida no parece darse cuenta de que se desfigura lentamente. Da un paso hacia adelante. Todos retroceden. Tienen miedo, un miedo atroz. Alguien ha debido hechizar a la muchacha. La llama roja se come toda la cara y se detiene en el cuello. Jeanne sigue sin darse cuenta de nada. Tiene la piedra en la mano.

—Es mejor que miréis al hombre que está ahí —dice, señalando la pared—. Miradle…

Antoine se inclina hacia las mujeres. Les habla en voz baja con inquietud. Sus ojos no se apartan de la mano de Jeanne.

—Creo que está loca —murmura—. Pretende ver al vagabundo que en estos momentos se encuentra en la cárcel…

La Malvenida lo ha oído. Se yergue, amenazadora. Por debajo de su cuello, su piel permanece blanca. Grita súbitamente:

—¡Mirad! Ya no está en la cárcel, está ahí… se marcha… se hunde en la pared… ¡Mirad, de prisa!

Henriette siente que su pena se hace plomo ardiente. El plomo penetra en sus venas y quema su carne. Aquella pena se convierte en un sufrimiento tan insoportable, que pierde el conocimiento. Antoine tiene el tiempo justo para sostenerla en sus brazos y depositarla suavemente en el suelo. La Galiotte está rígida como un espantapájaros. Por sus venas ha corrido también plomo fundido, pero se ha enfriado en seguida, y ahora se ha endurecido. Al coagularse, ha coagulado a la vieja y pone una máscara grisácea en el rostro. Entonces, sin inclinar la cabeza, Jeanne

habla a Antoine que teme mirarla a la cara.

—El hombre y Lucas tienen razón… Fui yo quien prendió fuego a la hacina, y fui yo quien obligó a Blaise a prender fuego a los Langlois… Creo que voy a ser condenada para siempre, pero sé que antes puedo salvar el alma de mi padre, que sufre desde hace dieciséis años…

Ante las últimas palabras, la Galiotte se anima y lanza un grito tan agudo que Antoine tiene la sensación de que su vientre es perforado por un taladro empuñado por un carpintero que, además, habría colocado sus rodillas a ambos lados, una sobre los muslos, otra sobre el pecho. Fuera, los gendarmes miran hacia el manso. No saben por qué ha gritado la vieja. Aquel grito les ha mordido los flancos. Se incorporan y se acercan a la puerta.

—¡Eh! —llama de lejos el sargento, que no se atreve a entrar—. ¿Ocurre algo grave? Ese grito nos ha hecho temer lo peor…

Entonces aparece la Galiotte en el marco de la puerta. Anda hacia atrás como retrocediendo ante una visión espantosa, a la que trata de rechazar con sus manos extendidas. Hipa de terror.

Allá abajo, en la entrada del patio, los caballos piafan súbitamente y relinchan, enloquecidos. Tiran de la brida y tratan de huir. El sol se anubla. Cosa rara, se forma una niebla azulada, se espesa a ojos vista y deriva al amarillo. Oprime como oprime el lento retroceso de la vieja que, ahora, parece enloquecida por lo que ve, por lo que los otros no ven aún. Aquella mala niebla de otoño que oscurece el cielo abandona raramente la tierra en pleno verano. Es de las que llegan en medio de la tarea y obligan a interrumpir el trabajo. Está hecha de humaredas espesas, glaucas, fluida como una purulencia y tibia como un veneno. ¿Cómo podrían saber los gendarmes que una niebla semejante envolvió al antiguo amo de la Noue, Moarch el Bretón, cuando, con todo su peso, ayudaba, hace ya muchos años, a su arado a remover el vientre virgen de la Malnoue? Pero, aunque no lo saben, adivinan que la que acaba de formarse anuncia alguna desgracia. Lo intuyen del mismo modo que se intuye, ante un reblandecimiento del viento, el momento en que el buen tiempo va a dejar paso a la lluvia. Es lo que experimentan ahora. Su garganta se aprieta como si tuvieran en torno al cuello la cuerda de cáñamo de una horca, y la cuerda se tensara a sacudidas. Allá abajo, los caballos siguen luchando con su miedo de animales. Para desprenderse de la angustia, el sargento se ayuda con su vozarrón.

—¡Al diablo esas humaredas infernales! —exclama.

En aquel momento, la Galiotte logra pronunciar unas palabras.

—Es aquella cabeza… ha… ha… vuelto…

Los gendarmes contemplan fijamente el umbral de la sala. Antoine, que ha salido por detrás, se sitúa rápidamente al lado de ellos.

Entonces, en aquella niebla de color repugnante, aparece, a la altura de un hombre, una cabeza escarlata, cortada a medio cuello. Aquella cabeza abandona la sala y avanza lentamente, transportada por las humaredas. Antoine vuelve a ver

súbitamente la cabeza de piedra encontrada por Moarch. Los gendarmes están tensos. La espesura de la niebla devora a la Galiotte.

La cabeza continúa acercándose.

Pero, como si surgiera de un sueño, Antoine reconoce el rostro de Jeanne. Se dice que el miedo de la vieja se ha introducido tontamente en él, que no ha comprendido en el primer momento que la niebla ocultaba el cuerpo de la muchacha y dejaba ver solamente su rostro. Extiende la mano, pero aparta vivamente su mirada de aquella cara afeada en la que brillan unos ojos de pupila ardiente, de blanco estriado de venillas azules, sinuosas como raíces de hierbas. Alarga el brazo y se dispone a posar la mano al azar sobre el cuerpo de la muchacha. Sabe que al tocarla saldrá por completo de aquella pesadilla. Alarga el brazo y lo mueve como la hoja de una guadaña… y sólo encuentra la niebla que sirve de zócalo a la cabeza escarlata de Jeanne Moarch.

Antoine permanece un momento inmóvil, desconcertado hasta lo indecible. Le faltan fuerzas para mirar donde habría tenido que tocar. En aquel momento, un viento leve viene a estrangularse en el patio. Azota a Antoine. El sol taladra la niebla y hace brotar un resplandor blanco. Entonces, Jeanne aparece entera, con el cuerpo erguido. El rojo que cubría su rostro se ha atenuado. Ahora no es más que síntoma de cólera. La Malvenida está allí, feroz, y mira duramente a los gendarmes que, detrás de Antoine, adquieren también consciencia de su error.

—¡Caramba! —exclama el sargento.

Antoine no dice nada. Ahora teme que la muchacha se acuse delante de todos, incluso de la pareja de gendarmes. En el cuarto, Henriette ha vuelto en sí. Sale, apoyándose en las paredes. No sabe dónde está. Antoine acude a sostenerla, pero no se atreve a explicarle lo que pasa. La Galiotte se encuentra junto a la pocilga, con una rodilla en tierra. Cerca está Lucas, gimiendo el dolor que le asalta a cada flujo de sangre. El sol acribilla la niebla y la disipa. Jeanne continúa allí, apretando la piedra maldita en su mano. Y, suavemente, una fuerza apaciguadora la atrae hacia los altos de la Sologne. Sus rasgos se suavizan. Con paso tranquilo y seguro, abandona el patio.

—¡Vuelve, Jeanne! —le grita Antoine, que presiente un drama.

Y, con un gesto autoritario, arrastra a los gendarmes.

Al verles venir hacia ella, Jeanne echa a correr y, sin vacilar, toma el camino de la Malnoue. La fuerza que la atrae la lleva y la ayuda. Sus piernas no se fatigan. Su carrera, a la vez ágil y viva, le proporciona un placer indefinible. Detrás de ella, los hombres se esfuerzan en seguirla. La llaman a voz en grito, pero ella no les oye. En su mano, la piedra vive de nuevo, a sacudidas. Palpita. La Malvenida no tarda en notar que unos dedos se engarfian a los suyos. Parecen seguir a un brazo y a un cuerpo invisibles.

Los hombres, por su parte, tropiezan a cada paso. Aquella persecución les parece la más penosa de las tareas. Sin embargo, son resistentes, más resistentes que aquella

chiquilla que corre como si tuviera alas… diríase que sin tocar el suelo. Corren y, entre llamada y llamada a la muchacha, reniegan de dolor. A cada instante, la rodada atrapa un pie y lo tuerce. Jenne llega rápidamente al pantano. Ahora, los dedos de piedra aprietan y tiran con tanta fuerza que, varias veces, la muchacha está a punto de caer. La tierra arrancada otrora a la Malnoue por su padre está bajo sus pies. Jeanne corre directamente hacia los juncos. El sol golpea violentamente su piel verde que absorbe el calor y devuelve el frescor. Jeanne da la vuelta a la muralla de hierbas gigantes. Su carrera se interrumpe bruscamente. Delante de ella, entre los juncos, aparece una abertura a la medida exacta de un cuerpo como el suyo. Diríase que dos brazos que ella no ve los apartan y los retienen a ambos lados. Al final de aquel pasillo de color delicado, el agua de la Malnoue brilla, tan atractiva como un diamante de leyenda. Bruscamente, la Malvenida se acuerda. En este lugar se le apareció aquella lavandera nocturna. El corazón se le encoge, pero obedece a la presión de los dedos de piedra. Avanza. Sus pies se pegan a la tierra podrida. Unos grandes lagartos verdes se deslizan entre las piedras de los *diagous*, una rata de pelos largos, salpicados de fango, la mira, inmóvil, y sus ojillos negros brillan intensamente. Asustadas, unas ranas saltan sobre el fango alrededor de Jeanne y van a sumergirse en el agua tranquila. La muchacha avanza. Le duelen las piernas. Entonces, los dedos de piedra aflojan su presión. Jeanne se para. Un peso se apoya en sus hombros. Jeanne se hunde. La carne de sus muslos se hiela ya en el agua. En torno a ella se despliega la gran campana de su falda. Un frío se pega a su vientre y apaga el fuego que sentía en él desde la víspera. El peso la hunde con más fuerza. El fango se desliza bajo el corpiño y acaricia los senos. La campana de la falda ha terminado por desaparecer en el pantano. Sus hombros penetran a su vez y desaparecen con el ruido del líquido demasiado caliente que se aspira en la cuchara. Como unas manos que quieren estrangularla, el fango se precipita sobre su cuello y lo aprieta. Jeanne tiende al aire el brazo que sostiene la piedra maldita. Diríase que no quiere devolverla en seguida a esta Malnoue exigente y cruel. Se esfuerza en reír y de su garganta brota una risa burlona, como si jugara. El fango posa brutalmente sus dedos viscosos y fétidos sobre su boca. La Malvenida aprieta los labios. Está súbitamente horrorizada y no puede aullar su horror. Acaba de comprender que está maldita. Se siente asustada, como un animal cogido en un cepo. Trata de defenderse, pero sólo logra componer un espasmo de agonizante. Su brazo se relaja. Empieza a seguirla a la tumba movediza. Sus bellos ojos ardientes, que han permanecido abiertos de par en par, se apagan bajo unos párpados de fango. Sus cabellos de estiran como si la tierra podrida tirara de ellos para anudarlos en moño. A su vez, desaparecen. De la Malvenida sólo queda su mano cerrada sobre la piedra. El guijaro parece incrustado entre los dedos doblados. Para separarlo de ellos, sería preciso cortar la muñeca. Tínicamente por la voluntad de Dios o del Diablo un muerto se lleva un objeto consigo al otro mundo. Tínicamente por la voluntad del Uno o del Otro lo devuelve. El fango hierve a borbotones alrededor de aquella mano que,

bruscamente, abre sus dedos muertos y deja caer en el pantano la piedra que lleva el ojo, la nariz y la boca del mal.

***

En aquel momento, en el pueblo, en el recinto de los muertos, el enterrador, que sigue ahondando la tumba que excava, oye un prolongado suspiro seguido de otro, más breve. Se incorpora. No tiene compañía a menudo y, esta mañana, tiene ganas de hablar. Podrá remover un poco su lengua inmóvil en su boca y dormida como una marmota. Apoya su pala contra la pared de la fosa y, trabajosamente, sale de su agujero. Sus viejas piernas secas crujen. Mira. No hay nadie. Sin embargo, no ha soñado, ha oído perfectamente unos suspiros que procedían de la hilera al extremo de la cual está cavando. Mira a su alrededor. Piensa en la vieja puerta que le avisa mejor de lo que podría hacerlo una campanilla. Está cerrada. Entonces se dice que es posible que haya soñado, que haya visto visiones… a su edad… de todas maneras…

Echa a andar y se encuentra a la altura de la tumba de aquel Bretón de la Noue. Súbitamente, piensa en su hija, que ha estado aquí por la mañana. Bueno, ¿por qué piensa en ella con tanta intensidad? Se lo pregunta a sí mismo, y antes de volver a cavar posa su mirada en la losa de Moarch. Inmediatamente, se sobresalta. Está completamente plana. El fragmento que, aquella misma mañana, faltaba en el ángulo de la piedra, ha sido pegado a ella con tanta maestría que no se nota en absoluto la línea de unión. La cruz está sólidamente clavada al suelo. Da la impresión de haber echado raíces. Alrededor de la losa, las hierbas voraces han sido arrancadas. Y nadie ha podido hacer todo eso sin que rechine la puerta agonizante, sin que él se dé cuenta… Él, que oiría respirar a un enterrado en vida.

* * *

Antoine es el primero en llegar a la Malnoue. Sólo ve la espesa pared de los juncos verdes. Gruesas gotas de sudor empapan su cuerpo. Luego, llegan los gendarmes. Miran primero a los juncos, luego a Antoine. Durante unos instantes, sólo se oye el ritmo desigual de su respiración de hombres fatigados y llenos de angustia.

—¡Jeanne! ¡Jeanne! ¿Dónde estás? —grita finalmente Antoine.

En aquel momento, unas llamadas les hacen dar media vuelta. Corriendo desde el camino de los Coudray, a la distancia de un tiro de fusil, llegan dos hombres. Antoine los reconoce, son los criados de los Bourrés. Uno de ellos es Marcellin, el soloñés de Sainte-Montaine; el otro es Gervais, el de la Beauce. Regresan de hacer leña y llevan al hombro unos grandes garfios para hacer rodar los troncos. No tardan en llegar. Con voz entrecortada dicen:

—Se ha hundido en el pantano… Venid, sabemos dónde está…

Avanzan hacia la Malnoue y, sin temor a hundirse apartan los juncos. Se encuentran en el lugar exacto por el que Jeanne se dirigió hacia la muerte.

—Es aquí… lo hemos visto perfectamente, Marcellin y yo… Desde luego, vuestra Jeanne está loca…

Miran a los gendarmes.

—A menos de que haya hecho algo malo —añade Gervais, bajando la voz.

Sólo se distinguen algunos tallos rotos y semihundidos en el fango. Antoine se decide bruscamente. Coge uno de los garfios de los criados y avanza con paso firme en el pantano. Los otros van y vienen, indecisos, haciendo gestos inútiles.

—¡Mucho cuidado! —grita el sargento.

Y coge el otro garfio y sigue a Antoine. Los dos hombres se hunden hasta la rodilla. De pronto, clavan los garfios en el fango. Tratan de palpar con el hierro la cosa blanda que, ahora, debe ser el cadáver de la Malvenida. Finalmente, los otros encuentran unas pértigas y penetran a su vez en el fango, para sondear a su vez la tierra podrida. De cuando en cuando, uno de ellos lanza un grito. Todos le miran, pero aquel grito no es más que el grito de miedo que inspira el pantano al tratar de capturar una nueva presa. Con un brusco movimiento, el que ha gritado posa su pierna en un punto que le parece más sólido, pero el fondo no tarda en volver a ceder, y el hombre vuelve a gritar, y todos creen que ha encontrado algo. Y cada vez se dejan engañar.

Súbitamente, Germain les llama. Su pértiga ha tropezado y resbalado sobre una forma alargada. Retenidos por el fango, tardan en formar círculo en torno el criado de los Bourrés. Finalmente, unos tras otros, palpan con su pértiga aquella forma larga y estrecha que sólo puede ser el cuerpo rígido de Jeanne. Los cinco hombres han hecho un buen trabajo, a pesar de la dificultad que representa el hecho de que el suelo se entreabra bajo los pies a cada esfuerzo. Poco a poco, el pantano parece soltar su presa. El cuerpo asciende lentamente. Ya no está lejos de la superficie, Antoine suelta la pértiga que maneja con Gervais y hunde los brazos en el fango. Su angustia no puede impedir que sus labios se frunzan de repugnancia. Rodea el cuerpo con sus brazos. Inmediatamente, dirige una mirada de asombro al sargento. Pensaba coger una carne blanda. Y sus manos tocan una piel rugosa y sólida.

—Echadme una mano —dice.

Ahora, todos sostienen el largo despojo rígido. «No es la Jeanne», piensan.

Pero no dicen nada. Luchan a la vez contra el pantano y contra el horror del momento que pone lividez en sus rostros.

Logran arrancarla de su prisión líquida. Al no estar sostenida ya por el fango, la cosa pesa inmediatamente como una roca. No es más que una piedra alargada, chorreante de fango y desprendiendo el hedor de las hierbas podridas. Están a punto de dejarla caer de nuevo al pantano, pero antes miran a Antoine, el cual vacila al hablar.

—No es… y, sin embargo… Diríase que es el cuerpo de Jeanne… A veces…

La emoción distorsiona sus facciones. Arrastran la piedra hasta la tierra sólida. El

fango se escurre y deja entrever una ligera piel morena. Es una estatua antigua que no tiene cabeza. Las formas son tan parecidas a las de la Malvenida, que creen soñar. Unas grandes moscas azules y negras se posan inmediatamente sobre la estatua con la intención de darse un banquete a su costa, como si fuera una carroña.

—El cuerpo de Jeanne es como éste —dice Antoine a media voz, con las manos juntas en señal de respeto.

—Pero no es ella… haría falta una cabeza —responden los otros en el mismo tono grave y monocorde.

Diríase que es un coro fúnebre, semejante a un canto funeral al cual se añade, como fondo de la música obsesionante, la angustia que zumba en el cerebro de cada uno de ellos. Finalmente, para relajarse, el sargento se inclina y rasca la fractura del cuello. Marcellin golpea con el pie el vientre de piedra. Entonces, Antoine le empuja hacia atrás. El otro lee un reproche en sus ojos, exactamente igual que si aquella estatua hubiese sido el cuerpo de la difunta Jeanne Moarch, y que Marcellin, con su gesto, se hubiese hecho culpable de una profanación.

VOLÚMENES PUBLICADOS DE NARRACIONES TERRORIFICAS

PRIMERA SELECCIÓN

KAN PAO. Historia de Tsin Kin-Pao. — POU SONG-LING. El fantasma mordido. — G. A. HOFFMAN. Coppelius. — EDGAR ALLAN POE. El gato negro. — WASHINGTON IRVING. Aventura de un estudiante alemán. — FREDERYCH MARRYAT. La historia del esclavo negro. — GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER. Maese Pérez el organista. — JOHN SHERIDAN LE FANU. Asedio a la casa roja. — ALEXIS TOLSTOI. La familia Voudalak. — GUY DE MAUPASSANT. La noche. — MRS. OLIPHANT. La ventana de la biblioteca. — EÇA DE OUEIROZ. El ahorcado. — ANTON CHEJOV. El enemigo. — EVELYN NESBIT. Las esculturas de mármol. — O'HENRY. El cuarto amueblado. — VIOLET HUNT. La súplica. — YAKUMO KOISUMI. Mujima. — «SAKU. Cura de agitación. Gabriel Ernesto. La penitencia. — RAMÓN DEL VALLE INCLÁN. El miedo. —JEAN RAY. La noche de Camberwell. La princesa tigre. El albergue de los espectros. Yo maté a Alfred Heavenroch. La calle tenebrosa. — GUADALUPE DUEÑAS. Al roce de la sombra.

SEGUNDA SELECCIÓN

PRÓSPERO MERIMÉE. La Venus de lile. — IVAN TURGUENEV. El sueño. — SHERIDAN LE FANU. Carmilla. — FITZ-JAMES O'BRIEN. ¿Oué era aquéllo? — VILLIERS DE L'ISLE ADAM. El duque de Portland. Flores de las tinieblas. — PEDRO ANTONO DE ALARCÓN. La mujer alta. — GUY DE MAUPASSANT. Un ladrón afortunado. — OSCAR WILDE. El fantasma de Canterville. — «SAKI» (H. H. MUNRO). La paz de Mowsie Barton. Sredni Vashtar. El aprendiz de brujo. — ANTON CHEJOV. Una noche de espanto. — WILLIAM WILKIE COLLINS. Monkton, el loco. AMBROSE BIERCE. La muerte de Halpin Frayser. — RUDYARD KIPLING. La marca de la bestia. — ALGERNON BLACWOOD. La muñeca JOHN M. SITAN. Confesión.— JEAN RAY. La historia de Wulkh David Stone. El último viajero. Mr. Gless cambia de dirección. — JOHN METCALFE. Efecto retardado.

TERCERA SELECCIÓN

ALEXANDER SERGUEIEVICH PUSHKIN. El disparo. — FITZ-JAMES O'BRIEN. El forjador de maravillas. — PRÓSPERO MERIMÉE. Lokis. Visión de

Carlos XI. — NATANIEL HAWTORNE. La hija de Rapaccini. — WALTER DE LA MARE. El guardián. — ANTON CHEJOV. Exageró la nota. — AMBROSE BIERCE. Lo que pasó sobre el puente de Owi Creek. — H. G. WELLS. La historia del difunto Evelshan. — E. F. BENSON. Spinach. La habitación en la torre. — L. B. GORDON. Cuando se apagaron las luces. — CHARLES G. FINNEY. La maldición del iowa. — GEORGE FIELDING ELLIOT. El cuenco de cobre. — CHARLOTTE ARMSTRONG. Viaje con el verdugo. — JOSEPH PAYNE BRENNAN. Murciélago. Muerte en el Perú. Levitación. El baúl de madera preciosa. — M. R. JAMES. Corazones perdidos.

CUARTA SELECCIÓN

CHARLES DICKENS. El presidente del jurado. — IVAN TURGUENEY. El prado de Bezhin. — GUY DE MAUPASSANT. ¿Fue un sueño? — FRANCIS MARION CRAWFORD. La litera superior. La sonrisa muerta. — E. F. BENSON. El templo. — M. R. JAMES. El tratado Middoth. El fresno. El huerto de Martin. El diario de Mr. Poynter. — H. P. LOVECRAFT. El extraño. Aire frío. El susurrador en la oscuridad. — BRAM STOKER. La mujer india. — ALEXANDER WOOLLCOT. Sonata al claro de luna. — A. J. ALAN. El mechón de pelo. — PIERRE LARROQUE. La máscara detrás de la cortina. — C. B. GILFORD. Mi hijo, ese desconocido. — ANDRÉ-PAUL DUCHATEAU. Photomaton. — CLAUDE AVELINE. La noche de Pietremont. — RAY BRADBURY. El emisario.

QUINTA SELECCIÓN

SHERIDAN LE FANU. El señor juez Harbottle. — FREDERICH MARRYAT. El lobo blanco de las montañas de Hartz. — H. P. LOVECRAFT. La cosa en el umbral. — M. R. JAMES. El conde Magnus. — EVELYN WAUGH. El hombre aficionado a Dickens. — COLIN EVANS. A ninguna parte sin ella. — RONALD DAHL. Jalea real. — L. P. HARTLEY. La tumba viajera. — DAVID H. KELLER. Un trozo de linóleo. — ROBERT BLOCH. Enoch. El aprendiz de brujo. Atentamente suyo. Jack el destapador. La casa del hacha. — ELIZABETH BOWEN. Sorprendente. — STEPHEN GRENDON. Mr. George. — GRAHAM GREENE. La tragedia de Bayswater. — RAY BRADBURY. La ultima de la fila. La pradera. — LAVINA COLLINS. «Eran trece…»

SEXTA SELECCIÓN

JOSÉ CADALSO. Noches lúgubres. — SIR WALTER BESANT y JAMES

RICE. El caso de Mr. Lucraft. — ARTHUR MACHEN. La pirámide brillante. — ROBERT E. HOWARD. Palomos del infierno. El hombre moreno. Los dioses de Bal-Sgoth. — JOSEPH PAYNE BRENNAN. El pabellón. La fiesta en el bosque. El hombre que temía las máscaras. La cámara de los horrores. Los inquilinos. — CONRAD RICHTER. La segunda oportunidad del Doctor Hanray. — ROBERT BLOCH. Los ojos de la momia. Hierba gatera. — SHIRLEY JACKSON. Los veraneantes. — ROY HUTCHINS. La boda de la bruja. — JOSÉ M.ª AROCA. Arreglarlo todo bien. Las arañas rojas. — FREDRICH BROWN. Pesadilla en amarillo. — JANE RICE. El ídolo de las moscas. — ROBERT GAVES. Fin de semana en Cwn Tatws. — RAY BRADBURY. El viento.

SÉPTIMA SELECCIÓN

CHARLES DICKENS. El capitán asesino. — WILKIE COLLINS. La mujer del sueño. — H. P. LOVECRAFT. El pantano luna. Herbert West, reanimador. Horror en Red-Hook. — «SAKI». Laura. La ventana abierta. La fuerza del destino. El ratón. — ROBERT AICKMON. Campanas y metamorfosis. — ROSEMARY TIMPERLEY. Harry. — L. P. HARTLEY. Alguien en el ascensor. — FRANK BELKNEP. El fisgón. — FÉLIX MARTÍ-IBÁÑEZ. Niña Sol. La hiedra crece silenciosamente. El secreto. — JONATHAN CURLING. Me convertí en Bulwinkle. — MICHAEL ASOUITH. El rostro intruso. — KATE BARLAY. El experto. — MARCEL BRION. La Sonata del Fuego. Una aventura de viaje. — ROBERT ARTHUR. Dijo Jack el Destripador. — WILLIAM SANSOM. Una gracia divina. — JANET FRAME. ¿Cómo puedo establecer contacto con Persia? — ROBERT BLOCH. El aficionado. — ALFONSO ALVAREZ VILLAR. El despertar de la memoria.

OCTAVA SELECCIÓN

NICOLÁS LESKOV. El águila blanca. — ALPHONSE DAUDET. La agonía del «Semillante». — LEONIDAS ANDREIEV. El misterio. — AMBROSE BIERCE. La alucinación de Stanley Fleming. El amo de Moxon. — H. P. LOVECRAFT. El sabueso. — MARCEL BRION. El mariscal del miedo. — CLAUDE SEIGNOLLE. La mujer del vestido de lana de angora. El hombre que no podía morir. — WILLIAM TENN. La señora Sary. — RAY BRADBURY. Los vigilantes. El hombre muerto. — EMIL PETAJA. Caído del cielo. — WILLIAM SAROYAN. El barbero cuyo tío murió entre las fauces de un tigre. — ROBERT BLOCH. El hombre que gritó «¡Al lobo!». — A. M. BURRAGE. El reloj del capitán. Figuras de cera. Entre el minuto y la hora. Compañeros de juegos. Los naipes de marfil. El oviacanto. — R. BRETNOR. Gatuno. — ALFONSO ÁLVAREZ VILLAR. El obseso. Helas. Cuerpo y alma.

NOVENA SELECCIÓN

TRADICIONAL. Sawnoy Bean y su familia. — JOSÉ DE ESPRONCEDA. La pata de palo. — N. VASILIEVCH GOGOL. El Viyi. — J. SHERIDAN LE FANU. Té verde. — ERCKMANN-CHATRIAN. Las ladronas de niños. — MARGARET OLIPHANT. La puerta abierta. — MARK TWAIN. Un sueño extraño. — H. RUSSELL WAKEFIELD. El triunfo de la muerte. — AMBROSE BIERCE. Una noche de verano. La casa maldita. — R. L. STEVENSON. Markheim. — LEONIDAS ANDREYEV. El abismo. — A. M. BURRAGE. El asunto de Paddock Cross. — CLAUDE SEIGNOLLE. Un exorcismo. Los Gorel. El que siempre tenía frío. Dos dientes, simplemente. Désirée la sanguijuela. El arcón. El milésimo cirio. JOHN FLANDERS. La maldición de la casa solariega. El espejo veneciano. Los cuentos de mi madre la oca. El diablo de cera. El ángel negro. La garra del diablo. JUAN G. ATIENZA. Sabor de nada. — ALFONSO ÁLVAREZ VILLAR. El teléfono acusador. — CARLOS ROMERO GUIJO. El valle del infinito.

Notas

[1] Alusión a un gracioso cuento popular en Andalucía <<